

DESAFIO A LA MUERTE



de

**E. Phillips
Oppenheim**

Ramón

Warren Rand se ha rodeado de un equipo de agentes del servicio secreto, guardaespaldas y ha añadido a esta organización los mejores expertos financieros disponibles. Tiene un objetivo a la vista, a saber, imponer la paz en el mundo. Su primer paso es arrinconar el mercado mundial del oro, no dudando en anular, incluso por medios criminales, a aquellos que se interponen en el camino de la consecución de sus planes.



E.
Phillips Oppenheim

Desafío a la muerte

Obras completas de Oppenheim - Editorial Cervantes -
70

ePub r1.0
Titivillus 22.01.2022

Título original: *Up the Ladder of Gold*

E.

Phillips Oppenheim, 1930

Traducción: Julio Calvo Alfaro

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Aa



OBRAS COMPLETAS
DE
E.
PHILLIPS OPPENHEIM

Vol. LXX

DESAFÍO A LA MUERTE

UP THE LADDER OF GOLD

Traducción: Julio CALVO
ALFARO

EDITORIAL CERVANTES

BARCELONA / 1953

Capítulo primero

Los dos hombres, Warren Rand, el enigma de ambos hemisferios, y Juan Glynde, su apenas menos famoso secretario, encorvábanse sobre la mesa, cubierta de paño verde, hasta casi rozarse sus cabezas. Los dos llevaban puestos los aparatos amortiguadores contra los bramidos del motor del avión. La hoja de papel que se hallaba junto al último de los citados aparecía cubierta de cifras y cálculos que, al parecer, acababan de ultimar. Juan Glynde lo sujetó con una pinza y afianzóse, a su vez, agarrándose al borde de la mesa, al zambullirse el avión en un bache aéreo. Luego miró fijamente a su acompañante y a pesar de su aspecto insignificante, su delgadez y flácida voz, sus solemnes palabras tenían una nota curiosamente impresionante.

—Es usted el hombre más rico del mundo —le dijo.

—Siempre confié en llegar a serlo —replicó fríamente el otro—. De lo que no estoy seguro es de si soy lo suficientemente rico para lograr mi propósito.

—Con los periódicos que posee controla usted prácticamente la Prensa mundial —continuó Juan Glynde.

Warren Rand, el hombre hermético y de cáustico intelectualismo, frunció el ceño ligeramente.

—Todavía no —gruñó—. No entiende usted de periódicos tanto como de finanzas, Juan. No obstante, conseguiré controlarla. Es mi propósito lograrlo.

—¿Y qué espera sacar de todo esto? —preguntó el hombrecito, con curiosidad, limpiándose meticulosamente los lentes ribeteados de oro—. Por ahora no parece obtener de la vida mucho más que otros hombres. Es usted evidentemente el más odiado del mundo. Todos aquellos con quienes se digna cambiar una palabra, tiemblan en su presencia y nadie le dice la verdad espontáneamente. No tiene usted ni un solo amigo y pagamos anualmente una fortuna para evitar que le asesinen. ¿Qué es lo que busca?

Warren Rand no contestó en seguida y se reclinó con cautela en

su asiento. Mirando oblicuamente hacia el ventano, contempló el resplandor rojizo que semejaba el reflejo de una gran catástrofe. Aquel resplandor se alzaba haciéndose cada vez más claro y substancial. Frente a él, Juan Glynde recogió los papeles con la mecánica exactitud de un experto negociante.

—¡El poder! —continuó el hombrecito, casi como en soliloquio—. ¿De qué va a servirle todo esto si no es para satisfacer su vanidad y alentar los odios? ¿Qué placer puede usted hallar en dirigir las flechas de su ballesta contra el mundo entero, si así le place? ¿A dónde van todos estos afanes y los clamores que levantan?

Warren Rand desvió la mirada del ventano para fijarla en su secretario. Éste, a pesar de su aspecto, física y moralmente insignificante, la desafió sin pestañear. Era un individuo de estampa vulgar; en su rubio cabello mezclábanse hebras grises y tenía unos ojos escudriñadores, algo hundidos, conservando generalmente los labios en posición prominente.

—A veces me pregunto si se habrá permitido alguna otra persona el lujo de un secretario como usted —comentó Warren Rand.

Juan Glynde eludió la sátira y aceptó el comentario.

—Son pocos los que podrían disponer de mí —observó—. Me paga usted cien mil dólares anuales y a este precio resulto manifiestamente barato. Si me hubiera usted dejado donde estaba, a estas horas sería presidente del Consejo de Administración de un banco, presidente del Country Club y comodoro del Club Marítimo de West Bay. En vez de seguir al servicio de una empresa, decidí servirle a usted. Podrá usted hacer las objeciones que le parezcan oportunas, pero yo cumplí lo que me había propuesto con usted. Le he colocado en la posición social más peligrosa: es usted el hombre más rico del mundo.

El poderoso artefacto avanzaba con sus rugidos en medio de las tinieblas, hacia aquel muro en llamas. De nuevo cayeron en un bache y el aparato tembló en toda su superficie, hasta el punto de semejar que los paneles de caoba que revestían las paredes iban a quebrarse. Pequeñas briznas de la nube que les envolvía metíanse furtivamente en el interior y quedaban envueltos como en el seno de una neblina.

—Sólo establecí una condición cuando renuncié a mi carrera para ponerme a su servicio —continuó Juan Glynde—. Ya sabe cuál fue. Cuando llegue el momento oportuno, yo le formularé la pregunta y usted habrá de contestarla de hombre a hombre, revelándome cuál es la finalidad que perseguimos y qué se esconde detrás de toda esta vasta y dinámica fuerza. Ya ha llegado a ese punto en que ni puede emplear su dinero ni controlar toda su fuerza, y no obstante seguimos avanzando.

—Espere unos meses para formularme esa pregunta —rogóle Warren Rand—. Lo único que puedo decirle en este momento es que no marchamos sin rumbo. La organización que me ha ayudado a constituir tiene finalidad y plazo. Ambas premisas se pondrán en claro ante usted cuando llegue el momento de dar el primer golpe.

La puerta del saloncito abrióse y cerróse bruscamente, presentándose un joven con un radiograma.

—Es de Londres, señor; clave número tres —anunció entregándoselo.

«Nuestro agente que ocupa cargo importante en el destacado periódico londinense “El Sol”, informa que Harold Nickols escribe un editorial que está en la linotipia, en el cual se desaprueba la conferencia del desarme que ha de tener efecto en Ginebra, manifestándose hostil a la discusión del Pacto de la Paz, En otro artículo apoya la recepción de Postinoff y Vitznow, caso de que la discusión pueda entrar por terreno eficaz.»

Warren Rand apartó el mensaje y señaló a un librito que había sobre la mesa.

—¿Quién es ese Harold Nickols?

—Puedo decírselo sin consultar el índice —replicó Juan Glynde—. Tiene cincuenta y tres años, es socio de un club, viudo, de opiniones obstinadas e inaccesible.

Su jefe consultó el reloj.

—¿A qué hora estaremos en Croydon? —preguntó a un oficial que se hallaba cerca en aquel momento.

—A las siete y media —replicóle—. Dentro de unos veinte minutos.

Warren Rand contempló un instante, con aire pensativo, la gran

alfombra de luces que parecía moverse ante él. Luego, sacó un cigarrillo del bolsillo y haciendo caso omiso de las severas reglas en materia de aviación, lo encendió. Fue una acción arbitraria, pero habitual en él. El avión era suyo; los dos pilotos, los mecánicos e incluso Juan Glynde, estaban atados a su voluntad.

Capítulo II

Raras veces se chismorreaba en el Sheridan Club; pero mientras el gran avión de Warren Rand comenzaba a descender de las alturas y terminaba por dejarle en Croydon, Harold Nickols, que estaba cenando aquella noche con tres o cuatro amigos íntimos, apartóse de la costumbre. Habían bebido la segunda copa de Oporto, cuando inclinóse en su asiento situado en un extremo de la mesa —lugar que ocupaba habitualmente como privilegio de asiduidad y prestigio— y habló a su amigo Andrés, el director de una famosa revista mensual. —De modo que la Esfinge de Nueva York está camino de Londres, según tengo entendido— observó. —Supongo que su visita tendrá alguna finalidad.

—¿Quién es la Esfinge de Nueva York? —preguntó Herbert Dring, el comediógrafo, acercándose al grupo.

—¿Quién es? ¿Qué trama? ¿Por qué se digna visitarnos? —inquirió a su vez Harold Nickols—. Son muchas las preguntas que podrían formularse sobre Warren Rand, pues así se llama nuestro hombre.

—Y entonces, ¿por qué le llaman la Esfinge? —persistió Dring.

—Verá —continuó Nickols—; es uno de los hombres más ricos de la tierra y controla más periódicos que nadie. Está en condiciones de hacer más daño que ningún otro ciudadano. A pesar de todo esto, juraría que en esta sala no hay persona que haya visto ni siquiera su fotografía. Por lo que se cuenta de él, parece utilizar su gigantesca influencia en la Prensa para eludir la publicidad en vez de alentarla.

—Ahora comprendo el apodo de Esfinge —asintió Dring—. ¿Y a qué es debida tan desusada modestia? Es una virtud que raras veces se asocia con los gigantes de la profesión de ustedes.

—Por lo visto, carece usted de perspicacia, mi querido Herbert.

—No comprendo cómo escribe usted esas comedias tan estruendosas —observó el individuo que estaba a la, derecha de Harold Nickols.

—¿Qué viene a hacer a Europa? —inquirió otro de los presentes.

—No se tiene la menor idea —confesó Nickols con indiferencia—. Posee algunas acciones en nuestra publicación, pero jamás le he podido ver ni espero conseguirlo... Lanza sus rayos desde las nubes y sus gases ponzoñosos desde las cavernas del mundo. Nadie le ha visto nunca. Jamás asiste a reuniones públicas ni firma un artículo ni permite que se den noticias de sus andanzas. El linotipista que escribe el nombre de Warren Rand sabrá pronto lo que le cuesta, o, más bien, a sus jefes.

—¿Y cómo controla todo eso? —persistió Dring.

—Posee más periódicos que comedias ha escrito usted en su vida —explicó Harold Nickols—. Viaja siempre con un equipo de empleados que asustan al mundo entero. Estas cosas parecerán muy bien en América, donde los multimillonarios rigen los destinos de las multitudes. Aquí no hay periódico que, sobre poco más o menos, no adivine sus propósitos, pero tendrá que arrepentirse si no los respeta. Es una verdadera esfinge. Persigue algo, algo definido; pero no conocí a nadie lo suficientemente listo para descubrirle con exactitud.

—Resulta muy interesante. ¿Y no existe probabilidad de conocer a ese tipo?

—Ninguna —replicó con firmeza.

—¿Por qué no le enviamos una tarjeta para que nos visite en el club?

—Su secretario la arrojaría al cesto de los papeles. Casi aseguraría que no ha pisado jamás el umbral de un club.

—¡Qué persona tan poco humana! —observó Dring, bebiendo una copiosa dosis de Oporto.

—Sí, muy poco humano —asintió Nickols—, a juzgar por sus acciones. Nadie sabe nada concreto de él. Solíamos llamar a aquel individuo que vivía en Montecarlo, el «misterioso personaje de las finanzas y la política». Warren Rand es «el hombre misterioso» de nuestra profesión.

—¿Y dice que, a pesar de ser accionista de *«El Sol»*, usted nunca se encontró con él ni es probable que le conozca?

—De eso estoy seguro. Si alguna vez tiene que decirme algo, lo hará por tercera persona. Creo que ni el propio Harcombe conseguiría verle. Cuando llegue a la ciudad, se instalará tras uno

de esos grandes ventanales de sus oficinas de Kingsway, a los que Teddy Gage llama «los ojos de la araña», y se asomará para ver lo que le interese ver y hacer lo que le plazca hacer. ¡Vaya un tipo! Me asusta la idea de tener un complejo como el suyo. ¿Y si echáramos una partidita?

El grupito se esparció y después de breve visita al despacho del cajero, dirigieron en comitiva hacia la sala de juego. No obstante, el portero detuvo a Nickols en el vestíbulo.

—Un caballero pregunta por usted, señor —anunció.

—¿Un caballero? ¿Quién es? —preguntó Nickols, deteniéndose con el gesto de encender un puro.

—No quiere dar su nombre, señor, y dice que no le detendrá más que unos minutos. Se encuentra en la sala de espera.

—No tardaré mucho, amigos. Vayan dando las cartas —disculpóse Nickols, torciendo a la derecha—. Voy a ver quién es ese visitante y qué quiere. Supongo que será alguien de la oficina, aunque sería más natural que telefonease.

Abrió la puerta de la estancia dedicada a los forasteros y quedó sorprendido al observar que estaba casi a oscuras. Junto al conmutador de la luz eléctrica había un individuo de pie, apenas visible a la luz de la única bombilla encendida. No obstante, desde el primer momento adivinó Nickols algo siniestro en la silenciosa silueta humana que se enfrentaba con él. Se inclinó un poco para ver si podía observar mejor al desconocido; pero en la penumbra que reinaba resultaba bastante difícil conseguirlo.

—Me han dicho que deseaba hablarme —comenzó—. Me llamo Harold Nickols. ¿Quién es usted y qué quiere? ¿No le importaría que encendiera otra luz?

El desconocido hizo como si no hubiese escuchado la sugerencia.

—Lo que deseo —repuso— es que me acompañe a su despacho del periódico y que substituya el editorial que ha escrito para la edición de mañana; puede escribir sobre cualquier asunto que se le ocurra.

Nickols quedó un instante atónito. La fantástica y colosal impertinencia, la tensa entonación y autoritario gesto de aquel individuo casi le cortó la respiración. Además, que él supiera, nadie más que el corrector de pruebas tenía noticia de su escrito.

—¿Pero quién diablos es usted y cómo está informado de lo que

yo escribo? —le preguntó, avanzando un poco en la estancia—. Haga el favor de encender esa luz para que le vea mejor.

—Las luces están mejor así —replicóle su interlocutor, impasible—. Me llamo Warren Rand, y aunque le parezca imposible, he visto una de las pruebas de su artículo sobre la situación internacional en Ginebra, abogando por la admisión de esos vulgares asesinos que se llaman Postinoff y Vitznow. Ese artículo no puede aparecer en *«El Sol»*.

Cuando más tarde estudióse la gran figura de Warren Rand, hubo críticos que le achacaron falta de tacto. Otros afirmaban que era una actitud deliberada que probaba el genio de aquel hombre, el cual golpeaba en la entraña de los problemas sin preocuparse de los sentimientos de sus víctimas o de los generales prejuicios, rematando así los asuntos más pronto e irrevocablemente.

—Poco me importa que sea usted todopoderoso —gritó Nickols—. No logrará interferirse en las actividades de *«El Sol»* mientras yo sea su director. Mi editorial está en la sala de linotipias a estas horas y a las cinco, un millón de ejemplares del periódico serán distribuidos por todas partes.

—¿Es esa la respuesta que da a mi sugerencia? —preguntó Warren Rand fríamente.

La estancia quedó a oscuras de pronto.

—¿Pero qué demonios está usted haciendo con las luces? —protestó Nickols agriamente.

No hubo réplica. La sinuosa silueta del inesperado visitante estaba ya junto a la puerta. Nickols abalanzóse hacia los conmutadores eléctricos y la luz inundó la escena. La sala estaba vacía. Salió prestamente al vestíbulo.

—¿Dónde se ha ido ese caballero que se hallaba aquí hace un minuto? —preguntó al portero.

El interrogado levantó la cabeza desde su mesita, con manifiesta sorpresa.

—Ese caballero acaba de marcharse en un automóvil, señor. Harold Nickols quedó un instante inmóvil ante la escalerilla, sumido en confusa reflexión. Apenas si podía darse cuenta de que había estado hablando con el hombre al que se había referido en su charla con sus amigos: la «Esfinge de Nueva York». Acaso debiera haberse mostrado un poco más cauto con él; pero aquel individuo

había conseguido irritarlo con su melodramático deseo de oscuridad y su absurda pretensión. Dio media vuelta al fin y encendió un cigarrillo. Por un impulso subconsciente, decidió, al llegar a la sala de juego, mantener en secreto la visita que acababa de recibir. Lo mejor que podía hacer era como si aquel episodio no hubiera tenido efecto. No obstante, a pesar de ser hábil jugador, hizo tres renunciós en la primera partida.

Según iban avanzando las horas, Harold Nickols sentíase más y más deprimido, percibiendo la rara sensación de que en el ambiente del club reinaba algo misteriosamente desagradable aquella noche. No consiguió concentrarse en la partida de *bridge*; el *whisky* le supo mal; el humorismo de sus amigos falto de gusto. Marchóse más temprano de lo habitual y en vez de tomar un taxi para dirigirse a su modesto hogar de Ebury Street, dirigióse al Strand y torció hacia el Este. En cosa de diez minutos hallóse frente a un sólido edificio de piedra, en la cumbre del cual un gran anuncio luminoso hacía pública la próxima edición matinal de «El Sol». Por lo general, Nickols no era hombre que se dejase dominar por las emociones; pero su corazón latió un poco más aceleradamente al escuchar el rugido de las máquinas. De todas las ventanas fluía abundante luz. Los amplios ventanales de la fachada estaban abiertos para que los transeúntes pudieran obtener una visión parcial de la maravillosa instalación. Las grandes ruedas giraban en el espacio; brazos de hierro parecían alcanzar las más lejanas distancias por todas las direcciones, lanzando noticias de los acontecimientos de la Tierra; escritores famosos dedicaban a los lectores consejos y críticas. Surgió en la mente de Nickols aquella serie de despachos particulares que había en el piso de arriba, cada uno de ellos dirigido por un ilustre especialista en su clase, nombres que eran heraldos de sapiencia y que daban a sus conciudadanos lo mejor de su pensamiento. Él sabía, en su modestia, cuánto costaban aquellos inspirados mensajes, qué sacrificios mentales exigía verter los pensamientos en palabras hasta darles vida, luego de largas horas de esfuerzo, del que salía todo aquel conjunto de ideas vitales que imprimían carácter a la política de uno de los mayores periódicos. A la mañana siguiente, todo el mundo sabría cuál era el punto de vista de «El Sol», en qué consistía su elaborado plan para dar paz a un mundo que no la tenía.

Cruzó la calle y lanzó una orgullosa mirada al inmenso edificio. Había luz en la mayoría de los despachos de los redactores jefes. Su ayudante, que tenía la misión de controlar la marcha de todo el tiraje, estaría atareado hasta la madrugada. Sin necesidad de entrar, adivinaba toda la escena; aquel caudal de energía, aquellas olas de ideas que se concretaban y materializaban surgiendo de las mentes de los colaboradores, de la suya propia y de los otros. De pronto, diose cuenta de la razón que le había impulsado llegar hasta allí, la naturaleza de aquella vaga inquietud que le embargaba. En la periodística organización había un traidor, si Warren Rand dijo la verdad, cosa que de un modo curioso le resultaba evidente y de la que no dudó ni un instante. Por su mente cruzaron, uno tras otro, todos los nombres de los redactores que trabajaban más íntimamente con él. Propagar tortuosamente la política de un gran periódico, en momento tan crítico, resultaba afín a robar secretos de Estado o sobornar a un embajador en el mundo de la diplomacia. Y tal cosa había ocurrido allí. Warren Rand conocía doce horas antes que ningún otro ser humano el secreto celosamente guardado en su despacho de director. Con las manos metidas en los hondos bolsillos de su abrigo, lanzó a las iluminadas ventanas una mirada casi salvaje. Era como si se hubiese producido una gran fisura de los cimientos al ático del alto edificio, hundiéndose en los ladrillos, penetrando en la obra de mampostería y dejando una odiosa cicatriz. Hasta llegó a parecerle que había cesado repentinamente el rugido de las máquinas y que algo había interrumpido su rítmico y solemne estruendo...

Un individuo cruzó junto a él y se volvió en redondo, en el momento de penetrar en el edificio. Era uno de los redactores de noche que volvía de una inútil gestión.

—¿Me necesita para algo, *mister* Nickols? —le preguntó con cierta curiosidad.

El director de «El Sol» cayó del cielo a la tierra, con un esfuerzo.

—No le necesito, muchas gracias —repuso—. Pasaba por aquí y me quedé mirando nuestra casona. Tiene un aspecto grande, ¿verdad?

—Es maravillosa, señor —asintió el reportero—. ¿De veras no me necesita?

—De veras, muchas gracias —volvió a repetir Nickols—. Estaba

buscando un taxi. Ahí viene uno. Buenas noches.

—En el Club de Periodistas se comentaba mucho el efecto que va a producir su artículo de mañana sobre Ginebra —observó el joven, acompañándole hasta la portezuela del vehículo.

Nickols sonrió al entrar en el automóvil.

—Sí, y también se me esperan agrias críticas cuando lo conozcan... Buenas noches.

—¿Qué dirección doy al mecánico, señor?

Nickols dudó. Si volvía al club se pondría a beber.

—Prefiero acostarme pronto —decidió—. Calle Ebury, número 7.

El reportero transmitió la orden, cerró la puerta y marchóse. El automóvil arrancó, transportando a Nickols sumido aún en el torbellino mental de aquella noche inquietante y que pesaba sobre él como una nube depresiva.

Capítulo III

Harold Nickols se permitía el lujo de tener un receptor telefónico junto al lecho del dormitorio. Apenas había cerrado los ojos para el primer sueño, a cosa de las tres y cuarto de la madrugada, cuando sonó el timbre. Se incorporó de un brinco y su movimiento hacia el receptor fue puramente mecánico.

—¡Diga! —exclamó—. ¿Quién llama?

—¿Al habla *mister* Nickols? —preguntó una voz familiar.

—Sí, Nickols al habla —replicó sorprendido, ya que a pesar de estar somnoliento reconoció la voz de su ayudante—. ¿Qué ocurre, Scriven?

—No lo sé exactamente, señor —replicó con cautela—. Telefono desde la Redacción. Me parece que sería mejor que viniera usted en el acto, si le es posible. Sí... ¿Me entiende?... ¿Vendrá?

—¿Pero a la Redacción? —interrogó Nickols.

—Sí, señor. Ocurre algo muy extraño. Debe estar usted aquí. Le he enviado un taxi y ya estará esperándole a la puerta de su casa, mientras se viste. Prefiero no contestar a pregunta alguna por teléfono. Yo también me siento desconcertado.

Harold Nickols saltó del lecho, vistióse con sorprendente velocidad, se pasó dos veces el peine por el cabello, con escaso éxito, se aplicó un poco de agua fresca a los ojos, se metió en el bolsillo la pipa y la tabaquera y bajó de su piso utilizando el pequeño ascensor. Reinaban las tinieblas tanto en la casa como en la calle; pero apenas abrió la puerta de salida, se acercó un automóvil de alquiler con los faros encendidos. El mecánico saltó a tierra y, llevándose la mano a la gorra, preguntó:

—¿Es usted el caballero que me han mandado venir a buscar? Vengo de la redacción de «El Sol» en Fleet Street.

—Exacto —asintió Nickols—. ¿Ocurre algo anormal allí? Supongo que no se habrá producido algún incendio.

—Yo no observé nada, señor; pero noté que entraba y salía

demasiada gente, dada lo avanzado de la hora. Eso fue lo único que noté.

—Lléveme tan de prisa como pueda —le rogó Nickols.

Volaron a través de las desiertas calles. Ocurría algo anormal en la Redacción. Ahora comprendía que aquella subconsciente inquietud que le había acosado toda la noche, estaba justificada. Ante él surgía un rostro, sólo un rostro; el del individuo que se camuflaba en la penumbra de la sala de forasteros del club hacía apenas una hora. Adivinó en aquellos breves minutos el origen de su inquietud y la zozobra que le había llevado a la calle. Tuvo miedo, miedo, como muchos otros lo habían tenido antes que él; miedo de aquel hombre extraño y portentoso, miedo por habersele cruzado en el camino de su voluntad. Llenó la pipa y se puso a fumar de un modo salvaje, hasta verse obligado a bajar las ventanas del vehículo para que saliera el humo. ¿Qué podría hacer aquella «Esfinge», aquella divinidad del mal, para detener en tan breves instantes la inmensa energía del periódico más importante del Mundo? En el transcurso del tiempo claro que podría operar; ¿pero qué podría hacer en tan breves horas? Luego recordó que aquel temible sujeto debía tener espías dentro del periódico. Acaso hubieran destrozado la maquinaria. ¿Pero qué utilidad tendría hacerlo? Warren Rand era hombre temible; pero el poder humano tiene sus límites. Él, Harold Nickols, ejercía en «El Sol» un poder absoluto e incuestionable. A una palabra suya, todo quedaría de nuevo en su lugar...

Todo parecía normal, al remontar la esquina de la calle, salvo que se observaba mayor movimiento que de costumbre en la entrada del edificio. A Nickols le esperaba una gran conmoción. Aquel desusado silencio le impresionaba. Se asomó por la ventanilla del coche, escuchando con reconcentrada atención. Comprobó atónito el hecho incuestionable: en la calle reinaba el silencio; la poderosa maquinaria que a tales horas debía estar arrojando millares de ejemplares del periódico más leído de Londres, permanecía inmóvil. Nickols sintióse sobrecogido por repentina furia. Saltó del taxi, antes de llegar al sitio de parada, se metió en el vestíbulo de mármol y comenzó a subir las escaleras a toda prisa. Los que le encontraban, le dejaban paso; hubo alguna que otra exclamación y uno trató de detenerle. Él siguió la marcha. Tenía su

despacho en el primer piso, y Scriven, el subdirector, estaría trabajando en otra estancia que comunicaba con la suya. Abrió de un empujón la puerta de su oficina y se quedó parado en el umbral, más atónito que nunca. Todo lo que estaba ocurriendo era inverosímil, como si el mundo se hubiera vuelto del revés. Su propia silla, su propia mesa nutrida de retratos, estaba ocupada por el hombre que le había hecho tan misteriosa visita en el «Sheridan Club», hacía una hora. A su lado había un hombrecito de cabello grisáceo y lacio, de facciones insignificantes y nariz corva que le era desconocido. En un sillón, marchito y compungido, con el aspecto de la persona a la que arrancan del lecho, se encontraba Gervoise Harcombe, el nominal propietario del periódico. Sentados ante la próxima mesa, que a veces utilizaba su secretario, había dos individuos de inconfundible profesión, aunque desconocidos. Reinaba en el ambiente una sensación extraña; pero llena de vitalidad. Harold Nickols miró a su alrededor con manifiesto disgusto. Su cabello parecía más hirsuto que nunca y en su mirada brilló un resplandor malévolamente. Cuando al fin pudo hablar, tuvo que hacer un esfuerzo para controlar sus primeras palabras.

—¿Pero qué diablos significa todo esto? —preguntó—. ¿Qué hacen ustedes en mi despacho? ¿Qué ha ocurrido con las máquinas?

Warren Rand le miró un instante fija y duramente.

—Nickols —le dijo—, hace muy poco se le presentó una ocasión que no supo aprovechar. Ya no es usted el director de «El Sol», ni tiene cargo alguno aquí. Mis abogados, encargados del asunto, fijarán la indemnización que se le habrá de abonar. Eso será lo que recibirá usted, y nada más. Salga de aquí. Estamos ocupados.

—¿Pero qué está usted diciendo? —gritó Nickols fieramente.

—Soy el propietario de «El Sol»; y creo que debiera haberlo adivinado ya —le anunció Warren Rand—. Tenía una opción de compra que he puesto en vigor cinco minutos antes de las doce.

El golpe fue rudo para Harold Nickols. En su mente brilló la vieja sonrisa de la «Esfinge». Estaba escuchando las palabras de un hombre que raras veces hablaba; pero que cuando lo hacía siempre decía la verdad. Dirigió una mirada desesperada a Harcombe y en su rostro leyó cuál era la suerte que le esperaba.

—Warren Rand está en lo cierto —admitió el último—, aunque la verdad es que nunca esperé que ocurriera esto. Le vendí una

opción del total de mis acciones hace algunos meses, luego de la última baja que se produjo en Bolsa.

Harold Nickols dio muestras de desconcierto. Uno de los dos desconocidos que estaban presentes, dio un paso adelante. No cabía duda de su condición de letrados; no necesitaban presentación.

—Acaso unas palabras mías pueden ahorrar tiempo —sugirió—. Soy uno de los abogados que se ocupan de los negocios de *mister* Rand. Lo que acaba de decir responde a la verdad. Hace más de un año que era propietario del cincuenta por ciento de las acciones de «El Sol». Últimamente concertó con *mister* Harcombe, aquí presente, una opción del resto de las acciones, pagando una alta cotización, con la reserva de que las acciones habían de ser transferidas y estableciendo el control en el momento que creyera oportuno *mister* Rand, con sólo media hora de aviso. Al llegar esta tarde a Inglaterra mi cliente se informó, por lo visto, de que iba a publicarse un editorial en este periódico sobre la Conferencia de Ginebra, opuesta por completo a sus opiniones. En consecuencia, ejerció sus derechos sobre las acciones de «El Sol», y desde hoy ya no pertenece a compañía alguna, sino a un solo hombre, mi cliente.

—Y el editorial que he escrito yo mismo —observó Warren Rand sin que en el tono de su voz se observase interés alguno—, está a estas horas en la linotipia y servirá para hacer destacar en «El Sol» la política que en lo futuro ha de seguir el periódico.

La mente de Harold Nickols cobró de pronto extraña clarividencia. En sus venas ardía la tormenta, sacudiendo todo su sistema nervioso. No obstante, durante aquellos primeros instantes venció la inteligencia. Diose cuenta perfecta del camino que estaba recorriendo Warren Rand y su inevitable progreso. Todo lo demás quedó rezagado en su mente. Por eso habló clara y pausadamente:

—De manera que «El Sol» va a añadirse a la cadena de los periódicos pacifistas de Warren Rand —dijo.

—Ya está incorporado a ella —rectificó secamente el aludido—. Mañana por la mañana, el millón de sus lectores observará la rectificación ideológica. Podrán avizorar cosas, que se hallan más allá, como las verá el mundo entero, cuando ni usted ni yo existamos. Harold Nickols, es usted uno de los hombres que constituyeron un obstáculo. Por eso puse en juego mi voluntad de barrerle a usted y a sus pensamientos, convirtiéndole en polvo. Con

su vacía palabrería puede afirmar usted, lo que acaba de decir sobre el destino que le aguarda a «El Sol». Tiene usted razón. Este periódico se ha incorporado a la cadena de los portavoces pacifistas, y por muy fuerte que haga usted sonar las trompetillas en otros sectores periodísticos, predicando la prehistórica doctrina de la fuerza como elemento definitivo en las contiendas humanas, perdurarán tanto las palabras de mi editorial cómo la doctrina que yo defiendo; en cambio, sólo la humorística revista «*Punch*» será el órgano capaz de recoger las antiguallas de usted.

Nickols parecía escuchar palabra tras palabra y sospesarlas atentamente. Acentuábase el frunce de su ceño y el cabello semejava más hirsuto que nunca. Sus gruesos labios se hincharon, los ojos aparecían entornados tras los lentes.

—¿Y en ese famoso mensaje que dirige usted a los lectores de «El Sol», les dice usted cómo se propone llegar a un acuerdo razonable entre todos esos heterogéneos átomos que constituyen la Conferencia de Ginebra? —le preguntó.

—Si se gasta un penique, podrá informarse dentro de unas horas, contestándose esa pregunta usted mismo.

Harold Nickols aparentó no darse cuenta del sarcasmo; pero su estado apasionado hizose más ostensible al hablar:

—Acaso les dirá cómo se propone evitar las guerras, cómo va a conseguir convencerlos de que usted o cualquier otra persona es capaz de levantar un mundo nuevo, poblándolo de una raza despojada de pasiones, de instintos bélicos, de todo impulso de competencia. ¿Explicará su editorial todo eso?

—Sé evitar la inútil retórica —afirmó Warren Rand—. Sentido común, fundamental sentido común es todo lo que se precisa para imprimir en las multitudes el sentimiento de la verdad. Tanto usted como sus compañeros son mis enemigos, Harold Nickols, y los enemigos del gran cambio que estoy tratando de realizar en el mundo. Pueden cacarear cuanto quieran en sus corrales. Están destinados al fracaso, y yo al triunfo.

En la atmósfera de la estancia operóse un curioso cambio. Todos los que en ella estaban sintieronlo y también la tensión de aquellos instantes. De pronto, adivinaron lo que ocurría. Inicióse el sordo murmullo de la maquinaria que iniciaba abajo su tarea. El sonido fue creciendo en volumen; cesaba el inusitado silencio de poco

antes. El corazón del gran edificio comenzaba a latir de nuevo. El creciente rugido de los engranajes parecieron enloquecer a Harold Nickols. Warren Rand escuchó, y sus labios, ligeramente abiertos, esbozaron algo parecido a una sonrisa.

—Ya escucha, Nickols —le dijo—; comienza a convertirse en pavesas todo su populachero verbalismo y se inicia la luz. Comenzamos a defender y a predicar la nueva doctrina.

—¿Y la predica en pro de su patria o sólo para echarnos un dogal al cuello? —interrogó Nickols, salvajemente.

—Yo no tengo patria —replicó el otro, fríamente—, ni nacionalidad, excepto la de mi pasaporte. Quítese de la cabeza la idea de fronteras, Nickols; rasgue los mapas en mil pedazos si aspira a pensar algún día con grandeza.

La tormenta estalla rudamente cuando surge imprevista. El fuego de la ira brilló en la mirada del depuesto director. El pensamiento de cada vuelta de las ruedas del poderoso mecanismo de aquella mansión, estaba estereotipando tan insanas ideas en las amadas páginas de su periódico, que le volvía loco. Dio un salto hacia adelante, abalanzándose literalmente hacia la mesa. Una sombra humana que hasta entonces había permanecido rezagada en la penumbra y que tenía el aspecto de un guardián, se hizo visible blandiendo una pistola automática. Todos se echaron atrás, esperando el estallido; pero ocurrió algo diferente. Fue como si el brinco de Harold Nickols, en vez de ponerle en contacto con un ser humano, le hubiera acercado a un poste de acero. Warren Rand no se movió de su asiento. Alargó el brazo, dando un golpe seco, y Harold Nickols no se pudo aproximar a su enemigo más que lo suficiente para recibir un puñetazo en la mejilla. Tambaleóse un instante, y se desplomó. Harcombe levantóse, y uno de los abogados llenó de agua un vaso que había en la mesa y se acercó al postrado cuerpo, sobre el que el guardián de la pistola ya se había agachado. Warren Rand contempló la escena fríamente, desde su asiento. Harold Nickols ya no escuchaba el bramido de las máquinas que le enloqueció.

Capítulo IV

Raras veces sonreía Juan Glynde. Cuando lo hacía solía ser por alguna coyuntura en los asuntos de su jefe. No obstante, aparecía en su rostro algo semejante a una abobada y afable mueca en el atardecer de aquel día, al acompañar a una señorita al gabinete de Warren Rand, situado en el piso más alto de Kingsway Building.

—Esta señorita es *miss* Stanley Erdish —anunció—. La citó usted aquí para hoy a las cuatro.

Warren Rand apartó la silla que estaba junto a la ventana a la que se hallaba asomado, y giró en redondo. Al observar la joven esbelta y atractiva que tenía ante él, no pudo evitar un gesto de mal humor. La visitante avanzaba comedida hacia él. *Mister* Rand se quedó sentado en su sillón, con los restos de un puro entre los dedos.

—No quiero ver a *miss* Stanley Erdish —dijo—. A quien quiero ver es a su padre, hermano o quién sea.

La joven lo miró de un modo que realmente era capaz de desarmar a cualquiera.

—Se equivoca —aseguróle—; a quien quiere ver es a mí.

La contempló de pies a cabeza. La verdad era que cualquier hombre la hubiera contemplado complacido, ya que tanto su cabello como sus ojos eran de un delicioso color castaño, su tez de un crema delicado que hacía inútiles los cosméticos para aumentar su belleza, mientras sus labios poseían esa línea que en un hombre implica sano humor y en una mujer ternura. No obstante, por lo visto, no consiguió impresionar a *mister* Rand. Éste arrojó al fuego la colilla del puro y continuó sentado.

—No tengo negocios con mujeres —observó con tono aun más acre—. Mi secretario lo sabe perfectamente. Me parece que ha perdido lastimosamente el tiempo al traerla a mi presencia.

—Lo extraño del caso —objetó Glynde con tono de disculpa— es que hemos tenido asuntos con una mujer, sin saberlo. Esta señorita

es evidentemente el Stanley Erdish que ha estado siendo nuestro agente de publicidad durante estos seis últimos meses. Obtuvo el empleo, si no me equivoco, previas cartas eficaces de recomendación, y cumplió su cometido perfectamente.

—¡Vaya un hombrecito simpático! —murmuró la joven—. Esa es la pura verdad.

—¡Santo Dios! —gimió Warren Rand—. ¿De manera que mis asuntos han estado en manos de una mujer todo este tiempo? ¡Ojalá hubiera leído personalmente la correspondencia!

—Le advierto que hubiera sido lo mismo —le aseguró Glynde—. Yo también quedé engañado y en estos asuntos de detalle tengo más experiencia que usted.

—Se alaba demasiado —replicó Warren Rand—. Yo huelo a una mujer a las tres palabras de una carta suya. Desde luego, que a usted sí que le embaucó, Glynde. ¿Por qué no se sienta, señorita? Cómo está aquí, temo que no tendré más remedio que hablar con usted.

—Es que estaba esperando si se ponía usted de pie —repuso la joven sonriendo, al observar que seguía sentado.

En los músculos faciales de Warren Rand ocurrió algo anormal; pero muy listo tenía que ser el fisonomista que adivinase si se trataba o no de una sonrisa.

—No se canse esperando de mí modales mundanos —le advirtió—. Soy un hombre sin modales. Además, las mujeres acabaron con todos esos formalismos al aspirar testarudamente a equipararse en todo a los hombres. Puede estar bien segura que, de saber que era usted una mujer, no la hubiera dado el empleo, especialmente siendo, como usted, joven y bien parecida. Pero ya que consiguió infiltrarse, he de confesar que cumplió perfectamente su cometido. Le había mandado llamar para decírselo y para darle instrucciones que habían de seguirse en los meses sucesivos... pero dado el estado de cosas, sólo me resta decirle a Glynde que le entregue a usted un cheque saldando nuestras cuentas y despedirla.

—¿Quiere decir eso que acabó mi empleo? —preguntó la joven.

—Exactamente eso —contestó secamente—. Mis planes no permiten colocar a mujeres en puestos confidenciales.

—¡Qué lástima que no se informase a tiempo de mi sexo! —suspiró ella—. El caso es que ahora es demasiado tarde.

Pocos hombres sufrieron una mirada como la que le dirigió Warren Rand. *Miss Stanley Erdish* la sostuvo alegremente.

—¿Qué quiere decir con «demasiado tarde»? —la interrogó.

—Verá —explicóse ella, escogiendo la silla más cómoda que estaba a su alcance—, me nombró usted agente de publicidad con atribuciones únicas y totalmente desusadas. Cuando recibí la carta de su secretario, casi se me cortó la respiración. Mi misión con otros clientes fue siempre la de mantenerlos en la celebridad. Con usted, de acuerdo con las instrucciones de *mister Glynde*, fue la de borrar su nombre de todos los periódicos y arreglármelas para que el nombre de Warren Rand no apareciera nunca en letras de molde, dando a entender cuando ocurría alguna transacción financiera afortunada, cuando se adquiría un nuevo periódico o se controlaba alguno, que podría tratarse de cualquier persona menos de Warren Rand. Confieso que mi misión intrigóme un poco. Jamás había pasado por una experiencia parecida ni conseguí nunca trabajo que me divirtiera tanto.

—Mejor así —terció Warren Rand fríamente—, ya que ahora acabó usted con ello.

—¡Eso sí que no! —protestó la joven—. Estoy sólo en los comienzos.

—¿Pero es qué no se da cuenta de que está despedida?

Negó ella suavemente con la cabeza.

—¡Oh, no! —objetó—. ¡No puede hacer eso! ¡Es imposible, *mister Rand*!

—Acompáñela a la caja y que el cajero le dé un cheque por lo que se le adeuda —insistió el otro.

Juan Glynde se levantó; pero la joven le retuvo por la muñeca y le obligó a pararse.

—No se moleste —rogóle—. Por el momento no necesito dinero. Volvamos al asunto de mi despido. Es materialmente imposible que lo intente. ¿Acaso no se ha dado cuenta de que cuando adopté la profesión de agente de publicidad, casi me adentré en la esfera del chantajismo, actividad mucho más lucrativa, por cierto? Bien sabe usted, *mister Rand*, que son muy pocas las personas que ocupan una posición comparable a la suya.

—¿Trata de hacerme víctima de un chantaje? —inquirió el aludido—. ¿Y qué puede esgrimir contra mí, señorita? Yace en el

Cementerio de la Santa Cruz un individuo; otro en el fondo del Hudson y otros dos condenados a catorce años de prisión cada uno. Hasta hoy nadie consiguió conmigo nada en ese aspecto.

Miss Stanley Erdish no se inmutó.

—Porque no siguieron el camino apropiado —repuso ella—. Además, no sabían tantas cosas como yo. Piense por un momento, *mister* Rand, piense por un momento la serie de cosas que he mantenido en secreto durante los doce últimos meses. ¿Quién sabe que es usted el misterioso sindicato que adquirió el *Daily Clarion*? ¿Quién tiene la menor idea de que es usted el desconocido financiero que prestó seis millones de libras a Turquía, en el preciso momento en que le iba a declarar la guerra a Grecia? ¿Quién sabe que St. Clair Dent, propietario de ese gran sindicato financiero del Norte, que posee varios periódicos, recibe unas diez mil libras anuales de usted en compensación de publicar determinadas informaciones? ¿Quién conoce el nombre del misterioso comprador de oro en las últimas semanas...?

—¡Cállese! —la cortó Warren Rand—. ¿Cuáles son sus condiciones?

—Soy yo la que arrojó polvo en los ojos del mundo referente a todos esos asuntos —le recordó ella—, y soy quién puedo proporcionarle la medicina para que pueda ver...

Warren Rand seguía inmóvil en su asiento, contemplando a su encantadora visitante. Ella le devolvió la mirada escudriñadora con otra llena de encantos. Juan Glynde, que sentía miedo, pues se daba cuenta de que su jefe estaba enfadado, intervino:

—La joven tiene razón. Ha trabajado bien y despedirla sólo por ser mujer sería una ligereza; aún peor que una ligereza —añadió, haciendo una seña a su jefe.

—Veo que no me equivoqué al juzgarlo un hombrecito muy inteligente, *mister* Glynde —suspiró ella—. Además, no deben olvidar el asunto de anoche. Soy probablemente la única persona capaz de ocultar al mundo entero que *mister* Warren Rand ha comprado «El Sol» a Gervoise Harcombe y es ahora su único propietario; o la verdad respecto al artículo sobre la Conferencia de Ginebra que se publica esta mañana. No debe olvidar —continuó con aire reflexivo— que se halla usted en Inglaterra y que mi trabajo va a ser bastante difícil, por lo que creo que debía pensar

usted en subirme el salario.

—¿Está usted casada? —preguntóle *mister* Rand.

—Todavía no —repuso tendiendo la mano derecha sin anillo—, aunque espero estarlo algún día, y a ser posible con un americano. Todos dicen que son muy buenos maridos.

—¿Tiene hermanos?

—Ni hermanos ni hermanas.

—Así, es la única de su familia.

—La única —asintió—. ¿Por qué le interesa saberlo? ¿Es que acaso habría proporcionado ocupación a los de mi familia de haberla tenido?

—¿Qué salario gana esta señorita? —preguntó bruscamente.

—Quinientas al año —replicó Juan Glynde— y moderados emolumentos para gastos.

—Parece mucho —terció la joven—; pero las cosas están tan caras... Los zapatos y las medias cuestan una fortunita —añadió, contemplándose sus zapatos y medias de seda.

—¿Y cuáles son sus pretensiones? —volvió a preguntar Warren Rand.

—Tengo una madre de cierta edad a la que debo atender —suspiró la joven—. A pesar de sus años, le gusta asistir a los clubs de noche y visitar París. Siempre me ha hecho ilusión satisfacer sus deseos de viajar.

—Pues envíela a correr mundo —concedió Warren Rand—. Oiga, Glynde, que se le den a esta señorita tres mil libras al año a partir de ahora.

—¡Vaya una cifra bonita! —murmuró ella—. Con eso sí que me las voy a arreglar bien.

Warren Rand tornó a escudriñarla con su negativa mirada.

—Por si acaso se ha despertado su vanidad —le dijo—, le voy a advertir una cosa: hasta ahora trabajó muy bien; pero siempre tuvo detrás poderosas influencias. No creo que exista un director de periódico inglés que no conozca mi monomanía y no esté dispuesto a respetarla. Habrá visto muchas veces como individuos que ni me conocen ni me han visto nunca han borrado mi nombre de la información. Ya saben lo que se hacen.

Asintió la joven e inclinando un poco el cuerpo abrió su cartera de negocios de color marrón, extrajo un fajo de papeles y escogió

una hoja. Cruzó luego la estancia y acercándose a *mister* Rand, extendió el papel para que lo inspeccionara. Era una galerada periodística. Warren Rand percibió una sensación poco habitual, que le irritó ligeramente: cierto perfume dulce, sutil, de flores desconocidas.

—Supongo que no le habría agradado a usted que se publicase esto —observó ella—. Como ve, ya estaba casi en máquinas.

Leyó él las primeras líneas.

«Una de las más singulares innovaciones de la política moderna es la intromisión de un acaudalado propietario de periódicos que se mezcla en las orientaciones de los estadistas de la época. Se rumorea que aunque su nombre no consta en la lista de pasajeros de ningún barco, Warren Rand, el multimillonario, y como se le llama popularmente, “La Esfinge de Nueva York”, se halla camino de Europa y se espera que participe en las conversaciones diplomáticas de Ginebra.

Warren Rand, cuyos periódicos habrán obtenido miles de veces declaraciones de personalidades mucho menos destacadas, jamás ha tolerado interviú alguna ni apareció jamás retratado en la prensa; igualmente apenas si dos o tres veces firmó con su nombre los artículos que se juzgan salieron de su pluma. Es hombre de gran carácter y con una curiosa tendencia a mantenerse en secreto; pero su influencia es ilimitada y si en un momento dado decidiese intervenir directamente en los negocios de la historia europea contemporánea, constituiría una fuerza muy digna de tenerse en cuenta. Se dice que su actual misión es la de intervenir en los problemas de desarme y no constituye un secreto que ciertas poderosas influencias que han venido ejerciendo presión para retardar en Ginebra tales medidas, esperan su llegada con manifiesto recelo.»

Warren Rand apartó la mirada del impreso y se encaró con la joven.

—¿Dónde obtuvo usted eso? —le preguntó— ¿En alguna imprentilla de su casa?

—Procede de la redacción de *El Hemisferio* —replicó, haciendo

caso omiso de su sorna. Hubiera aparecido en ese periódico, a no ser por mí. Fue uno de mis más laboriosos trabajos. Me costó mucho.

—¿Habla usted seriamente?

—Esa es mi costumbre.

—¿Pretende hacerme creer que el director de *El Hemisferio* fue sobornado por usted, con sus modestos medios, para que no se publicase esta información?

—No utilicé precisamente el dinero —replicóle—. Desde luego, no intervino el dinero; pero mi esfuerzo fue verdaderamente penoso. Tuve que sufrir que me acompañase a cenar tres veces, al teatro dos y no sé cuántas a comer. No es que me desagrade *mister* Soames —continuó—; pero baila muy mal, y como acompañante es un poco aburrido. No obstante, ahí está la prueba de mi intervención. ¡Y aún pensaba despedirme usted!

—Todavía no me he decidido a no hacerlo —murmuró.

Juan Glynde hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¡Oh, no!; no está usted despedida —intervino—. Tendrá su cheque por el primer trimestre, sobre las bases nuevamente estipuladas, antes de que abandone nuestras oficinas, si lo desea, *miss* Erdish.

—Siempre le juzgué encantador —confesó ella, dedicándole una sonrisa fascinadora—. Al principio no creí que fuera usted de talla suficiente para desempeñar el cargo de secretario de Warren Rand; pero he cambiado de opinión. Hablando de otra cosa —continuó—, se me ocurre la idea de si no será un plan excelente que me permitieran acompañarlos a Francia, *mister* Rand. No es que los periodistas franceses sean muy peligrosos; pero en nuestros tiempos hay demasiados periodistas ingleses haraganeando por la Riviera, ansiosos de noticias, y creo que contra ellos necesita usted protección.

—¿Y cómo sabe que voy a Francia? —le preguntó.

—No cabe duda que va usted allí —persistió la joven—. Muy pronto van a comenzar las sesiones en Ginebra. Estoy casi segura de que su anunciada visita les ha llenado de temor. Estoy también segura de que se dirigen a la Riviera dos o tres personajes a los que desea usted ver. Desde luego —continuó cordialmente—, no pretendo ocasionarles molestias, al proponerles acompañarles a

Francia. Puedo viajar con el otro personal que le acompaña, o sola. Estoy convencida de que *mister* Glynde me prestará su valiosa ayuda, caso de necesitarla. Además, va siempre con usted un individuo encantador al que he visto dos o tres veces, un tal coronel Tellesom, jefe de su Guardia de Honor, según creo. Podemos colaborar los dos.

—¿Habla usted francés?

—Como una nativa, y también italiano.

—Bueno, por el momento quítese de la cabeza toda idea de viajar por el extranjero —le advirtió—. No pienso ir a Francia.

Sonrió ella.

—No tendría ni siquiera que ir en el mismo tren —persistió—, aunque estoy segura de que sería útil en caso de entrometerse algún periodista.

—¡Pero si le digo que no voy a Francia! —repitió *mister* Rand.

—¿Podré entonces utilizar el yate que ha enviado usted a Cannes? —insinuó.

Se la quedó mirando.

—¿Y cómo ha sabido que tengo un yate en Cannes?

Ya estaba la joven camino de la puerta, y volvió la cabeza.

—Soy un agente de publicidad y también un excelente agente secreto.

Warren Rand mordió furiosamente la colilla del puro y la encendió.

—¡Vaya una jovencita tan impertinente, *mister* Glynde! —comentó.

El secretario se acarició la barbilla con aire pensativo.

—Sabe su oficio —comentó.

Sonó el teléfono privado de Warren Rand y Juan Glynde conversó con un interlocutor desconocido. Luego de unos minutos, dejó el auricular y habló en voz baja a su jefe.

—El Jefe del Gobierno desea saber si puede usted cenar con él en la Cámara de los Comunes a las ocho.

Warren Rand torció el ceño.

—¿Y de qué me va a servir?

—Efectivamente, de nada va a servirle —asintió Juan Glynde— pero la negativa podría producir consecuencias desagradables. Además, podrá usted satisfacer su curiosidad respecto a la actitud

de estos señores.

—Dígale que no ha podido dar conmigo; pero que telefonearé dentro de cinco minutos.

Juan Glynde obedeció, mientras Warren Rand se sentaba con las manos en el bolsillo del pantalón.

—¿Cómo habrá podido informarse de que me hallo en Inglaterra? —gruñó— Mi nombre no apareció en ninguna lista de pasajeros y contamos con la discreción de los radiotelegrafistas.

—No puede usted esperar imposibles. Conseguimos evitar que apareciera en los periódicos la noticia de su partida de Nueva York y su llegada aquí, cosa que fue bastante difícil; pero no debe olvidar que en Inglaterra funciona un servicio secreto, y usted es una personalidad prominente. Además, recuerde la escena con Nickols.

—No tendré más remedio que cenar con el Primer Ministro —decidió Warren Rand—, aunque ni va a averiguar nada de mí ni yo de él. No importa; cenaré con él. Preséntele mis respetos y dígame que estaré allí a las ocho.

Capítulo V

Aquella tarde, a las seis, cerró su buró americano, *miss* Stanley Erdish, hizo sonar un timbre y entregó al empleado de uniforme que se presentó una pila de unas veinte o veinticinco cartas. Despidió a su secretario con un movimiento de la mano y minutos más tarde apretaba el botón de uno de los ascensores y descendía al famoso vestíbulo circular, sin haberse dado cuenta del personaje que estaba a su lado.

—Desearía cambiar unas palabras con usted, *miss* Erdish —rogóle Juan Glynde.

Asintió ella con indiferencia y siguióle hacia uno de los salones. Daba la coincidencia de que se habían recibido muchas noticias de última hora, procedentes de Oriente, y la sala estaba llena de gente ansiosa de entrevistarse con el director. Trataron de hallar otra estancia, con igual resultado. La gran rotonda, casi tan amplia como una iglesia, se hallaba aún más inhospitalaria. Por doquier había corros comentando las últimas noticias, y todas las sillas estaban ocupadas. El cuartel general de cerca de un centenar de periódicos recogía a todas horas un río de informaciones políglotas. *Mister* Glynde tosió un poquito.

—Si hubiéramos tenido un poco más de intimidad, *miss* Erdish —le dijo—, me hubiera atrevido a proponerle que tomásemos un combinado en algún restaurante cercano.

—¡Por lo que más quiera, no ande usted con remilgos! —le rogó—. ¿Acaso no navegamos en el mismo barco? Le acompañaré al «Gramp», aquí cerca.

Salieron juntos, cruzaron la calle, alcanzaron otra manzana de casas y llegaron ante un gran edificio de piedra de cierto aspecto exótico que tenía flores en las ventanas. En una amplia estancia de la planta baja había un bar y un semicírculo de sillones y mesitas; en el fondo se divisaba un pequeño restaurante.

—Aquí debe hallarse usted casi como en casa —observó *miss* Erdish, mientras escogían sitio—; el barman es americano, se sirve

whisky canadiense si lo desea, etcétera. La mayor parte de los periodistas norteamericanos vienen aquí.

—¡Un lugar encantador! —asintió *mister* Glynde.

Llamaron al camarero y pidieron bebida y emparedados.

—Yo pago los combinados —advirtió ella—. Se ha mostrado muy amable conmigo, *mister* Glynde. No es que temía realmente perder mi empleo; pero la verdad es que sin su ayuda me hubiera resultado más difícil conseguirlo.

—Sí —admitió—, le hubiera costado más trabajo. Le he rogado a usted que cambiáramos unas palabras en privado, *miss* Erdish, porque quiero tranquilizarme.

Quitóse ella el sombrero, arrellanóse en el sillón y mordió un buen trozo de emparedado. Juan Glynde estaba seguro de que jamás había visto un cabello castaño tan precioso ni tan maravillosos dientes.

—¿Quiere explicarse, *mister* Glynde? —le invitó ella—. Sea franco conmigo.

—Así lo haré. Sé más cosas de usted de las que le dije a mi jefe.

—Supongo que no me podrán perjudicar.

—Eso creo; pero me parece que si el jefe supiera lo que yo sé, no hubiera sido tan fácil convencerle.

—¿Y qué es lo que sabe?

—Que Stanley Erdish fue el nombre que adoptó usted cuando trabajó una temporada en el teatro, hace cosa de un año. Su verdadero nombre es Stanley Nickols. Es usted hija de Harold Nickols, el director de «El Sol».

Acabó ella el emparedado en silencio, despojó la mesita de migajas y sorbió un poco de combinado.

—¿Y cómo consiguió averiguarlo? —preguntó la joven, meditando a la vez que asentía a la invitación del barman— Voy a tomar otro combinado para reponerme del susto. ¿No le importa?

—En lo más mínimo. Yo también repetiré.

—Ahora, cuénteme cómo hizo tan gran descubrimiento. Creí haber borrado todo rastro de mi pasado.

En los azules ojos de *mister* Glynde apareció una expresión casi conmisericordiosa.

—*Miss* Erdish, ¿no se ha dado cuenta de que en Kingsway Building hay seiscientas personas que trabajan para el jefe?

—Nunca creí que hubiera tantas —confesó ella—. ¿Y cómo consigues darles trabajo a todas?

—Por el momento —continuó él—, refirámonos exclusivamente a los gabinetes número veintisiete, veintiocho y veintinueve que se encuentran precisamente debajo del suyo. Están ocupados por un pequeño equipo de agentes de investigación, detectives creó que les llamarían aquí. Todos están cuidadosamente escogidos y bajo la supervisión de uno de los mejores agentes que abandonó el servicio de Scotland Yard para triplicar su salario. Toda persona que entra al servicio del jefe, ha de pasar por la criba de esta red investigadora. Si de los datos que me dan a mí hallo algo que el jefe deba saber, se lo comunico. Esta es la primera vez en mi vida que no fui perfectamente honesto. El jefe tiene muchos prejuicios, y la sola alusión del parentesco de usted, le hubiera bastado para negarse a escuchar de sus labios absolutamente nada, y de haberse aventurado usted a insinuar sus vagas amenazas, le hubiese ocurrido algo serio...

Miróle ella incrédula.

—¿De veras?

—Desde luego —replicó él—. Nuestra organización es casi perfecta; la controla nuestro jefe y funciona bajo su alta dirección en su mayor parte. El jefe hubiera juzgado la actitud de usted como un intento de chantaje. El chantaje es un delito y hubiera contestado al delito con otro delito. Nada le hubiese salvado a usted, y lo que se hubiera hecho, habríase realizado de tal modo que no cabría inculpación a ninguno de los que trabajan en Kingsway Building.

Miss Stanley Erdish encendió un cigarrillo. Tenía un aspecto extraordinariamente atractivo, sentada con aquel aire de optimismo e interés.

—¡Qué sugestivo es todo esto! —exclamó—. ¿Quiere decir, hablando claro, que me hubiesen mandado al otro barrio?

—Cosa parecida —asintió *Juan Glynde* con calma—. Mi jefe no hubiera tenido ningún escrúpulo. Ante sus ojos cometía usted un crimen amenazándole con un chantaje, y se hubiera limitado a equiparar la réplica con otro crimen. Acaso no hubiese recurrido a medidas violentas; pero lo seguro es que habría quedado usted convertida en un ser inofensivo, y pronto su nombre pasaría al

olvido.

—¡Pues en menudo lío me iba a meter! —observó *miss Stanley Erdish*, brillándole los ojos de excitación.

—Constituimos una organización —continuó Juan Glynde—, que no puede igualarse a ninguna otra en la historia del mundo. Somos una máquina perfecta que funciona con una finalidad firme y determinada, y que se ve protegida herméticamente contra cualquier interferencia.

—Resulta espeluznante —murmuró ella—; pero a la vez intriga mucho. ¿Y piensa decirle algo a su jefe de lo de mi parentesco, para que se me vaya buscando un puestecito en el cementerio?

—Eso depende de las circunstancias —replicó Juan Glynde, irguiéndose un poco en el asiento—. ¿Quiere prestarme un momento de atención?

Miróle ella con cierta sorpresa. Juan Glynde había adquirido en los últimos instantes un aspecto mucho más varonil; su busto enderezóse y su voz era más firme.

—*Miss Stanley Erdish* —dijo—, creo conocer a los hombres y a las mujeres y confío en no llevarme un chasco con usted. La juzgo dotada de tres cualidades importantes: valor, probidad y sentido común. Repito que espero no haberme equivocado. Voy a someterla a la primera prueba. ¿Cree usted lo que le acabo de decir?

—Verá —admitió, quitándose el cigarrillo de los labios—. Siento decirle que sí, que lo creo; pero nunca me asustó enfrentarme con lo poco habitual. Sí, le creo.

Juan Glynde sonrió.

—No me equivoqué —felicitóse—. Ahora, la segunda pregunta: ¿se da cuenta de que está corriendo un peligro?

—Eso recelo.

—Tengo verdadero interés en mantenerle a usted en su cargo —continuó él, casi solemne—. Seguirá usted formando parte de nuestra organización, aunque sea con un cargo modesto; pero, al fin y al cabo, será una de los nuestros. No es la primera vez en mi vida que me he fiado más de la palabra de una persona que de la firma de otra. Soy banquero y confieso esta debilidad, *miss Stanley Erdish*. Si me da usted su palabra, confiaré en ella.

—¿Y de qué he de darle palabra?

—Tiene usted que prometerme que, haciendo caso omiso de su

parentesco o de cualquier ofensa real o imaginaria que haya sufrido su padre, se mantendrá fiel a nuestra organización. Ya ve que la cosa no puede ser más fácil. Acaso cometa una ligereza. Me limito a pedirle su palabra, *miss Stanley Erdish*, y tan pronto me la dé, quedará usted a salvo.

Le miró la joven intensamente. Era epicúrea en la vida y en las sensaciones; pero nunca pudo imaginarse situación tan excitante como aquella. A cuarenta yardas sonaba el estruendo urbano de Fleet Street; más cerca, las notas de un piano callejero; casi al lado se escuchaban las palabras de saludo del barman a sus clientes, y podía observarse la habitual sonrisa de Charles y sus peculiares gestos de intimidad dedicados a los asiduos al establecimiento; hasta ellos llegaban fragmentos de conversaciones que irrumpían en el raro ambiente que aquel hombrecito había creado. Todo aquello le resultaba a la joven encantador, y al contestar *miss Stanley Erdish*, su tono era distinto al peculiar en ella.

—Se lo prometo, Juan Glynde —le dijo—. En realidad, no tiene que temer nada. Comprendo su punto de vista; pero debo advertirle que entre mi padre y yo median pocos lazos de simpatía. Hace más de seis años que abandoné mi casa y nos vemos muy raras veces.

Sonrió él complacido, mordió por primera vez su emparedado y sorbió un poco de su combinado.

—Me quita un gran peso de encima —murmuró él—. Con sólo un gesto mío, al salir de aquí quedará usted libre para ir adonde quiera, sin que la espíen ni siga bajo sospecha.

—Entonces, ¿nos han seguido hasta aquí?

—Exacto. Todo el día ha sido usted espiada. Salió de su casa de Coburg Crescent, a las nueve y cuarto; tomó un taxi, discutió con el mecánico sobre algo y llamó a otro. Se detuvo un momento en un club de Hay Hill y preguntó al portero si habían recibido cartas para usted. De allí acudió a Kingsway Building. No recuerdo exactamente el tiempo que dedicó a almorzar; pero está registrado en el informe. Luego marchó usted al restaurante de Berkeley y tomó un refrigerio en compañía de un joven llamado Childers, el jugador de *cricket*.

—¡Pobre muchacho! —murmuró ella—. Es muy simpático, pero poco inteligente.

—Después volvió usted a Kingsway Building, a hora oportuna —

continuó Juan Glynde—; nada tengo que decir sobre su trabajo en nuestras oficinas. Salió de la casa a las siete menos cuarto, acompañada de un perfecto idiota, de edad madura, que manifiesta una ridícula admiración por usted, engolfándose ambos en una conversación larga.

—Siempre dije que era usted un hombre muy atractivo —afirmó ella—, aunque la verdad es que no resulta muy agradable verse espiada de tal modo.

—Eso ya acabó —aseguróle *mister* Glynde—; ahora es usted libre.

Acercósele ella un poco.

—Ya que soy libre, mi estimado subjefe, o como quiera que le llame, ¿no podía dárseme al menos algún indicio de lo que significa todo esto? ¿A qué nuevo hemisferio vamos a agredir o qué nuevo mundo vamos a descubrir?

Dejó escapar él un suspiro muy gracioso.

—Amiga mía —repuso—, son muchas las cosas que yo ignoro, aunque espero que llegará el momento en que se detenga todo el mecanismo y podamos dirigirnos claramente a la derecha o a la izquierda. No obstante, es una dirección que conoce sólo un hombre en el mundo. En lo que a mí compete, sólo tengo un deber, y éste, en cierto modo, queda bien cumplido. Mi misión es convertir a mi jefe en el hombre más rico del mundo. Esto ya lo he conseguido. Le he proporcionado tal control sobre los mercados financieros de ambos hemisferios que, utilizando las líneas telefónicas, puedo hacer subir o bajar las cotizaciones de valores, y a la hora de cerrar los negocios bancarios decir que he hecho cuanto me ha venido en gana.

Juan Glynde hablaba a sus anchas; era otro hombre, al menos temporalmente. La joven le miró con ojos muy abiertos. Se estaba expresando como un dominador del mundo.

—¿Y para usted mismo? —balbuceó.

—El dinero no es nada —replicó con indiferencia—. Son muchos los que han hecho la misma afirmación, pocos los que dan a esta frase la interpretación auténtica. Abandoné el banco más importante de Nueva York para encargarme de mi nuevo trabajo, con un salario doble y una bonificación extraordinaria, la cual me ha convertido en un millonario. Soy de gustos sencillos; en algún

aspecto me parezco bastante al jefe. El dinero ha perdido para nosotros toda sugestión. Los números nos atraen porque subyugan a la imaginación; pero repito que el dinero ya no tiene significación alguna.

—Me agradaría casarme con una persona que se pareciera a usted —contestó *miss Stanley Erdish*.

—Mi estimada señorita —replicó—, con su interesante sentido del humor, su sutil inteligencia y deliciosa personalidad, podría casarse con un príncipe, y si no ocupara yo el segundo lugar en la más vasta organización del mundo —suspiró, mientras se disponía a pagar la cuenta—, me parece que me agradaría ser un príncipe.

Capítulo VI

Cenaron aquella noche en un gabinete reservado de la Cámara de los Comunes y estuvieron hablando del futuro de Europa. Escasas eran las ideas comunes y pocos los asuntos en los que pudieran coincidir. Warren Rand se preguntó pronto cómo habría podido llegar aquel hombre a primer ministro de un gran Estado, mientras el excelentísimo señor Oliver Trowse inquiría en silencio, con verdadero asombro, cómo su secretario particular, en el que tenía depositada toda su confianza, podía haberle hablado de aquel hombre como si se tratara de una de las más poderosas fuerzas vitales contemporáneas. A pesar de tales prejuicios, Trowse procuró salvar externamente el prestigio de su interlocutor.

—Me han dicho, *mister* Rand —le dijo—, que en los últimos meses se ha convertido usted en el propietario más importante de periódicos de ésta y otras generaciones.

—Probablemente es cierto —asintió Rand.

—Cabe preguntarse uno —continuó el primer ministro, tomando el primer sorbo de champán— si sus actividades en este terreno actuaron exclusivamente por un móvil financiero o si, como se me ha sugerido vagamente alguna vez, oculta usted cierto plan extraordinario que no ha comunicado a nadie.

—No tengo por qué ocultar ningún plan —afirmó Warren Rand con una brusquedad a la que no estaba acostumbrado su acompañante—. Me limito a comprar periódicos que son buenos negocios, porque si un periódico no es un buen negocio es que no alcanza una gran circulación y eso no me interesa. Reconozco que unos cincuenta millones de ciudadanos de los Estados Unidos y de Inglaterra, así como muchos otros dispersos por el Continente, sin hablar de las Colonias, leen diariamente lo que queremos decirles.

El primer ministro asintió, con aspecto pensativo.

—Muy interesante —murmuró—; de veras, muy interesante. Permítame que le formule una pregunta puramente por curiosidad. ¿Por qué cree usted que la Prensa puede compararse, por ejemplo,

con la palabra hablada de las estaciones de radio o cualquier otro medio de atraer la atención pública?

Warren Kand ofrecía en aquellos momentos el aspecto de un catedrático al que se le plantea en el aula un problema.

—Le explicaré, *mister* Trowse —repuso—, por qué posee la prensa una fuerza ilimitada e infalible. Consigue tal fuerza por el valor de la repetición. Las leyes del mundo físico pueden ofrecer el mejor símil; las gotas de agua que horadan la piedra, el alud que empuja el terreno pulgada tras pulgada, hasta que se ocasiona la convulsión final; la fuerza de gravitación socavando edificios que los hombres han levantado. ¿Me sigue usted? Se podrá intentar inculcar una doctrina empleando la voz humana para que le escuchen los que quieran atenderla; pero pronto se olvidarán las palabras. Existe, no obstante, un procedimiento por el que puede predicarse a los hombres la misma doctrina día tras día, semana tras semana, año tras año, hasta convertirse en parte de su propia existencia, hasta creer en ella porque tiene que creerla. Ha de leer su periódico, más o menos concienzudamente, no va a pasar todo el tiempo ojeando los cuentos, las informaciones financieras y comerciales. Antes de desprenderse del periódico ha de leer el artículo de fondo e informarse de los asuntos del mundo desde el punto de vista del hombre o grupo de hombres que escriben los artículos de fondo. A través del periódico se forma la conciencia de un hombre como la de un niño en la escuela. Nada puede compararse a este medio de eficacia. Por eso los hombres que poseen los grandes periódicos gobiernan el mundo.

—Pocos son los que deban más que yo a la Prensa ni que valoren mejor su fuerza en la vida; pero me parece que exagera usted. Es natural, dada la posición que ocupa en el mundo del periodismo.

Warren Rand no se preocupó de discutir tal punto de vista, vació su copa y esperó que se la volvieran a llenar. Cuando habló lo hizo con la actitud del que no tiene mucha esperanza de ser entendido.

—Acaso parezca que exagero —admitió tolerante—, y es natural.

Oliver Trowse aventuróse a formular otra pregunta que le sugirieron las palabras de su interlocutor.

—¿Cree usted que si adquiere la propiedad de un periódico

republicano puede convertir a sus lectores en demócratas?

—¡Claro que es posible! —asintió Warren Rand—. Yo lo he hecho más de una vez. Hay que buscar un director de sutil inteligencia; pero es fácil de conseguir lo que acaba de plantear. Se inicia la tarea continuando la trayectoria ideológica, habitual en el periódico. Luego, un buen día, se titubea. El Gobierno republicano que se aparenta defender, promulga leyes que merecen alguna crítica. Es el comienzo de la brecha. Hay que dar a los lectores la impresión de que se siguen defendiendo los mismos ideales y que los postulados republicanos son inconvertibles; más tarde, gradualmente, se va inspirando en los lectores un resquebrajamiento en la confianza individual depositada en el partido, dejando traslucir las dificultades del periódico para mantenerse leal. El caso que me plantea es raro, pero realizable. Si no se consigue en una generación, se consigue en la siguiente... Existe un Estado en el oeste de Norteamérica donde no había ni un solo periódico republicano de cierto prestigio, hace quince años, y en cambio existían cinco diarios demócratas. Compré dos de los cinco y hoy tal Estado está representado por un senador republicano. Lo importante es dejar que las inteligencias se muevan libremente; pero mostrándoles un camino lógico, brillante, y lo seguirán. En realidad, no debía de existir pluralidad de criterios políticos en el sistema de gobierno. Éste fue el secreto de Mussolini para ponerse al frente de su país.

El primer ministro pareció impresionado; pero adoptó una actitud un poco protectora.

—¿No exagera un poco, *mister* Rand? —objetó— Las inteligencias, incluso siendo del mismo calibre, es muy difícil que discurren siempre por los mismos carriles.

—Pues debían hacerlo, al menos en líneas generales —persistió Warren Rand.

—¿Y por qué no ocurre así?

—Mala educación —replicó con presteza—. La educación debería ser universal y sus principios, los principios básicos, debían establecerse sobre los mismos fundamentos. Lo que el mundo necesita es...

Interrumpióse. Aguardó con aire expectativo.

—Continúe, por favor, *mister* Rand —invitóle—. Claro que está

usted desarrollando los principios del socialismo; pero presiento que lo que iba usted a decir representaba su personal ideología.

—El caso es que no deseo decirlo —replicó *mister* Rand, bruscamente—. Existen otras cosas más interesantes que me agradaría discutir con usted.

El primer ministro recordó, de pronto, su propia jerarquía; sorbió un poco de champán y persistió:

—Mire, *mister* Rand, me gustaría que fuese usted franco conmigo. Creo que merece la pena que descubramos ambos nuestros pensamientos.

—Lo dudo —murmuró Warren Rand.

—Son muy pocas las personas que conocen algo de usted —continuó el primer ministro—. Los privilegiados que saben algo afirman que se cree usted investido de una especie de misión profética, que oculta en su mente, en el fondo de su conciencia, el impulso de una gran causa y que en el momento oportuno la hará pública. Mientras tanto, debido a su control de la prensa, ha alcanzado usted, ciertamente, una gran influencia, aunque yo no llego a reconocerle el alcance que usted pretende. Al mismo tiempo, según se me ha dicho, se ha convertido, gracias a unas cuantas operaciones afortunadas, en uno de los hombres más ricos de nuestra época.

—Eso es muy posible —admitió Warren Rand—. Bien, ¿y qué?

Al primer ministro le costó trabajo ocultar el disgusto que le ocasionaba la ruda forma de expresarse de su interlocutor.

—Debe considerarme usted un poco curioso —disculpóse—; pero le advierto que su posición sólo me interesa desde un punto de vista puramente patriótico. Mantenemos contacto con los gobiernos de los distintos Estados a través de nuestros embajadores y agentes comerciales. En usted tenemos que apreciar una fuerza concentrada, con la potencialidad de una nación, pero sin expresión externa. Me han contado de usted cosas muy extrañas, *mister* Rand.

—En ninguno de mis actos faltó a la ley —observó *mister* Rand—. Yo sigo mi camino.

—Exacto; ¿pero cuál es ese camino? —preguntó el primer ministro, dando unos golpecitos con los lentes sobre la mesa, gesto que le era peculiar, cuando se dirigía a un auditorio numeroso—. ¿Cuál puede ser nuestra actitud ante determinada medida suya?

Entra en sus planes intentar imponer al mundo una nueva doctrina política o sociológica. ¿De qué parte podrá echarnos encima el bólido?

—Si continúa usted en el gobierno el tiempo suficiente —dijo Warren Rand fríamente—, es probable que sea el primero en entender cumplidamente el motivo de mis esfuerzos, aunque la verdad es que juzgo a su Gobierno carente de la necesaria estabilidad para enfrentarse con el porvenir.

—Hemos atravesado tiempos difíciles durante los últimos años, *mister* Rand —admitió, tolerante—; pero en la actualidad las perspectivas son más claras.

—Su partido apenas si existe como tal —replicóle fríamente—. Se ven ustedes obligados a recabar la colaboración de otras fuerzas políticas para mantenerse en el poder y gobiernan ustedes porque nadie quiere gobernar por el momento; o sea que no gobiernan ustedes por voluntad del pueblo, sino por falta de voluntad.

El primer ministro se quedó mirando atónito un momento a su interlocutor, mordiéndose los labios, y dejó escapar una risita nerviosa.

—Difícilmente cabía esperar semejante franqueza, *mister* Rand —observó.

—Nada puede compararse a la verdad pura. Detesto las situaciones ambiguas; por eso precisamente son respetados y creídos mis periódicos en todo el mundo. Espero que comprenderá que nada de lo que digo tiene carácter personal —observó el visitante.

Un sirviente trajo café y puros. Warren Rand sirvióse de ambas cosas y aceptó una gran copa de coñac. Antes de continuar, esperó a que el sirviente hubiera salido.

—Desearía que no juzgue demasiado ruda mi franqueza —añadió—; pagaría mal su amable hospitalidad si no le hablase con la verdad en los labios. Políticamente, ambos sabemos perfectamente que su país se halla en un trance difícil en estos momentos. No cuentan con un partido, ni siquiera en potencia, capaz de gobernar dignamente. En la actualidad, Inglaterra está políticamente moribunda. Sean cuales sean los cambios que yo pueda estar proyectando, la ayuda de mi país es, en la actualidad, de escaso valor.

El secretario del primer ministro entró, luego de disculparse; entregó un pliego de papel a su jefe y éste lo leyó, haciendo un signo de asentimiento.

—Diga a *mister* Fogge que venga en seguida —ordenó a su subordinado—. ¿Ha saludado usted alguna vez al Ministro de Hacienda, *mister* Rand? —preguntóle.

—Nunca —contestó indiferente.

—Me gustaría que se estrechasen la mano, si usted no tiene inconveniente. No le retendremos a usted mucho, pues tengo que ir a la Cámara dentro de unos minutos.

Warren Rand asintió sin entusiasmo, y aceptando la invitación del primer ministro, tomó otro puro y lo encendió.

—Temo que estará deseando perderme de vista —observó.

El jefe político hizo un gestecillo.

—Me ha dicho usted algunas verdades —admitió—; pero es usted demasiado honesto e ignora muchas cosas para que puedan ofenderme sus palabras —repuso sonriendo con la actitud del hombre que recobra el aplomo—. A propósito, ¿ha leído usted el artículo de fondo que publica esta mañana «El Sol»?

—Lo escribí yo.

Trowse pareció desconcertado.

—Me refiero al principal periódico de nuestro país. Pertenece a Gervoise Harcombe y el director es Harold Nickols.

—Eso pasó a la historia —contestó Warren Rand—. He comprado ese periódico esta madrugada, al conocer cuál era su política sobre los asuntos de Ginebra. Escribí yo mismo el editorial en la redacción después de hacer parar las máquinas rotativas y de destruir los miles de ejemplares que había lanzado Harold Nickols.

El primer ministro contempló a su visitante boquiabierto.

—No habla usted seriamente, *mister* Rand. No pretenderá hacerme creer que ha adquirido la propiedad de «El Sol».

—Pues ésa es la verdad, y ahora verá usted cómo transformo el periódico. Ya sabe que conozco los trucos.

Levantóse. Llamaron con los nudillos a la puerta y previa la venia de *mister* Trowse, entró en la estancia un individuo alto, de aspecto intelectual. Iba vestido descuidadamente; era delgado, de ascéticas facciones y ojos cansados; pero con una sonrisa maravillosamente agradable.

—*Mister* Rand, le presento a *mister* Fogge, nuestro Ministro de Hacienda —dijo el jefe político.

Se estrecharon la mano. Warren Rand con cierta tosquedad y contestando someramente a las corteses palabras del otro.

—Veo que está usted a punto de marcharse, *mister* Rand —observó el ministro—. No quiero detenerle un momento, pero me agradaría formular una pregunta a un experto financiero como usted, ya que la opinión pública de nuestro país está desorientada en este punto. ¿Puede usted decirme quién es el que está haciendo compras de oro en el mundo, guardando el incógnito?

—Acaso podría contestar a esa pregunta —replicó rudamente— pero es el caso que, por el momento, no entra en mis cálculos contestarla.

Mister Fogge era famoso por sus corteses modales y quedó un poco cortado.

—Su réplica no es precisamente muy alentadora —aventuró a decir.

—Acaso no; pero en cambio tiene la virtud de poner punto final a un tema que no estoy en condiciones de abordar en estos momentos. Muchas gracias por su hospitalidad, *mister* Trowse —añadió—. Ya me dispensarán si me retiro.

Los otros dos le acompañaron hasta la puerta.

—¿Cuáles son sus planes? —le preguntó el primer ministro—. ¿Dónde podré volver a saludarle?

—Durante un par de semanas, no se preocupe de mí —disculpóse el visitante—. Detesto las conversaciones sin finalidad concreta. Por el momento, no nos necesitamos. Más adelante llegará la hora en que le hablaré a usted de otro modo, e incluso acaso pueda contestar a la pregunta de *mister* Fogge.

—En fin, lamento que piense usted tan poco en nosotros, *mister* Rand. Confío que pronto podremos prestarnos mutuamente más confianza —comentó el jefe político, a modo de despedida—. Carstairs, acompañe a *mister* Rand a la puerta del Sur —añadió, cuando reapareció su secretario.

—¿Tiene la bondad de seguirme, señor? —invitóle éste.

Warren Rand cruzó el corredor y dio las buenas noches a su guía. Rechazó el ofrecimiento de un automóvil de alquiler, y traspasando la amplia puerta cruzó la calzada en dirección al

Embankment, seguido del hombre que le había estado esperando desde hacía hora y media.

Capítulo VII

Warren Rand cruzó el Embankment, pasó luego por Norfolk Street y penetró en el Strand, alcanzando, por último, la manzana de casas en cuyos pisos más altos estaban bien a salvo sus suntuosas oficinas. El individuo que le había estado esperando a la puerta de la Cámara de los Comunes, recobró a la mañana siguiente el conocimiento en un renombrado hospital de Londres. Tellesom, el coronel Charles Tellesom,
D. S. O.

hasta que terminó la guerra europea, y posteriormente jefe de uno de los departamentos del Servicio Secreto de Su Majestad, acabó por convertirse en jefe de la escolta de seguridad que velaba por la integridad de la persona de Warren Rand. Una hora más tarde Tellesom trató del accidente con el último.

—Creo que debíamos denunciar a ese individuo, señor —aconsejóle—. Claro que no le dejamos acercarse a usted lo suficiente para poner en peligro su persona; pero llevaba una de esas peligrosas pistolas automáticas que no hacen ruido y disparan unas balas casi siempre mortales. Se la dejamos en el bolsillo y supongo que habrá ido a parar a Scotland Yard.

Warren Rand hizo un gesto negativo.

—La policía de este país es muy tosca —dijo—. Quiere averiguar demasiados detalles de todos los asuntos. Creo que dejaron Escapar a ese individuo sin la debida sanción. ¿Por qué no dejarle que realice otra intentona y entonces despacharlo de una vez?

Tellesom parecía un poco indeciso. Era el típico inglés: rubio, de astutos ojos grises y piel tostada, llevaba un rastro de cicatriz en la izquierda del rostro que le desfiguraba ligeramente, y a veces las arrugas alrededor de la boca le hacían aparentar más edad de la que tenía. Debía su actual empleo de jefe de escolta de Warren Rand a su amistad con un general americano y a su amor a la aventura.

—Éste es un país un poco peculiar para esa clase de

procedimientos, señor —observó—. En los Estados Unidos se puede despachar a un sujeto así, y también en la mayor parte de Europa; pero aquí la ley constituye un mecanismo muy poco humano.

—Se trata de un alemán, ¿no es cierto?

—De eso no cabe duda.

—Son los únicos capaces de llegar a tal extremo conmigo, en la actualidad —reflexionó Warren Rand—. Supongo que harán cuanto puedan para liquidarme.

—Ya me encargo yo de que no lo consigan —replicó Tellesom, muy convencido.

Warren Rand meditó un momento. Luego hizo sonar uno de los timbres de la mesa. Juan Glynde, con chaqueta de alpaca negra y fumando un gran puro, apareció prestamente.

—Trabaja hasta muy tarde esta noche, Juan —observó su jefe.

—Ya he acabado. Sólo hay cuatro cartas que requieran su firma. Aquí las tiene.

—¿Cómo ha ido la Bolsa?

Juan Glynde esbozó una ligera sonrisa.

—Dimos un golpecito en Nueva York —dijo—. A última hora alcanzamos el medio millón. Poco de particular en Bruselas y Berlín; pero buenos negocios en Montreal. Aquí tiene las cifras si quiere ojearlas. Cerca del millón en el día.

Warren Rand leyó velozmente las cuatro cartas y las firmó sin casi mirar las cifras aludidas.

—¿Y qué hay de Behrling? —preguntó.

—Atareado con media docena de sus mejores hombres. Esta tarde estuve hablando de él con el coronel. Trataron de infiltrar aquí uno de sus compinches e hicieron cuanto pudieron para meternos en las oficinas a una de sus mecanógrafas, una mujer peligrosísima, según tengo entendido.

Warren Rand sonrió.

—Psicología germánica —observó—. Siempre los mismos métodos. Creen que sólo ellos tienen inteligencia. ¿Y dónde se encontrará Behrling?

—Puedo decírselo —intervino Tellesom—. Estará en cualquiera de los clubs de noche de Londres.

—Veo que sigue lo mismo —reflexionó Warren Rand, con dura sonrisa—. ¿No habrá mucho *bluff* en sus cosas?

—Algo, desde luego, señor —asintió Tellesom—. Me topé con él un par de veces durante la última etapa de la guerra. Seguía siendo el mismo. Recuerdo las últimas palabras que me dijo. Fue en Bucarest, antes de que comenzara allí el jaleo. «Soy un agente del Servicio Secreto, —me contestó—, y no tendría inconveniente en llevar escrito mi nombre, profesión y dirección en el ala de mi sombrero para que todos se enteren. Al fin y al cabo yo nunca fracaso», añadió, haciendo un ademán de adiós con la mano.

—¡Qué borrico! —comentó Warren Rand con calma—. Tendremos que darle una lección. Uno de sus secuaces está ya en el hospital. Vámonos, Tellesom.

Juan Glynde miró a su jefe con sorpresa.

—¿Supongo que no pretenderá usted volver a salir esta noche? —protestó.

—¡Pues claro que voy a salir! —replicó con presteza—. Un pusilánime como usted, Juan, puede irse a dormir a las once y diez. Yo no. Mi hora es a las dos de la madrugada.

—¿Y a dónde hemos de ir? —inquirió Tellesom.

—A encontrar a Behrling —replicó Warren Rand—. No dudo que sabrá usted el camino. Cuando usted guste.

A las dos y media, Warren Rand pareció no querer continuar, deteniéndose un instante frente a un tugurio nocturno, próximo a Oxford Street. Tellesom, como de costumbre, iba muy cerca de él, en actitud vigilante. En la retaguardia había otros dos hombres; su aspecto era vulgar, pero denotaban gran cautela.

—Muy interesante, Tellesom —admitió Rand—; propio del temperamento inglés que me parece incommovible. Un café de Bucarest sería más divertido, aunque menos respetable. Indudablemente ya es demasiado tarde para entrar. Quisiera volver a casa.

—Entremos sólo aquí —rogóle Tellesom—. Le aseguro que abundan los extranjeros y no tendría nada de particular que encontrásemos a nuestro hombre.

Warren Rand se resignó y visitaron aquel nuevo establecimiento, que era poco más que una bodega elegante. Allí logró la meta de su peregrinación. Aún no habían alcanzado el último peldaño de la escalera, de donde era ya imposible retroceder, cuando descubrió a Félix Behrling. Se reconocieron instantáneamente y el brillo de sus

ojos fue como el chasquido de las espadas. Warren Rand respiró con fuerza; todos sus nervios quedaron en tensión. Al fin y al cabo, la velada no había sido infructuosa; sus vagas sospechas se veían confirmadas como por un impulso de inspiración. Quitóse los guantes y se los entregó a la encargada del vestuario, junto con el abrigo y sombrero. Tellesom había escogido una de las mejores mesas; pero Warren Rand susurró unas palabras al oído del *maître* que les escoltaba y seleccionaron una cercana a la pista de baile, teniendo detrás algunas personas.

—¿Le gusta ésta más? —objetó Tellesom.

—Sí, la prefiero —repuso indiferente—. Si disparasen una bala contra mi cabeza, constituiría aquí mayor peligro para las demás personas.

Tellesom lanzó una veloz mirada por la sala y se maldijo a sí mismo por no haber reconocido antes a Félix Behrling; deslizó la mano por la parte de atrás de su chaqueta, mientras Warren Rand se acomodaba tranquilamente en un asiento.

—El precio de mi vida sería aquí un poco caro —observó en tono confiado—. Veo que su buen amigo se está divirtiendo.

La persona a la que se dirigía semejaba ciertamente pasarlo muy bien, aunque de un modo no muy británico. Era un individuo corpulento, de complexión ruda, bigote rojizo y abundante cabellera del mismo color. Tenía los ojos azules, su sonrisa era angelical y nadie hubiera osado sospechar que en aquel salón fuera capaz de llevar oculta la muerte en un bolsillo interior.

—Bienvenido sea, mi excelente enemigo —dijo con voz natural—. ¿Ha venido para robarme los tesoros que tengo aquí, como vació los de mis compatriotas?

Warren Rand sonrió imperturbable.

—Pienso dejarle la más preciosa parte de sus posesiones —le tranquilizó—. En cuanto a sus bolsillos, a usted compete decidir si desea tenerlos llenos o vacíos.

Hizo una mueca Félix Behrling, barón de Sajonia y conde del Romano Imperio; a veces un gran personaje en su patria, a su modo.

—No me dejó ni el dinero preciso para saciar la sed de estas señoritas —vociferó—. Cloe y Lucía, fijaos bien en él, hijitas, fijaos en ese hombre que levanta el dedo y atrae todo el dinero del mundo, como si los billetes de banco tuvieran pies y se le acercasen;

valores por millones de dólares se abren paso en las guaridas de Wall Street para anidarse en sus bolsillos. Y en cuanto a oro... bueno, su sed de oro es insaciable. Ayer mismo se vaciaron las arcas de Europa para llenar sus fosos. Mi estimado enemigo, sólo tú eres capaz de saciar la sed en este antro de ladrones.

Warren Rand llamó a un camarero.

—Sirva a ese caballero de enfrente una gran copa del mejor champaña de la casa —le dijo.

Félix Behrling hizo un chasquido con la lengua y atrajo hacia sí a las dos jóvenes, cosa que no molestó a éstas, aunque dirigían sus sonrisas indistintamente al personaje que acababa de aparecer.

—Ese hombre va forrado de oro —continuó—; no tiene corazón ni conciencia; pero a veces cierto instinto le dice cuando ha de mostrarse generoso. Beberemos a tu salud, conturbador de nuestra paz; quiero que conozcas a mis amiguitas. A mi derecha está Cloe; hace años podías haberla encontrado en «Folies Bergère», si tus pasos te hubieran llevado a tan plebeyo lugar. A la izquierda tengo a Lucía, que es inglesa y creo que de sangre azul. Ha tenido mala suerte. Todos nosotros la hemos tenido. Tal es su historia; pero los que hemos amado y vivido con ella, sospechamos que es austríaca. Mucho más elegante que estas inglesas; pero menos popular cuando se ha de ganar dinero.

Cloe dedicó una sonrisa a Warren Rand.

—El señor es muy gracioso —murmuró en tono de disculpa— siempre está de broma y nunca serio. A nosotras nos pasa lo mismo, aunque la verdad es que no soy austríaca, sino de Varsovia como todo el mundo sabe.

—Te invitaría a que te unieras a nuestro jolgorio, a ti y a tu guardia de corps —continuó Félix Behrling—; pero la ballena no nada en las mismas aguas que el pez espada. No obstante, quiero hacerte una pregunta, ahora que nos encontramos cara a cara, rodeados, ¿cómo llamarlo?, de estas amenidades. Sé para qué has venido a Inglaterra; puedo adivinar lo que dijiste esta tarde en Westminster. Sé por qué has de quedarte en Inglaterra unos días. ¿Pero qué vendrá, luego que hayas acabado este episodio y otro y otro, luego de haber impuesto tu voluntad a unos cuantos diplomáticos y desvalijado a algunos banqueros? ¿Qué intentarás después? ¿Cuál es tu verdadera finalidad?

Levantó la copa de champaña, se la llevó a los labios y agotó el contenido. Nadie interrumpió el silencio que siguió. Las muchachas se le acercaron más. Warren Rand escuchó con rostro impasible.

—Todos lo sabéis —siguió—, borracho o sereno, en brazos de Cleo o apretando el gatillo de una pistola, soy siempre Félix Behrling, un alemán orgulloso que sabe hacer planes cuando conviene; en las encrucijadas de la vida, diplomático, si lo exigen las circunstancias. Todos sabéis lo que quiero, cuál es la ambición de mi vida. En cambio, ¿cuáles son tus deseos? ¿Qué diablos estás tramando? ¿Hacia qué rincón del horizonte diriges tus miradas? ¿Cuál quieres que sea tu zona de exploración o dominio? Nadie puede contestar. A todos nos has golpeado, mi estimado enemigo. ¿Y por qué? No buscas como yo los placeres. ¿Cuándo vas a sonreír, sintiéndote satisfecho?

—Cuando usted y el mundo entero recobre el sentido común —replicó con ligero desprecio—. Me mira usted como a un enemigo; pero si le preguntasen la razón no podría explicar por qué me odia. La causa por la que usted trabaja no triunfará nunca, aunque algunos de sus compinches y matones consigan tener más suerte que el que haraganeaba esta tarde por el Embankment, poniendo en peligro su vida.

—¡Escucha, escucha! —exclamó Félix Behrling, dirigiendo la mirada a su alrededor como si quisiera atraer la atención de los camareros y de unos cuantos clientes cercanos, convencidos de que estaban en presencia de dos locos—. ¿Cualquiera diría que me tienes miedo? ¿Cómo voy a hacer daño al hombre que me ha invitado a champaña en la hora de nuestra ruina? Cuéntanos algo sobre ese horizonte perdido, e incluso puede que lleguemos a una alianza. Bueno, espera un poco —añadió mientras el camarero servía otra botella—; levantemos nuestras copas y bebamos antes de que el oráculo cambie de viento.

—Habla usted demasiado —observó Warren Rand.

—Pues ahora callaré porque voy a beber a mis anchas —le prometió Félix Behrling—. Comprendo que tienes razón al decir que hablo demasiado; pero, en cambio, fórmulate esta pregunta: ¿quién es el que descubre mejor los secretos ocultos, las revelaciones más inverosímiles o los misterios del hombre silencioso que esconde los gérmenes de lo que el mundo desea conocer?

Engullóse el contenido de otra copa y se incorporó, desplegando su imponente estatura. Cloe se acercó en seguida y se pusieron a bailar. Behrling lo hacía con sorprendente soltura y propiedad.

—¡Asombroso! —murmuró Tellesom, con manifiesto asombro en los ojos—. ¿Pero dónde aprende este hombre tantas cosas?

—Es un genio —admitió Warren Rand—. Por eso precisamente me gustaría que se quedase en Sajonia.

Lucía se les acercó entonces a la mesa, dirigiendo a ambos una mirada melosa.

—¿Les gustaría bailar? —sugirió.

Warren Rand hizo un gesto negativo, mientras Tellesom le preguntaba:

—¿Cuánto tiempo hace que conoce a nuestro amigo?

—Esta noche es la primera vez que nos hemos visto —repuso la muchacha, mintiendo visiblemente—. Es muy divertido; pero se emborracha y entonces nadie entiende el significado de sus palabras.

—Ya ve —observó Warren Rand, volviéndose a su acompañante — que sabe hacer las cosas. Me parece que ni siquiera tuvo necesidad de advertir a esta señorita que mintiese. Acepte esto, señorita Lucía, por el placer que tendré algún día de bailar con usted. Ahora creo que sería preferible que se volviese a su sitio.

La joven lanzó una mirada al billete de banco, y sus ojos resplandecieron de agradecimiento, alejándose. Llegó a su mesa, casi al mismo tiempo que Behrling y su pareja acababan de bailar. El primero jadeaba y tenía la frente sudorosa. Tellesom le vigilaba con cautela. Aquellos eran días más tranquilos; pero había conocido otros en los que vio cómo asesinaba Félix Behrling a un hombre, sin que la víctima diera el menor indicio hostil.

—Mi estimado enemigo —dijo Behrling, desde algunos pasos de distancia—. Ya habrás observado que ni una sola vez he mencionado tu nombre. Conozco tus debilidades. ¿Viniste con ánimo de pelea?

Warren Rand parecía estar escuchando la orquesta, el *jazz* que tan detestable le resultaba.

—Acaso he venido para aconsejarle que se abstenga usted de hacerlo —limitóse a contestar.

Félix Behrling acomodóse en su asiento y se limpió el sudor de

la frente.

—Sería más fácil —afirmó pomposamente— detener la sucesión de los días que destruir en los hombres la tendencia a la lucha. Me han dicho que eres capaz de captar las noticias del mundo en media hora. ¿Por qué no ha de ser cierto? Naciste y creciste entre periódicos; he llegado a creer que la tinta de imprimir corre por tus venas en vez de la auténtica sangre. Quiero decirte una cosa. Eres responsable de lo que ocurre en Ginebra y ha habido más traiciones y falsedades, más ponzoña y mentira en aquellos salones que miseria humana en las trincheras. Tratas de conseguir lo imposible, moderno Napoleón de la Prensa. Intentas alterar el equilibrio del mundo. El mundo está en contra tuya, y, después de todo, eres sólo un hombre.

Comenzó de nuevo a sonar la orquesta, Cloe se levantó y lo arrastró para bailar.

—Quiero bailar —apremióle—. Pierde el tiempo en palabras inútiles.

Behrling se detuvo sólo el tiempo preciso para beber otra copa de champaña. Luego tomó a la joven del brazo.

—Hasta estas niñas —le dijo a Warren Rand al pasar junto a su mesa— han aprendido a ser juiciosas.

Capítulo VIII

Warren Rand dejó transcurrir los ocho días siguientes del modo que más le agradaba. Apenas si se movió de sus regias habitaciones en las que cabía hallarse todo lo que pudiera apetecer el hombre más exigente, desde un gimnasio y piscinas hasta un paseo al aire libre, instalado en la terraza. La mayor parte del tiempo se lo pasaba encerrado con Juan Glynde o con Tellesom, o con Philip Reich, el jefe del departamento de periódicos extranjeros, y durante la larga serie de conferencias, las líneas telefónicas y cablegráficas zumbaban con textos de impresionante vitalidad. Al noveno día, Warren Rand quedó listo para su nueva actuación. Previa invitación, recibió la visita, nada menos que de *Herr* Anselmo Meyer, Presidente del Consejo de Administración de un famoso Banco, y, en aquellos momentos, probablemente el hombre más popular de su país.

Meyer era un hombrecito con aspecto de muñeco. Iba correctamente vestido; tenía cabello pajizo, evidentemente una peluca; dentadura postiza y los modales y gestos de un maniquí. Warren Rand aparentó no darse cuenta de la mano que le tendiera el visitante al entrar y le recibió con el mínimo de cortesía imaginable.

Le invitó a sentarse y por todo saludo dedicóle una brusca inclinación de cabeza.

—Constituye un gran placer para mí poderlo saludar —murmuró *Herr* Meyer, sin que le inmutara tan frío recibimiento—. Hacía mucho tiempo que ansiaba alcanzar la oportunidad de conocer a hombre tan famoso en el mundo de las finanzas y del periodismo.

—Gracias, *Herr* Meyer —replicó Warren Rand—; pero temo que hubiera preferido usted asistir a mis funerales en vez de escuchar lo que voy a decirle. Recuerde, para comenzar, que yo no soy diplomático. Usted está opuesto a ciertos intereses míos, y he venido a Europa para asegurarme de que tales intereses se mantengan y respeten. Lo he mandado llamar no para discutir con

usted o rogarle nada; sino para advertirle la conveniencia de que cambie de táctica lo antes posible. Les considero a ustedes, más que a ningún otro, responsables del ambiente de inquietud que predomina entre muchos miembros de la Conferencia de Ginebra.

La máscara de amabilidad desvaneciéndose del rostro de *Herr Meyer*; con la desaparición de su eterna sonrisa, endureciéndose la línea de sus labios, aunque su rostro pareció alcanzar rasgos más animados.

—No trate de negar —continuó Warren Rand—; sería inútil porque me refiero a hechos concretos. El primero es que usted, confabulado con Félix Behrling, son los secretos directores de una banda de rufianes que emplean para aterrorizar a la gente que se interpone en el camino de su política. Uno de ellos trató de agredirme hace una semana. Se halla a estas horas en el hospital de Westminster, sin haber recobrado aún el conocimiento. Al próximo que se presente tendrá usted que visitarle en el cementerio. Mis hombres estaban informados de todo mucho antes de lo que pueda imaginar.

Cuando *Herr Meyer* quería era persona elocuentísima. No obstante, había aprendido una gran virtud, la del silencio. Limitóse a continuar mirando a su interlocutor con rostro inexpresivo y labios ligeramente apretados.

—Mi segundo alegato contra usted es que ha bloqueado sistemáticamente todo paso substancial que se ha dado en Ginebra en pos de la paz permanente —siguió diciendo Warren Rand.

—¡Eso no es cierto! —protestó *Herr Meyer*—. Italia se oponía a tales planes, e incluso Inglaterra duda todavía.

—Ustedes fueron los primeros disidentes —afirmó Warren Rand—. Cuando salga de aquí tendrá que publicar la noticia de que, en colaboración con Rusia, se hallan dispuestos a firmar un Tratado de Desarme.

—¿Y qué me dice de Inglaterra? —le preguntó *Herr Meyer*.

—Ese es asunto mío —replicóle fríamente—. Ya veo que mis métodos son poco sutiles. Antes de que se marche, necesito de usted la seria promesa de su firma. Además, quiero estar seguro de que no he de sufrir nuevas molestias en esta capital y que Félix Behrling y demás secuaces habrán de marcharse a otro país para hacerlo escenario de sus andanzas.

Anselmo Meyer cambió de actitud. La máscara con la que había estado escuchando, se desvaneció. Se puso a reír suavemente.

En su alegría observábase una nota de sarcasmo; pero ahora su estampa era menos artificiosa.

—Pide usted mucho para no haber ofrecido nada —observó.

—Mi oferta viene ahora; pero en forma de amenaza, no de soborno —replicó Warren Rand—. Supongo que recordará usted los nombres de sus principales periódicos; todo el mundo los conoce. Pues bien, en la actualidad me pertenecen.

—Sí, todo el mundo los conoce: son los mejores periódicos...

—Pues me pertenecen —repitió Warren Rand.

El recuperado aplomo de *Herr Meyer* flaqueó.

—¡Eso es imposible! —murmuró.

Warren Rand apretó uno de los timbres de la mesa.

—Ya esperaba que no creyese mis palabras —observó—. No obstante, me es fácil probar lo que digo. Necesito los contratos firmados y los recibos de los periódicos alemanes, con una copia de los artículos que fueron escritos por nuestros redactores para que aparezcan en la edición dominical del «*Zeitung*» —añadió, volviéndose hacia Juan Glynde, que acababa de surgir con un rollo de papeles en la mano.

El último asintió con la cabeza.

—Supuse que era por esto por lo que hizo funcionar el timbre —dijo—. Aquí lo tiene usted todo.

—Entréguele esos papeles a *Herr Meyer*.

Juan Glynde hizo lo que se le ordenaba y salió de la estancia. Warren Rand esperó pacientemente hasta que su acompañante hubo examinado los documentos con marcada meticulosidad. Cuando al fin acabó su examen, que tuvo efecto en medio de guturales exclamaciones de sorpresa, los dedos que sostenían los papeles temblaban.

—No tengo más remedio que inclinarme ante la evidencia —murmuró al fin—. Bien, ¿y qué?

—A través de la Prensa —observó Warren Rand— me hallo ahora en condiciones de hacer conocer en cualquier momento a la opinión pública alemana cuáles han sido sus actividades en colaboración con Félix Behrling, así como hacer saber al gobierno de su país la verdadera razón que le impulsa a rehusar la firma del

Tratado de Desarme. Igualmente puedo revelar la situación con que tendría usted que enfrentarse, caso de que yo pusiera en evidencia que el Banco del que es usted presidente, no obstante su prestigio externo, es una institución carente de todo fundamento financiero.

Meyer reaccionó al fin y casi dio un brinco en su asiento.

—¡Miente usted! —gritó—. No sabe nada de lo que está diciendo. Disponemos de un superávit de setenta millones de marcos, y estos tres últimos años hemos alcanzado grandes beneficios.

—En el papel —observó Warren Rand fríamente—. Ahora le mostraré unos cuantos documentos más. Como ve, no afirmo nada sin disponer de pruebas, y dispongo aquí de algunas que acaso le hagan cambiar de opinión respecto a su banco. Es usted el Presidente del Consejo de Administración y habrá de reconocer que dicha institución bancaria tiene cierta relación oficial con el Ministerio de Hacienda de su país y por ello determinadas responsabilidades. Por ejemplo, no se le permite aceptar préstamos de naciones extranjeras ni invertir capitales en empresas comerciales fuera de Alemania, sin el consentimiento del alto Consejo del Banco.

—¿Y qué?

Warren Rand lanzó una ojeada a la hoja de papel que conservaba en la mano.

—En la actualidad —continuó— debe usted al Banco Federal de Nueva York veintiún millones de dólares. Debe usted al Merchant Bank de Boston trece millones de dólares y otros cuatro o cinco millones al Western Bank. Todos estos empréstitos fueron pactados sin el conocimiento del organismo antes mencionado.

La rosada tez de *Herr* Meyer tornóse de color rojo púrpura. En aquel momento sus entreabiertos labios mostraban sus dientes y ofrecía un aspecto muy ingrato.

—Existían razones especialísimas para que se concertasen tales empréstitos —observó—. No es asunto que le incumbe a usted, y pueden enjugarse fácilmente en cualquier momento.

—Compró usted bonos y acciones utilizando ese dinero —le dijo Warren Rand—, cosa que le estaba vedada. En cuanto a la posibilidad de enjugar tales empréstitos en cualquier momento, sólo podría hacerlo vendiendo esos valores. ¿Ha consultado el estado de

la Bolsa hoy?

—Sólo ha estado abierta una hora y no tengo idea exacta.

—¿Hay comunicación con Nueva York? —preguntó Warren Rand.

—No se interrumpirá hasta mediodía, señor —repuso un joven.

—¿Cómo están los mercados?

—Con un bajón terrible —replicóle prestamente el joven interrogado—. Casi todos los valores públicos perdieron de quince a veinte puntos. Todo el mundo busca dinero, que sube de precio por momentos.

Warren Rand asintió.

—Manténgase alerta —le ordenó—. *Mister Glynde* le dará órdenes de un momento a otro.

El banquero germano había perdido su empaque y dignidad, y temblaba en su asiento.

—¿Qué podrá haber producido una baja semejante? —preguntó—. No lo entiendo.

—El mercado norteamericano fue siempre muy sensible; pero la causa inmediata es, sin duda alguna, haber movilizad^o yo esta mañana unos millones hábilmente. Decía usted que podría enjugar esos empréstitos en cualquier momento, *mister Meyer*; bueno, pues adelante. Necesitamos dinero.

—¿Qué quiere usted decir con «necesitamos»?

—Que soy el tesorero honorario de los dos bancos de los que obtuvo usted los préstamos y hemos decidido que se cancelen.

—¡Estoy derrotado! —confesó amargamente Meyer—. ¿Cuáles son sus condiciones, *mister Rand*?

—Mejores de las que se merece. Cesará usted en su oposición al Tratado de Desarme y pondrá en juego su influencia en Berlín para apoyarlo. En lo que se refiere a Inglaterra, yo me ocuparé personalmente del asunto. Trasladará a Félix Behrling a otra parte y hará usted que no se me moleste durante mi estancia en Inglaterra. Por mi parte, yo me comprometo a que el mercado de valores recobre la normalidad antes de que acabe el día y se respetarán sus préstamos durante un plazo recomendable.

—Acepto —balbuceó Anselmo Meyer.

—Recuerde esto que le voy a decir. Tengo un secretario particular, que se llama Juan Glynde, el cual dispone de poderes

especiales, ante la eventualidad de mi muerte; caso de que me ocurra algo en los próximos días, actuará exactamente igual que yo lo hubiera hecho.

—Cumpliré mi palabra —prometióle Anselmo Meyer, levantándose—. No tiene nada que temer en ese aspecto. No obstante...

—Diga; ¿qué es lo que quiere decirme? —le animó Warren Rand mientras su interlocutor se ponía el guante.

—Que me gustaría que fuese usted alemán. América no necesita hombres como usted. Nosotros, sí.

Tellesom se presentó previa la llamada de Warren Rand.

—He llegado a una inteligencia con Anselmo Meyer —anunció el último—. Félix Behrling tendrá que suspender sus actividades por el momento. Creo que necesita usted unas vacaciones.

—Como usted guste —replicó Tellesom con aire comprensivo—. ¿Debo irme a algún sitio determinado?

—A Antibes, al Hotel du Cap
d'Antibes.

Probablemente encontraremos por allí algo que nos interese. Por el momento sólo dispongo de indicios; pero se van perfilando. Todo lo que puedo decir por ahora es que Poynton, uno de los representantes ingleses en la Conferencia, se entrevista con un italiano en un lugar de la costa y Behrling se encuentra por allí.

Tellesom apresuróse a disponer el viaje, y a la mañana siguiente salía para el Sur de Francia en el *Tren Azul*.

Capítulo IX

La siguiente visita que tuvo Warren Rand, fue de índole muy distinta. Presentóse la joven envuelta en una ola de perfume y el tintineo de su risa pobló la estancia desde que hizo en ella su aparición. Quedóse de pie al lado de la mesa de Warren Rand y le miró provocativamente. Él la invitó a sentarse.

—Señorita —le dijo—, se le advirtió que no se presentase aquí en ausencia del coronel Tellesom, excepto por un caso de urgencia.

—Se trata de un caso de urgencia —replicó—. He reñido con Félix Behrling. Le conocía ya de Berlín y Viena y ahora prescinde de mí para dedicarse a Cloe. Es imposible que sigamos los tres juntos.

—Ha cometido usted una tontería —le dijo Warren Rand—. Eso quiere decir, si no me equivoco, que ya no podrá continuar trayéndome más información y si no hay información no hay pago, bien lo sabe.

—¡Oh, la, la! —exclamó la joven cruzando las piernas y examinando con manifiesta despreocupación una de sus ligas de seda verde—. No es difícil conseguir dinero. Todos los hombres no son tan duros como usted, *mister* Rand.

Se puso a reír la joven, brillándole los ojos de excitación; pero sólo obtuvo de su interlocutor la mayor impasibilidad, e hizo un gestecillo.

—En fin —suspiró, abriendo su estuchito de aseo y contemplándose en el pequeño espejo—, me debo estar poniendo fea.

—¿Puedo preguntarle —aventuróse a decir Warren Rand— si su presencia aquí ha tenido por objeto completar su aseo, en mi presencia?

—¡Qué hombre! —contestó— ¡Traigo grandes noticias! Le van a sorprender.

—Acaso sí, acaso, no.

—Félix Behrling ha marchado de Londres.

—Para el Sur de Francia —añadió Warren Rand—. Llegó allí

anteayer y se hospeda en el Hotel du Cap d'Antibes.

La joven cerró de golpe el estuchito de aseo y frunció el ceño.

—No sé para qué me tiene usted empleada —protestó—. ¿Para qué me envió a Carlos Tellesom, ese buen mozo, a cenar conmigo y a bailar y tener que escuchar las tonterías que me dijo al oído? ¿De qué le sirvo yo a usted si lo sabe todo?

—Siempre cabe la esperanza de descubrir algo nuevo —repuso, mirándola fijamente—, y de que pueda aportarme alguna información realmente digna de ser escuchada. El dinero que lleva usted ganado es cosa de poca monta. Es evidente que Félix Behrling la dejó por Cloe, pues se la llevó de viaje. Temo que no pone usted de su parte todo lo necesario para llevarse los brillantes que tanto le gustan.

Agitóse la joven en su asiento, reflejándose en su infantil rostro mayor seriedad. Warren Rand la observaba atentamente y descubrió en sus ojos la expresión inconfundible del miedo. Aunque estaba sentada junto a la mesa, se inclinó un poco para hablar.

—Podría decirle algo más —confesó—; pero tengo miedo.

—¿Miedo, de qué?

—De Félix Behrling.

—¿Y cómo va a enterarse? Las palabras que se dicen en esta habitación es como si se dijeran en una tumba.

—Nunca se puede estar segura con Félix —dijo inquieta—. Muchas veces, como la otra noche, se parece a un mozalbete al que le gusta el vino, las muchachas y la vida alegre; pero en otras ocasiones he descubierto en sus ojos la crueldad. Cuando discutimos y le dije que no iría más con él porque prefería a Cloe, se puso terrible y eso que no sabía... no sabía el secreto que conozco.

—Es un hombre extraño —murmuró Warren Rand.

Le miró ella con ojos dilatados.

—Sufrí como un ataque de histerismo —continuó—. Me puse a andar de arriba abajo de la habitación donde estábamos y a gritarle indignada. Si hubiese tenido un cuchillo en la mano... ¿pero qué podía haber yo hecho contra un hombrón así? *Mister* Rand, le confieso que las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Le llené de improperios y de pronto se produjo el cambio. Me quedé helada a su lado. Estaba sentado, silencioso. Ya no era el Félix Behrling que

yo conocía. Estaba casi tan quieto como usted ahora y se limitaba a mirarme como si se formularan mudas preguntas, como si se interrogara en silencio: «¿Qué cosas sabrá esta mujer de mí?» «Creo que no hay peligro en que siga viviendo». Le juro, *mister* Rand, que fue un instante de inspiración. Adiviné en su mente tales pensamientos. Acaso se formule aún la misma pregunta: «¿Qué sabe de mí esta muchacha?» Y sé mucho más de lo que él supone.

—Muy bien —dijo Warren Rand—, dígame lo que sabe. Ni Tellesom ni ninguno de mis colaboradores dejan de mostrarse generosos cuando llega el caso. Se le recompensará de acuerdo con el valor de sus revelaciones, y ciertas informaciones alcanzarían una crecida compensación.

La joven dio muestras de agitación. Había llegado hasta allí decidida, y ahora sentía miedo. Por debajo de su sombrerito se le escapaba una guedeja de cabellos y el maquillaje de su rostro comenzaba a perder eficacia. El hombre que estaba ante ella la seguía observando minuciosamente. Warren Rand comprendió que, fuere lo que fuere lo que iba a decir, la muchacha se expresaba con sinceridad.

—Dígame, ¿cómo sabe usted la clase de información que me interesa?

—Lo sé por él mismo —confesó la joven—. Antes de que Cleo fuese su favorita, me hablaba con más intimidad, y, además, cuando bebe es cuando habla más explícitamente. Pronto verá usted si digo la verdad. Comienzo. Lo que quiere más que nada es la guerra... que estalle la guerra antes de cinco años. Usted en cambio quiere la paz. ¿No es cierto?

—Sí que lo es —asintió Warren Rand.

—Tiene un gran plan —continuó— y una nueva alianza. La faz de Europa habrá de cambiar de nuevo y Alemania volverá a recobrar todo lo que ha perdido. ¿Pero por qué diré yo estas cosas? Acaso consiga usted obligarles a firmar el Tratado —o como se llame...— de Desarme. Lo firmarán con ánimo de no cumplirlo. Seguirá el Pacto de la Paz que pretende convertir a las naciones en un rebaño de corderos. ¡Oh, la, la! ¿Pero por qué digo yo todo esto, sin saber aún la recompensa por la que corro riesgo tan terrible?

—Si me revela lo que espero que me va a decir —le advirtió en voz baja, ojeando un talonario de cheques, que acababa de sacar de

un cajón— le regalaré esto. Mire; vale diez mil libras esterlinas y podrá cobrarlo al instante en el banco que hay abajo. ¡Representa un millón doscientos cincuenta mil francos!

—¡Es usted un príncipe! —balbuceó la joven con el rostro enrojecido de placer y el temor ahuyentado—. Con ese dinero, la vida es cosa fácil. Se lo voy a contar todo. Le voy a revelar mi historia, la historia de Clara von Trugner que usted sólo conoce por el nombre de Lucía. Cuando haya acabado, usted mismo juzgará si vale la pena. Acérquese un poquito. Cada una de las palabras que voy a revelarle podrían ser como un puñal clavado en mi corazón, si los otros estuvieran aquí.

Warren Rand inclinóse un poco sobre la mesa, y escuchó. Cuando hubo acabado la joven el pequeño torrente de palabras entrecortadas y nerviosas y le entregó el perfumado librito de notas que extrajo de las intimidades de sus prendas de vestir, puso él en su mano un cheque de diez mil y pico de libras.

Capítulo X

Tellesom se tumbó sobre las rocas, luego de haberse despojado de la parte superior del traje de baño, siguiendo la costumbre de Antibes. Su cuerpo brillaba con todo el esplendor del mar. Tenía los brazos extendidos, cerrados los ojos y aparentaba hallarse sumido en un delicioso sopor del cuerpo y el espíritu. No obstante, las apariencias mentían. Escuchaba atentamente para oír en la bahía un ruido peculiar, atención que compartía con la de observar el tortuoso caminito que conducía al conjunto de casitas construidas entre los pinos. Sara Hincks, la preciosidad del hotel ataviada con llamativo pijama y agitada su dorada cabellera por la brisa, inclinóse para hablarle.

—Coronel Tellesom —le dijo—, ¿quién es ese gigante tan simpático que trae locas a las muchachas y que tiene acaparada a esa jovencita llamada Cloe? El otro día vi a esa joven como le decía adiós a usted con la mano.

Tellesom levantó la cabeza.

—No le conozco —repuso.

—Dicen que es alemán; pero no puedo remediarlo, me resulta divertido.

—Un poco alborotador —insinuó Tellesom.

—Siempre es mejor que ser totalmente insociable —díjole, con un gestecillo amistoso, a la vez que se alejaba.

De pronto, todo se conmovió en la pequeña y gozosa bahía, en la que pululaban los vehículos atestados, los yates, los nadadores. Por el recodo de Cannes presentóse una gran canoa automóvil, con su popa enhiesta y dejando atrás una estela de espumosas aguas; avanzaba hacia el desembarcadero. El abigarrado conjunto de pijamas agitóse para inclinarse sobre la terraza a fin de verla llegar. El hombre que llevaba el volante estaba sentado e inmóvil, abstraído en su trabajo. A su único acompañante, un mecánico, apenas si se le veía a través de la espuma. Entre los espectadores cundió la curiosidad. En aquel pequeño rincón del mundo hendía

las felices aguas una hermosa y desconocida canoa.

—El motor es americano —observó un experto.

—Mucho más rápido que los que andan por aquí —suspiró Merton Joyce, un comerciante de algodón, millonario—. ¿Dónde habrá conseguido esa canoa?

El zumbido cesó y la canoa trazó un gracioso semicírculo, dirigiéndose al lugar del desembarco.

Todo el mundo presenció cómo pisaba tierra firme Warren Rand y comenzaba a ascender por las escaleras. Llevaba la habitual chaqueta de mezclilla de sarga azul y pantalones de franela blanca; pero si alguien hubiera querido identificar en él su condición náutica, habría sido para juzgarlo un marinero y no un capitán. Encaróse con las miradas del grupo de curiosos que se hallaban al final de la escalera, y casi inconscientemente se abrió paso entre ellos. Merton Joyce le habló con deferencia.

—Una canoa veloz, caballero —le dijo.

Warren Rand se detuvo dudando antes de contestar, y cuando lo hizo, produjo el tono de su voz, como ocurría a menudo, una impresión curiosa. Aunque no verdaderamente agradables, sus palabras poseían la fría distinción del hombre de buena crianza.

—Sí, es rápida —admitió— ¿Podría usted decirme si se halla aquí el coronel Tellesom?

Una docena de dedos señalaron hacia una roca de abajo, desierta en aquellos instantes.

—El coronel Tellesom estaba allí hace un momento. Generalmente tiene un sitio escogido para estar solo.

—Ahora sube por la escalera —añadió otro.

Tellesom, que se había puesto un albornoz de seda encima de su traje de baño, presentóse prestamente en la terraza. Ambos se apartaron de los demás.

—Recibí en Ginebra su telefonema y vine en seguida —comenzó Warren Rand.

Tellesom asintió.

—El italiano está aquí —repuso—. Él y Behrling se fueron juntos a una de esas casuchas. Poynton no ha llegado todavía. Tengo dos hombres al acecho. ¿Qué quiere que se haga?

Warren Rand habló sin titubear.

—Esperar hasta que se reúnan todos —decidió—. Ocúpese de

sus asuntos, hasta que llegue el momento. Yo me sentaré allí —añadió, señalando un asiento cercano provisto de sombrilla—. Búsqueme en el momento oportuno.

Tellesom dirigióse al departamento de vestirse, y cuando reapareció instantes más tarde, los curiosos habían vuelto a sus habituales sitios. Warren Rand se había sentado a cierta distancia de los que contemplaban el mar. Sara Hincks, que había estado tumbada en la parte de la terraza que daba a la piscina, se acercó y acomodóse a su lado.

—¡Eh, cualquiera diría que le han dado un disgusto! —le dijo, extendiendo la morena pierna con indolente pereza—. Supongo que es usted un ser humano, aunque no quiera hablar con nadie. Es uno de los pocos hombres que no me han invitado esta mañana a tomar un combinado. ¿Qué le parece?

No de muy buena gana llamó a un camarero y transmitióle la orden. Sara Hincks era prácticamente la única persona que no había respetado su actitud de reserva, su británico deseo de verse solo.

—Debía estar jugando con sus muñecas, en vez de fumar cigarrillos —le dijo con ligero humorismo y un picaresco parpadear que obraba el milagro de que sus palabras no resultasen ofensivas.

Hizo ella un gesto displicente, a la vez que enseñaba la aguda punta de su roja lengüecita.

—¡Vamos con el grandullón! —burlóse— Haga el favor de no seguir mirando hacia aquellos árboles mientras esté a su lado.

Tellesom apartó la mirada de la lejana casa de campo. No obstante sus indiscutibles encantos y la envidia que había suscitado entre los jóvenes que concurrían al bar, con gusto la hubiera cogido por su ligero pijama para arrojarla de cabeza a la piscina. De su mente no se apartaba la misma pregunta. ¿Qué estaría ocurriendo en aquella casa de campo? ¿Había obrado cuerdamente al no haber avisado a Warren Rand hasta que llegó el italiano? ¿Qué ocurriría ahora?

Trajeron los combinados y fueron sorbidos. Sara inclinóse un poco en su asiento.

—Voy a hablarle claro, coronel Tellesom —le amenazó—. No me mire con esa cara de ogro. Le he descubierto y se lo voy a decir a todo el mundo como no se porte bien conmigo.

La irritación de Tellesom pareció haberse desvanecido;

mostrábase receloso, pero cortés.

—¿De modo que me ha descubierto, señorita? ¿Quiere explicarme el significado de sus palabras?

Sorbió ella un poco de combinado y los más aterciopelados ojos del mundo miraron a su acompañante. Apoyó su manita, aun húmeda del mar, sobre la de Tellesom con un gesto casi afectivo.

—No sea tan gruñón —rogóle—. Escúcheme lo que voy a decirle. Hace una semana le hablé por vez primera. Todos habían apostado conmigo a que no lo conseguiría; pero lo conseguí. ¡Qué enfadado se puso usted!

—¿Son necesarias esas reminiscencias? —le preguntó, fijándose en lo rápidamente que disminuía el contenido de la copa de la joven.

—No están de más —repuso, moviendo otra vez su delgada, pero bien contorneada pierna—. Mire; le pregunté por qué no quería acompañarnos a nadar y a divertirnos, y usted me contestó que no sabía nadar ni jugaba al tenis. Luego añadió que los jóvenes del día hablan una jerga que no entiende.

—¿Y qué?

—Dos días después —continuó la muchacha, imperturbable—, me asomé a la ventana una mañana, a las seis, y le vi zambullirse desde la palanca alta, nadando hacia las rocas; a las siete estaba usted jugando al tenis; sólo esta mañana ha sido la primera vez que se ha puesto el traje de baño a una hora civilizada y nadie más que yo le ha visto aquí con una raqueta en la mano.

Tellesom guardó silencio. Le parecía haber descubierto a alguien que se movía entre los árboles y de nuevo fijáronse sus ojos en la casa de campo.

—Aún no he acabado —continuó la joven con alegre desenvoltura—. Anteanoche le rogué que bailara conmigo y me contestó que no bailaba. ¿Qué me dice de lo de la otra noche en el «Maxim»?

La miró él frunciendo el ceño.

—¿Estaba usted allí?

—¡Claro que estaba! Le vi en compañía de aquella bella mujercita austríaca. Por cierto que no cabía afirmar que no entendiera usted los bailes modernos. ¿Por qué nos oculta todas sus habilidades y procura alejarse de nosotros? A veces somos un poco

alborotadores, pero nuestro grupo no es indeseable. Ya sé que nos gusta un poco la música de la radio, pero sabemos bajarla de tono cuando conviene.

—Todos ustedes me parecen agradabilísimos; pero si he de serle sincero, a mí no me agradan los grupos, y además, son todos ustedes de una generación más joven que la mía. Vine aquí a descansar y quiero estar solo.

Desapareció del rostro de la joven la alegre y traviesa expresión y guardó silencio un momento.

—Perfectamente —suspiró, de mala gana—; me voy.

—Supongo que diría a todos sus amigos que me baño por las mañanas, juego al tenis a ratos y bailo en el «Maxim».

—No les dije nada —protestó ella con indignación—; absolutamente nada.

Ahora la observó él con mirada escudriñadora.

—¿Y por qué?

—Tonterías mías —confesó la joven—. Se me ocurrió la idea de que tenía usted alguna razón para apartarse de todos nosotros y creí que era mejor dejar las cosas así.

Entonces Tellesom miró a Sara Hincks un momento como ella había esperado desde el principio que la llegase a mirar algún día. La joven casi se ruborizó de contento.

—Se lo agradezco mucho —le dijo Tellesom, muy serio.

—¿Quién es ese individuo que vino en la canoa automóvil, el que nos está mirando en estos momentos de un modo tan vago? —le preguntó.

Los ojos de Tellesom siguieron la dirección que le marcara la joven. Warren Rand se había levantado y les estaba observando. Había algo en la fijeza de su mirada que casi sobresaltó a Tellesom.

—No puedo decirle nada de ese individuo —repuso Tellesom.

—¿Por qué? —persistió ella, con manifiesta curiosidad—. Preguntó por usted y debe saber quién es.

Tellesom sintió los frescos dedos de la muchacha que rozaban su brazo. Frente a ellos se divisaba la silueta de Warren Rand como estatua de piedra.

—Lo único que puedo decirle es esto —le advirtió Tellesom—. Es compatriota suyo; pero no es persona a la que pueda usted abordar. Ya ve que le trato con mucha confianza. Es mi jefe, y si

revelase su nombre a cualquiera, sin su permiso, me costaría el cargo.

—¿Su jefe?

Asintió él. Los dedos de Sara se aflojaron y la joven hizo un gesto con la mano hacia el grupo de amigos que vociferaban reclamando su presencia en el bar.

—Debo marcharme —dijo.

Alejóse sin formularle nuevas preguntas ni dedicarle otras palabras de despedida. Tellesom la vio alejarse bajo el sol y frunció el entrecejo. Aquella muchacha había perdido toda su graciosa desenvoltura. Se detuvo un momento, apoyándose en el mango de una sombrilla, como si quisiera mantener el equilibrio, y luego, sus bullangueros compañeros salieron del bar y casi se la llevaron a rastras. Un individuo que había doblado la esquina del hotel montado en una motocicleta, dejando tras él una polvareda, dio unos golpecitos en el hombro de Tellesom.

—El inglés ha llegado, señor —le dijo—. Está camino de la casa de campo.

Capítulo XI

La puerta de la casita de campo, situada en medio de la arboleda, hasta donde condujo Tellesom a su jefe, estaba cerrada; pero a través de las abiertas ventanas escuchábase suave murmullo de voces. Al llamar Tellesom, las voces cesaron. Volvió a golpear con los nudillos y, luego de un breve intervalo, abrióse la puerta, aunque la corpulenta figura de Félix Behrling interceptó el acceso a la casa. Su deliciosa sonrisa, con la que se había captado la simpatía de tantos veraneantes de Antibes, había desaparecido. En sus ojos apareció el recelo y el disgusto al reconocer a los visitantes, y su frente fruncióse de un modo acentuado. Ya no era el mujeriego y bebedor, el enamorado de los antros de placer.

—¿Pero qué diablos buscan aquí ustedes? —preguntó sin otro saludo ni esfuerzo alguno para mostrarse educado.

—Queremos participar en las discusiones, si nos es permitido —explicó Tellesom—. Mi jefe tiene que hacerles algunas proposiciones.

—¿Qué discusiones son ésas?

—Las que van a tener usted con el *signor* Cantani y el excelentísimo señor Federico Poynton —repuso Warren Rand fríamente.

—¡Están ustedes de broma! —replicó Félix Behrling, con brusquedad—. No hago otra cosa aquí que esperar a un amigo para hablar con él de un asunto personal.

—Hay momentos en que puede producir sus efectos una mentira, Félix Behrling —le advirtió Warren Rand—; pero éste no es uno de ellos. Usted ha venido aquí para discutir determinada cuestión con el *signor* Cantani, ministro de la Guerra italiano, y con Poynton, ministro del Gobierno británico. Los tres representan a países que ponen manifiestas dificultades al Tratado de desarme y que repentinamente han adoptado una posición completamente evasiva respecto al Pacto de la Paz. ¿Qué es lo que tienen que discutir aquí? ¿Por qué esas dudas para firmar el Pacto de la Paz,

que es el natural corolario del Tratado de desarme?

—¿Y a usted qué le importa? —le preguntó Félix Behrling—. No representa a nadie y no tiene derecho alguno a inmiscuirse en una conversación privada.

—Si me reciben *mister* Poynton y el *signor* Cantani —anunció Warren Rand—, les explicaré detalladamente cuál va a ser mi intervención en la Conferencia y la importancia que tiene.

Pareció escucharse leve rumor al otro lado del tabique. Por lo visto reclamaban la presencia de Behrling. Éste parecía más corpulento y grosero que nunca y continuaba entorpeciendo la entrada a los recién llegados. Quedóse un instante mudo, con la mirada fija en los intrusos; fue un silencio lleno de amenazas. A lo lejos sonaba el rumor del mar y las notas suaves de la orquesta que tocaba en «Eden Roc».

El rostro de Warren Rand seguía imperturbable; el de Félix Behrling duro y amenazador.

—Entren si quieren —admitió al fin en un tono que rezumaba ira—; bajo su propia responsabilidad.

—A los dos nos sobra valor para dar este paso —dijo Warren Rand, mientras entraba—. Y ahora, si esos dos caballeros que están detrás de la mampara se deciden a hacerse visibles, podremos comenzar el trabajo.

Aparecieron ambos de modo poco digno. Poynton era un individuo grueso, rubicundo, de facciones algo duras y con un temblor asiduo en uno de los ojos; Cantani, el típico italiano, de cabello negro, tez aceitunada, bigote y perilla grisácea. Los dos dieron muestra de disgusto y no pudieron ocultar a Behrling su resentimiento.

—¿A qué vienen esos dos? —preguntó Poynton.

—Estamos aquí para hablar privadamente —añadió Cantani—, y rechazo toda intromisión extraña. ¿Quién es ese individuo?

—El joven, comparado con el que le acompaña es un ser insignificante —explicó Behrling—. Formó parte del Servicio Secreto inglés durante la guerra.

—En la actualidad usted no ostenta empleo oficial alguno; de eso estoy seguro —observó Poynton.

—Así es —asintió Tellesom.

—¿Quién es usted? ¿Un espía independiente? Cuando vuelva a

Inglaterra haré que me den sus antecedentes. Estamos cansados de estas intrigas diplomáticas.

Tellesom sonrió.

—¿Entonces qué hacen ustedes aquí? —aventuróse a preguntar.

—¿Y cómo se atreve a formularme esa pregunta? —replicó Poynton, airado—. Sencillamente, me dispongo a pasar las vacaciones en compañía de unos amigos. Lo que quisiera es saber qué le indujo a entrar en esta casa, sin que fuera invitado, con su taciturno acompañante.

Tellesom volvió a sonreír, y, a decir verdad, observóse un gesto provocativo en la línea de sus labios.

—En la actualidad me ocupo de otras actividades —admitió—, acaso de mayor importancia que las que desempeñé al servicio del Gobierno. Soy jefe de escolta de mi acompañante, quien se interesa en asuntos internacionales.

—¿Y cómo diablos se llama su acompañante? —terció el italiano.

—Se llama Warren Rand —repuso Tellesom—. Behrling le conoce perfectamente.

El nombre cayó como una bomba. El italiano y el inglés cambiaron furtivas miradas de inquietud.

—¿Quiere decir que esta reunión va a aparecer en toda la Prensa del mundo? —inquirió Poynton, nervioso.

—No es necesario que así ocurra —replicó Tellesom—. Eso depende de cómo acabe.

—Me explicaré, caballeros —intervino Warren Rand—. Tengo un representante en Ginebra cuyos informes estudio con gran atención y no acabo de entender la impaciencia de ciertas potencias para firmar el Tratado de Desarme, mientras al mismo tiempo adoptan una actitud vaga en lo que se refiere al Pacto de la Paz. Además, mis agentes europeos me han informado de la copiosa correspondencia diplomática que viene cruzándose entre Berlín, Roma y Downing Street, y de un buen número de entrevistas secretas que, al igual que ésta, se están celebrando entre representantes de las tres naciones. Recelo que en todo ello, se esconde algo que no ha trascendido a los periódicos.

—¿Y por qué se ha de mezclar en todo la Prensa? —preguntó Behrling—. Ya nos viene molestando bastante. No queremos ser

esclavizados por los periódicos. Supongamos que se vengán realizando negociaciones entre los tres países en busca de un cambio de dirección en determinado sentido. ¿Por qué han de lanzar la noticia los periódicos antes de que lleguemos a una inteligencia definitiva?

—En otras palabras —observó Warren Rand fríamente—, ¿por qué ha de existir la Sociedad de las Naciones? ¿Por qué no han de poder realizar ustedes cualquier alianza que se les antoje para darla a la publicidad cuando lo crean oportuno?

—Todas nuestras conversaciones tienen por móvil la causa de la paz —afirmó Poynton.

—¡Interviniendo en ellas Félix Behrling! —burlóse Warren Rand.

Afuera resonaron de pronto las risas musicales de unas jóvenes; éstas se fueron acercando hasta penetrar en la estancia sin previa invitación. Eran muchachas ataviadas con diversos trajes, batas de baño y pijamas, despreocupadas de que su presencia fuese bien o mal recibida. Pidieron combinados y acapararon los cigarrillos. Una de ellas se dirigió a Behrling para decirle:

—Oiga, Félix; estas muchachas no quieren ponerse a comer sin que esté usted con ellas. Dicen que ayer las tuvo riendo hasta las cuatro de la tarde. *Miss Cloe* acabó su lección de natación y dice que quiere verle. Venga a divertirse con nosotras.

Lucille, la belleza del grupo, pasó el brazo por el de Behrling y comenzaron a salir. Cuando estuvieron en la terraza, Warren Rand volvióse hacia los que quedaban.

—Si no temiese que me arrojaran al mar por mi proposición, me atrevería a invitarles a comer conmigo en Cannes —sugirió tentadoramente—. Sus palabras pueden mantenerse en secreto. Behrling les ha expuesto su punto de vista. Creo que merece la pena escuchar el mío.

—Nada puede satisfacerme más —asintió Poynton—. No tiene que temer nada de mí, aunque estuviese realmente resentido con usted. Cuando voy en una canoa automóvil soy hombre pusilánime.

—Y yo tengo una idea elevada de la hospitalidad para intentar nada contra quien me invita —afirmó Cantani.

—Entonces debemos entregarnos en manos del destino —propuso Warren Rand—, y ya veremos si nos comemos los excelentes lenguados a la mediterránea que encargué en el

«Majestic» o son los peces los que nos comen a nosotros.

Capítulo XII

Sirvióse el refrigerio en el gabinete de Warren Rand. Los manjares fueron lo mejor que podía hallarse en el hotel. La conversación se hizo más difícil y el anfitrión no mostró gran interés en animarla. Así que hubieron acabado de comer y sirvióse el café y licores, Tellesom cerró la puerta y entonces Warren Rand, con uno de sus grandes puros en la mano, inició su discurso:

—*Signor* Cantani y *mister* Poynton —comenzó—: quisiera que me escuchasen atentamente. Acaso sea un poco rudo en mis palabras; pero, desde luego, seré sincero.

Precisamente la claridad es una de las más excelentes virtudes —afirmó Cantani, tomando un cigarrillo.

—Soy propietario de sesenta y ocho periódicos en los Estados Unidos —continuó Warren Rand—, veinte de ellos con algo más de medio millón de tiraje. Soy propietario, en secreto, del periódico matinal más popular de Londres y de otros veintidós en el Reino Unido. Poseo diez periódicos en Alemania, siete en Italia y ocho en Francia. Dirijo personalmente la política de todos ellos. ¿Se dan ustedes cuenta de lo que esto significa?

—Se puede tener una idea vaga —murmuró Cantani.

—¡Es algo prodigioso! —asintió Poynton.

—Quiere ello decir que tengo derecho a ocupar un puesto en la organización del Mundo —afirmó Warren Rand con impersonal grandilocuencia—. Puedo sembrar la simiente de la guerra, si tal es mi directriz; puedo aventarla. Puedo glorificar o puedo condenar. Los gobiernos de los Estados no pueden oponerse a la fuerza que esgrimo. Los directores de mis periódicos son de mi entera confianza y nunca les dejamos a su propia iniciativa. Atacamos a todo gobierno que se oponga a la política que yo propongo y le acosamos como los sabuesos a su presa. Es difícil la defensa. Siempre salimos con la nuestra. Las elecciones presidenciales en los Estados Unidos se deciden teóricamente por la voluntad popular; pero, en realidad, las resuelven los periódicos que le dicen al pueblo

por quién ha de votar. A su frágil gobierno, Poynton, podría yo sumirlo en la oscuridad del fracaso con un pequeño movimiento de mis dedos.

Poynton sacudió la ceniza de su cigarro.

—Tengo que reconocer que existe mucha verdad en lo que acaba de decir —admitió—. Nunca dejé de valorar el poder de la Prensa, especialmente cuando se ve respaldado por una fortuna colosal como la que dicen que posee usted. Y ya que hemos puesto las cartas sobre la mesa, quiero formularle una pregunta: ¿qué móvil le ha impulsado a presentarse en una remota playa francesa para inmiscuirse en la entrevista amistosa de un ministro británico, un estadista italiano y un banquero alemán?

—Llame a este último como se merece —rectificó secamente Warren Rand—. No es más que un agente subterráneo de la política alemana. Estoy aquí para impedir que se establezcan alianzas absurdas.

—¿Es que pretende, acaso, insinuar que seamos capaces de proyectar otra conflagración europea? —preguntó Cantani con aspereza.

Warren Rand no se inmutó. Su fría actitud tenía algo de napoleónica altivez.

—No debe surgir otra guerra —afirmó—. La pasada se produjo inspirada por falsos principios y falsas alianzas. Francia e Inglaterra nunca fueron verdaderas aliadas, y los estadistas ingleses que creyeron imposible aislar a Inglaterra de la guerra, fueron unos insensatos. Piense usted un momento en cómo ha quedado su país, Poynton, a pesar de haber ganado la contienda. Nunca atravesó momentos peores. Es la nación sobre la que pesan más elevados tributos, su nivel de vida es bajísimo y sus reservas de oro han desaparecido casi completamente. Perdió su puesto a la cabeza de las grandes potencias, y, a pesar de ello, su aliada, con la que peleó, la detesta. Francia odiará siempre a los anglosajones. Los norteamericanos han arrebatado a los franceses su vitalidad, destruyendo su lustre peculiar con sus correrías por ciudades y lugares predilectos y convirtiendo a su capital en un barrio yanqui.

—Bien, ¿y qué?

—Pues que Félix Behrling, que viene trabajando en esto hace años, les trajo aquí a ustedes con un doble propósito. Desde el

punto de vista lógico, su idea no es descabellada; la única alianza posible es la de Rusia, Alemania, Inglaterra e Italia. Supongo que ya habrán discutido ustedes las líneas generales de tal alianza y que la presencia de ustedes aquí responde al deseo de puntualizarlo todo.

Reinó un profundo silencio. Warren Rand sorbió un poco de coñac...

—Presiento que cuando se ponga sobre el tapete el Pacto de la Paz, en Ginebra, ustedes aplazarán todo lo posible su tramitación, y, mientras tanto, llegarán a la firma del Tratado que guarda Félix Behrling en la caja de seguridad del Hotel Provençal.

Poynton terció agriamente. Era manifiesto que estaba perdiendo la cordura, ya que el tono de su voz fue agudo y entrecortado. Su puro agotábase estérilmente en el cenicero que había a su lado.

—Habla usted como un reportero sensacionalista —le dijo—. Ni Cantani ni yo vamos a firmar tratados de ninguna clase.

—Pero pueden firmar el proyecto —persistió Warren Rand— para luego presionar a sus gobiernos a fin de que respalden los principios en que se basa. Como iniciación no estaría mal, ya que su finalidad concreta es llegar a la firma definitiva; pero estoy aquí para decirles que no ocurrirá tal cosa. Este nuevo tratado de alianza se convertirá en humo. La paz de Europa no será conturbada durante algún tiempo por lo menos. Se lo prometo.

—¿Y con qué autoridad proclama tan plausible decisión? —le preguntó Cantani.

—Con la mía, si no le parece mal. Créame, no soy un teórico sentimental. Odio la guerra, ciertamente; pero mi teoría es lógica y premeditada y mi punto de vista será dentro de poco el del mundo entero. Ese plan de ustedes es absurdo. Es uno de los tantos que ha descubierto mi servicio secreto, del que nunca se verán libres y que es mejor que el de cualquier gobierno continental. He venido a Europa para pisotear esta epidemia de conspiración y contraconspiraciones, y lo conseguiré.

La pálida faz del italiano reflejó repentina ira y sus ojos llamearon.

—Exagera usted su poder, señor magnate de la Prensa —gritó—. El pacto provisional, del que por lo visto le hablaron sus espías, será firmado esta noche en el Hotel Provençal. ¿En qué confía usted para impedirlo? ¿En el laberinto del Quai

d'Orsay?

¿En los pacifistas de Ginebra? ¡Que se presenten! ¡Ya nos las entenderemos con ellos! ¡Se lo aseguro!

Warren Rand meditó un instante. El silencio que reinaba era de una especialísima calidad. La conversación había perdido su ecuanimidad y se olfateaba el drama. El italiano trituraba el puro en la boca, mostrando los dientes, y tenía las facciones de su rostro contraídas. Poynton se inclinó sobre la mesa con manifiestos deseos de hablar, pero sintiendo su lengua paralizada. La personalidad de Warren Rand se impuso de pronto, dominando a sus dos acompañantes.

—Existen razones —dijo al fin— que aconsejan el aplazamiento por unas horas de la fase final de esta ventajosa conversación. No bastaría una explicación completa dada por mí. Esta noche, a las doce, en las salas del *baccarat* del Casino de Jean-les-Pins, les demostraré porqué el proyectado tratado debe destruirse antes de que produzca sus nocivos resultados.

—¿Y por qué no decirlo ahora? —preguntóle Poynton.

—Probablemente no me creerían ustedes —repuso fríamente—. Esta noche, en cambio, presentaré mis pruebas.

Aquella misma noche, a las doce menos cinco, hallábase Tellesom detrás de la silla de Lucía en las salas de *baccarat* del Casino de Jean-les-Pins. La joven parecía a todo el mundo una deliciosa rubia; iba magníficamente ataviada y ostentaba valiosas joyas. Era el centro de muchas miradas, ya que frente a ella se acumulaban fajos de billetes de banco y pilas de fichas. Estaba jugando con extraordinaria fortuna. Una voz familiar resonó en el oído de Tellesom. Volvióse en redondo y hallóse cara a cara con su jefe.

—Están esperando en el bar —le dijo el último.

Tellesom hizo un gesto de asentimiento y señaló la mesa.

—Tan pronto como la señorita haya acabado su banca.

Warren Rand, de pie sobre la alfombra y con su habitual y casi oriental falta de expresión, observó el desarrollo del juego.

Por fin, la dama rubia dejó escapar un profundo suspiro y apartó su silla, poniéndose en pie.

—*La moitié pour monsieur* —dijo al crupier, señalando a Tellesom—. Ahora, amigos míos, estoy con ustedes. ¿Vamos a

fumar un cigarrillo y beber alguna copita de algo?

—Si es usted tan amable —asintió Tellesom, abriendo la marcha.

—Quiero hacerme escoltar por mi querido y generoso amigo *mister* Warren Rand —afirmó Lucía, colgándose de su brazo—. Acaso juzgue que aún le quedan más millones para dedicarlos a los desheredados de la fortuna, ¿eh?

—Mi talonario de cheques está siempre a su disposición, sobre las mismas bases —repuso Warren Rand.

Entraron en el bar y hallaron el rincón en el que Poynton, Cantani y Félix Behrling se hallaban ya acomodados. Tellesom acercó un sillón para la joven y ésta arrellanóse en él, dedicándole un delicioso gesto de agrado. Sus cuidados dedos resplandecían de brillantes. Llevaba los brazos cubiertos de brazaletes hasta los codos, siguiendo la moda de la época. Sólo Behrling se quedó mirando como quién contempla a un fantasma; los otros lo hicieron admirados.

—¿No sería mejor que conocieran estos tres caballeros mi nombre para que pudiéramos beber juntos con mayor placer? —preguntó, hablando en inglés; pero con ligero acento vienés.

Tellesom tendió la mano al hablar:

—Permítame que le presente a *mister* Poynton, al Excelentísimo Señor don Federico Poynton; el *signor* Cantani, del Senado italiano, y a Félix Behrling. Caballeros, les presentó a Lucía de Londres, o, para ser más preciso, a *madame* von Trugner.

Los tres se levantaron y dedicáronle una reverencia. Daban muestras de desconcierto y Cantani pareció atónito al escuchar nombre tan familiar. Behrling, no obstante, formuló una pregunta.

—¿La esposa del Profesor von Trugner?

Ella le miró y brilló en sus ojos extraña luz que apagóse casi antes de replicar:

—Su viuda.

Behrling acusó el golpe y se quedó mirando pensativo a Warren Rand, a la vez que volvía a sentarse. Evidentemente, era un hombre extraordinario.

—Yo dije a todos los que quisieron escucharme que cometían un error lamentable —gruñó Behrling—; pero no tenemos más remedio que sufrir la ferocidad y la estulticia de esos prusianos...

—¡Vaya que tendrán que sufrir! —asintió *madame* Trugner,

mirándose al espejito que había extraído de su caja de aseo—. Perdieron la pasada guerra, gracias a tan acusadas características, y acaban de perder ahora las perspectivas de ganar la próxima. Mi gran amigo, aquí presente, les informará de todo.

Warren Rand avanzó su silla y continuó la conversación que quedó interrumpida en el gabinete del Majestic Hotel.

—Hace unos siete años —comenzó—, recordarán ustedes, aunque el hecho no se hizo público, que cierto general alemán muy popular en su país y que no había conseguido aceptar filosóficamente la derrota de su patria, ofreció una gran recompensa a cualquier hombre, de ciencia o no, que consiguiera inventar un arma de guerra que colocara a su patria en posición dominante. Ganó el premio el Profesor von Trugner. Inventó una bomba capaz de ser transportada en un avión extraordinariamente pequeño, la cual, al soltarse, estallaba automáticamente a cierta distancia del suelo, y entonces desplazaba otros artefactos más pequeños, pero de efectos terriblemente destructores, ya que iban provistos de un explosivo infernal. Tales artefactos se extendían en forma de abanico y daban por resultado que una sola bomba era capaz de destruir una ciudad asediada de extensión corriente. Una flota de veinte o treinta de tales aviones podrían borrar París o Londres del mapa, en pocos minutos. Fue muy poco lo que trascendió a la Prensa. El invento quedó guardado en el más impenetrable secreto, aunque durante algunos años reinó manifiesta inquietud en los Servicios Secretos tanto de Inglaterra como de Francia. No obstante, tal invento fue llevado a la práctica y en Rusia se construyeron aviones y bombas de tal tipo, sin que nadie extraño pudiera asomarse a la fábrica. Cuatro conocidos míos que penetraron en Rusia en busca de información, no salieron nunca de allí ni se ha vuelto a tener noticias suyas.

Behrling bebió un buen trago de champaña y quedó silencioso.

—Alemania se halló en condiciones privilegiadas —continuó Warren Rand—. Había descubierto un medio de restablecer su poderío y podía volver a ser señora de Europa. ¿Cómo iba a obrar? En líneas generales, su plan era idóneo. Rusia tendría que ser recompensada. Alemania sólo tenía un enemigo: Francia, y ésta con la suficiente potencialidad económica para pagar la indemnización más alta que conociera el mundo. Había aprendido bien la lección

de la anterior guerra y sabía perfectamente que de nada servía destruir a las naciones vecinas. Alemania era un país mercantil y debía conservar su clientela. Se hizo caso omiso de América, ya que cualquier nación que osase oponerse a aquella máquina bélica quedaría indefensa antes de que pudiera dejarse sentir la fuerza de los americanos. El primer paso de tal plan iba a consolidarse esta noche en el Hotel Provençal.

—¿Iba? —terció Cantani, con voz ronca.

Warren Rand se le quedó mirando pensativo y en sus ojos apareció una nota de burlón dominio.

—No creo que se firme ese pacto —afirmó—. Alemania, sin duda alguna, es una nación inteligente, aunque capaz de las mayores torpezas. Perdió la Gran Guerra, no por falta de destreza militar o naval, sino por su brutal agresión al *Lusitania* y por asesinar a la señora Cavell. En el presente caso, la señora von Trugner podrá ayudarme a demostrar que Alemania convirtió al profesor en un verdadero prisionero. Le colmó de riquezas y posesiones para que disfrutase de la vida, según se dijo; pero le rodearon de espías que le vigilaban incesantemente a él y su trabajo. Cuando se creyeron seguros, le acusaron de intentar comunicarse con una nación extranjera y le asesinaron. Trugner fue un mártir de veras, y ahora Alemania sufre las consecuencias de su estulticia y crueldad.

Lucía dejó su estuchito de aseo e irguió el busto. En aquel momento era una verdadera mujer.

—¡Se olvidaron de mí los salvajes! —exclamó—. En Viena estudié química en la Universidad y me gradué, obteniendo matrícula de honor. Fue por entonces cuando conocí a Carlos y viajé con él por Alemania y Rusia. Todos me juzgaban una muñeca de salón. Una noche Carlos tuvo miedo y me escribió la fórmula para la fabricación de las bombas, facilitándome un diseño del avión necesario. Encerró ambas cosas en una cartera impermeable, sellándola. Yo llevé siempre encima esta carterita, cosida a mi camisa. Cuando lo asesinaron se concedió a la pobre viuda una miserable pensión y se me envió fuera del país. Marché a Londres. ¡Oh, la, la! *Mister* Rand me conoció allí. Me pagó como un príncipe y el secreto de Alemania dejó de ser tal secreto. En la actualidad constituye un regalo para Inglaterra, sin necesidad de firmar ningún

tratado, y un regalo también para Washington y el Quai d'Orsay.

En aquel momento presentóse un camarero e hizo una reverencia, dirigiéndose a Lucía.

—Debo entregarlo personalmente a la señora —anunció.

Levantóse ella prestamente y se alejó graciosa, haciendo un signo de adiós con la mano, revelándose en todos sus movimientos, elegantes y de correctos modales, una criatura saturada de exquisito perfume, enojada, alegre y amable.

Warren Rand reclinóse en su asiento y encendió un puro.

—¿He cumplido mi palabra, señores? —preguntó.

Poynton tosió nervioso.

—Admito —dijo— que esta coyuntura no deja de producir sus efectos en la situación; pero debe quedar bien entendido que el pacto que iba a sometérseos a nuestra consideración era simplemente un proyecto para futuro estudio. Ni el señor Cantani ni yo nos sentíamos inclinados a tomarlo demasiado en serio.

—Yo estaba decidido a no firmarlo —intervino Cantani.

—¡Cuánta farsa! —comentó Warren Rand, con premeditada brusquedad.

Levantóse absteniéndose de toda fórmula cortés y cruzó la estancia hacia la puerta. Tellesom le siguió. Se detuvieron en la escalera del Casino. El automóvil de Warren Rand apareció como por obra de magia.

—¿Adónde va usted? —preguntóle el último.

—Le acompañaré al Majestic de Cannes —sugirió Tellesom—. Luego, acudiré a una cita en un saloncito de baile.

—Pues acuda a ella —le animó Warren Rand, entrando en su coche—. Esta noche tengo ganas de estar solo.

Capítulo XIII

En el pequeño restaurante que se encontraba camino del Casino, Tellesom halló a Sara Hincks, la cual no presentaba su habitual aspecto de vitalidad. Le invitó a sentarse a su lado en el diván y movió la cabeza negativamente cuando él le hizo un gesto de invitación al baile.

—No puedo sufrir esta atmósfera —dijo la joven—. Salgamos y buscaremos dos sillas en el jardín.

Accedió él con presteza y hallaron asientos en un rincón relativamente callado. El camarero les trajo bebida fresca. La joven arrellanóse entonces con manifiesta sensación de alivio. Mantenía el rostro levantado hacia el horizonte, con una sensación de reposo. En el breve período de tiempo que siguió, comprobó Tellesom la delicadeza de su perfil y la feminidad y ternura de su boca. Era una figurita curiosamente femenil cuando tornó al fin la cara para mirarla.

—Quisiera preguntarle algo, coronel Tellesom —dijo—. No importa que se trate de su jefe. ¿Quiere decirme cómo se llama el individuo que vino de Cannes en la canoa automóvil?

Volvióse él hacia su acompañante con ceño fruncido y un gesto de disculpa.

—Mi estimada *miss* Sara —lamentóse—, me pregunta usted algo que, como ya le dije en otra ocasión, no puedo contestar. Es hombre de carácter muy especial, y una de las condiciones de mi trabajo es la de no hacer mención de su nombre. Constituye en él casi una pasión que se mantengan en secreto todos sus pasos. A veces no es cosa fácil conseguirlo; pero en este aspecto es inconmovible.

—Ya —murmuró la joven.

—¿Le conoce usted?

—Creo que sí. Hacía muchos años que no le había visto; pero creo que es Warren Rand, mi padre.

Tellesom miró a la joven con expresión incrédula.

—¿Su padre?

A falta de palabras la joven hizo un gesto de asentimiento. Del interior del pequeño y atestado restaurante llegaba el rumor del bombo y del saxofón y a través de la ventana divisábase el heterogéneo conjunto de los concurrentes. Sobre ellos movíanse las hojas de los árboles.

—Perdone mi sorpresa, —disculpóse—; no sospechaba que Warren Rand se hubiese casado.

—Ya de joven solía obstinarse en mantener su vida en secreto —reflexionó ella—, igual que ocurre ahora, según dice usted. Mi madre se divorció de él al día siguiente de estallar la guerra. Procedía de Washington y su familia era muy anglófila. Por eso mi madre no pudo sufrir la actitud de mi padre respecto a la guerra. Gastó millones para evitarla y muchos opinan que fue el causante de que los Estados Unidos no participaran en la contienda inmediatamente después de producirse el torpedeamiento del *Lusitania*. No sé mucho de estas cosas; pero lo adivino. Cuando ocurrió el divorcio, se nos dio a los hijos libertad para decidir con quién nos quedábamos. Yo escogí a mi madre; los muchachos le prefirieron a él.

—¿Tiene usted hermanos?

—Tuve dos y murieron en la guerra.

Tellesom volvió a guardar silencio un instante. Tal revelación le parecía sorprendente.

—De veras me siento intrigado —añadió después de un momento—. Su padre es una de las personas que no he comprendido nunca, a pesar de haberlo estudiado detenidamente. ¿Le resultará impertinente si le formulo algunas preguntas más?

—¡De ninguna manera! Constituye para mí un alivio poder hablar de él ahora que ha surgido la conversación.

—¿Y sus hermanos se alistaron con el consentimiento de su padre?

La joven hizo un gesto negativo.

—Se oponía de un modo decidido, y, por último, les dio a cada uno un millón de dólares con la condición que se cambiaran el apellido antes de incorporarse a filas, haciéndoles prometer que no volverían a comunicarse con él en toda su vida; pero no vivieron mucho...

Los ojos de la joven se humedecieron y observó que los dedos

que retenían el pañuelo temblaban.

—Soy un bruto al preguntarle estas cosas —exclamó Tellesom.

—De ningún modo. Siga preguntando; no me molesta...

—¿Y su madre?

—Es una mujer muy jovial. Se casó con el Príncipe de Montmercy hace años. Podrá leer su nombre a menudo en los periódicos. Ahora está en Aix y yo aquí, en compañía de algunos amigos. Mi madre se llamaba Hincks, antes de casarse.

—Sí, es persona conocidísima —reflexionó él—. Su nombre aparece constantemente en las notas de sociedad.

—Le gustan esas cosas. A mí, en cambio, no. Por eso me vine aquí con los Maitlands. Si hubiera sabido que iba a venir mi padre, no estaría yo aquí.

Se detuvo un momento, y continuó:

—Le parecerá una tontería; pero no puedo remediarlo. Siempre pensé igual respecto a mi padre. Pasan los años sin que nos veamos. En lo concerniente a dinero, su generosidad no tuvo límites; pero es un verdadero ogro en punto a cuestiones afectivas. Ahora hableme usted de él —continuó casi con ansiedad—. ¿Qué clase de hombre es en el trato? ¿Sonríe alguna vez o se apiada de alguien?

—No tengo más remedio que contestar negativamente —admitió Tellesom—; pero debe tener sus sentimientos humanos como cualquier otro, ya que consagra toda su inmensa fortuna, su vida entera, a los planes que se ha trazado, los cuales me resultan ininteligibles, algo así como una utopía. De lo que no cabe duda es de que no es auténticamente egoísta. En todos sus planes no persigue nada para sí, al menos en los que yo intervengo.

—Excepto acumular más dinero —murmuró ella.

—¡Pero si ya no puede emplearlo personalmente! —objetó Tellesom—. Conozco algo de las intimidades de sus negocios, aunque nunca hablo con nadie sobre ello. Hace ya cinco años que viene siendo el hombre más rico del mundo, y desde entonces su fortuna crece incesantemente. El otro día le oí decir a su portentoso secretario que había ganado un millón de libras en una jornada.

—¿Y cuál es la intervención de usted en sus asuntos? —le preguntó la joven.

—En realidad soy el jefe de una organización encargada de proteger la persona de su padre —declaró Tellesom, lanzando una

mirada sigilosa a su alrededor, aunque se hallaban bien apartados de todo el mundo. Luego añadió, en tono más bajo—: Mi misión es protegerle para que no le asesinen. Tengo que mantener un equipo de vigilancia en constante servicio, a fin de descubrir las confabulaciones que puedan tramarse contra su integridad personal. Por ejemplo, esta noche no me siento completamente tranquilo al haberle dejado solo; pero como insistió, no tuve más remedio que resignarme.

—¿Se le odia mucho?

—Personalmente, no. Son pocos los que le conocen. A veces se le detesta financieramente, y aún más desde el punto de vista político. Ocupa un puesto prominente en la vida, *miss* Sara. Confieso que no le he visto jamás reflejar un instante de debilidad o comportarse como una persona agradable. Es como si viviera en otro mundo. Desarrolla un poder tan tremendo que puede tener enemigos en todas partes. No existe Ministro de Hacienda de ningún país de Europa que no le tema un poco o una institución bancaria a la que no le resulten odiosas sus actividades en el mercado de valores.

—¿Y cuál puede ser el final de todo eso? —preguntó la joven, con cierta vehemencia—. Nunca acepta honores ni condecoraciones. Debe carecer de ambiciones o avaricia; pero algo ha de existir que le impulse; alguna finalidad debe tener.

—Eso es indudable, aunque nos sintamos incapaces de comprenderlo. Resulta una verdadera paradoja. Parece imposible que hombre alguno trabaje como él y a veces quisiera uno identificarle con algún tipo de idealismo. Pero Warren Rand, es único, bien lo sabe usted; un hombre sin amor, tiránico y despojado de todo sentimiento afable. De todos modos, algo se sabe de él concretamente: quiere hacer imposible la guerra. Día tras día, semana tras semana, nuestra labor continúa. Siempre estamos preparando el terreno, planeando, proyectando, apercibiéndonos contra la posibilidad de cualquier alianza que pueda crear el conflicto, manejando el látigo despiadadamente en Ginebra, donde se presenta ante todos como una especie de Jehová dotado de un poder nuevo, blandiéndolo en el aire hasta que se firme el gran pacto entre todas las naciones. Cuando tal ocurra...

Se interrumpió y esperó un instante, y como ella observara su silencio, le apremió:

—Y cuando tal cosa ocurra, ¿qué? —preguntóle.

—Cuando todas las naciones hayan firmado y el juicio de conciliación esté cumplido, ¿quién será capaz de estar seguro de que se cumpla, de que las potencias signatarias respondan a su palabra? Supongamos que se agrupan de nuevo en bloques y que de las combinaciones resulta más potente que la otra una de ellas, ¿no cree que queda alguna excusa para romper el pacto? Pueden dictarse normas internacionales, ¿pero dónde está el poder capaz de imponerlas?

Sorbió un poco del contenido de su copa y quedó un instante pensativo.

—¿Y no cree usted que oculta algún plan definido, a fin de que se consuma su propósito? —preguntó.

—Acaso sí —admitió Tellesom—. Estoy seguro de que tiene un plan embrionario, aunque nadie sabe de él lo más mínimo.

Unos cuantos jóvenes entraron en el jardín y se les acercaron con desenvoltura, irrumpiendo en un coro de reproches.

—¡Eh, Sara, prometiste acompañarme!

—¡No puedes hacer esto con nosotros, Sara! Bill y Maitland se han metido en la cocina y están preparando el conejo escocés más delicioso del mundo.

Un joven alto, de aspecto deportivo, que procedía de Harvard, se dirigió a Tellesom en actitud de disculpa.

—Siento ser inoportuno; pero necesitamos a esta señorita. Sin ella, a nuestro grupo le falta algo importante.

Levantóse la joven de mala gana.

—¿Por qué no viene con nosotros? —invitó a Tellesom, con cierta timidez.

—No soy de la misma generación —excusóse—; Además, no puedo sufrir esta atmósfera.

Sara volvióse hacia sus amigos.

—Id andando, amiguitas —les dijo—, ahora mismo voy. El coronel Tellesom me acompañará.

Sara y Tellesom quedaron solos, con el recuerdo de las últimas palabras. La joven se fijó, acaso por vez primera, en el rostro de aquel hombre y en sus oscuros ojos grises que reflejaban la edad madura.

—Es una lástima que no venga a bailar —lamentóse Sara—.

Estoy cansada de estas fiestas alborotadas y de hacer el loco con esos muchachos.

—Podemos volvernos a ver solos mañana —repuso él.

—¿Pero qué diantre habrá venido a buscar mi padre aquí? —preguntó ella.

Tellesom quedó un poco desconcertado por la pregunta y la joven se apresuró a disculparse.

—Me había olvidado de mi promesa —le dijo—. No quiero preguntarle nada más. Muchas gracias por la compañía, y no se vaya sin decirme adiós.

La acompañó hasta la puerta de la sala de baile, se quedó allí hasta que la vio desaparecer entre un grupo y entonces se dirigió a la puerta de salida. En aquel momento cruzó un hombre corpulento y rubicundo, sin nada a la cabeza, y llevando de la cintura a una joven que a la luz de la naciente luna parecía una auténtica masa de terciopelo *chiffon*. Ambos cruzaban el espacio que mediaba hasta el Casino y al acercarse, Behrling reconoció la alta silueta masculina que se hallaba ante la puerta y le hizo un signo con la mano.

—Bienvenido, mi estimado enemigo —le gritó—. Ya se acordará de Cloe, la que estaba sentada frente a usted en aquel *cabaret* de Londres. Acompáñenos. Estamos muy contentos esta noche. Cloe ha ganado mucho al *baccarat*. Yo fallé otro de mis golpes, pero la luna naciente me anima. Usted se mantiene demasiado a la sombra. Aunque no estoy dispuesto a permitir que Cloe coquette con usted, ya encontraremos otras.

Rióse Cloe. Estaba muy contenta de verse de nuevo en tierras de Francia, escoltada por un fornido protector.

—Me parece que el señor sabrá buscar la compañía que le agrade —comentó, dirigiendo a Tellesom una mirada picaresca—. Aunque parece triste, cualquiera sabe lo que siente un caballero inglés. A lo mejor está alegre por dentro.

—¡Bueno, bueno! ¿De qué sirve eso? —comentó Behrling—. La alegría debe exteriorizarse en palabras, como las burbujas del champán en una copa. ¡Vamos, acompáñenos!

Tellesom hizo un signo de adiós con la mano y llamó a un automóvil que estaba parado.

—Otro día, si me vuelve a invitar —le prometió—. Me gustaría pasar con usted una velada para ver si aprendo algo nuevo de la

vida...

Cuando ya había puesto el pie en el estribo del automóvil, volvió la cabeza al azar. Félix Behrling estaba debajo del arco de la puerta de entrada, del que pendía una lámpara. En la penumbra que formaban los árboles de alrededor, le pareció a Tellesom descubrir repentinamente la verdadera personalidad de Félix Behrling. Seguía riendo; pero ahora estaba ligeramente boquiabierto, con la cabeza hacia atrás, y su risa era la de un sátiro, trascendiendo toda su estampa a malignidad. Más alto y corpulento que nunca, aquel hombre que llevaba colgada del brazo a una frágil mujer, semejaba ocultar su triunfante malignidad bajo una capa de ruidosa alegría. No hubiera podido afirmar Tellesom si Behrling pronunció o no las palabras que se le grabaron en su memoria:

—Acaso pueda enseñarle también algo de la muerte...

Desaparecieron; Cloe canturreando alegremente, mientras su vigoroso acompañante entonaba una cancioncilla obscena. En aquel momento, Tellesom bajó el pie que había colocado en el estribo del vehículo y escuchó un momento unas palabras que le murmuró al oído cierto individuo surgido de las tinieblas y que, una vez transmitido su mensaje, desapareció de la vista.

—Puede usted volver al hotel —dijo Tellesom al mecánico—. Voy a pasar un par de horas en el Casino.

Pero así que hubo traspasado el portal del Casino, y luego de haraganear un poco para hacerse visible, abandonó el establecimiento por otra puerta y en un taxi dirigióse a Cannes.

Capítulo XIV

La entrada al vestíbulo del «Majestic» ofrecía el aspecto triste de un hotel de lujo que conservase sus puertas abiertas fuera de la temporada. Las vitrinas estaban cerradas y ardían pocas luces eléctricas. En el despacho había un solo empleado y en el vestíbulo únicamente podía verse al conserje. Tellesom dirigióse a este último.

—Me gustaría ver a *mister* Warner —dijo dando el nombre con el que siempre se hospedaba su jefe en el establecimiento—. Me parece que ocupa el número 274.

—Telefonaré a esa habitación, señor —repuso el conserje—. *Mister* Warner no permite que suba nadie a visitarle sin ser anunciado.

—Perfectamente —asintió Tellesom—, hágalo cuanto antes.

El empleado penetró en el interior del despacho y tardó unos minutos en reaparecer.

—No consigo que me conteste *mister* Warner, señor —lamentóse—. Vino hace poco; estoy seguro porque le abrí la puerta del ascensor. ¿Es que tiene el sueño pesado?

Tellesom comenzó a dar muestras de inquietud. Recordó la siniestra expresión del rostro del gigante que desapareciera en la sala de baile, y se estremeció.

—Acompáñeme arriba y lleve con usted la llave maestra —le dijo.

El conserje dudó.

—Estoy solo de servicio, señor —observó—. Además, el caballero puede estar durmiendo y no desear que le molesten.

Tellesom no quiso perder más tiempo en palabras y se dirigió hacia el ascensor. El conserje le siguió de mala gana y subieron al segundo piso. Tellesom llamó a la puerta del cuarto número 274; al principio lo hizo suavemente con los nudillos, luego con más energía.

—¿Recibió *mister* Warner alguna visita desde que volvió esta

tarde? —preguntó.

—Ninguna de la que yo me haya enterado, señor.

—Abra la puerta con su llave maestra.

El conserje introdujo la llave en la cerradura con cierta zozobra.

—Este caballero parece tener un carácter un poco fuerte —observó, dudando aún.

—Soy uno de sus secretarios —le explicó Tellesom—. Ya evitaré cualquier disgusto.

—¿Uno de sus secretarios? —repitió el conserje, ya más decidido.

Sin dudar más, hizo funcionar la llave en la cerradura. Su acompañante empujó la puerta y penetraron ambos en el gabinete.

El primer impulso de sorpresa de Tellesom fue más bien motivado por las cosas que dejó de ver que por las que viera. Siendo como era hombre que había sabido disciplinar siempre sus nervios en toda suerte de crisis, comprendió que tal dominio habíase visto conturbado por aquella breve entrevista con Félix Behrling. La revelación que obtuvo en aquellos breves segundos en que Behrling volvió la cabeza desde el jardín, el hecho de quitarse la máscara, su aire de triunfo, misterioso y maligno, llenó a Tellesom de indefinible inquietud. Fue aquello lo que le llevó al «Majestic», y ahora tal zozobra crecía de modo arrollador, mientras examinaba ansiosamente la estancia. Su primera impresión fue de alivio. Warren Rand se hallaba sentado de espaldas, ante la bella mesa de caoba, y escribía. La lamparita que descansaba a su lado era la única iluminación de la estancia. Al principio todo parecía normal; pero, de pronto, una pequeña exclamación del conserje alarmó a Tellesom y éste comenzó a ver cosas extrañas. En el suelo aparecían los dos extremos del cordón eléctrico del teléfono. Al lado había una silla tumbada, sobre el suelo se veía un jarro de flores y en la alfombra se deslizaba un hilillo de agua. Más alarmante que nada era la figura de un hombre que yacía inmóvil, cabeza abajo, sobre la alfombra, junto a la mesa. Warren Rand cerró el sobre de la carta que acababa de escribir y volvióse sin prisa al escuchar la exclamación del conserje. En las hieráticas facciones de su rostro no aparecía rastro alguno de conturbación; pero al ver a Tellesom reveló cierta alegría.

—¿Qué le ha traído aquí? —preguntóle.

—No lo sé exactamente —repuso con franqueza—. Vine para cerciorarme de que no le ocurría nada. Me avisaron que debía aplazar mi marcha y creí oportuno venir a verle.

—Estoy bien —afirmó Warren Rand—; pero temo que a ese desdichado no le ocurre lo mismo —continuó, señalando despectivamente al cuerpo yacente—. Que se lo lleven de aquí, Tellesom, y encárguese de que llegue esta carta a manos del Prefecto de policía.

Tellesom tomó la carta mecánicamente, sin apartar la mirada del cuerpo que yacía inmóvil en el suelo. El conserje se inclinó sobre él para examinarlo.

—¡Pero si es *monsieur* Louis, el nuevo *maître d'hôtel*!
! —exclamó.

—Ya supuse que debía tratarse de alguien de la casa —observó fríamente Warren Rand—. Posee una llave maestra.

—¡Pero si está muerto! —gritó el conserje.

—Sí, está muerto —asintió Warren Rand—. Resulta curioso que una persona como yo, a la que la historia consagrará como el mayor pacifista, se vea obligado a veces a arrebatar la vida de un hombre.

—¡Pero debe intervenir la policía! —saltó el empleado, incorporándose bruscamente.

—¡Claro que sí! Debe avisarle en seguida, así como a un médico, y que se lleven el cadáver. Al mismo tiempo, Tellesom, le recuerdo que debe entregar esa carta al Prefecto de policía en persona y ponerse en comunicación telefónica con Meriot, ministro de Justicia; vive en el 17 de la Avenida del Bois de Boulogne y fácilmente hallará su nombre en el listín telefónico. Resulta verdaderamente absurdo que nuestro amigo Behrling nos mezcle con esta cuadrilla de asesinos.

—¿No estará usted herido, señor?

—Ni un arañazo. Cuando volvía, descubrí a ese individuo haraganeando por el rellano de la escalera. Pedí que me trajera café; ahí está sobre la mesa. Desde el principio, no me gustó la cara de ese tipo, y cuando me trajo el café le puse a prueba fácilmente. Creo que si se analiza ese líquido se encontrará en él veneno suficiente para matar a una docena de personas. Considerando el valor de mi vida —continuó Warren Rand, pensativo—, cometí

acaso una tontería. En vez de bajar yo en persona, telefoneé al despacho del administrador. Cuando me disponía a hablar, se apagaron las luces y el cordón telefónico quedó cortado; por último, este individuo de rostro desagradable intentó agredirme por la espalda. Hallarán el cuchillo en el suelo. Le agarré por la garganta y por lo visto acabé con su vida.

—De eso sí que no cabe duda —afirmó Tellesom, levantándose luego de un breve examen del cuerpo tendido.

La conversación sostenida entre los dos desarrollóse en lenguaje inglés, que el conserje conocía deficientemente.

—Debe intervenir la policía —repitió—. Voy al despacho para avisar.

—Cuanto antes mejor —asintió Warren Rand—. En cuanto a usted, Tellesom, no olvide de entrevistarse con el Prefecto. Esta mañana viene en avión de Antibes y no quiero que me roben el tiempo por una nimiedad.

Tellesom pareció dudar.

—Este es un país un poco especial, señor, en lo que se refiere a la policía. Temo que le obliguen, por lo menos, a sufrir un interrogatorio.

Su jefe sonrió.

—Presente mi carta al Prefecto —insistió—. Asimismo póngase en contacto con el ministro de Justicia. Es de sentir que tengamos que molestar a todas esas personas en plena noche; pero no hay más remedio. ¿Qué es eso?

El timbre estaba sonando en el dormitorio. Obedeciendo a un gesto de su acompañante, Tellesom entró en la mencionada estancia y contestó a la llamada, volviendo instantes después. Sirvióse una copa de *whisky* con seltz, sin previa invitación, y echó un gran trago.

—Me avisan del Hotel du Cap para decirme que el automóvil que había de llevarme allí y que por lo visto tomó a otro pasajero, se estrelló en uno de aquellos angostos pasadizos —dijo.

—¿Un accidente?

Tellesom hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No lo creo. Nadie acaba de explicarse exactamente lo ocurrido; pero debía estar interceptado el camino. El conductor se ha salvado; pero el pasajero pereció.

—¿Y por qué le telefonean a usted?

—Al parecer, la víctima estaba tan desfigurada que no se le pudo identificar. Por eso han telefoneado, para ver si daban conmigo. Primero me buscaron en el Casino de Jean-les-Pins, y luego aquí. Uno de mis hombres me avisó que no subiera en aquel automóvil y me recomendó que tomase un taxi. De no haberlo hecho, hubiera sufrido yo el percance.

Warren Rand se levantó, abrió un poco más la ventana y lanzó una mirada por la Croisette y el puerto, hasta la leve línea de Estérels, gris y delicada contra la luz lunar. Durante breves instantes no dijo nada. Luego, con el aire del que acaba de desembarazarse mentalmente de un pensamiento de importancia vital, se encogió de hombros, encendió uno de sus negros puros y acomodóse en un sillón.

—En fin, Tellesom —dijo—, me alegro de que se le haya ocurrido la idea de venir a verme. Al parecer, ésta ha sido una noche muy activa para Behrling. Tenga la bondad de entregar esa carta al Prefecto.

Tellesom recogió su sombrero.

—¿Se da usted cuenta de que la policía estará aquí muy pronto? —preguntó a su jefe.

Éste asintió.

—La policía no nos molestará después de que el Prefecto haya leído mi carta.

Capítulo XV

Carlos Tellesom y Sara, aun en traje de baño, estaban saboreando el mejor combinado del día, una semana más tarde. Se hallaban sentados en la terraza del bar de Eden Roc, del que comenzaban a desaparecer los clientes al agonizar la estación veraniega.

—Su padre es el hombre más extraordinario que he conocido en mi vida —dijo a la joven.

Ésta le miró e hizo un gestecillo que a su acompañante le pareció disfraz de otro sentimiento.

—Yo opino que es el menos vulgar —admitió—, lo que viene a resultar lo mismo. ¿Por qué renuncia usted a sus bellas cualidades personales para preocuparse de los tormentosos problemas de mi padre en una mañana como esta?

—Me es imposible dejar de pensar en él —confesó Tellesom—. Hace pocas noches infringió las leyes, en Cannes, de tal manera que de haberse tratado de otra persona estaría aún en la cárcel; por lo menos hubiera tenido que presentarse ante los jueces, consiguiendo la libertad sólo mediante una crecida fianza. Pero no ocurrió así. Se limitó a sentarse, a escribir una carta, enviar un telegrama a París y el asunto quedó relegado al olvido. No apareció ni una palabra en la Prensa; ni siquiera se comentó en el hotel.

—¿Y qué es lo que hizo? —preguntó la joven—. Recuerde que esta vez ha sido usted el que inició la conversación sobre el tema.

—No me pregunte exactamente lo que hizo —disculpóse Tellesom—. Desde luego el suyo fue un acto legítimo; pero de haberse tratado de un hombre corriente habría sido un asunto serio. Con él todo limitóse a partir al siguiente día para Ginebra, luego de hacer una visita de cortesía al alcalde.

—Y usted escapó milagrosamente de una catástrofe aquel día, ¿no es cierto?

Asintió él.

—Lo que siento es la mala suerte del desdichado que ocupó el

automóvil —comentó muy serio.

—También lo lamento yo —asintió ella—; pero me alegro de que no fuese usted. ¿Quiere darme otro combinado? Es el primero que tomo.

—Con mucho gusto —asintió, llamando a un camarero que pasaba—. Supongo... que no querrá almorzar conmigo.

—Me encanta la idea —aceptó ella prestamente—. Dispongo de ropa en mi cuarto. Pero ya que inició usted la conversación sobre mi padre, cuénteme algo más. ¿Por qué le parece a usted un hombre tan extraordinario?

—¿Existe en el mundo otro hombre que se mueva con una escolta parecida? —repuso él—. ¿Sabía usted que soy el jefe de una docena de guardianes que nos siguen a todas partes, y aunque me acostumbré a disfrazarme durante los últimos años de la guerra, no consigo reconocer a algunos de ellos? Percibo la sensación constante de que a la vez que protejo soy protegido. Me avisaron que no subiera al automóvil que había de llevarme a casa y estoy seguro de que su padre sabrá mañana por la mañana que he almorzado con su hija.

—Bueno, al fin y al cabo en esto no corre usted un peligro serio —exclamó la joven, echándose a reír.

—Para una persona de mi edad, acaso tenga usted razón —admitió él—, aunque voy a ser la persona más odiada en el hotel cuando sus amigos acudan a la hora de comer.

—¿Trata de adularme?

Tellesom miró a la joven; en sus grises y acerados ojos se había extinguido la luz, y ella pudo cerciorarse de que los labios de aquel hombre podían plegarse en líneas más suaves y hasta adquirir ternura.

—¿Por qué? La verdad es que a veces me parece usted bastante atractiva.

—Pues le costó tiempo confesarlo.

—Cuando llegué aquí —explicóse—, tuve que mantenerme separado de todo el mundo. Teníamos que vigilar a ciertos individuos que habían de reunirse en esta población y averiguar lo que tramaban para procurar impedirlo. No quería hacerme ostensible y su padre tardó bastante en llegar.

—Bueno, cuénteme algo más —rogóle—. Ya habrá observado

que su nombre no aparece nunca en los periódicos; así es que ni mi madre ni yo tenemos nunca noticias de él. Es como si viviera en una cámara acorazada.

—En lo que se refiere a su interés por las cosas externas del mundo, así es. Es el hombre más hermético que he conocido. Su modo de vivir es sorprendente. Nada le ocasiona placer excepto desarrollar su plan, bien sea el financiero, en colaboración con Juan Glynde, o el político, del que se ocupa personalmente. Ninguna de las dos actividades constituye un deleite humano.

Hizo ella un gestecillo.

—Me parece imposible —observó la joven—. Pero alguna vez hará algún acto verdaderamente humano.

Tellesom negó con la cabeza.

—Nunca le vi sonreír ni interesarse en el trato social de nadie. Detesta a las mujeres, y rehúye verlas. Come y bebe cuando es del caso, sin preocuparse en lo más mínimo de los alimentos ni de licores. Lo más sorprendente de todo es que nunca se equivoca. Si nos dice que podemos encontrar a una persona en determinado lugar y día, allí se encontrará. Tiene también la intuición del periodista, y parece adivinar lo que va a ocurrir, los acontecimientos que han de influir en la opinión pública. Cuando se halla en Europa, se pasa la mayor parte del tiempo en Ginebra; pero nunca asiste a las reuniones oficiales, aunque se informe de todo lo que allí se dice, y gran parte de ello lo dicta él.

—¿Se encuentra ahora allí?

Tellesom dudó.

—Sí, está allí —confesó.

—¿Y por qué le dejó a usted aquí?

—No puedo adivinarlo, salvo que el hombre más peligroso de los que luchan contra él se halla aquí todavía, y mientras ese hombre esté aquí, su padre de usted teme de él alguna fechoría. Tan pronto como se marche tendré que ir a informar a su padre a Ginebra o Londres, según donde se encuentre.

Levantóse la joven y arrojó el resto del cigarrillo que estaba fumando, permaneciendo pensativa un instante.

—Voy a ponerme algo —dijo de pronto, con cierta brusquedad.

Los ojos de Tellesom la siguieron mientras avanzaba entre grupos de hombres y mujeres ataviados de modo más o menos

grotesco, yendo y viniendo de tomar el té. Percibió entonces una curiosa impresión. Le pareció como si la Sara Hincks, la preciosa muñeca del hotel, cuando llegó él hacía un par de semanas, hubiese desaparecido o se hubiese transformado de extraño modo en una persona más sedante y contenida. Conservaba el encanto, eso sí, y a veces la alegría, pero su anterior bullicio, su juvenil actividad, su instintiva ansiedad vital habíase desvanecido. En la mente de Tellesom incubóse un pensamiento extraño, insinuante, una reflexión ridícula, absurda; pero fascinantemente conturbadora. Por un momento dejóse envolver, sintióse intoxicado. Por último, dio media vuelta y avanzó por la terraza en busca de una mesa.

Cinco minutos más tarde, Sara comprobó el cambio operado en él, así que se hubieron acomodado ante una mesa, de cara al mar.

—¡Ya tornó mi quijotesco amigo! —dijo ella, riendo con aquel temblor en el extremo de sus ojos que él, como todos, hallaba tan delicioso—. ¿Pero qué diantre ha ocurrido para hacerle volver a sus prehistóricos días?

—¿Por qué prehistóricos?

Antes de contestarle, sirvióse Sara una buena ración de tortilla.

—¿Acaso no comenzó la historia en usted cuando me cercioré de lo agradable que era?

—¿Es que pretende burlarse diciéndome locuras?

—Verá; decirlas es el primer paso para hacerlas. Soy persona de acción, y si el camarero no abre esa botella enseguida, verá como la abro yo misma.

Hizo llamar a un mozo y Sara sonrió al examinar la etiqueta de la botella.

—¡Mi marca favorita! —murmuró— ¡Qué encantador es usted al fijarse en estos detalles!

—Es difícil olvidarse de las cosas que a usted se refieren.

Ligero rubor cubrió la tostada tez de la joven.

—Bastante bien, aunque un poco artificial —rióse—. Quisiera que el baño no me pusiera tan sedienta. ¿Podrían traerme también un poco de agua? Y, dígame, ¿por qué tenía esa cara tan rara cuando vine? ¿Es que acaso no le agrada mi kimono? Todos dicen que es precioso. Me lo envió mamá desde París. Por cierto, mamá va a llegar, y me pregunto si le va a ser simpática.

—¿Que va a llegar?

—En auto y de un momento a otro, si consigue desprenderse de Avignon, que tiene para ella una atracción fascinadora. Siempre que viene hacia esta parte del mundo, se pierde allá.

—¿Y congenian ustedes? —le preguntó él con cierta brusquedad.

—De un modo extraordinario; acaso porque nos tratamos tan poco. A ella también le gusta divertirse. La verdad es que a mí me agrada divertirme con un grupo de amigos, durante una semana; pero luego comienzo a aburrirme terriblemente. Ha sido usted aquí mi salvación.

—Me sirve de consuelo, porque sentía algún remordimiento por haberla arrebatado de vez en cuando de la compañía de sus jóvenes amigos.

—La verdad es que me ha arrebatado de su compañía más que de vez en cuando —le recordó fríamente—. De haber estado aquí mi madre, le hubiera preguntado a usted a estas horas cuáles eran sus intenciones. Las madres americanas son así. Por cierto, ¿está usted casado?

—No —se apresuró a contestar—. ¡Dios me libre!

—¿Y por qué tanto énfasis? No parece usted muy mujeriego; pero ¿verdad que no le desagradan las mujeres?

—Claro que no; pero soy pobre. Salvo mi sueldo de retirado, mis ingresos son muy exigüos. Nunca soñé poder alcanzar un salario como el que me paga su padre; pero no puedo contar con él como ingreso permanente.

—Pues me parece que se lo gana usted bien —observó ella—. ¿Por qué tiene mi padre tantos enemigos?

—En realidad no son enemigos personales; representan causas que se verían arruinadas si el plan de su padre llega a buen fin. Incluso en nuestros tiempos, la vida no es todo lo civilizada que parece. Entre los hombres persiste una corriente de ferocidad que pretende aplastar la vida y la personalidad de los otros. Su padre, por otra parte, es hombre audaz. Según he podido colegir, labora por una finalidad magnífica, acaso imposible, y para alcanzarla habrán de sufrir muchas personas.

—Algún plan pacificador, ¿no es cierto? —comentó Sara—. Durante la guerra me daba vergüenza mirar a nadie.

Tellesom sorbió un poco de vino, en actitud cavilosa.

—Yo fui soldado —dijo—, pero no estoy seguro de si su padre

no estará en lo cierto. De todos modos, no es un sentimental. Precisamente la otra noche traté de ponerme en su sitio y ver las cosas como él las ve. Es hombre perfectamente lógico; por eso acaso consiga triunfar en lo que fracasaron todos los sentimentales.

—¿Y no le ha hecho nunca confidencias?

—Ni a mí ni a nadie. Jamás pronuncia una palabra innecesaria. Si tiene que dar órdenes, lo hace con las palabras puramente necesarias para hacerse comprender. Aparte de esto, no existe hombre alguno, ni siquiera Juan Glynde, su maravilloso secretario, que pueda adivinar lo que se oculta en su cerebro.

—¿Qué diferencia existe entre el cargo de usted y el de Juan Glynde?

—Juan Glynde es su brazo derecho en finanzas —explicó Tellesom—. Yo ocupo más bien el cargo de jefe de su séquito. Organizo sus actividades ofensivas y defensivas y dirijo a un pequeño grupo de hombres que se preocupan de su seguridad personal. La mayoría de ellos ya estaban empleados en la organización cuando yo ocupé mi cargo, y a algunos casi no les conozco; pero estoy dotado de un instinto especial frente al peligro que a veces resulta positivamente útil. Supongo que lo adquiriría durante los años de guerra.

—Resulta verdaderamente novelesco. ¿Y se ven ustedes todas las mañanas para preparar planes?

—Nada de eso. Tenemos una oficina en Londres, en el edificio de Kingsway, y tan pronto como nos informamos de lo que piensa hacer su padre, damos instrucciones a los hombres idóneos para el caso. Cuando se marcha al extranjero, contamos con afiliados en todas partes y corresponsales. Claro que no somos infalibles. La semana pasada no consiguieron prestar a su padre la debida protección; pero a mí me salvaron la vida.

—Parece un cuento de las «Mil y una noches» —murmuró Sara.

—Y existe una verdad amarga en todo esto —le recordó—. La mitad del mundo no sabe cómo vive la otra mitad. Existe aquí un alemán en estos momentos que dispone de un sistema de espionaje casi tan extenso como el nuestro, y de él forman parte los hombres más desesperados que cabe imaginar. Constantemente nos están atacando, y nosotros nos hallamos a la defensiva.

—Cuénteme algo de Juan Glynde —rogóle.

—Juan Glynde es un genio de las finanzas y podría haber alcanzado el puesto de Presidente del Consejo de Administración de uno de los más importantes bancos de los Estados Unidos de no haber reclamado su padre de usted su colaboración. Creo que podría decir de memoria el patrimonio de su padre de usted en todas las grandes empresas del mundo, y cada mañana, luego de estudiar las cotizaciones y recibir noticias del mercado de Nueva York, sabe perfectamente cómo ganar un millón o dos antes de mediodía, y generalmente lo consigue.

—¡Qué vida debe llevar mi padre! —reflexionó la joven, a la vez que decía adiós con la mano a algunos conocidos, alegres y ligeramente ataviados—. Se oye hablar de él raras veces. Es sorprendente cómo consigue eliminar su nombre de los periódicos, siendo tan inmensamente rico como es.

—Sí —murmuró Tellesom—; en uno de sus momentos confidenciales me confesó que esperaba morir pobre.

—El abogado que nos entregó el dinero que nos asignó mi padre, nos dijo que no podíamos esperar obtener nada más. La verdad es que no sé lo que hubiéramos hecho con el dinero de habernos dado más. Ni mi madre ni yo hemos conseguido gastar siquiera la renta del capital, y eso que mamá es una manirrota.

En aquel momento atrajo su atención una rápida canoa, cargada de personas notables, y como por mutuo acuerdo abandonaron los dos el tema serio de su conversación. Cuando llegaron al final de la comida, uno de los botones se presentó en la sala, de prisa, y dirigióse hacia la mesa ante la que se hallaba un individuo bajo y comedido que iba ataviado con más aditamentos que el resto de los comensales. Momentos después, aquel individuo dirigió una mirada de sentimiento al plato, y avanzó hacia el vestíbulo. Sara siguió la dirección de la mirada de su acompañante, y sonrió.

—¿Quién es ese hombrecito? —preguntó— ¿Por qué cree usted que le habrán hecho salir tan de prisa?

—Puedo contestar a su pregunta —repuso Tellesom—. El otro día tuve una entrevista con él. Es el Jefe de Seguridad de la localidad; pero lo que no puedo adivinar es la causa de esa prisa. Se tratará de algo serio, ya que un francés no abandona así como así el almuerzo.

El *maître d'hôtel* se acercó más a ellos con el aire complacido

del que tiene algo confidencial que decir.

—Anoche se ha cometido un asesinato terrible en el restaurante de Jean-les-Pins —murmuró—. Una señora austríaca, según dicen, que estuvo jugando fuerte durante los últimos días, fue hallada en su cuarto del Hotel Provençal esta mañana, estrangulada y sin ninguna de las joyas que poseía.

Apenas si pudo contener Tellesom una exclamación que tenía tanto de ira como de sorpresa. Lanzó una mirada hacia las mesas de enfrente y sus ojos tropezaron con los de Félix Behrling. De pronto, éste, levantó la copa y descaradamente dedicóle un guiño significativo.

Capítulo XVI

Warren Rand cruzó una vez más los espacios. Ahora se hallaba sentado ante una mesa y sumido en cavilaciones. A escasa distancia, Glynde dictaba a un secretario. El operador de radiotelegrafía se hallaba al otro lado; un piloto auxiliar que tenía un mapa en la mano miraba hacia abajo, hacia la gran alfombra de tinieblas. La luz que estaban buscando comenzó a resplandecer de pronto. Era una débil lucecilla, semejante a la de una luciérnaga, situada a miles de pies de distancia. Entonces volvióse hacia su jefe.

—Será imposible llegar a Le Bourget antes de las tres, señor —anuncióle—. Volamos a ciento veinte kilómetros por hora, contra viento, y acabamos de cruzar las luces de Lafaye.

Warren Rand no contestó. Si la noticia le decepcionaba, no lo dio a conocer, y se limitó a llamar a Glynde.

—Póngase en comunicación con París —le dijo— para que sepan que nuestra entrevista debe quedar aplazada hasta mañana y pregunte la hora más avanzada en que me podrá recibir *monsieur* Foucquailles.

—Lo siento, señor —disculpóse el piloto—, no se puede conseguir más del aparato.

—¿Cuánto tiempo tiene que conducir aún? —le preguntó Warren Rand, indiferente.

—Hasta el amanecer probablemente; hasta llegar a Le Bourget. Andrew ya tuvo bastante trabajo al cruzar los montes.

Warren Rand reclinóse en su asiento, sacó del bolsillo una amplia petaca, escogió un puro y lo encendió.

—Mejor sería que durmiese usted —le propuso Juan Glynde, mirándole desde su asiento—, especialmente si piensa volver a Inglaterra esta tarde.

—Ya he dormido —limitóse a replicar.

Siguió un breve silencio que vióse interrumpido de pronto por el aviso del receptor radiotelegráfico. El telegrafista llenó un despacho y se lo llevó a Glynde, quien lo leyó prestamente y se lo entregó a

Warren Rand. Éste leyó el contenido pausadamente, palabra tras palabra. Hacía dos horas que lo habían depositado en Antibes.

«*Madame von Trugner robada y asesinada anoche en el Hotel Provençal.*»

Warren Rand estrujó el radiograma. Glynde se levantó y agarrándose a la barra, se acercó a la mesa. El avión había entrado en un bache de aire y temblaba como una hoja.

—No recuerdo a *madame* von Trugner —le dijo—. Nunca oí hablar de ella.

La mirada de Warren Rand perdióse en las tinieblas.

—Era la mujer a quien di diez mil libras por la fórmula de su marido y posteriormente otras veinte mil. El profesor von Trugner fue el inventor de los aviones pigmeos y las bombas que él llamó de repetición. De no habernos vendido ella tal fórmula, dudo que se hubiera podido firmar el pacto en esta generación.

—Pues parece que no le dejaron mucho tiempo para gastar el dinero —observó Glynde—. ¿Fue la gente de Behrling la que realizó el crimen?

—Sin duda alguna. El propio Behrling estaba en Antibes cuando yo salí.

Juan Glynde se acarició su pequeño mentón, bastante áspero por cierto, ya que necesitaba afeitarse.

—Opino que Behrling es hombre peligroso —se atrevió a decir—. Detesto sus genialidades. En uno de los informes que nos enviaron últimamente nuestros agentes sobre él, nos decían que a veces es demasiado impulsivo. Cuando trabaja con sus agentes deja muchos cabos sueltos y su labor no es tan perfecta como la de nuestro servicio. No sé si adivinará usted lo que insinuó. Acaso unas palabras, aunque fueran en forma anónima, dirigidas a la policía francesa, pudieran ser útiles.

Su jefe negó con la cabeza.

—No hay que hablar de eso, Juan —repuso—. La policía francesa podría rastrear el asunto demasiado. Nosotros no podemos garantizar la vida de nuestros confidentes. Cuando traicionan a sus compatriotas, saben el riesgo que corren. *Madame* von Trugner no constituye una verdadera baja en nuestras filas. Además, muy bien

podría conservar una tercera copia de la fórmula.

Glynde acomodóse en la silla que le señalara su jefe; hizo sonar una campanilla y colocaron presto sobre la mesa una botella de *whisky* y sifón.

—No comprendo cómo no le apetece nunca beber algo —dijo, parpadeando tras sus lentes, mientras vertía el *whisky*—. Es buena marca; no hay que temer un dolor de cabeza. Es excelente para el trabajo.

Warren Rand sonrió tolerante.

—Si es preciso, bebo en compañía de otros —dijo—, pero ya sabe usted que la bebida no significa nada para mí. ¿Qué opina usted de la sesión de hoy? Escuché desde mi cuarto todo lo que dijeron; pero no podía ver la expresión de los rostros de los que hablaban, del francés en particular.

—En cierto modo, resultó divertido —afirmó Juan Glynde—; pero no del todo satisfactorio para nosotros. A mí me dio el francés la impresión de que estuviera fingiendo, como si tuviera una reserva mental; y en cuanto al inglés, exageraba evidentemente. Entre los dos lo estropearon todo.

—Ya recibirán la lección que merecen —decidió Warren Rand, con expresión sombría.

Juan Glynde bebió un buen trago del contenido de su copa, y se inclinó hacia adelante.

—¿Por qué preocuparnos tanto de los problemas de desarme? —preguntó—. Casi he alcanzado ya el depósito de oro más grande del mundo. Sus cálculos resultaron bastante ajustados a la realidad. Los dos tercios del billón que se presenta en el mercado, proceden de América del Sur y Australia. El otro tercio está esparcido por el mundo entero. Las minas rusas constituirán siempre un misterio; pero de lo que podemos estar seguros es de que no pueden alcanzar pleno ritmo de producción hasta dentro de diez años. Comienzo a creer que su primera teoría, aunque parecíame fantástica, es posible.

En los duros ojos de Warren Rand brilló una ráfaga y sus labios se contrajeron ligeramente.

—Ya sabía yo que usted terminaría por convencerse —afirmó—. Por causas especiales, deseo que se mantengan las cláusulas de desarme y que el plan se desenvuelva sobre sus bases originales.

Glynde sacó un cigarrillo de Virginia, lo encendió meticulosamente y fumó en silencio unos instantes.

—Temo que no consiga usted convencer a Foucailles —predijo—. Me parece que debía abandonar la idea del desarme.

—No estoy de acuerdo —replicó con presteza—. Trato de convencer a Foucailles. Si fracasan sus palabras esta vez, habrán de triunfar los hechos. ¿Por qué se imagina usted que voy a tropezar con dificultades?

—Se habla mucho de esos dos nuevos tipos de cruceros —replicó Juan Glynde—. Podrá ser o no verdad, pero Foucailles cree que son capaces de destruir cualquier nave que se les enfrente. ¿No se dice que uno de esos modelos transporta un par de submarinos y el otro aviones de bombardeo de efectos terribles?

—Es cierto —admitió Warren Rand—, pero a cambio de poseer esos cruceros, tendrá que renunciar a unas ciento cincuenta mil toneladas de marina de guerra de otro tipo.

—En cierta ocasión discutí con Foucailles —le recordó—; fue cuando era ministro de Hacienda. Llegué a la conclusión de que era hombre difícil de convencer.

—Entonces tendremos que recurrir a la acción, renunciando a las palabras —replicó Warren Rand fríamente.

Juan Glynde dio muestras de cierto nerviosismo. Acabó su *whisky* y volvió a llenar la copa.

—Mire usted, jefe —objetó—, si me atreviera a formular una crítica de esta meteórica carrera de usted que me arrancó de los seguros ámbitos de Wall Street, para lanzarme a recorrer continentes y horizontes de modo tan peligroso como éste, le diría que corre peligro al recurrir a la acción. Hasta hoy ha tenido suerte; pero cualquier día cambia su buena estrella.

—Explíquese un poco mejor.

—Confía usted en una cadena demasiado larga. Los eslabones parecen fuertes, y ya sé que cada uno se han puesto a prueba. No obstante, me permito recordarle que con sólo uno de los eslabones que deje de cumplir su misión, quedaría destruido el trabajo de conjunto. No todos los hombres son tan calculadores como usted, Warren Rand. En esto precisamente es donde puede surgir el fracaso. Desconoce usted los problemas de conciencia y el sentimentalismo, porque cuando inició su obra, previó su precio.

Existen muchos hombres en el mundo que son más humanos que usted; por eso a veces me inquieta cuando escoge a un hombre feble y le asigna un puesto de responsabilidad. Tellesom, por ejemplo, no es débil, lo admito; pero es un sentimental.

—Tengo en cuenta el temperamento y tendencias de los hombres que utilizo —afirmó Warren Rand—. Tellesom puede ser de los capaces de desobedecer mis órdenes sin que provoque en mí reacción. En fin, ya conozco su punto de vista, Glynde; no hablemos más del asunto. ¿Qué hay de la atmósfera?

El hombrecito de los lentes ribeteados de oro, se asomó a un ventano.

—Aclara —anunció.

—¡Magnífico! —gruñó su jefe— Dígales que vamos a Londres otra vez. Quiero acabar allí mi trabajo, si es posible, y regresar a Ginebra mañana por la noche.

El avión cernióse sobre París en la gris mañana, hizo su habitual aterrizaje impecable, y Warren Rand vióse transportado a un lujoso auto que aguardaba en una de las quietas calles que convergen a los Campos Elíseos, ante un edificio que era a menudo objeto de comentarios curiosos en la vecindad. Estaba rodeado por una brillantísima barra de metal. La cerradura era el último modelo de perfección de la mecánica americana. El portero pertenecía a la organización de Warren Rand, igual que los dos asistentes, alguno de los cuales permanecía sentado de guardia en el patio día y noche. Al cabo de una hora, Warren Rand se había bañado y cambiado de traje; bebióse el café y se puso a estudiar los diversos informes que se le habían presentado para su inspección, procedentes de todas las partes del mundo. Luego leyó los periódicos matinales, fumó un puro y a las nueve fue llevado a presencia del hombre por el que hizo el viaje en avión desde Ginebra. Era éste un individuo de barba gris, suave, de aspecto poco inteligente; pero de digna estampa. Se estrecharon la mano, y le invitó a sentarse. No fue necesaria la presencia de ningún intérprete. A Warren Rand le hubiera sido difícil contestar a las más elementales preguntas del arte clásico; pero existían pocas lenguas extranjeras que no hablase con soltura.

—Es usted un hombre de empuje, amigo mío —le dijo a Warren Rand—. Ayer en Ginebra, esta mañana entre nosotros. Un día

pobrísimos en Ginebra, ¿verdad? Se adelanta poco allí.

—Gracias principalmente a la ambigüedad de su representante —repuso Warren Rand con rudeza.

Monsieur Foucquailles tosió un poquito.

—Eso precisamente, no —protestó—. Lo que ocurre es que mi Gabinete, y Downing Street también, creen que estaremos más seguros en estos tiempos volcánicos si nos mostramos cautos con ese plan pacificador. El desarme es una simple cuestión de detalle. A su tiempo se producirá.

—Acaso.

—Su interés en este asunto resulta extraño —continuó Foucquailles, con expresión de curiosidad—. Según dicen, es usted el mayor propietario de periódicos del mundo. Ello constituye un gran poder. Es usted también el hombre más rico, lo cual tiene una significación parecida a la anterior.

—¿Hace esa afirmación como una opinión privada? —comentó Warren Rand—. Los puntos de vista de los grandes hombres son siempre interesantes. Hablando con claridad, ¿quién cree usted que detenta más poderío, el propietario de los periódicos o el hombre que controla los mercados del dinero?

—Yo creo que el de los periódicos —decidió *monsieur* Foucquailles—. ¡Nos impresionamos tan fácilmente por lo que leemos! ¿Dinero? Verá, no existe hombre capaz de atesorar lo suficiente para ser capaz de trastornar las operaciones de la Bolsa internacional poco más de un día.

En el rostro de Warren Rand no surgió ni siquiera una de sus despiadadas y peculiares sonrisas. Parecía un poco perplejo. Aquel hombre que tenía delante debía poseer otras prendas intelectuales distintas a las que trascendían de sus palabras. Francia debía poseer también su organización de Servicio Secreto. ¿Era acaso que aquel individuo sabía tan poco como aparentaba?

—Mejor sería que volviéramos al asunto que deseo tratar con usted —sugirió Warren Rand—. Tanto yo como muchos otros, creemos que el acuerdo del desarme está tan próximo a la realización que debe abordarse y acordarse antes de pasar al Pacto de la Paz. Ayer, el representante de ustedes en Ginebra parecía dudar. Igual le ocurría al representante de Gran Bretaña. ¿Pero cuál es su personal punto de vista, señor?

Foucquailles jugueteó un instante con una bonita tabaquera que estaba sobre la mesa; extrajo un cigarrillo y lo encendió.

—¿Y cuál es el punto de vista de su país? —le interrogó el ministro—. Supongo que no estará usted autorizado para hablar en su nombre.

—Acaso no. Por otra parte, debo confesar que la diplomacia norteamericana no destaca precisamente por su filantropía. No cabe, por ejemplo, abrigar la esperanza de que Washington dé orden de desarmar, mientras observa la actitud ambigua de Francia y Gran Bretaña. Personalmente, yo no considero ni consideraré nunca a mi país como factor definitivo en este problema. Las guerras en que puede verse o no envuelta, no constituyen para ella asuntos de vida o muerte. Europa y Asia son los continentes en que hemos de fijar nuestra atención. Estoy seguro, no obstante, de que Washington respaldaría, sin duda alguna, cualquier plan serio de desarme que se adoptara en esta parte del mundo. Su punto de vista es el del sentido común universal; que la firma del Pacto de la Paz, antes de acordarse las cláusulas del desarme, constituiría una gran farsa.

—Lo que me desconcierta en usted, *mister* Rand —observó Foucquailles con cierta brusquedad—, es que no sé a quién representa.

Warren Rand sentóse, y meditó. Era demasiado peligroso expansionarse en aquel período de la entrevista.

—La comisión de desarme sigue funcionando —continuó *monsieur* Foucquailles—. El Japón, Alemania e Italia se muestran satisfechas, y lo único que falta puntualizar es el tonelaje de nuestra flota. Claro que es una lástima que hayamos construido dos cruceros de gran envergadura, el *Frèjus* y el *Toulon*. Nos han costado una enorme cantidad de dinero y no cabe hablar de arrinconarlos. Estamos dispuestos a tratar del sacrificio de algunas de nuestras pequeñas unidades, si llegamos a un acuerdo mínimo. En este aspecto el país de usted puede decidir mucho.

—Mi país ha sido perfectamente lógico —repuso Warren Rand—. No necesitamos flota en el Mediterráneo, y nuestro movimiento naval por allí, durante los últimos años, fue bien exiguo. Desde el punto de vista nacional, no tenemos interés especialísimo en cruzar el Atlántico. Como ruta para nuestras empresas el Atlántico podría

desaparecer del mapa. Por otra parte, nuestro país tiene la periferia mayor del mundo, y queremos adaptar nuestros armamentos navales a un sistema eficaz de defensa. Respecto a los mares asiáticos, sólo nos preocupa proteger nuestros intereses comerciales del naciente poderío oriental; pero queremos hacer todo esto en paridad con las demás naciones.

—Perfectamente plausible, *mister* Rand —admitió su interlocutor—. No obstante, los Estados Unidos han dudado en fijar sus cifras en el papel.

—Los Estados Unidos han hecho saber diferentes veces al Gobierno de usted y al de Inglaterra cuáles son sus actuales propósitos —replicóle fríamente—. Italia está de acuerdo y Japón parece satisfecho. Todas las naciones pequeñas están contentas; Bélgica, Holanda y los Países Bálticos opinan lo mismo, e igual le ocurre a Alemania. Perfectamente, *monsieur* Foucquailles, le voy a hablar con entera claridad. Yo represento a una gran parte de la Prensa del mundo, y me atrevo a afirmar que usted, en colaboración con la Gran Bretaña, se interpone en los normales trabajos para llegar a un acuerdo de desarme, preludio natural para el Pacto de la Paz. El motivo de mi visita es, sencillamente, éste. Vengo a pedirle que telegráfie a Ginebra, luego de consultar con los demás miembros de su gabinete y a sus jerarquías navales, para dar a sus representantes las facultades necesarias para firmar el Tratado de Desarme sobre la base de omitir los dos cruceros, el *Toulon* y el *Frèjus*.

—Va usted un poco de prisa, *mister* Rand —lamentóse *monsieur* Foucquailles.

—¿Cómo se me puede tachar de precipitado cuando la Conferencia está deliberando en estos momentos? —replicóle con tono cortante—. Los representantes de usted se presentaron allí sabiendo de sobra que esos dos nuevos cruceros desequilibraban la balanza, salvo si se compensaban con unidades de inferior tonelaje. ¿Es que estaban instruidos, desde el principio, para negarse a firmar el tratado, o es que su Gobierno cambió posteriormente de criterio?

Monsieur Foucquailles se recostó en su asiento y mostróse más reservado.

—*Mister* Warren Rand —dijo—, es ésta nuestra primera entrevista; pero siempre oí hablar de usted como de la persona que

ostenta una evidente fuerza internacional. No obstante, debo recordarle que usted no representa a nadie. La Prensa no está ni tiene derecho a estar representada en la Conferencia, salvo ostentando su condición profesional. Los multimillonarios se hallan en semejante posición. Sólo las naciones tienen derecho a sentarse ante la mesa. Estoy hablando con usted como persona interesante y de positiva influencia; pero resulta imposible que trate con usted como pudiera hacerlo con el representante de una nación amiga.

—En otras palabras —persistió Warren Rand—, que no me puede dar seguridad de que sus representantes recibirán ahora o pronto instrucciones para la firma del Convenio de Desarme sobre las bases que yo apunte, ¿no es cierto?

—No puedo darle tal seguridad, *mister* Rand —asintió el ministro—. En cambio puedo anticiparle que están en libertad de firmar en cualquier momento el Pacto de la Paz.

Warren Rand levantóse lentamente. Su acompañante aceptó la insinuación e hizo funcionar un timbre para que acudiera su secretario.

—No obstante, le doy las gracias por su visita —le dijo, tendiéndole la mano con un gesto cortés.

—Lo mismo le digo —fueron las últimas palabras de Warren Rand—. Lamento el fracaso de mi visita. Y creo que usted también lo lamentará dentro de pocos días.

Capítulo XVII

Desde Le Bourget a Croydon el aparato de radiotelegrafía lanzó incesantemente sus mensajes. De una caja de acero fueron sacados códigos cifrados y del salón desaparecieron el sirviente y el segundo piloto. Se cruzaron palabras y frases extrañas y a las cinco descendió Warren Rand en Croydon, donde le aguardaba una persona familiar, pero inesperada. Esbelta, comedida y cauta en el hablar y ademanes, la señorita Stanley Erdish avanzó hacia él sin nota alguna de timidez.

—Creí oportuno venir personalmente —dijo, a la vez que sacaba un estuche de mensajes—. Se han recibido hoy varios telegramas que deben merecer atención, y en Kingsway Building nadie tiene las claves necesarias para descifrarlos. Además, se han producido algunos hechos de los que debe informarse usted.

—¿Dónde diablos está Hammond? —preguntó Warren Rand—. Debía estar aquí para recibirme. Le concedí dos días de vacaciones; pero tenía que estar de vuelta esta mañana.

—Hammond se ahogó ayer cuando se bañaba en Cromer —contestó la joven con calma—. La noticia la hemos conocido hace apenas media hora.

—¡Ahogado! —repitió Warren Rand— ¿Pero sabe lo que está diciendo, señorita?

—Se ahogó en aguas tranquilas y poco profundas —continuó la joven—. Por lo visto había alquilado una embarcación, en la que dejó las prendas de vestir encerradas. Posteriormente se averiguó que sus bolsillos estaban vacíos y que habían desaparecido las llaves. Todo ello me indujo a traerle personalmente estos telegramas.

—¿Pero por qué diablos se mezcla usted en todo esto? —interrogóla *mister* Rand.

—Dejé encargada a *miss* Erdish del departamento confidencial —intervino Juan Glynde—. En fin, en la actualidad ocupa mi habitación. No pude pensar en ninguna otra persona capaz de llevar

adelante su propaganda negativa, y ella puede trabajar desde la oficina central mejor que ninguna otra persona.

—Y a esto debe añadir —observó la joven— que desde que usted partió su nombre no apareció en periódico alguno y no existe alma humana, salvo los que tienen su servicio secreto, que conozca su marcha a Ginebra.

—Entre al auto —gruñó Warren Rand—, y usted también, Glynde. Veo que tiene ahí su cartera. Supongo que habrá traído el código de la clave «Z», ¿eh?

—Efectivamente.

Partieron todos y Juan Glynde abrió los despachos y los descifró, entregándoselos luego a su jefe, quien hizo al margen algunas anotaciones. Seguidamente Rand se acomodó en su asiento, sin hablar ni una palabra más durante el resto del viaje. Tanto Juan Glynde como la joven le miraban de vez en cuando con cierta curiosidad; pero fuera cual fuese lo que tramaba su cerebro, no desplegó los labios. Cuando cruzaban el puente de Waterloo, daban las seis en el Big Ben. Warren Rand despertó de su arrobamiento.

—¿A qué hora estoy citado con el Primer Ministro? —preguntó.

—A las siete y treinta —repuso Juan Glynde—. Tendrá usted el tiempo justo para ir a Kingsway Building y cambiarse de ropa.

Corrieron por el corazón de Londres hasta que al fin llegaron ante el umbral del emporio de la prensa universal. Al parecer era una noche de gran actividad. Todas las ventanas de un lado a otro del edificio resplandecían de luz y constantemente entraba y salía gente por la amplia portalada. Warren Rand volvióse hacia su acompañante.

—Vaya a descansar, Juan Glynde —le aconsejó—; lo necesita. Si ha puesto tanta confianza como parece en esta señorita, lo mejor será que le designe una habitación; pero procure que se mantenga fuera de mi vista en lo posible.

Alejóse y sacando del bolsillo una llave abrió la puerta privada y desapareció. *Miss Stanley Erdish* esbozó una sonrisa.

—¡Qué hombre tan cordial! —murmuró—. ¡Qué jefe tan encantador!

—Warren Rand es un hombre normal —comentó Juan Glynde—. ¿Hay más trabajo esta noche? —añadió mientras cruzaban al amplio vestíbulo— ¿Sube?

—Quiero cerciorarme de si hay más telegramas —decidió.

—¿Y luego?

—Cenaré en mi club, a menos que usted sea tan amable que me invite cenar.

Tosió él un poquito.

—Será para mí un gran placer.

Entraron juntos en el gran ascensor central.

—A las ocho en el Lugano —sugirió él.

—Temo que le voy a arruinar —suspiró—; pero allí estaré.

El Primer Ministro en persona, el honorable Oliver Trowse, recibió a su visitante en el gabinete particular de su residencia oficial. Su actitud fue amable, ya que en el seno de su Gobierno era criterio general que a pesar de lo poco que se sabía de aquel hombre, Warren Rand era una fuerza digna de consideración.

—¿De modo que viene usted directamente de Ginebra? —observó el Primer Ministro, luego de acomodarse en sus respectivos asientos— Debió encontrarlo muy interesante, Me hubiera gustado presenciar los debates de hoy.

—No estuve presente en ellos —confesó Warren Rand—; pero conozco al detalle todo lo que se discutió.

Mister Trowse frunció ligeramente las cejas.

—¡Pero hombre! Cuando supe que se hallaba usted en Ginebra, di por descontada su presencia en la sede de las deliberaciones. Si es que le hacía falta alguna clase de tarjeta de invitación, sus representantes se la hubieran facilitado gustosamente.

Warren Rand esbozó una sonrisa. Había dispuesto de un micrófono privado y de un aparato, aún no patentado, que se instalaron en las habitaciones que ocupaba en el hotel de Ginebra, y desde allí estuvo en comunicación con el Palacio donde tenían efecto las discusiones, e igualmente con Londres, París y Nueva York.

—Muchas gracias, *mister* Trowse —replicó—; pero pude escuchar perfectamente los debates. Continuaron los obstáculos de siempre. Es como si se tuviera interés en que las deliberaciones no alcanzaran resultados prácticos. La oposición provino hoy de los representantes de usted y de los franceses.

Mister Trowse apresuróse a objetar con un gesto de impaciencia:

—Amigo mío, quítese esa idea de la cabeza. No hay nadie que

tenga más interés que nosotros en despejar el camino para la firma del Pacto de la Paz. Naturalmente, Francia es de la misma opinión. ¿Qué podemos ganar nosotros con otra guerra? Nada. ¿Qué puede ganar Francia? Aún menos.

—No estoy de acuerdo con usted, —replicó con brusquedad—. Me atrevería a decirle que dada la experiencia que han conseguido con el último conflicto bélico, en una nueva guerra se pondrían al frente del gobierno estadistas en vez de visionarios, y así podrían imponer tales condiciones que no habría peligro en cincuenta años. En cuanto a Francia, no me extrañaría que los beneficios de la última guerra la empujaran a buscar otra más. He estudiado el asunto concienzudamente y he llegado a la conclusión de que la psicosis bélica es evidente.

—¿Habla usted en serio? —preguntóle el Primer Ministro, echándose un poco hacia atrás.

—¿Pero es qué alguna vez en mi vida dejé de hablar en serio? —replicó airado—. No me gusta la palabrería inútil. Tengo por lo menos cincuenta millones de lectores inteligentes que esperan noticias de lo ocurrido en Ginebra, no sólo deseosos de oír las noticias, sino que esperan una traducción literal de las deliberaciones. ¿Quiere usted que les digamos que el motivo del posible fracaso estriba en la secreta oposición de Inglaterra y Francia?

El Primer Ministro dio pruebas de evidente indignación. Tendió la mano hacia el timbre; pero ante la imperturbabilidad del rostro de su visitante, la apartó.

—Cualquier otra persona que hubiera osado formular tal aseveración en mi presencia —dijo con palabras estridentes—, habría salido de aquí en el acto, negándosele la entrada para siempre. Nuestros representantes en Ginebra tienen instrucciones precisas para facilitar en cuanto sea posible la firma del Pacto de la Paz. Los representantes franceses, según creo, tienen parecidas instrucciones.

—Todo eso es una farsa —insistió Warren Rand, secamente—. Ustedes están dispuestos a firmar el Pacto de la Paz; ustedes están listos teóricamente para abjurar de las guerras como medios de dirimir las disputas internacionales; pero, no obstante, obstaculizan constantemente los problemas de desarme.

La ira del *mister* Trowse no amainó.

—El lenguaje de usted, *mister* Rand, no es habitual en las personas que entran en esta estancia.

—Le hablaré con más claridad, si así lo desea —observó Warren Rand—. Yo he venido aquí con el propósito de llegar a una inteligencia, y lo he de conseguir, cueste lo que cueste. Le acuso a usted y a su aliado del Quai

d'Orsay

de haberse confabulado secretamente respecto a los problemas del desarme. Ustedes quieren tener el coche antes que el caballo. ¿De qué puede servir la promesa de no querer hacer la guerra si se niegan a prometer la destrucción del aparato bélico preciso para realizarla?

El Primer Ministro supo dominarse, haciendo un esfuerzo admirable. No debía haber más discusiones entre él y el hombre que tenía delante.

—Está usted completamente equivocado, *mister* Rand —aseguróle—. El convenio de desarme será firmado muy pronto. Se ha retrasado sólo a causa de ciertos detalles técnicos en los que no hemos podido llegar a un acuerdo, los cuales me permitirá usted decirle que no son de la incumbencia de los profanos.

—Precisamente esos detalles, como usted los llama, se están elaborando de tal modo que concederán a Inglaterra y Francia la supremacía militar sobre las otras potencias.

—De veras está usted completamente equivocado —persistió el otro—. Tanto Francia como nosotros, hemos de conservarnos en paz con el progresivo país del que usted procede. En este aspecto nuestra actitud no constituye ninguna novedad. Ya se ha llegado a una mutua inteligencia y no sólo nosotros sino la propia Francia rubricará tal actitud.

—Pero la paridad naval queda excluida —observó Warren Rand fríamente—. En este punto estoy bien documentado. Dispongo de un equipo de técnicos muy versados en asuntos navales, los que me han facilitado los detalles precisos.

—Eso quiere decir que dispone usted de un equipo de espías —terció el Primer Ministro, airado—. ¿Y qué derecho tiene usted, un simple propietario de periódicos, un ciudadano particular, para organizar un servicio de espionaje?

—Tenga o no derecho, pienso seguir utilizando mi servicio de espionaje. —Averiguo la verdad para mis cincuenta millones de lectores, y a fin de conseguirlo pagamos lo que sea necesario y empleamos los medios precisos. Le voy a hacer a usted una proposición. Le enviaré un representante mío para que discuta este asunto con el departamento naval del Ministerio que usted preside. Puede hacer venir también a un representante francés, y les probaré a los dos que tanto Inglaterra como Francia están tratando de conservar una supremacía sobre las demás naciones a la que no tienen ningún derecho.

Mister Trowse se reclinó en su asiento. Aquel hombre que tenía delante se estaba subiendo por las nubes y no se le podía tomar seriamente.

—Me parece que usted mismo debía juzgar ridícula tal pretensión —observó—. La Prensa nos mereció siempre la debida consideración. Le hemos tratado a usted con toda confianza, deseando conocer su opinión; pero existen limitaciones.

—Fíjelas.

—Su proposición es absurda —persistió—. Si desea usted tener una conversación con algunos técnicos del Almirantazgo, la entrevista puede prepararse con facilidad, y probablemente servirá para que se dé usted cuenta de su error; pero una entrevista oficial, tal y como usted la sugiere, es ridícula.

—¿Se niega?

—Absolutamente.

—No sé si obra usted cuerdamente —comentó Warren Rand, pensativo—. Supongo que las reuniones de Ginebra acabarán pronto, a menos que las Potencias se decidan a firmar el Pacto de la Paz primero, dejando sobre el tapete el Tratado de Desarme.

—Opino que los representantes serán mejor aconsejados —dijo el Primer Ministro, frunciendo el ceño.

—No lo serán. Si los representantes de usted y de Francia continúan hablando como lo han hecho hoy, sustentando el criterio de que puede firmarse el Pacto de la Paz antes que el Tratado de Desarme, no solamente acabarán las conversaciones diplomáticas, sino que serán ustedes los responsables.

—¿Y cómo sabe usted el rumbo que tomaron las discusiones hoy, si no estuvo presente?

—Tengo la costumbre de averiguarlo todo. Supongo que estará usted en comunicación telefónica con Ginebra. Pues que le dé su secretario las últimas noticias.

El Primer Ministro hizo sonar un timbre. Ricardo Carstairs, su secretario particular, apareció casi en el acto.

—¿Cómo fueron los asuntos esta tarde en la Conferencia? —le preguntó Trowse—. Puede hablar sin embarazo. *Mister* Warren Rand acaba de llegar de allí.

—Temo que muy mal, señor —dijo el joven—. Italia adopta una posición ambigua; pero América y Alemania sostienen que las cuestiones de desarme deben acordarse antes de que se firme el Pacto de la Paz.

El joven, siguiendo un gesto de su jefe, se dispuso a salir; pero Warren Rand le detuvo.

—Un momento, *mister* Trowse —rogóle—, ¿tendría usted inconveniente en rogar a su secretario que telefonease a la Tesorería, o al representante del Banco de Inglaterra, para que le informen de las cotizaciones de bolsa en el día?

—¿Y qué diantre tiene que ver esto con lo que discutimos? —protestó el Primer Ministro.

—Luego se lo explicaré.

—Puedo contestar a esa pregunta sin necesidad de telefonear, señor —intervino el joven—. Ha sido un día desastroso. Todos los valores públicos e industriales están en franca baja.

Las retiradas de oro han sido mayores que durante toda la semana y están ocasionando verdadero pánico. Precisamente estaba esperando la salida de este caballero para comunicarle a usted un aviso de *mister* Cranston.

—Yo se lo explicaré todo —observó Warren Rand—. El interés bancario ascenderá a siete y medio por ciento.

Carstairs le miró sorprendido y luego volvióse hacia su jefe, y asintió.

—Siento decirle que éste era el texto del aviso, señor —admitió—. Cualquiera sabe lo que va a ocurrir, si no se detienen esas retiradas de oro.

—Pues el resultado será un buen número de quiebras, la pérdida de cien millones de libras en las empresas industriales, una depresión de la libra esterlina en todo el mundo y una situación

financiera difícil en todo el país.

Siguió un breve y embarazoso silencio. El secretario marchóse y Trowse volvióse de nuevo hacia su visitante.

—¿Cómo se las arregla usted para estar tan bien informado? —le preguntó—. Estas retiradas de oro están produciendo gran inquietud, y le diré con franqueza que no acabo de entenderla. Supongo que no tendrá usted alguna relación en el asunto.

Los músculos del rostro de Warren Rand se contrajeron con una sonrisa despiadada.

—Esas retiradas de oro que están ocasionando tan perniciosos efectos en bolsa y que fueron el origen de la baja de la libra esterlina, han sido originadas pura y exclusivamente por mi influencia.

El Primer Ministro se levantó lentamente. En los primeros momentos tenía el aspecto del hombre que recibe un golpe repentino sin darse cuenta exacta de su procedencia. Midió con la mirada el espacio que le separaba de su visitante y apoyó ambas manos en la mesa. Involuntariamente había caído en la actitud que adoptaba al hablar en público; pero sentía una rara depresión mental. Era como si se hubiera puesto en contacto con una fuerza nueva y que no acababa de entender.

—¿Pretende usted decir que, aun controlando el más poderoso sindicato bancario del mundo y contando con el apoyo de la Prensa americana, es realmente posible avasallar el crédito nacional de este país? —le preguntó incrédulo.

Warren Rand hizo un gesto ambiguo.

—Temo que, en ciertos aspectos, tenga usted una visión parcial de determinados problemas, señor —le dijo—. Reconoce en mí un positivo poder de periodista; pero olvida, por lo visto, que no necesito verme apoyado por ningún grupo bancario, ya que me basto yo solo para dominar cualquier influencia monetaria que pueda usted oponerme.

El Primer Ministro se echó a reír.

—Si me pidieran mi opinión sobre usted, diría que está loco —afirmó.

—Ya le dije antes que es usted hombre de limitadas perspectivas —replicó Warren Rand, pacientemente—. He retirado tanto dinero de Francia que este país se ha visto obligado a caer sobre ustedes.

Ahora les toca a ustedes el turno y estoy retirando oro de esta nación tan pronto como aparece en el mercado. No entendería usted mis métodos, pues están inspirados por un genio de las finanzas que está dentro de mi organización y ustedes no cuentan con persona semejante; pero puedo asegurarle que si en el término de seis meses Francia o Inglaterra pretenden ir a la guerra, se hallarán en una curiosa situación.

—¿Y quién pretende ir a la guerra? —preguntó Oliver Trowse, furioso—. ¿Cómo osa sugerir tal cosa al Presidente de un Gobierno que representa a un partido político independiente, a un Gobierno formado en su mayor parte por socialistas y que trabaja por el pueblo y no movido por impulsos imperialistas?

—Poco me importan sus móviles ni su política —replicó rudamente Warren Rand—. Lo único que le digo es que usted representa una de las fuerzas que bloquean las soluciones de Ginebra.

—Afirmación absurda —protestó el Primer Ministro—. ¿Por qué las bloqueamos? Ya hemos expresado nuestros buenos deseos de firmar el Pacto de la Paz, tan pronto quede redactado.

—¿Y el Tratado de Desarme?

Hubo en la respuesta cierta duda y falta de vigor.

—El Tratado del Desarme es un problema que requiere la colaboración de los técnicos de cada país. Estamos de acuerdo en líneas generales; pero es cuestión aparte de la firma del Pacto de Paz.

—Difiero de ustedes en absoluto —declaró Warren Rand—. Entre otros motivos, porque dudo de los móviles de su actitud.

Por esa razón se están acortando sus colmillos. Ya sabe a lo que me refiero: al dinero, que es la mano derecha, y al crédito, que es la izquierda de todo país. Intente ir a la guerra, sin alguna de estas dos cosas, y sería usted la mofa de la Historia.

—Estoy viendo que debía usted estar encerrado en un asilo de locos. En mi vida he oído hablar a un hombre como lo está usted haciendo ante quien ostenta en el mundo posición tan prominente como yo.

Warren Rand levantóse.

—Y en mi vida he conocido yo a un hombre que ostente el título de Primer Ministro de una gran nación, con menos capacidad para

ocupar el puesto de concejal de un municipio lugareño —concluyó Warren Rand, dirigiéndose hacia la puerta.

Capítulo XVIII

Aquella noche el Primer Ministro, demasiado inquieto para una festividad como aquella, era huésped de honor de Philip Hawkeson, Gobernador del Banco de Inglaterra, hombre rico, marido de una mujer bellísima y propietario de una de las más elegantes mansiones de Grosvenor Square. Unos minutos antes de cenar, pasaron el rato en la espléndida sala de pinturas famosas, donde se sirvieron combinados y se cultivó una conversación fácil y amena.

—Hawkeson —preguntó Trowse—, ¿por casualidad conoce usted a un individuo llamado Warren Rand?

El Gobernador del Banco torció el ceño.

—No puedo decir exactamente que le conozca —repuso—. Son muy pocos los que pueden vanagloriarse de conocerle; pero no existe en la actualidad persona a la que nosotros, los humildes hombres de finanzas, odiemos más cordialmente.

—¿Por qué?

Hawkeson encogióse de hombros.

—Es más bien un asunto técnico, y sé que usted no es un especialista en materias financieras —explicó—. Warren Rand es un hombre extraordinariamente interesado en muchas de las mayores organizaciones bancarias de América y Europa. En estos momentos, movido por un impulso que nadie acaba de interpretar, todos los bancos, en los que ejerce influencia se dedican a adquirir grandes cantidades de oro. Para todas las expediciones que vienen de Australia y África del Sur, aparece en el mercado un comprador misterioso, de identidad desconocida, el cual desconcierta todos los cálculos previsibles. Francamente le digo que no acabo de entenderlo; pero se rumorea un nombre, y es el de Warren Rand.

—¿Pero qué persigue con esas adquisiciones de oro? —preguntó Trowse vehementemente— No entiendo mucho de finanzas; pero me parece que atesorar sistemáticamente oro no puede constituir un buen negocio.

—Directamente, no; pero la carestía de este metal deprime los mercados y facilita la adquisición de acciones y bonos a precio más bajo de su valor real. Este juego de las finanzas es muy sutil.

—Ya volveremos sobre el asunto después de cenar —rogóle el Primer Ministro—. Uno de estos días hemos de tener una consulta con la Tesorería... ¿Quién es esa dama tan bella que habla con su esposa?

—La princesa de Montmercy. Voy a presentársela.

Trowse hizo un ademán negativo.

—No me gustan estas presentaciones, salvo cuando son necesarias —disculpóse—. Me avergüenzo de tener ciertos escrúpulos.

Hawkeson sonrió.

—La princesa es norteamericana —explicó—, como la mayor parte de las mujeres que poseen títulos nobiliarios en estos tiempos.

—En ese caso —asintió el Primer Ministro—, acepto.

Hawkeson tomó del brazo a su prominente invitado, y los dos comenzaron a cruzar la estancia.

—¡Dios mío! —exclamó Hawkeson, deteniéndose de pronto—. Me olvidaba de algo importante. ¿Sabe usted quién era la princesa antes de casarse con el príncipe de Montmercy? Claro que no lo sabe. Se divorció de Warren Rand.

—Por lo visto, tenía más gusto en asuntos de mujeres que en los demás —murmuró Trowse—. De todos modos, puede presentarme.

La princesa, como la mayoría de las mujeres de su raza, era brillante y amena. Pareció encantada con la presentación; pero confesó francamente su impericia en asuntos de política inglesa.

—Reconozco que no me interesa la política de mi propio país ni la de mi patria adoptiva. ¡La vida está tan llena de otras cosas tan interesantes! —explicó ella, poco después.

—¿Qué es lo que le interesa, entonces, de un modo particular? —le preguntó Prowse, hallándose a solas con ella un momento.

—La vida.

—¿Y qué significa la vida para usted?

—Ya veo que me empuja para que me declare yo misma una mujer frívola —lamentóse—. Verá, la vida es para mí un palco en Covent Garden o en la Ópera de París, una casa en el Bois de Boulogne, una villa en el Sur, por ejemplo, en Cannes, y un período

de estancia en mi hotel favorito de Le Touquet, crédito ilimitado con mis modistos y proveedores de modas, un paseíto en automóvil en primavera y otoño, y en verano asiduos baños durante las semanas verdaderamente calurosas.

—Pues eso no me parece precisamente frívolo —objetó Prowse.

—Acaso a usted no. ¿Le interesan otras cosas, aparte de la política?

—En la actualidad, sólo la política. La verdad es que nos queda poco tiempo para otras tentaciones. A veces pienso si no sería más feliz limitándome a dirigir mi fábrica de zapatos.

—Pero debió ser usted muy ambicioso para conseguir remontarse de sus intereses particulares —observó ella.

Prowse se encogió de hombros.

—Mi posición es una cosa puramente accidental —repuso—. Me encontré siempre entre los dos grandes partidos que representan la mayoría parlamentaria, y me parece que en esta ocasión fui designado Primer Ministro como una transacción entre los dos grupos.

—Es usted un hombre modesto —observó ella.

—He procurado despojarme de toda artificiosidad.

La dueña de la casa se les acercó en aquel momento.

—Mi querida princesa —explicóse—, esta noche tenemos a cenar gente muy heterogénea: la simpática y anciana marquesa de Gorham y la princesa de Brenoda, que le gusta verse tratada casi como de estirpe real. La colocaré a usted junto a *mister* Trowse, que estará a mi derecha.

La princesa mostróse complacida, al igual que Trowse, y pronto abrieron la marcha hacia el bello comedor. Trowse no estaba desprovisto del sentido del humor y sentóse jovial en su silla de alto y jacobino respaldo.

—Nunca pude soñar —murmuró la princesa— que pudiera sentarme junto al Presidente de un Gobierno inglés de coalición. Yo creí que los conservadores —son el partido aristocrático, ¿verdad? — iban a sostenerse en el poder indefinidamente.

—Lo soltaron —dijo él—, y no me importa afirmar en este momento de intimidad que hubiera preferido lo contrario. Dejaron todos los departamentos en tan lamentable estado que haría falta un Gladstone o un Disraeli para restaurar nuestro prestigio.

—Pues a mí me han dicho que un tal Trowse lo está haciendo muy bien —murmuró ella, sonriendo con gracia.

Suspiró el primer ministro.

—No se pueden hacer milagros —lamentóse—. No hay nación que pueda mantener un nivel de vida decoroso, gravada con tantos impuestos como la nuestra.

—¿Y por qué no se reducen?

—Podría tener usted una conversación con mi ministro de Hacienda para que se lo explicase.

—Si es tan atractivo como sus pinturas, no me desagradaría, aunque no cabría prometerle que pudieran aprovecharle mis consejos —comentó, echándose a reír.

Volvióse la princesa al comensal que estaba al otro lado y Trowse cambió algunas palabras con la dueña de la casa. La cena tenía efecto en un épico ambiente de luz y color, combinado con la armonía de una orquesta oculta en el fondo. Los vinos eran maravillosos y, gracias a su influencia, Trowse recuperó un poco de optimismo.

—¿Me permitiría hacerle una pregunta de carácter personal, princesa? —le dijo, cuando quedó ella libre del otro comensal.

—Con tal que no se trate de mi edad o del nombre de mi peluquero, pregúnteme lo que quiera —le advirtió.

—Peor que eso. ¿No estuvo usted casada con Warren Rand?

Su aspecto cambió bruscamente, y ya no fue la mujer suave y de palabra juguetona.

—Sí —admitió—, comencé mi vida como la señora de Warren Rand y nos divorciamos de mutuo acuerdo, como solemos hacerlo los americanos, a veces.

—¿Y no podría contarme algo de él?

—Ni una palabra. No quiero hablar de su persona, y, además, he prometido no hacerlo. Lo único que puedo decir es que nos separamos de mutuo acuerdo y que me trató con generosidad magnánima. Ni sus puntos de vista son los míos ni tampoco su mundo.

—Comprendo —murmuró Trowse.

Encogióse ella de hombros.

—He oído decir que para muchos es un enigma —continuó cautelosa—. Para mí también lo fue siempre.

—Resulta sorprendente que todos los que saben algo de él, contestan de modo parecido. Es como si tuviera el mundo en el puño.

—Si vive lo suficiente, creo que llegará a tenerlo —dijo ella—. Hablando de otra cosa, ¿cuáles son sus aficiones en los ratos que le dejan libres sus preocupaciones políticas? ¿Le gusta la música?

—Confieso mi ignorancia en la materia. Tengo pocas aficiones, excepto mi trabajo; probablemente porque no me queda tiempo para otra cosa. Leo memorias y juego al golf.

—Y dispone usted de pocas vacaciones. Por lo que he sabido de la vida de un político, me he consolado de haber nacido mujer. Dentro de pocos días me voy a Antibes. Supongo que usted tendrá que quedarse aquí.

—Por obligación —suspiró.

—¿Conoce usted Francia?

—Como turista... No sé si le interesará saber que he hablado con su marido esta tarde.

—¡Dios santo! —exclamó la princesa— ¿Qué busca aquí? ¿Es que pretende comprar a Inglaterra? No, no, no me interesa, *mister* Trowse. Ya sabe que volví a casarme y que soy muy feliz, aunque me siento un poco abandonada.

La conversación entró en tema más fácil y la cena llegó a su fin. Trowse se apartó un poco con el dueño de la casa al cruzar hacia la sala de pinturas.

—Dentro de una hora debo estar en el Parlamento —le dijo—. Tenemos que hablar de ese Warren Rand. Temo que trate de meter baza en los asuntos de política internacional. ¿Cree usted que es hombre peligroso?

—Puede serlo de un modo terrible —asintió Hawkeson.

El Primer Ministro frunció el ceño.

—¿Pero cómo?

—De mil maneras. En primer lugar, puede llevar a la ruina a cualquier país gracias a su feudo de oro.

—Pero, evidentemente, no controlará más que una cantidad razonable de oro, ¿no es así?

—Nadie puede calcular hasta dónde es capaz de llegar. Desde luego, ha demostrado ya ser fabulosamente rico.

—¿Y qué me dice de las reservas de nuestra Tesorería?

—Peligrosamente bajas —confesó Hawkeson—. No tengo inconveniente en decirle que hace unos años me hubiera burlado de la idea de que un solo hombre fuera capaz de detentar el poder de Warren Rand; pero, meditando con calma y revisando la lista de bancos que indudablemente controla y sus tentáculos por todas las más destacadas empresas mundiales, se inquieta uno. Le aconsejo, si me lo permite, que estudie usted atentamente sus deseos. Según me han dicho, está terriblemente interesado en los problemas de desarme y aspira a que se resuelvan definitivamente. ¿Qué opina usted?

—Que se resolverán en su día —afirmó Trowse—; pero tanto los franceses como nuestros amigos de aquí, están de acuerdo en que no podemos firmar el Pacto de la Paz sin fijar los detalles del desarme. Es un asunto de carácter tan técnico que requiere un año más de plazo.

Mister Hawkeson acaricióse la gris barbilla y miró de frente a su interlocutor.

—Me doy cuenta de que todo lo que ocurre en Ginebra no es conocido —dijo, bajando un poco la voz—; pero se tiene la impresión de que todos los representantes allí congregados llegaron a un acuerdo, excepto los franceses y nosotros.

—Es una impresión totalmente falsa —replicó Trowse casi irritado.

—Bueno, la verdad es que soy poco entendido en estos asuntos —observó el gobernador del Banco de Inglaterra—. Pruebe uno de estos puros y tomemos un poco de coñac. No tiene necesidad de despedirse. Ya le excusaré yo. Son los privilegios de un Primer Ministro.

Así que llegó Trowse a la Cámara y a pesar de la impaciencia con que era esperado, mandó llamar a su secretario.

—Carstairs —le ordenó—, quiero entrevistarme con el Jefe Superior de Policía, con *sir* Guillermo Crutcheley. Vea si está en Scotland Yard. No recuerdo dónde vive. Ya lo averiguará, caso de no estar allí. Su club es el Reform, según creo. ¿Cómo van los asuntos de la Cámara?

—Movidos, señor —repuso el secretario—. Bendon pide una declaración clara sobre las negociaciones de Ginebra.

—Ya se la daremos —replicó el primer ministro, haciendo un

gestecillo, mientras se dirigía hacia el corredor.

Capítulo XIX

*S*ir Guillermo Crutcheley estaba cenando en el Reform Club y,

ciertamente, le hubiera agradado poderse quedar allí. No obstante, el mensaje que acababa de recibir no le permitía dudar y dirigióse en seguida hacia Westminster. Al cabo de breves minutos de espera en el gabinete, apareció el primer ministro, el cual aparentaba estar algo nervioso debido a que la oposición no le había tratado con la habitual deferencia. No era mal orador; pero el fino sarcasmo y las frases de correcta ironía que le dedicaban algunos miembros de la oposición, conseguían irritarle a veces.

—Me alegro que haya venido, *sir* Guillermo —dijo a la vez que se sentaba—. Procuraré no retenerle más de lo necesario. Dígame, ¿sabe algo Scotland Yard sobre Warren Rand?

Sir Guillermo había tenido en su juventud relaciones directas con el Cuerpo de Detectives y sabía, por tanto, dominar su expresión. A pesar de ello, no pudo por menos de levantar las cejas.

—Scotland Yard sabe muy poco de Warren Rand —replicó cauteloso—, si bien querría saber mucho más.

—Me han dicho —continuó el jefe del Gobierno— que en ese babilónico edificio que se llama Kingsway Building, tiene, entre otras anormalidades, un sistema completo de espionaje.

—Eso no es completamente desusado —admitió el Comisario jefe—. Podría citarle media docena de grandes financieros y dos o tres magnates de la Prensa que hacen lo mismo, aunque no en tan gran escala. La organización de Warren Rand maravilla a todo el mundo. Dispone de varias sucursales al servicio de los periódicos americanos que posee y de los continentales e ingleses de su propiedad; una sección financiera donde, según dicen, se desarrollan empresas gigantescas; como sabe usted, tiene instalado en aquel edificio una organización bancaria que comunica constantemente con todo el mundo, disponiendo de la más poderosa

estación de radio del país y líneas telefónicas por todas partes. Telefonea a América todos los días y tiene una línea privada que comunica con Ginebra; además, creo que dispone de instalaciones similares en mayor o menor escala en París, Berlín, Bruselas, Nueva York, Boston y Chicago.

—¿Y qué es lo que persigue ese hombre? —preguntó Trowse bruscamente.

—Aparentemente, la búsqueda de noticias y negocios financieros.

—Es imposible que emplee toda esa enorme organización en fines periodísticos o mercantiles.

—Desde luego que no. Lo que pretende es extender sus tentáculos por todo el mundo; estoy seguro de eso. Nuestro Servicio Secreto, que usted mismo ha tratado tan tenazmente de disolver, podría acaso darle más información que yo, aunque, incidentalmente, han llegado hasta nosotros bastantes materiales informativos sobre el particular. Una de las cosas que más preocupan a Warren Rand, son las negociaciones diplomáticas de Ginebra. Ese hombre tiene a su servicio verdaderos espías apostados en los puntos más estratégicos. Me parece que conoce tanto como el propio Intelligence Department inglés las características militares y navales de todas las potencias, y sabe dónde hallar los detalles que le interesan. Sus hombres disponen de más medios de soborno que nadie en el mundo.

—Todo eso me parece muy bien —gruñó Trowse, irritado—; pero quiero hacerle una pregunta, *sir* Guillermo. ¿Es posible que pueda un extranjero permitirse el atrevimiento de instalarse aquí con una organización semejante y moverse a su antojo? Está asumiendo casi las atribuciones de un verdadero Gobierno; él, un solo individuo, que no parece representar a nadie más que a él mismo, se sitúa entre las potencias del mundo.

—Pues no podemos impedirlo —observó el Comisario jefe—, mientras no falte a las leyes. Tenemos ciertas sospechas contra algunos de sus emisarios; pero son tan endiabladamente inteligentes y tan infernalmente sutiles que no hemos conseguido hacerles tropezar en nada.

El Primer Ministro dirigió una mirada hacia la puerta.

—*Sir* Guillermo —dijo—, le voy a decir algo estrictamente

confidencial.

—Le escucho, señor.

—Ese Warren Rand trata de presionar a mi Gobierno para influir en la marcha de su política exterior. Supongo que sabrá usted muy poco de asuntos financieros, ¿verdad?

—Ni una palabra, señor.

—Bueno, no quiero entrar en detalles; pero me limitaré a decirle esto: Warren Rand tiene la impertinencia de desaprobar nuestra actitud y la de nuestros aliados los franceses en los problemas del Tratado del Desarme y el Pacto de la Paz. En la actualidad está revolviendo el mundo de las finanzas contra nosotros y trata de impedir que podamos reponer nuestras reservas de oro... ¡y eso lo intenta un individuo solo, y, además, súbdito norteamericano! ¡Es absurdo!

—Para mí también lo es —lamentóse *sir* Guillermo.

—Perfectamente; no quiero seguir hablando del asunto —añadió Trowse—. Poco importan los detalles, pero no se olvide de seguir mis instrucciones. Movilice a sus mejores agentes para que vigilen a Warren Rand y a su organización. Si incurren en alguna ilegalidad, procure hacerle a él responsable, para que podamos ponerle la mano encima. No lo olvidaremos si lo consigue usted. No necesito decir más. No somos ingratos. Si cae en la red Warren Rand, le doy mi palabra de que será para usted un día afortunado.

—Haré cuanto pueda —prometió el Comisario jefe—. No nos agrada ese hombre, se lo aseguro, ni tampoco su organización. Obrando por iniciativa propia, ya había yo movilizado algunos de mis agentes para que investigaran; pero no consiguieron nada sustancial. Ese edificio está lleno siempre de periodistas que aparentan ocuparse en asuntos puramente profesionales. Hemos tratado de hacer hablar a alguno de ellos, pero resultó completamente inútil.

—¿Alguna mujer?

Sir Guillermo hizo una muequecilla.

—Sólo una que ocupa un cargo de categoría, y es tan astuta como el resto.

Sonó el timbre y Trowse se incorporó.

—Me necesitan en la cámara —se disculpó apresuradamente—. Vea lo que puede hacer, *sir* Guillermo. Ese Kingsway Building sólo

puede hacernos daño. Mañana hablaré con el ministro de la Gobernación sobre el particular. Es preciso que entre los tres hagamos algo.

—Esta misma noche comenzaré a actuar, señor —aseguróle el Comisario jefe.

Sir Guillermo, que había llegado del Reform Club en un taxi, cruzó la calle desde la Cámara de los Comunes hasta el Embankment y siguió la marcha hacia el Este. Detúvose un instante para echar una ojeada a las oficinas de su propio departamento e hizo un gesto de aprobación al divisar las luces que salían de las ventanas, y acercándose un poco más, observó la actitud de alerta reflejada en el policía de guardia. Era aquélla una gran organización, aunque a veces tuvieran que enfrentarse con problemas casi insolubles. Por ejemplo, aquel asunto que le planteara el primer ministro y que justificaba sus vehementes deseos de que su departamento fuera útil, implicaba uno de aquellos problemas difíciles. Ni el hombre que presidía aquella organización ni ninguno de sus secuaces, una parte de los cuales habían pertenecido a Scotland Yard, habían cometido infracción visible de la ley. Mientras se mantuvieran en un terreno puramente defensivo e informativo, su existencia era perfectamente legal. Trató de recordar algún otro caso similar. Acudió a su memoria el de Rosenfelt, que llegó del África del Sur, propietario de una gran fortuna, y que abandonó a la mitad de sus amigos en la cárcel por trata ilegal de diamantes. Todo el mundo sabía que en tal caso los colaboradores de Rosenfelt no pasaban de ser detectives aficionados o ex boxeadores. Recordó también a Morse, el especulador que sostenía una organización para informarse de cuáles eran los clientes secretos de los grandes bancas, cuando los financieros extranjeros llegaban a Europa con el propósito de facilitar préstamos o adquirirlos. En cierto modo, los detectives privados pueden cumplir otra misión que la de faltar a la ley y adentrarse en el terreno del delito. No existía motivo para impedir que cualquiera pague un equipo de media docena de espías y los emplee a su gusto para adquirir la información que le plazca, si le parece que merece la pena. Desde luego, en la conducta de Warren Rand no existía nada punible, a menos que cambiara de método...

Ascendió por una de las cortas calles que dan al Strand, cruzó la

calzada y levantó la mirada hacia las ventanas de Kingsway Building. No era difícil ver desde allí que a través de las persianas ardían las luces en más de cien estancias. En el tejado se alzaba una completa red de alambres telefónicos, y una antena receptora de radio se erguía hacia el cielo. *Sir* Guillermo se detuvo para encender la pipa, y en aquel preciso momento un joven que salía por una de las puertas laterales del edificio avanzó bruscamente y topó con él. El Comisario jefe recobró el equilibrio y aminoró la exclamación que se escapó de sus labios.

—¡Caramba, si es Roddy! —saltó— ¿Pero qué diablos haces aquí?

El joven —en realidad ya no era tan joven— recobró el aplomo. Iba pulcramente vestido con un traje de sarga azul, algo náutico, y sus tostadas mejillas y claros ojos delataban su profesión.

—¡Qué casualidad, *sir* Guillermo! —dijo— ¿Cuál es la penalidad para el que atropella a un Comisario jefe? ¿Seré entregado a la policía?

—No estoy seguro si no lo mereces —replicóle secamente—. ¿Por qué salías de ese edificio corriendo?

—¿Sabe usted lo que hay ahí dentro?

—Claro que sí —repuso su tío—, aunque a decir verdad, siento curiosidad por conocer los detalles.

El joven pareció adoptar una actitud vagorosa.

—La verdad es que soy sólo ahora un cesante, y por eso no tengo ganas de hablar —repuso—. ¿Vuelve usted hacia allá? Si no, tomaré un taxi.

Sir Guillermo llamó a un automóvil de alquiler.

—Sí, me vuelvo —asintió—. Te acompañaré hasta cerca del Reform Club. ¿Qué querías decir al afirmar que eras sólo un cesante de Warren Rand?

—La pura verdad. He estado empleado seis meses; bastante interesante, por cierto. Pero, ahora, todo acabó.

—¿Ha ocurrido algo desagradable?

Su sobrino hizo una mueca.

—Ya veo que quiere hacerme hablar —le advirtió—. El caso es que no tengo por qué guardar el secreto sobre el motivo de mi cese. Se me pidió que me encargase de un asunto que no me parecía bien. Esa fue todo.

—¿Y quién te lo pidió?

—Mejor que no sigamos hablando de eso. Si va al Reform Club, déjeme a la puerta. Ya estaré cerca de donde quiero ir.

—Escucha, Roddy —le amonestó su tío—; aún perteneces al Servicio de Su Majestad, aunque no estés en activo. ¿Hay algo en aquella casa que deba saber yo?

—De mí no lo sabrá, desde luego. No tengo nada que decirle. Es inútil que me recuerde mis antiguas actividades en el Servicio. Mis andanzas de espionaje nunca se desarrollaron en este país, y ya acabé con todo aquello. Lo que me proponían esta noche habría hecho cambiar las cosas; pero no lo acepté. Todo quedó reducido a una despedida de cinco minutos y a un mes de salario. Así es como tratan a la gente ahí dentro.

Sir Guillermo tomó del brazo a su sobrino con actitud persuasiva.

—¿No podrías ni siquiera darme algún indicio? —insinuó.

—Desde luego que no —replicóle—. He tenido un buen empleo y lo he perdido. Mala suerte. No puedo decirle ni una palabra sobre Warren Rand. No le conozco; pero me parece que está loco. Y si me permite que le deje a usted en esa esquina, cuanto antes pueda tomarme un *whisky*, mejor.

—Lárgate, sobrino ingrato —le dijo *sir* Guillermo, haciendo una señal al mecánico para que parara el vehículo—, y no esperes que te saque del próximo atolladero como otras veces.

Su sobrino le dijo entonces:

—Me gustaría que me diera usted un empleo de detective. Me encanta ese trabajo.

—Lo pensaré si me dices por qué te separaste de Warren Rand.

El joven, que ya estaba en el pavimento, asomó la cabeza por la ventanilla del vehículo.

—Escrúpulos, ¿comprende? —murmuró con tono misterioso.

Capítulo XX

Se había producido cierto cambio en Warren Rand. Juan Glynde no hacía otra cosa que pestañear tras sus lentes o quitárselos para observar disimuladamente a su venerado jefe. *Miss Stanley Erdish*, con el tacto propio de su sexo, mantenía la mirada en sus papeles de notas, luego de una sigilosa mirada a Warren Rand, y tanto él como ella observaron lo que ninguna otra persona del mundo pudiera ver: cierto deshielo en la hermética mirada de Warren Rand; un aire de comprensiva compasión dulcificó un momento su rostro al contemplar el estado en que se presentaba su visitante. Pronto pasó aquella ráfaga, y volvió a ser el de siempre. No obstante, ninguno de los dos olvidaron... Aquel despojo humano sentado en la silla, sin afeitar, barbudo, con masas de cabellos hirsutos que le llegaban hasta el cuello, vestido andrajosamente, se agitaba febril en su asiento. Sus ojos aparecían profundamente hundidos en las cuencas y ofrecía todo el aspecto de un tuberculoso. No obstante, su tez no carecía de vitalidad y muy bien pudiera tratarse de un hombre exhausto.

—Una misión de cinco años que parece una eternidad, *mister Rand* —balbuceó—. Perdóneme si mis palabras resultan incoherentes. Creo que no he hablado ni una palabra en inglés desde los primeros doce meses. En ocasiones, cuando sospechaban de mí, me escuchaban por la noche, con la esperanza de oírme hablar. Me pusieron en contacto con algunos americanos que cayeron en Moscú, tratando de desenmascaramme; pero no lo consiguieron. A pesar de todo continuó siendo Nicolás Gostein, el checoslovaco de Belgrado.

—Me proporcionó usted una información maravillosa —le dijo Warren Rand—. Ha sido usted el hombre más útil de los que han trabajado para mí y ha llegado la hora de su recompensa. No necesita usted encargarse de ninguna otra misión. Glynde —añadió—, tiene cuenta abierta, ¿verdad?

—Desde luego. Abonamos en ella todos sus salarios.

—Mañana añadirá a esa cuenta la cantidad de cien mil libras —ordenóle Warren Rand.

Las facciones del recién llegado parecieron mostrar ligero interés; pero no le era fácil poder manifestar su gratitud.

—Es usted generoso, *mister* Rand —murmuró—, siempre lo ha sido. Si vuelvo a ser hombre otra vez, sabré cómo gastar ese dinero; pero no será visitando tierras extranjeras.

Le temblaban las manos. Por primera en su vida y en aquella habitación, Warren Rand hizo sonar un timbre pidiendo que trajeran champán. Sirviéronlo con presteza inusitada. El desdichado bebió lentamente; pero no tornó la vitalidad a sus mejillas.

—Algunos de mis mensajes debieron resultar ininteligibles —continuó—. Cuando salí del avión, querían llevarme a un hospital; pero yo decidí venir primero a verles. Mi vida está agotada, si no consigo reponerme; pero existen cosas que debe usted saber.

Efectivamente, muchas eran las cosas que quería saber Warren Rand, pero hizo funcionar otro timbre y murmuró unas palabras al sirviente que se presentó con presteza.

—Beba despacio y procure reponerse, Phillipson —le animó—. Si se siente demasiado enfermo para hablar, podemos aplazarlo. Acabo de enviar a buscar un doctor. Él nos dirá si puede usted hablar o no. Ahora reclínesse hasta que venga, y, sobre todo, beba con lentitud. Glynde, yo también voy a beber un poco.

El hombre que estaba sentado en el sillón, parecía agotarse por momentos. Arrellanóse entre los almohadones; pero conservó la copa en la mano, llevándosela a los labios de vez en cuando. A intervalos pronunciaba alguna palabra. Le dejaron tranquilo. Warren Rand señaló a la joven, y la expresión de su mirada fue tan fría como de costumbre en tales casos.

—¿Qué hace aquí *miss* Erdish, Glynde?

—Juzgué muy necesaria su presencia. Éste no es su trabajo habitual, desde luego; pero es la taquígrafa más maravillosa que he conocido en mi vida. Tomó el mensaje telefónico de *madame* de Riga, una mujer que habla como un huracán, sin equivocación alguna. También fue la que recogió la conversación que tuvo usted con el primer ministro, la última vez que habló con él, transcribiéndola sin una falta. Necesitamos un servicio excepcional; nuestro trabajo exige la máxima idoneidad, y *miss* Erdish cumple

maravillosamente.

—Ya conoce usted mis prejuicios, Juan —le recordó Warren Rand, fríamente.

—Los conozco perfectamente y raras veces dejo de atenderlos. En este caso debe usted concederme cierta libertad de acción. No hay en este momento en nuestras oficinas persona en la que pueda confiarse por completo. Además, ha probado ya en muchas ocasiones la pulcritud de su trabajo. Actualmente todo el mundo está convencido de que se halla usted en estos momentos en Nueva York.

—Sí, trabaja bien —admitió Warren Rand—. Haga lo que quiera, Glynde. Procure que no omita ni una sola palabra de las que va a decir Phillipson. Como sabe usted, algunos de sus últimos despachos fueron indescifrables, y estoy seguro de que debieron perderse varios. Aunque esté moribundo, tengo que escuchar de sus labios algunas cosas.

El hombre que estaba reclinado en el sillón abrió los ojos y dirigió una mirada a su alrededor, como si estuviera sorprendido. Luego, se bebió de un trago el contenido de la copa.

—Pronto estaré en condiciones de hablar —prometió.

Escuchóse un pequeño zumbido. Juan Glynde pronunció unas palabras por teléfono. El sirviente reapareció acompañando al doctor. Warren Rand no perdió tiempo y señaló la postrada figura del sillón.

—Este caballero —explicó— acaba de volver de un largo viaje y ha pasado un trance muy duro. Me trae importantes noticias que estoy muy impaciente de escuchar. Haga el favor de examinarle y decirme si se halla en estado de poder hablar durante una hora.

El doctor pareció darse cuenta del tipo de hombre que tenía que examinar, y comenzó en seguida su labor. Desabrochó la chaqueta de Phillipson, aplicó el aparato de auscultar y le tomó el pulso. Luego, abrió el maletín negro que había traído, y, sacando la jeringuilla de inyecciones, aplicó una inyección en el brazo del paciente. Después volvió a arreglarle la ropa y tornó junto a la mesa de Warren Rand.

—¿Qué ha estado bebiendo? —le preguntó.

—Champán.

—Dele más... tanto como pueda beber —dispuso el doctor—. Si

se duerme, mejor. ¿No hay que ahorrar gastos con él?

—En absoluto.

—Entonces pregúntele lo que desee. Que conteste. Estará perfectamente durante una hora. Después se hallará exhausto, y si quiere usted tratar de que se reponga por completo, deberá permitirle que se venga conmigo en mi automóvil para que le conduzca a una clínica de reposo.

Warren Rand dejó el reloj sobre la mesa.

—Lleve al doctor a una sala de espera, Glynde —ordenó—. Que se le pague su visita y explíquele que debe salvarse la vida de este hombre a toda costa.

Phillipson esbozó una sonrisa desde su asiento.

—Puedo oír —dijo—. Muchas gracias, señor. Ahora estoy descansando para poder hablar.

Stanley Erdish llenó la copa. Él la miró con expresión agradecida. Glynde y el doctor salieron de la estancia. El paciente se incorporó un poco en su asiento. La joven apartóse algo y preparó el lápiz sobre el cuaderno de notas.

—Primero lo urgente —dijo Phillipson—. Esos demonios están famélicos y tratan de crear conflictos en todas sus fronteras para conseguir alimento y oro. Afghanistan es su actual esfuerzo. Existe un solo hombre al que las tribus aceptarían como rey. Ellos lo saben y le han hecho venir a Europa para que firme un tratado. Así que lo haya firmado, le enviarán fuerzas militares para sojuzgar a su país. En estos momentos, está en Mónaco, esperando a los emisarios rusos, Zacarías, un tenista profesional, es su agente allí, y está encargado de vigilar a Omdurfa. Procure usted alejar a los rusos. No le permita firmar ese tratado. Significa grandes trastornos. Inglaterra va perdiendo su influencia en la India y los rusos pondrán el pie en ella si Omdurfa firma ese tratado.

Phillipson se detuvo un instante para reposar. Juan Glynde miró a su jefe con aquella curiosa expresión admirativa, casi de perro fiel.

—Tuvo usted una idea luminosa de enviar a Tellesom allí —susurró.

Warren Rand asintió.

—No obstante, no es asunto para Tellesom —dijo—. Alguien tendrá que encargarse de él la semana próxima.

—Voy a continuar —murmuró Phillipson—. No importa que no cite fechas. Tenía usted razón en el asunto de las minas de oro de Orbursk. Hacía dos años que estaban instalando la maquinaria, toda americana; pero no sé cómo consiguieron llevarla. Tuve que vivir allí y trabajar en las minas. Estuve esperando un año para que se completara la recepción de maquinaria; otro año para disponer de explosivos. Al fin conseguí mi objeto. Ahora no queda de la maquinaria ni una rueda. Voló por los aires hace dos meses.

—¿Tuvo usted algún contratiempo? —le preguntó Warren Rand.

—Ninguno. Creyeron que lo habían hecho los campesinos. Éstos estaban en franca rebeldía por todas partes y veían como se gastaban millones en máquinas, mientras ellos padecían hambre. Pude leer el informe oficial. Los campesinos...

Phillipson bebió un gran sorbo.

—Mire, señor —comenzó de nuevo—, muchos creen que Rusia va desenvolviéndose; pero no es así. Todo es un gran fracaso, y por todas partes cunde el vicio y la miseria. En las ciudades aún se mantiene cierto nivel de vida; pero el campo... ¡Dios mío, qué espectáculo!... Los campesinos son capaces de devorarse unos a otros. Si descubren a algún individuo bien vestido, son capaces de asesinarlo por apoderarse de un par de rublos. Los jefes de Moscú saben todo esto y están convencidos de que los campesinos no se amoldan al plan de los soviets. La gente joven... Casi me resisto a hablar. Forman bandas que se lanzan a los bosques y montes durante el día para hacer incursiones destructoras durante la noche por los lugares donde pueden encontrar comida o cualquier clase de bebida alcohólica. Los de Moscú saben todo esto, lo saben perfectamente y necesitan oro a toda costa. Se lo aseguro. Es el fruto de mis dolorosas experiencias.

Miss Stanley Erdish llenó la copa. Esta vez el paciente bebió con mayor lentitud y agradecimiento. Al dejar la copa medio vacía, su voz fue más vigorosa.

—Están en franca bancarrota. Se hallan convencidos. Puede estallar otra revolución, y los torrentes de sangre que correrían durante dos años serían algo inenarrable. Ya sabe usted lo que desean ahora: una guerra. Lo están planeando todo para la guerra. El poco dinero que consiguen obtener, lo dedican a material bélico. El poco alimento que pueden adquirir, lo destinan a los campesinos,

dispuestos a empuñar las armas; pobres diablos que detestan la pelea. Sueñan en China, aunque también los chinos están faltos de alimento. Pero no se atreverán a atacar a China, porque es lo mismo que pinchar a un elefante. Es tan inmensa... se puede tomar una ciudad, y siempre queda otra.

La verdadera presa es Alemania. Quieren unirse con ella, infiltrar allá un millón de soldados, que se alimenten sobre el terreno...

—Dígame —le preguntó Warren Rand—, ¿quién controla realmente el país? Conocemos algunos nombres. Tratamos de interpretar sus actividades; pero parecen muñecos de guiñol.

—Los dos hombres más influyentes —afirmó Phillipson— son los que acaban de salir hacia Ginebra: Postinoff y Vitznow. El día más feliz de mi vida será el que les vea colgar de un árbol. No se olvide de esos dos hombres, Warren Rand. Si la influencia de usted se extiende por todo el mundo, como hace años; si sabe como atraparlos, ésa debe ser su actual presa. Revuélvase contra Rusia. Hará un gran bien a la Humanidad. Están embrutecidos; pero si esos dos hombres...

—Todo se andará —le prometió prestamente Warren Rand—. Gracias por todo, Phillipson.

—Podría contarle mil cosas más —añadió el postrado, con voz más débil— y probarle lo que le digo; pero todo es lo mismo. Lo único que desean es la guerra y los planes los fraguan esos dos hombres. Están dispuestos a sacrificar un par de millones de campesinos, cuantos más mejor; felices por verlos desaparecer, ya que quedará más alimento para el resto. De este modo es como debe contemplar la perspectiva de Rusia, señor.

Warren Rand se levantó lentamente, cruzó la estancia y apoyó la mano en el hombro de Phillipson, sin hacer signo alguno para detener a Glynde, que salía de la sala.

—Phillipson, ha conseguido cumplir una misión que ningún periodista del mundo podía soñar —le dijo—. Ahora va a ser usted debidamente atendido para devolverle la vida, y podrá pasar el resto de sus años del modo que mejor le parezca. Es usted tan rico como pudiera haber soñado, y, además, merece mi agradecimiento.

El rostro de Phillipson iluminóse con una sonrisa llena de gratitud. Warren Rand le estrechó la mano, gesto muy raro en él.

Entró el doctor y examinó a su paciente, ayudándole a levantarse.

—Comuníquenos su dirección y que se nos informe diariamente de su estado. Ha cumplido maravillosamente. Hágale vivir y recibirá usted mil libras esterlinas —le advirtió Warren Rand.

El doctor asintió.

—Aún no conozco bastante a mi paciente —dijo—; pero me parece que es de los que sabrán vivir.

Juan Glynde y *miss* Stanley Erdish salieron juntos de la estancia. Bajaron del ascensor hasta las oficinas generales, y, cuando llegó ella a su despacho, invitó a entrar a su acompañante, cerrando la puerta tras ella.

—Querría... querría pedirle algo —observó Juan Glynde.

Lo primero que hizo *miss* Stanley Erdish fue poner a buen recaudo su cuaderno de notas, encerrándolo y colgándose la llave del cuello.

—Yo también, *mister* Glynde —le dijo ella—. Puede comenzar.

—Son las ocho —observó él—. Me parece que podíamos cenar juntos.

Dudó la joven.

—Yo pensé que podíamos haber ido a tomar unos emparedados y beber algo, para volver luego aquí.

—No es preciso —objetó él—. Lo recordamos todo perfectamente, y, además, por el momento, la información está más segura en textos taquigráficos.

—Observo que le gusta a usted mucho invitarme a cenar.

—Me gustaría cenar con usted cada noche —repuso él con vehemencia.

—Bueno —aceptó la joven—. Por esta noche la cosa puede arreglarse; pero ahora voy a formularle yo mi ruego.

Sonrió él, confiado. No se le pasaba por la mente la idea de que pudiera pedirle Stanley Erdish algo que no pudiese conceder.

—Ese individuo de Afghanistan que se encuentra en Montecarlo en espera de la firma de un tratado, me interesa. Ya oyó lo que dijo *mister* Rand. No es asunto propio para Tellesom, y yo estoy de acuerdo con tal criterio. Un hombre no es la persona más apropiada para entendérselas con un individuo tan receloso como debe ser ese. Alguien tiene que encargarse de ir allá para impedir la firma de ese tratado.

Juan Glynde asintió.

—Exacto —admitió.

—Perfectamente, pues yo quiero ser esa persona —afirmó la joven.

Se la quedó mirando Glynde, desconcertado.

—¿Usted? —exclamó—. ¡Pero eso es ridículo!

—¿Por qué es ridículo? —preguntó ella fríamente— Gracias a usted, formo parte de esa organización. Creo haber cumplido bien; pero ahora me gustaría encargarme de una misión más seria. Quiero serle sincera, me atraen los peligros y estoy cansada de la pluma y el papel, de atraer a los directores de periódicos a los restaurantes, prometiéndoles cosas que nunca he de cumplir a fin de que se muestren amables, contándoles cuentos tártaros y usando las habituales tretas. Ya sé que ese es mi trabajo y me parece que lo cumplí debidamente, por lo que ahora merezco una recompensa. Quiero divertirme más. ¿Tendría usted inconveniente, *mister* Glynde, en hablarle al jefe para que se me permitiera ir a Montecarlo? Puedo hacerlo perfectamente. No tengo miedo a nada y cuento con infinitud de planes.

Glynde hizo un gesto negativo.

—Mire, amiga mía —protestó—, no sabe usted lo rudo que es ese sujeto de Afghanistan...

—¡No sea usted ingenuo! —le interrumpió ella—. Le aseguro que el director de cualquier periódico de Londres puede ser más rudo y también más astuto. Ya estoy acostumbrada a guardarme. Esos salvajes montañeses con seguridad que serán menos difíciles que el periodista con el que he ido a almorzar hoy. Por favor, *mister* Glynde... Juan, si prefiere que le llame así...

—Pero, pero...

—Estimado Juan, si le suena mejor...

—Pero permítame que le explique...

—¡Tan simpático que es usted siempre, Juan, y con lo que me gusta cenar con usted! Podemos cenar juntos esta noche y luego irnos a bailar un poco, ¿le parece bien?

Juan Glynde estaba vencido. La mayoría de los hombres lo hubieran estado sintiendo tan cerca los labios de una mujer como Stanley Erdish, con aquellos ojos que prometían las cosas más maravillosas.

—¡Pero si no es de su departamento! —defendióse aún débilmente.

—Ni tampoco del de usted —replicó ella, soltándose de entre sus brazos—. Ahora me voy a cambiar de traje y nos encontraremos en el Ciro a las nueve. ¿Verdad que iré a Montecarlo?

—¡No habrá más remedio! —gimió Glynde.

Capítulo XXI

Tellesom y Sara estaban cenando juntos, una semana más tarde, en uno de los ángulos de la terraza del restaurante del Colombe d'Or.

A sus pies se extendía el valle, con sus rosaledas y viñedos que trepaban por las laderas del St. Paul, corriendo después hacia el gran baluarte de Cagnes. Había luz de luna, como ocurre siempre en St. Paul, ya que tales parajes no conocen otra iluminación, ni tampoco otro atractivo gastronómico que truchas pescadas en el bullicioso río de abajo, pollo —el orgullo del establecimiento— y vino cosechado en viñas propias. Constituía un conjunto de sencillez, y, no obstante, en Tellesom inspiraba terribles y complicadas emociones. No podía olvidar que aquella joven era la hija del multimillonario Warren Rand, del soñador internacional, del hombre más misterioso de ambos continentes.

—Ayer me dijo mi madre —le explicó Sara— que una noche estuvo sentada junto al Primer Ministro del Gobierno inglés; creo que ocurrió la pasada semana. Pues bien, le formuló preguntas respecto a mi padre. Por lo visto su actitud está resultando un poco inquietante.

Tellesom no dijo nada. Raras veces hablaba cuando mencionaba el nombre de su jefe, en relación con asuntos trascendentales.

—Al parecer, mi padre está armando un alboroto —continuó la joven— porque Francia e Inglaterra no se comportan en Ginebra como debieran. No comprendo como puede ser ahora tan temerario. Cuando recuerdo su trato, a mí me parece que era como cualquier otro hombre.

Tellesom se puso a generalizar.

—Mucha gente sostiene el criterio —observó, mientras servía más vino a su acompañante— de que el éxito excesivo hace perder el equilibrio a los hombres, sin que se percaten. En las memorias de un gran artista que estaba leyendo el otro día, escribía a uno de sus

amigos que temía adentrarse más en el mundo de la belleza; era como si su espíritu viérase ya deslumbrado por las cosas descubiertas, y estaba temiendo volverse loco.

—Resulta un poco neurótico —observó la joven.

—No sé exactamente —reflexionó él—. La historia está llena de nombres, desde César a Napoleón, que lograron mucho más de lo que podían esperar de su imaginación. Yo concibo perfectamente a un individuo al que sus éxitos crecientes y continuos puedan ocasionarle un trastorno mental; éxitos de tal naturaleza que le proporcionen fuerzas desconocidas, destruyendo en él el sentido de las proporciones respecto a los demás hombres. A veces me he preguntado si no será eso lo que le ha ocurrido a su padre de usted. En la actualidad aspira nada menos que a sojuzgar a naciones enteras.

—¿Pero cómo puede ser tan insensato? —protestó la joven—. Refiriéndonos a sus ideas pacifistas, por ejemplo, ¿no crees que la fuerza es una ley natural de la vida? Un número de hombres y mujeres debe desaparecer para dejar sitio a los que les suceden. ¿No ocurre lo mismo con los insectos y demás animales?

—No creo que pueda aplicarse este ejemplo a nuestro caso —aventuróse él—. La guerra, después de todo, es uno de los medios más rudos de ventilar disputas. Un teorizante argüiría probablemente que cuando la raza humana haya alcanzado cierta fase de inteligencia, conseguirá triunfar sobre la brutalidad de la vida.

—A veces no estoy segura de si lo que busca es realmente la paz —murmuró Sara.

—Nadie puede decir lo que se esconde en la mente de tu padre —afirmó Tellesom, tuteándola ya—. Vive en un mundo propio, en un mundo de silencio. No hace a nadie confidencias que no sean absolutamente necesarias. Se limita a dar órdenes que deben ser obedecidas.

Un artista sin chaqueta ni cuello de camisa salió de una estancia contigua, y manejando el instrumento de música típico de Provenza, consiguió producir extrañas melodías. La atmósfera era demasiado enervante para cualquier esfuerzo de energía. En el jardín no se movía ni una hoja, y la silueta de los pequeños cipreses parecían postes. El único camarero del establecimiento se había

despojado de los zapatos y caminaba con los pies desnudos. Se hizo un silencio casi absoluto, sólo interrumpido por el sonar de las bocinas de los automóviles que discurrían por los tortuosos y montañosos caminos; pero casi no molestaban, pues parecían proceder de un mundo distinto. Los dedos de Sara treparon súbitamente sobre la mesa y fueron a reposar sobre la morena mano de su acompañante.

—Me gustaría que te casases conmigo, taciturno, encantador —le dijo—. Ya te he insinuado todas las cosas agradables que puede insinuar una joven como yo. Además, he escrito a mi madre y le he dicho que pienso casarme con un inglés. Ella me contestó: «Me alegro de veras y me gustaría que la próxima vez que me escribas me digas cómo se llama.» ¿No podríamos hablar ahora de este asunto?

Sonrió él y al hacerlo pareció como si las ligeras arrugas de su rostro desapareciesen, transfigurándose toda su expresión. Semejó como si a sus ojos asomase una luz que llenó a Sara de gozo.

—Eso es imposible, jovencita —observó—, mientras siga empleado en los asuntos de tu padre.

—¿Pero qué tiene que ver mi padre en todo esto? —arguyó la joven—. Él mismo nos apartó por completo y para siempre de la esfera de su vida. Ya lo viste pasar frente a mí en Eden Roe, sin dedicarme ni una palabra. Sabía perfectamente quién era. Él lo sabe todo. Ni yo ni mi madre representamos nada en su vida. En cierto modo —añadió con ligera amargura— debe creer que pagó espléndidamente su libertad. La verdad es que nos hizo inmensamente ricos, y así escapóse de sus obligaciones y responsabilidades con nosotras. Bueno, como he perdido a mi padre, quiero encontrar novio, coronel Tellesom. ¿Qué piensas de lo que te digo?

—Espiritualmente ya encontraste uno —murmuró.

—Estoy muy lejos de ser una persona espiritual —suspiró—. Incluso en una noche como ésta, creo que soy terriblemente humana. Si es que el obstáculo es mi dinero, me voy a enfadar seriamente.

—Te prometo que no pienso en eso —aseguró él—. Ante todo debo quedar libre de mis obligaciones. Alguno de los asuntos que me ha comisionado tu padre, son de tal naturaleza que me crearía

una situación peligrosa si fueran descubiertos. Antes de nada, debo acabar con todos estos asuntos, y aun estoy obligado a trabajar para él unos cuantos meses. Luego buscaré otra ocupación, y si realmente piensas...

Dudó un instante y ella se puso a reír.

—Si hasta entonces no has conseguido estar seguro de lo que pienso, es que eres tonto de la cabeza —susurró Sara—, aunque la verdad es que ésa era la opinión que me merecían todos los británicos hasta que te conocí.

Hablaron de futilidades durante un rato. Luego pagó él la cuenta y abandonaron aquel escenario que con su única lámpara, su extraño camarero, su tintineo de vasos, sus carcajadas, su jolgorio y lejano y sugestivo paisaje, tenía bastante de decoración oriental en un teatro de ópera. Partieron en el coche de dos asientos de Tellesom, a través de la montañera carretera, ascendiendo hasta que St. Paul hallóse casi debajo de ellos. El mar brillaba como una inmensa charca de plata. Sara dejó escapar de pronto una exclamación:

—¡Mira que barcos! ¿Podría creer alguien que monstruos de tan sórdida apariencia pudieran semejar tan bellos como ahora?

Detuvo él el vehículo, y miraron hacia abajo. En la bahía del Golfo de Juan se alineaba una larga hilera de barcos de guerra. Estaban de maniobras y yacían en las plácidas aguas como imágenes pintadas, casi distinguiéndose sus perfiles, aunque brillando con una doble, triple estela de luces. Por toda la costa resplandecían señales luminosas, que eran correspondidas por los cruceros. Las luminarias del Golfo de Juan presentaban el mismo efecto mágico y no se percibían ruidos capaces de destruir la belleza del momento. La paz piadosa de aquellos ámbitos vertía su manto sobre ellos. El mar, el viento, permanecían humanamente acallados. Los trepidantes pianos de los cafés al aire libre del Golfo de Juan, el *jazz* de Jean-les-Pins, el tumulto de voces, el graznido de los automóviles, ninguna de tales notas discordantes podía alcanzarles en el lejano y aterciopelado paisaje, hasta la cumbre florida de azahares de aquellas montañas.

—Detengámonos aquí —rogóle ella—. Es el silencio más enervante que he saboreado en mi vida.

Avanzó él la mano y sonrió, mientras miraba pensativo hacia lo lejos.

—Pronto te olvidarías de que existe el silencio en el mundo, si nos encontráramos allá —le dijo—. Los alcaldes de Cannes y Antibes y otras autoridades del Golfo de Juan y Jean-les-Pins han acordado reunirse esta noche para dedicar una gran fiesta a las tripulaciones de esos novísimos, maravillosos barcos de guerra. Los marinos ingleses suelen ser bastante movidos cuando se divierten; pero creo que los franceses no les van a la zaga en eso de hacer ruido.

Sentáronse los dos sobre el bajo y grisáceo parapeto, contemplando las copas de los naranjos que se apiñaban abajo, hablando sólo de vez en cuando en susurro, con palabras vulgares, ciertamente, pero que para ellos veíanse ataviadas con la mágica belleza que les rodeaba. De pronto, sobrevino inopinadamente algo sorprendente y terrible: un cataclismo, un estruendo diabólico, que nadie de los que lo oyeron podría olvidar jamás. Su prelude fue una gran llamarada, al parecer roja, que se alzó de en medio de uno de los mayores barcos de guerra; luego se alzó otra de otro de aquellos grisáceos y silenciosos gigantes del mar y fue como si el fuego infernal disparara contra el firmamento sus mortíferos dardos, con una iluminación siniestra y terrible. Vióse entonces como corrían las siluetas de las tripulaciones, aterradas y atónitas. Las terrazas de las casas alineadas frente a la playa, los pequeños *skiffs* anclados, el Casino con sus mesitas y los grupos de hombres y mujeres, los paseos con los transeúntes, la serie de cafés con sus comensales y danzantes... todo se hizo repentinamente visible. Incluso los chalets de los altozanos se destacaron en aquel resplandor, como si fueran casas de juguete, con una distinción grotesca, sorprendente, y el Casino de Palm Beach se perfiló como un dibujo infantil, se hizo ostensible en aquellos breves segundos, con su amplio comedor circular, con sus mesas alrededor, hasta los cuerpos de los bañistas en la piscina con una silueta espectral que jamás pudieron ver ojos humanos. Todo fue cosa de breves segundos. Siguió el gran silencio, que se interrumpió para dar paso a un horrible estruendo que corrió de montaña en montaña como el eco de un terrible terremoto, con una intensidad ensordecedora, devastadora, igual que si en la entraña de la tierra hubiera estallado algo y los continentes se hubiesen desgajado de los mares. En los últimos y fugaces instantes del cegador brillo surgió una dolorosa

visión destructora, una espectral fantasmagoría que había de quedar grabada en todas las mentes al producirse de nuevo la obscuridad. Vastos fragmentos de lo que poco ha fueron sólidas, bellas y altivas estructuras arquitectónicas, saltaron por el aire, y en muchas millas a la redonda escuchóse el chasquido de vidrios rotos. Un largo edificio de siete pisos, situado entre el Golfo de Juan y la carretera, rajóse en dos y abatióse a tierra.

Luego el mar alzóse como si quisiera asegurar su presa. Lo que era poco antes lago dormido se turbó, y levantáronse olas inverosímiles. Los pequeños botes del puerto, se agitaron como cáscaras de nuez; las casas más frágiles se abatieron, rasgáronse los muros de los cafés y sus fragmentos saltaron en todas direcciones.

Después, con odiosa prontitud, sobrevino de nuevo la obscuridad, un abismo de tinieblas que se extendieron como un manto de luto. Lo único que quedó de aquel breve período de destrucción, fue el ligero eco, histérico, de las voces humanas, en coro discorde y agónico. Cuando hasta esto se hubo extinguido, el silencio fue angustioso. Sara, luego de las primeras palabras de desconcierto, estrechóse más y más al brazo de su acompañante y él la halló casi entre sus brazos, clavándole las uñas en su carne y con la mirada de terror aún fija hacia abajo. Las primeras palabras de él, casi fueron ridículamente vacías de sentido.

—¡Una explosión, Sara! ¡Fue terrible! ¡Gracias a Dios que te encontrabas lejos!...

Sara parecía haber perdido el don de la palabra. Limitóse a estrecharse más a él, y gemir. El próximo cambio fue menos terrorífico, y aunque constituía una nota alarmante, era un alivio. Uno de los cruceros más pequeños estaba ardiendo. Las llamas se asomaban por las ventanas de una hilera de casas, y procedentes de algún lugar oculto en las montañas, comenzaron a resplandecer luminarias que se habían instalado escondidas, para el desarrollo de las maniobras navales. El mar parecía agitado como si se debatiera en una tempestad. Dos o tres barcos habían chocado, y las sirenas de otros zumbaban estridentemente. Los dos seguían sentados; pero ya no en silencio; ambos se mostraban locuaces; mas sus palabras resultaban inadecuadas.

—¡Terrible! —murmuró él— Parece aún peor de lo que debe ser. Recuerda que las tres cuartas partes de la tripulación estaban en

tierra.

Sara dejó escapar un profundo suspiro.

—¡Gracias a Dios que estabas a mi lado!

Levantóse él y se desentumeció.

—Mejor sería que comenzásemos a bajar —propuso—. Acaso podamos ser útiles en algo.

Ella le retuvo con energía desesperada.

—¡No, por favor!, ¡no te muevas! —rogóle— No podría sufrir tu ausencia en estos momentos. Espera un poco...

La atrajo él hacia sí de nuevo y quedaron sentados hasta que comenzó a hacer frío.

Capítulo XXII

A la mañana siguiente, Tellesom abrióse paso entre los corros agrupados en el paseo que se extendía desde Jean al Golfo de Juan y que se agachaban para contemplar de cerca la terrible escena de destrucción. Había miles de chalets sin ventanas y maltrechos. Uno de los mayores cafés estaba materialmente en ruinas; una larga hilera de casetas de baño yacían esparcidas, en las más absurdas posiciones. La mitad de las pequeñas embarcaciones del puerto del Golfo de Juan estaban hundidas en el mar o destrozadas contra el pétreo acantilado del muelle, y lo que era aún más triste, dos de los grandes barcos de guerra que fueron el orgullo de la flota francesa, habían desaparecido, dejando sólo visible uno de ellos la cúspide de las gigantescas chimeneas y otro la machacada torrecilla...

Tellesom sintió que alguien le daba un golpecito en el hombro. Félix Behrling, pulido y acicalado, con pantalón blanco y sombrero de paja, le hizo un gestecillo de los suyos.

—¡Bueno, amigo! —exclamó— ¡qué cosas pasan en los sitios más tranquilos del mundo, cuando los gigantes rechinan los dientes! Bebamos juntos un vermut.

—No acabo de comprenderle —repuso Tellesom—. Su invitación me parece absurda.

El digno británico hubiera seguido su camino de no haber sentido la manaza del hombretón apretando su hombro.

—¡Vamos, camarada! —comentó—: Los viejos métodos pasaron de moda. En nuestros días, amigos y enemigos se tratan cordialmente, lo cual es mutuamente ventajoso. Me siento sediento y me aburre beber solo. Este olor a quemado y metralla me molesta. Convirtámonos hoy en colegiales y digamos: «la paz reine entre nosotros.» Usted puede vigilarme y yo a usted. Le contaré las cosas que se me ocurran, y usted, zorro inglés, usted no me contará nada. ¿Pero qué importa? Yo, Félix Behrling, no siento odio personal hacia Carlos Tellesom, al que reconozco dotado de un excelente carácter. Sólo somos enemigos en lo que se refiere a las causas que

defendemos. No lo olvidemos y sentémonos juntos un rato.

Tellesom encogióse de hombros y su acompañante abrió la marcha hacia un pequeño café, de los pocos que habían quedado en pie. La gente se hallaba demasiado atareada en la contemplación de la calamitosa escena para entregarse a la bebida, y el café estaba vacío. El camarero que acudió a su llamada, hizo un gesto triste.

—Todas las botellas de vermut se han roto —les dijo—. El patrón se fue a Niza a buscar más. Estamos arruinados; todos los del contorno están arruinados.

—Entonces, beberemos una botella de champán en beneficio de la casa —dijo Behrling—. Ahí veo algunas cajas de Cliquot.

Tellesom puso mala cara, pero aceptó la copa que le llenara el camarero.

—No tengo costumbre de beber en compañía de asesinos —observó—, especialmente cuando son asesinos de mujeres.

—¡Bah! —burlóse Behrling—. En nuestros tiempos no podemos ser tan pusilánimes. ¡Una mujer! ¡Bueno, bueno! Digamos un falso Judas. Hablando de otra cosa: ¿cuántas personas habrán perecido anoche?

Tellesom limitóse a levantar la copa hacia los labios.

—No sé qué relación puede tener lo uno con lo otro —dijo.

Behrling rióse un poco, se desabrochó un par de botones del chaleco y reclinóse en su asiento.

—Juegue su papel a su modo, amigo Tellesom —le advirtió—. Le voy a dar un consejo: los más listos son los que se dan cuenta de que sus enemigos no son unos insensatos; ¿consiguió noticias frescas esta mañana?

—Los periódicos publican sobradas informaciones —replicó Tellesom con tono evasivo.

—Las noticias no suelen llegar a ustedes a través de los periódicos —continuó Behrling—. Le voy a decir algo que no sé si será una novedad para usted. Se ha retirado de Inglaterra otra gran cantidad de oro. La libra esterlina ha descendido aún más en su cotización y ayer tarde casi cundió el pánico en la Bolsa. Yo no sé cuánto habrán perdido los pobres ingleses. Desde el punto de vista financiero, mi impresión es que su país atraviesa malos instantes, Tellesom. Inglaterra ha tenido que desprenderse de demasiadas reservas de oro y no sé cómo va a hacer frente a la baja en Bolsa. En

cuanto a su comercio e industria... bueno, no sé qué opinará usted, pero a mí me parece que van al caos.

—Ya ha sabido salir con bien de otras tormentas —observó Tellesom.

—Espectacular, pero ilógico —comentó Behrling, volviendo a llenar su copa de champán—. Adivino su actitud. Está usted sentado a mi lado y piensa que al beber en compañía de su enemigo conseguirá sonsacarle algo porque es muy charlatán. Pues bien, no va a quedar defraudado. Le voy a tratar como me gusta tratar a la gente; pero permítame primero...

Llenó la copa de Tellesom y aunque a éste le parecía absurda tal bebida a semejante hora de la mañana, se resignó sin pestañear. Behrling arrellanóse en su asiento. En aquel extremo del café no había nadie más que ellos. Fuera resonaban los pasos de los transeúntes que contemplaban los efectos de la catástrofe.

—Vuelvo a decirle que voy a tratarle como me gusta tratar a la gente, Tellesom —comenzó—. En estos momentos hay un gran hombre en el mundo. Me quito el sombrero ante él. Es muy superior a todos nosotros y tiene un valor que admiran de veras los alemanes. Acérquese un poco, Tellesom. Le voy a decir un secreto. Nosotros, los alemanes, no queríamos firmar el Tratado de Desarme. El gran hombre lo sabía y por eso terció en la contienda. Consiguió arrancarnos nuestro asentimiento, y cuando se vuelva a reunir el Congreso de Ginebra, Alemania firmará. Ya ve que le doy noticias frescas, de las que tardan en aparecer en los periódicos. Alemania firmará el Tratado de Desarme y a tal efecto envió a Anselmo Meyer. Consiguió arrancar nuestro asentimiento.

—Es una gran noticia, de ser cierta —admitió Tellesom.

—Pues lo es —aseguró Behrling—. Su gran jefe podía haberle dado la noticia personalmente; pero le agrada el silencio. Las otras grandes potencias rehusaban firmar. Nosotros firmaremos. Perfectamente; se nos ganó la partida; pero a los otros no. Ya sabe usted a quién me refiero —añadió en tono más bajo, mientras atisbaba a un grupo que acababa de entrar en el establecimiento—. Francia era demasiado altiva para renunciar a parte de su escuadra. Esos dos hermosos cruceros, tan magníficamente dotados y con su maravilloso secreto bélico, eran el obstáculo. El gran jefe de usted fue a París, y fracasó. Francia no firmaría. Ha debido ser —añadió

con una mueca burlona que desfiguró su caraza— la mano de la Providencia la que ha arrojado mortíferos rayos sobre esos dos cruceros que se hallan en el fondo de la bahía, sin esperanza de ser recuperados. Ahora, también Francia firmará.

Behrling sorbió un gran trago de su copa, enjugóse el sudor de la frente y lanzó una mirada por la estancia, con la actitud de un hombretón de aire bondadoso, genial y enamorado de la vida. No obstante, a pesar de su distraída mirada, estaba escudriñando a los hombres que apiñábanse en la calle, como si quisiera asegurarse de su identidad. Volvió a inclinarse.

—Ahora queda Inglaterra —prosiguió—. Le toca el turno a ella. ¿Se informó usted de la cotización que alcanzó ayer la libra en Nueva York? ¿Qué orgullosa nación del mundo es capaz de aguantar tal trance? Día tras día su crédito se resquebraja. Hasta hace poco, sus estadistas se burlaban de ese hombre. Ahora le conocen mejor. De siete diferentes países, cuyos bancos rige su voluntad, llegan insistentes demandas de oro, y no precisamente para sus negocios, sino para el hombre cuyos agentes controlan los centros financieros de Londres. Hoy duda Inglaterra. El Tratado de Desarme se ha convertido en un documento operante. Su gran jefe alcanzará el triunfo.

Tellesom llamó al camarero.

—Al fin nos comportaremos como seres civilizados —murmuró—. Veo que ya no queda nada en la copa; beberemos juntos otra botella. Al menos me ha dado usted motivo para sonreír un poco, consiguiendo convencerme de lo que ya suponía: que posee usted la imaginación de un Julio Verne. ¡Otra botella, camarero! A poco que pueda, trataré de emborracharle para que se le suelte la lengua. ¿No tiene que comunicarme nada más, aparte de esa portentosa información, Behrling? La verdad es que no quiero perder el tiempo en futelezas.

El alemán hizo una mueca.

—Comienza usted a expresarse en el lenguaje que entiendo mejor —le dijo—. Beberé otra botella con usted; pero tendremos que ir de prisa, ya que estoy atisbando en el paseo a la jovencita que constituye la alegría de mi vida. Si se asoma a este café, ya no podré desprenderme de ella. Su poderoso jefe ha logrado sojuzgar la voluntad de dos grandes naciones. El Tratado será firmado y el

Pacto de la Paz es cosa hecha. Pero, hablando entre nosotros, que conocemos las intimidades del juego, ¿por qué se preocupa tan poco del mayor enemigo de la paz que permanece oculto en la penumbra? Me refiero a Rusia.

Tellesom introdujo un cigarrillo en la boquilla con muestras de desconcierto.

—Ya sé que se estará preguntando a qué viene esta charla, estas confidencias, como no sean inspiradas por el champán —observó Behrling—. Ya sé que no va a creerme; pero le aseguro que Vitznow dijo la última palabra la semana pasada en Moscú. Rusia no piensa firmar ese pacto. Usted ha estado en Rusia secretamente, Tellesom. Lo sé. Su servicio de espionaje ha suministrado fiel información de lo que pasa allí. El Gobierno de los Soviets es un fracaso. Existen algunas ciudades de aspecto decoroso; pero los distritos rurales están en franca rebeldía. El país comienza a ser improductivo y la ruina se cierne sobre él. Sólo hay una cosa que pueda salvarla, y es la guerra. Rusia, es decir, Vitznow y Postinoff quieren la guerra.

—Eso es un secreto a voces —dijo Tellesom, encendiendo un cigarrillo—; pero ustedes han tenido relaciones y firmado convenios con Rusia.

—Más de uno —asintió Behrling—; pero sus pactos no valen generalmente el papel en que están escritos ni Rusia está en condiciones de hacer honor a sus compromisos. Los imperialistas de mi país sueñan todavía estúpidamente en meter a Rusia en una ratonera. Lo que haría falta es que su gran jefe de usted pusiera su baza en la partida, que active en Rusia su red de espionaje para que sus agentes recorran el país como ratas silenciosas. Así sabrá que mientras Moscú siga actuando, no habrá paz en Europa, sobre todo mientras vivan Postinoff y Vitznow.

Behrling levantóse tambaleando, engulló el resto del champán, apretóse el cinturón y se abrochó el chaleco.

—Mi muñequita corre peligro en presencia de usted y es demasiado preciosa —murmuró—. Ya se acerca. Le dejaré bailar con ella una noche en el «Maxim», cuando esté lleno de gente, para que no puedan cuchichear; pero no quiero que se le acerque aquí. Buenos días, mi hermético enemigo. Lance uno de sus mensajes urgentes a donde se encuentre su poderoso jefe y comuníqueme lo que le he contado, rogándole que se lo piense un poco. Aunque soy

enemigo de los dos, en esta ocasión le he dicho lo que sentía.

Behrling alejóse y el camarero se detuvo en su faena de secar las copas y se le quedó mirando. Luego volvióse hacia Tellesom.

—¿Es amigo del señor? —preguntóle.

Tellesom hizo un gesto negativo.

—Ni remotamente —repuso.

El camarero miraba todavía hacia la puerta y su rostro ensombrecióse.

—El señor debe tener cuidado —le dijo—. Ese individuo parece de excelente carácter; pero no es hombre en quien se pueda confiar. Tengo amigos que le conocen. Es peligroso.

Tellesom acabó su bebida, encendió un cigarrillo y despidióse.
—Me inclino a creer que tiene usted razón.

Capítulo XXIII

Tellesom condujo lentamente, su automóvil de dos asientos por la tortuosa carretera que conducía a Eden Roc. Aquí aparcó a la sombra de unos árboles y penetró en el amplio bar. Sara estaba sentada en un ángulo del salón. Llevaba uno de sus parisienses trajes de baño y un ligero y maravilloso echarpe sobre los hombros; pero no parecía haberse bañado. Junto a ella, de pie, charlaban unos cuantos jóvenes, pero dedicó a Tellesom tan vehementes señales con la mano que éste, ya por entonces menos propicio al aislamiento completo, se adelantó hacia ellos.

—Qué, ¿viene a echar una ojeada a la catástrofe? —le preguntó uno de ellos.

Tellesom asintió.

—Es una escena desconcertante de veras.

—Lo que me resulta más extraño —intervino otro de los jóvenes americanos— es que cuando en nuestro país sufrimos un accidente como éste, había por lo menos un millar de víctimas, y en cambio, aquí, entre marineros y civiles apenas si han perecido unas ochenta personas, según dicen.

—Dio la casualidad de estar celebrándose la gran fiesta naval —observó Tellesom—. De haber ocurrido cualquier otra noche, hubieran perecido por lo menos quinientas o seiscientas personas.

—Cuando se piensa en tal coincidencia, la juzga uno muy extraña —reflexionó Sara—. Es como si alguien hubiera decidido volar los dos cruceros ahorrando el mayor número de vidas.

Uno de los jóvenes presentes hizo un gesto negativo.

—A mí me parece un puro accidente —dijo—. Los franceses saben guardar sus secretos; pero todos sabemos que los barcos llevaban a bordo cierto explosivo de potencia extraordinaria. Igual les ocurre a los alemanes con esos cañoncitos del «*Jutland*». Saben guardar los secretos, y no les critico por ello.

—Los explosivos son muy peligrosos en el mar —explicó un individuo de edad madura que había pertenecido a la Armada—. Se

les puede aislar perfectamente en tierra; pero, a bordo, un pequeño exceso de calor o un fuerte viento de poniente, pueden ocasionar catástrofes terribles.

—¡Vaya una idea la de llevar explosivos capaces de hacer volar a un crucero! —observó Tellesom— En fin, ya he visto bastante en esta parte de la costa. ¿Me acompaña usted, *miss* Hincks?

La joven levantóse prestamente.

—¿Por qué no vienes a sentarte conmigo en las rocas? No soy gran nadadora.

—Voy a ponerme el traje de baño —repuso Tellesom—. Me arreglaré en dos minutos.

Asintió Sara y alejóse Tellesom. Uno de los muchos admiradores de la joven, le observó mientras se iba.

—Es un tipo excelente ese Tellesom —afirmó—. Al principio parecía un poco serio y echado para atrás; pero luego he comprobado que es tan divertido como cualquiera. La otra tarde le vi derrotar a nuestro profesional de tenis. Zacarías llega esta tarde con un aficionado para hacer juntos un partido interesantísimo. Tiene un servicio terrible, y aunque no es muy fuerte de revés, coloca perfectamente.

—Sí, es un tipo simpático —asintió otro de los presentes—. Me hubiera resultado aún más simpático si no monopolizase a *miss* Hincks.

La joven sacudió la cabeza patéticamente.

—Lo siento —confesó—; pero estoy por él. Vosotros sois aún jovencitos... ¿Por qué no os echáis unos años encima?

—Lamento haber nacido después que él —terció otro.

—Sería capaz de sobornar al empleado del Registro civil si me hubiera de servir de algo —afirmó el primero.

—Lo que te hace falta es dignidad y contención —le dijo Sara—. Eres demasiado apasionado; al menos lo pareces. No sabes enfrentarte con las cosas de la vida en su justo medio. O te muestras rudamente amoroso o alborotas...

—Ya me gustaría aprender —dijo el admirador número uno.

—Pues toma unas pocas lecciones del coronel Tellesom —le aconsejó—. No pide nada ni espera nada. ¡Ojalá se decida de una vez! —concluyó con un suspiro.

—¡Al diablo con ese tipo! —murmuró otro de los presentes—.

Traiga una ronda de combinados, camarero. Me está aplanando usted, *miss* Hincks.

—Puedo darle buenas noticias —anunció ella—. Dentro de pocos días llega mi madre. Parece más joven que yo, de mucho mejor aspecto y le agradan los jovencitos.

—Pero sólo hay una Sara —lamentóse el que había pedido los combinados.

—Vamos, no ahoguéis las tristezas bebiendo —rióse ella a la vez que se levantaba para reunirse con Tellesom—. Os veré a la hora de comer. En vez de bañarnos —añadió, dirigiéndose a Tellesom en voz baja y cogiéndole del brazo ante la escalerilla— quisiera cambiar unas palabras con usted, completamente a solas.

Instantes después, se zambullían en el agua. Ambos eran excelentes nadadores y luego de pocas brazadas llegaron a su destino. Encontráronse a cincuenta yardas de la costa, en plena soledad.

Sara dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—Ahora, mi estimado Carlos —comenzó—, prepárate a contestar a unas preguntas, y a contestarlas sinceramente.

—Ya conoces mis limitaciones —recordóle él.

—Lo sé; pero acaso me puedes contestar a esto. ¿Tienes tú enemigos aquí?

—Por lo menos media docena, y acabo de beber champán con uno de ellos. ¿Por qué me lo preguntas?

—Escucha y lo sabrás. Esta mañana, a las diez, volvía del primer baño y encontré a dos individuos que estaban sentados en un banco, frente al hotel. Uno de ellos era Gaudois; anda siempre en torno del hotel, cuando no está jugando, y, al parecer, estaba hablando con su acompañante sobre unas jugadas de revés. Al pasar, le di los buenos días a Gaudois. El otro levantóse, muy cortés. Acaso no hubiera pensado más en ellos; pero cuando llegué a mi habitación me asomé un momento al balcón. Se encontraban debajo, y como no corría viento pude escuchar admirablemente lo que decían. El joven que estaba con Gaudois, le hablaba en un tono que me sorprendió. Lo hacía como el que no quiere ser escuchado por nadie más. «¿Está seguro de que no puede salir por la otra entrada?, —le preguntó—. Completamente seguro, —repuso Gaudois—. Uno de los muchachos que atienden el ascensor es protegido mío y recibe cincuenta

francos sólo por vigilar y comunicarme cuando baja él.» Entonces callaron un instante. El joven que acompañaba a Gaudois desenvolvió lo que parecía un paquete con prendas de baño y lo volvió a atar. Parecía contener un conjunto muy extraño de prendas; pero yo estaba mal situada para distinguir exactamente lo que era.

—¡Qué misterioso! —comentó Tellesom, sonriendo.

Sara golpeó el agua con los pies.

—¡Haz el favor de no burlarte! —rogóle— Comienzo a creer en mis aptitudes detectivescas, y no quiero que se me rían. Seguí escuchando. No sabría decir por qué, pero desde el primer momento tuve el presentimiento de que hablaban de ti. Nunca me gustó aquel profesional de tenis, y en cuanto al otro individuo, aunque iba vestido como cualquier otro, con su camisa de deporte, pantalón de hilo y sombrero estival, hubiera jurado que le había visto en compañía de Behrling. Esperé un instante; pero no siguieron hablando, y entonces entré en mi cuarto, me puse el pijama y dije a mi doncella que bajara a averiguar si tú habías salido. Volvió para decirme que no te encontró por cosa de un minuto. Acababas de salir en tu auto con dirección al restaurante Jean. No podría explicarme la razón de mi impulso; pero en vez de bajar al piso entresuelo, ascendí por la escalera pensando casi subconscientemente que iba a cerciorarme de si Molly estaba todavía despierta. Cuando llegué al tercer piso, descubrí a un individuo apostado ante la puerta del cuarto tuyo; era precisamente el que había estado con Gaudois. Aún llevaba el paquetito en la mano. Miró sigilosamente hacia el ascensor y arriba y abajo del pasillo; pero creo que se olvidó de la escalera. Luego se metió en tu habitación y desapareció de mi vista.

—¡Qué extraordinario! —comentó Tellesom— Ahora estoy genuinamente intrigado.

—Verás; hay una puerta de servicio enfrente, como tú sabes, a la que se llega por una escalerilla especial. Subí por ella y fui a parar frente a su cuarto. Conozco a la doncella que atiende ese piso, y yo llevaba un billete de cien francos en la mano, para un caso de necesidad. Afortunadamente la servidumbre estaba atareada y nadie me importunó.

—¿Y qué ocurrió con el individuo que se metió en mi cuarto? —

preguntó Tellesom.

—Salió cinco minutos después —continuó Sara—. Abrió la puerta cautelosamente, atisbó el pasillo y se lanzó escaleras abajo. El paquete que llevaba poco antes había desaparecido. Salió por la puerta de atrás, subió a un automovilito y partió.

—¡Cada vez más misterioso! —admitió Tellesom con el ceño ligeramente fruncido—. ¿Y volviste a ver a Gaudois?

Hizo ella un gesto afirmativo.

—Cuando bajé, estaba jugando al tenis. ¿Qué crees tú que buscaría ese individuo en su cuarto, Carlos? ¿Sería un ladrón? ¿Y para qué dejaría el paquete allí?

Tellesom reflexionó un momento.

—¿Te importaría, si fuera yo ahora mismo a mi cuarto? —preguntó.

Le invitó ella con un gesto y se zambulleron juntos.

—Te acompaño —le dijo.

Avanzaron hacia la escalera, se cambiaron de ropa en la sala de aseo y dirigiéndose en el auto de dos asientos de Tellesom hacia el hotel. Entraron juntos en el ascensor. Al llegar al tercer piso, comprobaron que estaba desierto. Sara hizo ademán de seguir a Tellesom.

—¡Tonterías! —protestó ella, al ver que Tellesom dudaba— No tengas prejuicios. Entraré contigo en tu habitación.

Penetraron efectivamente en el dormitorio, y él cerró la puerta. Todo parecía estar en perfecto orden. Sobre el lecho se veían algunas prendas de jugar al tenis y en una silla un traje de etiqueta.

—Mi camarero tenía hoy el día libre. Debían saberlo —explicó Tellesom.

Revisó los diferentes muebles.

—Es preciso que descubramos lo que buscaban aquí —continuó Sara—. Yo revisaré esta habitación y tú mira en el guardarropa. ¡De prisa! Tengo el presentimiento de que va a ocurrir algo de un momento a otro. El joven que subió al automóvil, escapó como si quisiera romperse la cabeza. En estos cajones no observo nada de particular. ¿Hay algo en el guardarropa?

—Nada.

—¿Qué hay en esos cajones? —preguntó ella, señalando una mesa escritorio.

—Están llenos de papeles y libros —afirmó Tellesom—. No tienen importancia alguna; pero, además, están cerrados y nadie podrá registrarlos.

—¿Tienes la llave?

La sacó y Sara inclinóse para examinar la cerradura del segundo cajón.

—Han forzado esta cerradura —observó—. Abre este cajón.

Introdujo él la llave y el cajón abrióse fácilmente. En un rincón apareció un paquetito con libros de notas, algunos mapas, unos cuantos diccionarios y un anuario de direcciones polaco; en otro rincón, oculto bajo una toalla, descubrieron otro curioso paquete. Lo miró él sorprendido. Luego lo sacó y depositólo sobre la cama. Había dos toallas enrolladas, con la marca perfectamente visible del Hotel Provenzal. Entre ellas vieron un pañuelo de fino hilo, arrugado y roto con iniciales bordadas y una corona nobiliaria, una hilera de perlas y un grueso fajo de billetes de a mil. Tellesom quedóse mirando todo aquello con el auténtico desconcierto de un colegial. De pronto, la verdad surgió.

—¡Santo Dios! —exclamó— ¡Pero si éstas son las iniciales de Clara von Trugner! Se hospedaba en el Hotel Provenzal. Allí fue donde la asesinaron. Aquella noche estuve yo ausente de mi hotel. ¡Qué idea tan satánica!

—¡Escucha! —susurró ella.

Oyeron pesados pasos en el comedor. Cerró ella la puerta, mientras él envolvía de nuevo el paquete apresuradamente. Los pasos se alejaron y entonces ella abrió la puerta y atisbó fuera.

—No hay novedad —le dijo—. Era el viejo general Mayne. ¡Vamos!

Precipitóse él hacia la escalera y Sara casi le arrebató el paquete.

—¡No, tú no! —persistió ella—. No debes dar ni un solo paso con eso entre las manos. Lo meteré en un baúl de mi cuarto, debidamente cerrado. Allí no puede comprometer a nadie. Ya decidiremos lo que hemos de hacer con ello. Sal del hotel por la puerta central y nos encontraremos luego en el bar. Yo me haré cargo de mi automóvil; pero tú vete... Estoy segura de que actuarán de prisa por temor a que puedas volver al hotel. Cuando entremos, no había nadie en el despacho. Procura salir sin que te vean.

—No puedo abandonarte llevando eso encima —protestó él.

Al volverse Sara hacia Tellesom, el rostro de la joven pareció recordar algo del de su padre.

—¡No seas loco! —gritó—. A mí no puede comprometerme. Saldré por la puerta de atrás. Conozco el camino. Entraré en mi cuarto un instante y estaré en el bar antes de que tú llegues...

Tellesom tuvo suerte. Descendió a la planta baja sin que nadie le viera. En el vestíbulo estaba el conserje hablando por teléfono, de espaldas al corredor. El empleado que solía estar allí, había salido para atender a la llamada anunciadora de nuevos huéspedes. Tellesom avanzó hacia la puerta principal, atravesando el desierto vestíbulo; descendió los peldaños y comenzó a caminar por el amplio paseo, llegando casi en el preciso instante en que Sara penetraba por la otra puerta. Al verle, le saludó con un movimiento de la mano.

—Quiero un Martini seco —le rogó, jadeante.

—No puedo imaginarme lo que están hablando los dos a toda hora —gruñó el admirador número uno—. Me gustaría unirme a la conspiración, sea cual sea. ¿Estaba el agua buena? Esta mañana no me he bañado.

—Me parece que este combinado me va sentar muy bien —comentó Sara, a la vez que se apartaba con Tellesom—. No te devanes los sesos, Benjamín. Tenemos nuestro plan. Pensamos escribir una novela en colaboración.

Sentáronse ante una ventana abierta. Sara extendió la mano para probar las patatas fritas, sorbió un Martini y pidió otro.

—¡Ya estoy en mi elemento! —exclamó— ¡Me siento una auténtica conspiradora! Carlos, me estremezco de emoción. ¿A quién creerás que he visto al meterme en el coche? Pues al joven que acompañaba a Gaudois y al tipo más oficioso que cabe imaginar. Creo que era aquel hombrecito tan estúpido que estaba comiendo aquí cuando vinieron ellos y le contaron lo del asesinato.

Tellesom frunció el ceño.

—¡Qué insensato he sido al permitir que quedaran en tu poder aquellas prendas! —murmuró.

Echóse ella a reír.

—Están en el lugar más seguro que pueda imaginarse —afirmó—. ¡Fíjate quién está ahí! ¡No me han visto! ¡Me marchó...! ¡Mucho ojo!

Saltó por la ventana baja que daba a la terraza y pronto hallóse entre un grupo de amigos, colgándose del brazo de Benjamín, el más ardiente de sus admiradores.

—Creías que te tenía olvidado, ¿verdad, Benjamín? —le dijo con tono conciliador— Pues aquí me tienes. Vamos a tomar un combinado. Te invito yo para que te convenzas de mis buenas intenciones. ¡Vamos! ¡Os invito a todos!

Sara vióse rodeada por el grupo. Reía feliz, y su alegría hacía contagiosa. Aparentemente, Tellesom había quedado relegado al olvido.

Capítulo XXIV

Tellesom estaba sorbiendo su combinado, no sin antes vaciar prudentemente el contenido de la copa de Sara, cuando se acercó un camarero acompañado de un individuo al que en seguida identificó. Era el comisario de policía de Antibes. Se aproximaron a la mesa ante la que se hallaba sentado Tellesom, y el policía saludó fríamente.

—¿El señor Tellesom?

—Ese es mi nombre.

—Necesito cambiar unas palabras con usted oficialmente y en privado —anunció el comisario.

—Eso suena un poco alarmante —repuso Tellesom—. ¿Qué ocurre?

—Es demasiado grave para hablar del asunto a la ligera —replicó el policía—. Desde luego, no deseo molestarle. Tenga la bondad de acompañarme al hotel, y allí tendremos ocasión de hablar privadamente.

Tellesom se levantó de mala gana.

—Si ese es su deseo... —asintió—. Yo siempre estoy dispuesto a contestar las preguntas que un representante de la ley quiera formularme; pero habrá de reconocer usted que me alarman un poco el tono y los términos en que me habla.

—No tengo la culpa de eso, caballero. Haga el favor de seguirme.

Tellesom acabó su combinado con cierta pereza.

—Al dirigirse a mí, señor comisario, debería usted recordar que ostento el rango de coronel del Ejército Británico y tengo derecho a que se me dé tal tratamiento —le advirtió.

—Eso sería cierto si hubiera usted dado su verdadero nombre —replicó con brusquedad el otro.

Tellesom contempló un momento a su inquisitivo interlocutor y cuanto más le miraba más incómodo parecía sentirse el hombrecito.

—Debo decirle francamente —terminó por replicar—, que hallo

sus modales un poco ofensivos. He cambiado de pensamiento y no me inclino a salir de este sitio para ir al hotel, a no ser que me diga el asunto de que se trata. Aquí hay una habitación vacía que se utiliza como comedor cuando hace mal tiempo. Puede acompañarme allí y le contestaré a cualquier pregunta que me parezca oportuno responder.

Tellesom comenzó a avanzar hacia el sitio indicado y el comisario no tuvo más remedio que seguirle. Llegaron hasta una mesa apartada y Tellesom sentóse en seguida a sus anchas en la silla más cómoda.

—Ahora tenga la bondad de explicar el motivo de su visita y formularme las preguntas que desee —rogóle.

—Tengo que preguntarle... coronel —comenzó el otro, con un pequeño intervalo antes de pronunciar el título—, qué estaba haciendo usted en la noche del día 2 de septiembre.

Tellesom echó hacia atrás la cabeza y se quedó mirando al techo.

—¿Qué día de la semana era?

—Jueves.

—Una noche de gala. Podré satisfacer su curiosidad. Cené en el Casino de Jean-les-Pins, acompañado de lord Montrose y de un grupo de gente joven.

—¿Y luego?

—Estuve jugando al *chemin-de-fer* durante un par de horas, bailé en el «Maxim» y después me fui al hotel.

—¿Se marchó usted solo?

—Creo que eso es cosa mía y no le interesa a nadie.

—Es la policía la que le está interrogando —replicóle el otro pomposamente.

—Entonces ya se me perdonará si hallo a la policía un poco excesiva en sus privilegios —observó Tellesom fríamente—. No obstante, no vamos a discutir por eso. Si no recuerdo mal, llegamos juntos al hotel lord Montrose, un joven llamado Benjamín Tyson, otro joven que se hospedaba allí y cuyo nombre no recuerdo, *miss* Sara Hincks y yo. Y una vez llegado a este punto quiero advertirle que me niego a seguir contestando a sus preguntas si no me explica usted el motivo de su presencia aquí.

—Puedo satisfacer su curiosidad formulándole otra pregunta —

declaró el comisario, con aire un poco melodramático—. ¿Tenía usted alguna relación con la desdichada *madame* von Trugner que fue asesinada aquella noche en el Hotel Provenzal?

—La conocía —admitió Tellesom—. Si mi memoria no me es infiel, hablé con ella la misma noche en la sala de *chemin-de-fer*.

El comisario pareció excitarse un poco.

—¡Ah, ah! —exclamó— Y abandonó usted la sala de juego en su compañía, ¿verdad?

Tellesom reflexionó.

—Creo que sí —asintió—. Si no me equivoco, la acompañé hasta las escaleras exteriores del Casino.

El comisario parecía más a sus anchas.

—¿Y después? —persistió— Había sólo un centenar de metros desde allí hasta las habitaciones de *Madame*.

—No tengo interés en disputar sobre semejante detalle topográfico —repuso Tellesom—. No acompañé a aquella señora más allá de las escaleras del Casino y sólo permanecí allí con ella unos minutos, ya que estaba de muy mal humor por haber perdido en el juego. Sé de sobra que no resulta agradable hablar a los jugadores cuando están de semejante talante.

El comisario se frotó las manos suavemente.

—Permítame que le corrija, señor coronel —le dijo, sonriente—. La señora salió del Casino aquella noche, luego de haber ganado mucho.

—Eso me dijeron. Creo que volvió otra vez y ganó una considerable suma. Lo siento por el designio que le aguardaba.

El policía lanzó una mirada a la puerta como si quisiera así ocultar su desilusión. No se vislumbraba signo alguno de la ayuda que estaba ansiando, del elemento eficaz que le facilitara lanzar rayos y truenos.

—Se nos ha informado —dijo el policía solemnemente— de que tiene usted en su poder un collar de perlas y gran cantidad de dinero robado de las habitaciones de la dama asesinada.

—Veo que le han dado una información falsa —replicó con frialdad—. No conservo en mi poder objeto alguno que perteneciera a esa desgraciada.

—¿No entró usted en las habitaciones de la víctima? —preguntó el comisario con agrio énfasis.

—En absoluto —repuso Tellesom—. Cuando llegó al hotel me entrevisté con ella en la sala de visitas. Eso ocurrió hace cosa de unas tres semanas. Desde aquel día no volví a entrar en el hotel, salvo para tomar algo en el bar acompañado de amigos.

El comisario cambió de táctica.

—Según tengo entendido, pertenece usted al Servicio Secreto Británico.

—Por lo visto —repuso Tellesom con cierto sarcasmo— tiene usted la virtud de obtener informaciones falsas. Abandoné el Servicio hace años, señor comisario, con una hoja de servicios brillante, capaz de enorgullecer a cualquiera.

El comisario se desconcertó. No podía abatir a aquel inglés que se expresaba en francés como un nativo, que se mantenía en una actitud burlona e impasible frente a las acusaciones que parecían pesar sobre él, conservando aquella actitud de persona distinguida totalmente ajena a la de un delincuente. Procuró reflexionar; sacó del bolsillo unos cuantos caliqueños y encendió uno, mientras Tellesom extraía su pitillera y le imitaba. El comisario frunció el ceño.

—Estamos en un lugar público —le recordó Tellesom—. Supongo, en bien de usted mismo, que no me hallo sujeto a ninguna suerte de arresto. Por otra parte, el olor de ese tabaco que está fumando me va a poner enfermo. ¿Acabó usted ya su interrogatorio?

—No, señor coronel, aún no he acabado —repuso el comisario irritado—. Quiero preguntarle una cosa, ya que veo que es usted de los que merecen sufrir interrogatorios más duros. Por lo visto ya está usted acostumbrado a tratar con la policía. ¿Quiere usted decirme por qué piensa que ha podido acabar este asunto? ¿Acaso voy a quedar satisfecho con sus contestaciones? ¿Supone que pienso que me ha dicho la verdad?

Tellesom arrojó al aire una voluta de humo y abandonando su actitud indiferente, avanzó un poco el cuerpo.

—Señor comisario —le dijo—. Si no fuera porque ostenta usted el uniforme de un país al que respeto, le cogería por el cuello y le arrojaría de aquí, fueran cuáles fuesen las consecuencias. Si aspira usted a progresar en su profesión, debería darse cuenta de que resulta absurdo dirigirse a un oficial británico como lo está

haciendo.

El hombrecito enrojeció de furor.

—¿Y qué prueba tengo de que sea usted un verdadero oficial del ejército? —saltó— De todos modos, puede ocurrir algo muy pronto que le obligue a constituirse en mi prisionero, y entonces veremos lo que dice.

—¿De veras? ¿Y podría preguntarle qué es lo que está esperando?

El comisario se irguió de pronto. Los dos gendarmes que le habían acompañado poco antes, reaparecieron. Llevaban las manos vacías. El comisario les contempló en silencio. El gendarme que parecía más experto, avanzó y saludó.

—Este individuo habla francés —le advirtió con presteza el comisario—. Apartémonos para que me dé usted su informe.

Obedeció el gendarme.

—Se ha registrado minuciosamente la habitación de ese caballero —le dijo—. Enrique y yo nos encargamos en persona y ya sabe que soy experto en la materia. Se ha registrado hasta el último cajón, examinando hasta los más fútiles objetos. No se ha hallado rastro de lo que buscábamos.

El comisario retorcióse furiosamente los mostachos.

—Entonces, nos han engañado —exclamó—. ¡Ah, aquí viene el señor barón! Veremos lo que tiene que decirnos.

Behrling acababa de entrar procedente del bar y al reconocer al comisario, dirigióse hacia él.

—¿Interrumpe mi presencia algún negocio público? —preguntó con sorna— ¡Ah! Veo que se trata de mi excelente amigo Tellesom y el Comisario. Esta policía francesa suele ser muy curiosa, Tellesom, —añadió volviéndose hacia el último—; pero es bastante astuta a veces. Saben hallar lo que buscan, tienen una maña especial para conseguirlo.

—Quisiera decirle algo en privado, señor barón —le rogó el comisario, acercándosele:

—Lo que usted desee —asintió Behrling de buen humor.

Tellesom acomodóse en un asiento. Parecía muy divertido. El comisario se llevó aparte a Behrling.

—La habitación de ese señor que dice sor coronel ha sido minuciosamente registrada. No se ha hallado dentro ni rastro de los

objetos que el señor barón me describió y el señor Tellesom niega haber entrado ni una sola vez en el dormitorio de la víctima. Me encuentro en una situación de lo más desagradable.

Behrling se echó a reír de buena gana y apoyando la mano en el hombro del hombrecito le atrajo hacia donde se hallaba Tellesom.

—Señor filólogo —dijo al último, en alemán—, he de confesarle que esta policía francesa es muy torpe y sus agentes no ven más allá de sus narices. No me extraña que aquí sea difícil el esclarecimiento de cualquier crimen.

—Incluso con alguna pequeña ayuda extraña —observó fríamente Tellesom.

Behrling se revolvió contra él.

—Ya veo que está usted bien informado —exclamó—. Mis agentes se mostraron torpes una vez. En fin, ¡qué vamos a hacerle! Yo ya tenía mi plan tramado y creo que conseguiré mi objeto. Señor comisario, ¿dice usted que han registrado las habitaciones de este caballero que se presenta con el nombre de coronel Tellesom y que el registro no dio resultado alguno?

—Efectivamente, eso dije —admitió.

—Pues le voy a explicar por qué han sido inútiles tales pesquisas —continuó Behrling sin nota alguna de buen humor en el tono ni jovialidad en la expresión—. Tengo mucha suerte con mi equipo de colaboradores que está formado de gente experta. Mire, señor comisario, sus pesquisas fueron inútiles porque este caballero tiene un cómplice, en compañía del cual subió al hotel, un cómplice que en estos momentos está riendo entre un grupo de amigos. Los agentes de usted deben volver al hotel para registrar las habitaciones, no del coronel Tellesom, sino las de *miss* Sara Hincks.

Siguió un breve silencio. Tellesom cometió uno de sus poco habituales errores al ponerse en pie de un brinco.

—¡No hará usted eso! —exclamó iracundo; volviéndose hacia el comisario— ¿Por qué tiene usted que obedecer las órdenes de un espía alemán? *Miss* Sara Hincks es súbdita norteamericana, y por cierto muy importante. Créame, si se atreve a hacerse culpable de semejante ultraje, va usted a perder su cargo y su uniforme.

—El señor se ha descompuesto —observó el policía, esbozando una sonrisa triunfal—. Mis agentes harán lo que el señor barón acaba de proponer. Las habitaciones de la señorita Sara Hincks

serán registradas —aseguró con firmeza.

Los dos agentes se marcharon y el comisario apartó a un lado a Behrling. A pesar de su aspecto truculento, se observaba en él una actitud de manifiesta duda.

—Ya comprenderá —dijo con marcada inquietud— que he depositado mi confianza en usted. Los norteamericanos son gente difícil de tratar y puede ocasionarme todo esto serios disgustos. Confío en su palabra.

—Cobraré usted la pensión ofrecida hasta el último penique y diez mil francos —le aseguró Behrling—. Lo que le he dicho es la pura verdad. Me fijé en el rostro de ese individuo. Estaba bastante desconcertado, y aún lo estará más cuando vea a su linda amiguita camino de la comisaria. Créame, señor comisario, yo no me equivoco nunca.

—¿Pero cómo sabe usted que el paquete está escondido en el hotel? —persistió el comisario— ¿Cómo averiguó que se encontraba oculto en el cuarto de Tellesom?

Behrling tomó del brazo a su acompañante y le atrajo un poco.

—Amigo mío —repuso, alzando el dedo con signo enigmático—, míreme a la cara y contésteme si cree realmente que no soy sincero en lo que afirmo. El paquete se hallaba en la habitación de ese individuo y estoy en lo cierto al afirmar que, en un momento de pánico, ha sido trasladado a la habitación de aquella señorita. Ya veremos. En lo que a mí se refiere, está usted seguro. Me atrevería a aconsejarle que arrestase ahora mismo a ese sujeto.

Pero cuando se volvieron en redondo, Tellesom había desaparecido.

Capítulo XXV

U nos veinte minutos más tarde, el comisario de policía, acompañado de varios agentes, descendió de nuevo a la terraza y halló a Behrling sombrío e inquieto, de pie y con los brazos cruzados.

—No se ha sabido nada de ese maldito inglés ni en Jean ni en Cannes —anunció—. De lo que podemos estar seguros es de que no escapará. Se le está buscando por todas partes. Su coche está aquí todavía; así es que no debe esconderse muy lejos. En cuanto a los agentes, aún no han vuelto de su registro en las habitaciones de *miss Sara*.

Behrling señaló hacia el trampolín. Allí se veía a un hombre erguido con ambas manos sobre la cabeza y en actitud de zambullirse. El comisario dejó escapar una pequeña exclamación de sorpresa.

—¡Es él, el maldito inglés!

—Al menos es valeroso —murmuró Behrling.

El comisario daba muestras de desasosiego.

—Sí, precisamente ese valor es lo que me da que pensar —confesó—. Primero consigue convencerme usted de que las pruebas del crimen estarían en su cuarto. Lo registramos y no hallamos nada. Ahora dice usted que está seguro de que se encontrarán en la habitación de la señorita, porque volvieron juntos al hotel. Después de todo, se trata de meras conjeturas y confía usted demasiado en mi credulidad, señor barón. Supongamos que se registra la habitación de esa señorita, sin encontrar nada, ¿en qué lugar quedo yo? Voy a ser la risa de todos, objeto de general ridículo. Y eso no me puede ocurrir a mí, al comisario de Antibes. Es bastante lamentable que no hayamos conseguido arrestar a nadie; pero aún será peor acusar a un súbdito inglés y que no se obtengan pruebas de ninguna clase. Puse mi confianza en usted, y me está decepcionando, señor barón.

—Espere, espere —le aconsejó Behrling, tratando de ocultar su

propia inquietud—, aún no han vuelto los agentes de practicar el registro. Acerquémonos a la escalera, no sea que trate de escapar.

Tellesom daba muestras de estar muy tranquilo y hablaba con soltura con algunos conocidos. Todo su cuerpo parecía resplandecer aún por la influencia de las olas. Tenía el aspecto de un hombre sano y optimista, luego de aquel baño tonificante.

—¿Cómo se atreve usted a salir, hallándose todavía bajo custodia? —le preguntó el comisario, al llegar junto a la escalera.

Tellesom contempló sorprendido a su interlocutor.

—¿Y cómo iba a saber yo que estaba bajo custodia? —replicó—. Me ha formulado usted una serie de preguntas absurdas y cometió la imprudencia de registrar mi cuarto. No ha encontrado nada. Creí, por consiguiente, que el asunto, en lo que a mí se refería, estaba acabado. En cuanto a mi deseo de bañarme, si he de decirle la verdad, estaba tan asqueado de usted y del amigo que le acompaña que creí conveniente purificarme un poco en el mar... ¿De modo que aún tiene que seguir interrogándome?

—Así es, ciertamente.

—Entonces, voy a ponerme un traje de baño seco y el albornoz; luego escucharé lo que quiera usted decirme —prometióle Tellesom—. No obstante, le advierto que estoy a punto de perder la paciencia. También le advierto que esa señorita, a la que injuria con sus sospechas, es hija de uno de los hombres más influyentes de los Estados Unidos, y si yo no pudiera hacerle purgar a usted sus impertinencias, él podría convertirle en pavesas si se le antoja. Aunque a decir verdad, me encuentro con fuerzas para entendérmelas con usted personalmente. Haga el favor de caminar un poco alejado. Tengo bastantes amigos aquí, y no quisiera que me vieran en compañía de ninguno de ustedes dos. Supongo que admitirá usted que sería absurdo intentar huir en traje de baño. Tan pronto como me haya cambiado, nos encontraremos en el restaurante interior.

Tellesom aceleró el paso visiblemente, mientras Behrling retenía del brazo al comisario.

—¿Pero no comprende lo que intenta hacer? —le advirtió—. Trata de amedrentarle y enfurecerle. El silencio, amigo mío, es nuestra mejor actitud. Mantendrá su palabra; es hombre capaz de hacerlo. Verá como vuelve.

—¿Pero y las pruebas? —exclamó el policía, inquieto— ¿Por qué hemos de encontrarlas en la habitación de esa señorita? Supongamos que no se encuentran allí. ¿Cómo terminará todo esto? No vamos a limitarnos a presentar nuestras excusas y marcharnos. Resultaría grotesco.

—Creo que no tendremos que presentar excusas —le aseguró Behrling—. Las pruebas que buscamos estaban en la habitación de Tellesom hace una hora y debieron ser sacadas de allí. Cuando subió al hotel, esa señorita le acompañaba. ¿Dónde van a poder buscar un lugar seguro en tan pocos minutos? En su cuarto y en ningún otro sitio. ¿No observó su turbación cuando le dije que debían continuar las investigaciones allí?

—A pesar de todo, señor barón —admitió el francés—, confieso que me siento inquieto. Tranquilíceme de algún modo, por favor. ¿Está usted realmente seguro de que tales evidencias delictivas se hallaban en el dormitorio del inglés cuando vino usted a buscarme?

—Señor comisario —dijo Behrling con tono impresionante—, le doy a usted mi palabra. Me constan que estaban allí. No han podido llevarlas lejos en tan poco tiempo. Estoy seguro de que cuando vuelvan sus agentes de la habitación de esa señorita, traerán las pruebas del delito. Valor. Va a realizar usted una captura que le reportará un ascenso y acabará con los chismorreos por el presente fracaso de las investigaciones. Al capturar al asesino de la señora von Trugner, se convertirá usted en un hombre destacado. Confíe en mí. Tengo larga experiencia en estos asuntos. No suelo equivocarme, y menos en este caso.

El comisario encendió un cigarrillo y aceptó un vermut que había pedido su animado compañero a uno de los camareros. Luego dirigieron al desierto comedor. Transcurrieron diez minutos. El comisario comenzó a dar muestras de repentina zozobra. De pronto, resplandecieron sus ojos. De sus labios escapóse una exclamación y apretó fuertemente el brazo de su acompañante. Los dos gendarmes descendían por la escalera y uno de ellos llevaba bajo el brazo un paquetito envuelto en una toalla.

—¡Amigo mío, hemos triunfado! —exclamó.

El rostro de Behrling reflejó gran sensación de alivio y su ceño dejó de estar contraído. Era de nuevo el hombre genial, benévolo y expansivo.

—Enhorabuena —murmuró a su vez, dando unos golpecitos en el hombro del comisario—. Era inevitable.

Los gendarmes se acercaron orgullosos y mostraron su hallazgo, explicando con brevedad lo cuidadosamente que lo habían ocultado y la habilidad que hubieron de poner en juego para descubrirlo. El comisario les escuchaba sonriente. Luego, llevó el paquete a una mesa y desenvolvió la toalla en la que con distintivas letras leíase «Hotel Provençal». Allí estaban las críminas prendas de que le hablara el señor barón. Se abalanzaron sobre ellas; contemplaron la pila de billetes de mil francos, el collar de perlas, la propia toalla, el arrugado pañuelo. ¡Maravilloso! El comisario pavoneóse lleno de orgullo.

—Pónganlo todo sobre la mesa —ordenó—. Ahora traigan aquel mantel. Cabrán esos objetos... Muy bien. ¡Magnífico! Ya estamos listos para recibir al señor coronel británico. Acaso esta vez no se muestre tan mordaz...

Minutos más tarde reaparecía Tellesom, con bata y un cigarrillo en los labios.

—¿Tuvieron suerte? —les preguntó.

Reinó un instante de silencio. Luego leyó en los rostros de aquellos dos individuos lo que le interesaba saber. No obstante, se mantuvo imperturbable.

—¿De modo que encontraron el paquetito misterioso? —les dijo.

El comisario hizo como si no hubiera escuchado tales palabras, y en voz baja dio instrucciones a uno de los gendarmes; éste salió de la estancia. Tellesom hizo ademán de imitarle; pero a una seña del comisario el otro gendarme le interceptó el paso.

—Las cosas van siguiendo su curso, señor Tellesom, o coronel Tellesom, si le gusta más —anunció triunfalmente—. Ahora tendrá usted la bondad de quedarse donde está y no dirigir la palabra a la señorita, si mi agente tiene la fortuna de encontrarla. Para escapar, tendría que cruzar esa señorita más de una frontera. Las pruebas de culpabilidad les envuelven a los dos suficientemente.

—Veamos de qué se trata —sugirió Tellesom.

El comisario alargó la mano con un gesto de protesta.

—¡Quédese ahí! —añadió—, y permítame recordarle, caballero, que este asunto ha tomado un cariz diferente, por lo que le convendría a usted expresarse en otro tono.

Sara se presentó en el momento en que el comisario pronunciaba las últimas palabras, y al escuchar su voz, Tellesom volvióse en redondo. No dijo nada a la joven; pero su sonrisa fue alentadora.

—¿Quién me llama? —preguntó Sara— ¿Qué ocurre?

El comisario irguió el busto y acercóse a la mesa.

—Señorita —anunció, tirando del mantel que cubría el paquete—, estas prendas han sido halladas en su cuarto. Explique el motivo de haber sido encontradas allí.

Sara quedó petrificada. Uno de los gendarmes sacó un librito de notas, en espera de que hablase. Miró ella a su alrededor y halló los ojos de Tellesom. Aún flotaba la sonrisa en los labios de su amigo; pero su mirada era inexpresiva. No decía nada.

—¿En mi habitación? —repitió— ¡Pero si no son de mi pertenencia!

—No vale fingir, señorita —dijo el comisario—. Estos momentos requieren gran seriedad. Como debe saber perfectamente, hace algún tiempo fue asesinada una señora en el Hotel Provençal. Ahí está el collar que llevaba, los billetes que ganó en el juego en aquella noche desdichada; también puede verse un pañuelo que le perteneció arrugado y roto como el de una mujer en agonía. Todos esos objetos están envueltos en una toalla que lleva la marca del Hotel Provençal. Yo soy el comisario de policía de Antibes y en ausencia del jefe de la brigada que debía hacerse cargo de las pesquisas, busco personalmente al criminal que asesinó a Clara Trugner. Ahora, le ruego que me explique la presencia en su cuarto de todas esas pruebas delictivas. ¿Las escondió usted personalmente o trató usted de proteger a otra persona? ¡Vamos, hable! ¿Qué tiene que decir?

—Absolutamente nada —replicó la joven—. No entiendo lo que ocurre.

El gendarme que estaba a su lado la cogió de la muñeca y siguiendo un gesto del comisario, el otro agente avanzó hacia Tellesom. Éste, no obstante, se acercó a la mesa con su habitual desenvoltura y las manos cruzadas a la espalda, dirigiendo una mirada de curiosidad a los diversos objetos que aparecían sobre la toalla.

—A mí me parece, señor comisario —le dijo—, que se precipita usted un poco en las conclusiones. Aquí están unos amigos míos —

añadió volviendo la cabeza hacia la puerta—. Tenga la bondad de escuchar un momento lo que tienen que decir.

Instantes antes, había cruzado velozmente un automóvil frente al ventanal y, a poco, irrumpieron en el restaurante tres personas por la puerta trasera. Una era un hombre de cabello gris, correctamente vestido, persona conocidísima en Jean-les-Pins; otra un joven con aspecto de sirviente; la tercera una mujer de mediana edad y decorosamente ataviada.

—Esta señora —dijo Tellesom, señalando a la última— es el ama de llaves del Hotel Provenzal. Hace pocos minutos telefoneé rogándole que viniera.

—Conozco a esta señora —dijo el comisario, muy tieso—. ¿Qué tiene que ver en todo esto?

—Quisiera que le dijera a usted —continuó Tellesom— si esta toalla que lleva el nombre del Hotel Provenzal, procede realmente de tal establecimiento.

La recién llegada dio un paso adelante y observó la toalla, dando muestras de manifiesta sorpresa.

—¡Claro que no! —repuso indignada— Ni en las habitaciones de la servidumbre permitiríamos toallas tan ordinarias. Las nuestras tienen una marca distinta, y, además, son de hilo excelente. Éstas son trapos de cocina. No permitiríamos que las usasen nuestros más modestos empleados.

—¿Tomó usted nota de la declaración de esta señora? —dijo Tellesom, contemplando el atónito rostro del comisario—. Este caballero —añadió volviéndose en redondo— ya sabe usted que es el señor Parouste, jefe de las salas de *baccarat* de Jean-les-Pins. Deseo preguntarle algo en su presencia: Señor Parouste, ¿es cierto que la desdichada señora que pereció en el Hotel Provenzal ganó aquella noche una gran suma al *chemin-de-fer*?

—Exacto; ganó considerablemente —repuso, volviéndose hacia el comisario.

—Naturalmente. ¿Acaso no lo prueban esos fajos de billetes? —preguntó el policía—. Era una cantidad sugestiva para un ladrón.

—¿Y se llevó encima la señora von Trugner el dinero ganado? —persistió Tellesom.

—No se llevó ni un franco, señor —repuso Parouste—. Era demasiado lista. Nunca conservaba en su cuarto ni llevaba encima

más de mil francos para sus atenciones. Tenía alquilada una caja fuerte en el Casino, y antes de salir aquella noche dejó en ella todo el dinero, excepto una pequeña suma que llevaba encima. Puedo afirmarlo con seguridad porque la acompañé en tales operaciones.

Del rostro de Behrling desvaneciéndose toda nota de humorismo. Ahora estaba de pie, erguido, con los puños cerrados y mirada sombría.

—Entonces, ¿esos fajos de billetes no debieron pertenecer a la señora von Trugner? —persistió Tellesom.

El jefe de la sala de juego inclinóse, tomó uno de los fajos de billetes y esbozó una sonrisa.

—No comprendo a qué viene esa sugerencia —repuso—; pero pueden estar ustedes seguros de que lo que digo es cierto. Estos billetes no pertenecieron nunca a la desdichada señora von Trugner. Era persona obstinada en no llevar dinero encima. Además, fíjense; estos billetes están atados con hilo fino, y nosotros usamos cintas de goma en el Casino. Por otra parte, todos son de nueva emisión, y hace una semana no teníamos ni una docena de ellos en nuestro establecimiento.

—Muchas gracias, señor Parouste —murmuró Tellesom—. Ahora, usted señorita, tenga la bondad. Era usted la doncella de la señora von Trugner al principio y luego pasó usted a convertirse en su persona de confianza.

La joven dio un paso adelante.

—Es verdad, señor —afirmó—. A la señora le agradaba mi trato y me decía que mi fortuna estaba asegurada al acompañarla aquí. Verdaderamente, me sentía muy contenta de estar a su lado. Era generosa y siempre se mostraba afable. Lo único que tenía que lamentar eran las horas de mi trabajo. Comía demasiado tarde para que tuviera apetito.

—Mire, señorita —la interrumpió Tellesom, cortésmente—, la pregunta que quiero hacerle se refiere a este pañuelo. Creo que pertenecía a la señora von Trugner.

La joven tomó el pañuelo y observó despectivamente su aspecto deteriorado.

—Perteneció a la señora —admitió—. Aquí están sus iniciales y la pequeña corona; pero no comprendo cómo ha podido llegar a estado tan lamentable.

—Contésteme, ahora. Una respuesta sincera no ha de perjudicarle en nada y es de extraordinario interés. ¿Se desprendió usted en alguna ocasión de alguno de los pañuelos de su señorita?

La joven pareció dudar un momento. Luego se encogió de hombros.

—No creo que sea una falta grave —declaró—, y quiero decir la verdad a los señores policías. ¿Quiere que les diga la verdad?

—Sí, quiero saberla —afirmó el comisario en voz flácida.

—Pues se la diré. En el hotel había una señorita... ¡ah!, pero este señor la conoce —añadió volviéndose a Behrling—. Era su amiguita. Se llama Cloe. Me vino a ver, manifestando vehemente deseo de tener un recuerdo de mi difunta señora. Al principio rehusé; pero por fin accedí. Era un pañuelo como éste; pero cuando se lo di no estaba sucio ni roto, sino perfectamente limpio. ¡Vaya que sí!

—Muchas gracias, señorita —dijo Tellesom—. En nada la ha de molestar a usted haber hecho ese regalo. Ahora, me parece que llegamos al problema de las perlas —añadió acercándose a la mesa—. Dentro de breves minutos estará aquí el señor Trenchard, el director del Hotel Provenzal, y creo que podrá decir algo sobre este particular.

—Aquí estoy —exclamó una voz desde el fondo de la estancia, a la vez que el director mencionado avanzaba decidido—. Recibí su telegrama, Coronel; pero estaba ocupado despidiendo a unos clientes muy distinguidos. Acabo de llegar en mi automóvil, solo. ¡Ah, mi amigo el Comisario! Algún asuntito, ¿eh?

El comisario hizo un gesto vagaroso con la mano. Apenas si podía modular palabra alguna. Tellesom era el amo de la situación por completo.

—Señor Trenchard —le dijo—, se trata de un breve interrogatorio concerniente al desdichado contratiempo que ocurrió en su hotel la semana pasada.

El rostro del director ensombrecióse.

—Un asunto muy desagradable —observó—, muy desagradable para la pobre señora y para nosotros. Ahora las cosas van mejorando en nuestro establecimiento —añadió más animado—. Tenemos nuevos clientes y vamos recobrando prestigio.

—Escuche, señor Trenchard —continuó Tellesom—, las confidencias son sagradas, especialmente cuando se trata de

mujeres hermosas, y aún más cuando interviene la muerte; pero a la policía debe decirse todo. Este es un asunto serio. Cuando llegó aquí la señora von Trugner, hace un mes, no tenía amigos. Hasta yo mismo, que la conocía algo, no había llegado, y la desdichada señora estaba sin un penique. ¿No es cierto?

—La pura verdad —admitió Trenchard—; pero a mí me dio la impresión de que era persona de medios...

—Un momento, señor Trenchard —rogóle Tellesom—. Creo que la tarde siguiente a su llegada, le pidió a usted que le anticipara algún dinero para poder jugar. Usted le dijo que no podía correr tal riesgo y que estaba fuera de su costumbre hacerlo. Creo que entonces ella depositó en poder de usted su collar de perlas, bajo cuya garantía usted la anticipó cincuenta mil francos o cosa parecida.

—Eso es absolutamente cierto —asintió Trenchard sin titubear—. Yo nunca mencioné a nadie la transacción. La verdad es que no tenía por qué hacerlo, ya que dispuso de dinero al cabo de tres días. Me devolvió los cincuenta mil francos y yo le entregué el collar, acabando así el asunto. Era una cliente muy respetable y de trato agradabilísimo.

—Ahora, señor Trenchard —dijo Tellesom, levantando el collar de perlas que estaba en la mesa—, dígame si son éstas las perlas a cambio de las cuales la anticipó los cincuenta mil francos.

Trenchard ajustóse los lentes, tomó las perlas y las examinó breves segundos. Luego, las devolvió con un gesto despectivo.

—Son una imitación y no de las más perfectas. Jamás vi que la señora von Trugner usara cosa parecida. Era una mujer de buen gusto.

El silencio que siguió a esta declaración tuvo una especialísima calidad. Sin saber cómo, Sara hallóse estrujando histéricamente el brazo de Tellesom. Éste mantenía los ojos fijos en Behrling. No se observaba en el rostro del primero rastro alguno de expresión de triunfo; simplemente la de manifiesta repugnancia.

—Muchas gracias a todos ustedes por haber venido —dijo cuando la tensión se hizo insostenible.—Han ayudado a deshacer una conspiración de lo más odiosa. Señor comisario de policía—añadió con tono muy severo, —la toalla fue sustituida, el collar también, el pañuelo lo adquirió con tan criminales fines la amante

de Behrling, un espía alemán. Los billetes de banco proceden evidentemente de sus fondos secretos. Su misión es la de entenderse con los criminales, señor comisario. Vino usted aquí con tal propósito. Ahora le ofrezco la solución de un crimen: el de esta conspiración tan indecente. Behrling—añadió, revolviéndose hacia el último, —llegué a juzgarle un enemigo de alguna dignidad, creyéndole dotado de cierto decoro. Ahora estoy convencido de que es usted una bestia humana.

El *maître d'hôtel* reconoció al entrar a Tellesom, y sonrió.

—La mesa del señor está preparada —anunció.

Tellesom tomó entre la suya la mano de Sara y abrieron la marcha.

—Me parece que una buena merienda y un poco de aire fresco nos sentarán bien —le dijo.

Capítulo XXVI

Sin su gorrito de baño, el cabello cuidadosamente peinado atrás, su silueta juvenil oculta bajo el pijama parisien, Sara parecía aquella misma chiquilla que viera Tellesom por primera vez. Aún se observaba en sus ojos una nota de temor y a intervalos un ligero temblor en su sensible boca; fuera de esto, ningún otro signo de la experiencia tremebunda por la que acababa de pasar.

—Estoy decidida a no casarme contigo —anunció—. Un talento como el tuyo debe dedicarse exclusivamente a tu patria. Deberían hacerte jefe de Scotland Yard o cosa parecida.

—¡Qué lástima! —lamentóse él—. ¡Ahora que me había decidido yo a correr todos los riesgos, casándome contigo!

—¡Sí, riesgos! —burlóse ella— ¿Qué riesgos podías correr casándote conmigo? Habrás de saber que se me han declarado sobre esas rocas pintorescas casi todos los jóvenes elegibles y la mayoría de los inelegibles. *

—Siempre existe riesgo en que un hombre de edad madura pierda la cabeza por una chiquilla. ¿Te das cuenta de que cuando yo tenga cincuenta años tú tendrás treinta y cuatro?

—Te advierto que nunca pensé en casarme con un hombre de menos de cincuenta años —replicó ella—. Has desbaratado mis planas, y en cuanto de que pueda yo llegar a tener treinta y cuatro, espera a conocer a mi madre y verás. ¿Y qué otros riesgos ves?

—Nunca entró en mis cálculos el plan de casarme con una joven millonaria.

—No eres tú el que te vas a casar conmigo, sino yo contigo —le corrigió ella—. Jugaste con mis sentimientos afectivos, y ahora tienes que pagarlo.

—¿Me permitirás tener dinero aparte? —le preguntó.

—Sólo si te portas bien. ¿Pero quieres hacerme el favor de hablar con sentido común?

—Si te empeñas...

—Entonces, dime cómo diablo conseguiste apretar un botón

mágico para que surgieran todas esas personas con sus maravillosas historias.

—En parte fue cuestión de suerte, aunque, claro está, tuvo que trabajar un poco la cabeza. Los dos sabíamos que estábamos siendo objeto de un ardid diabólico. Comprendí en seguida que las perlas, aunque no tuve tiempo de examinarlas detenidamente, eran falsas. Desconfié del pañuelo y no creí que en el Hotel Provençal, donde son minuciosos en las cuestiones de detalle, pudieran usar toallas como las que aparecieron en el paquete. Cuando comenzamos a vernos acorralados, me apresuré a telefonear al gerente del hotel, un señor muy simpático, y le hice algunas preguntas. En el acto se perfiló la verdad de todo, produciéndose luego las cosas con normalidad. Le voy a regalar la mejor pitillera de oro y platino que encuentre... No, no te preocupes; será con el dinero de tu padre.

—¿Y crees que ese alemanote que goza de las simpatías de todos es el alma de la trama?

—Estoy completamente convencido. Pretende ser amigo de la asesinada; pero estoy seguro de que no había cambiado palabra alguna con ella en su vida. Ella odiaba a los de su raza, y él lo sabía. Lo que trataba de hacer era desembarazarse de mí, al menos por el momento.

Lanzó una mirada a su alrededor. Las únicas personas que podían oírle era un matrimonio americano con numerosos hijos.

—Sara —murmuró—, últimamente las cosas han ido ocurriendo de acuerdo con los deseos de tu padre. Francia parece dudar y pide garantías; pero firmará el Tratado de Desarme tan pronto como se reanuden las sesiones de Ginebra. Pretende hacer creer que su cambio de actitud nada tiene que ver con la pérdida de sus dos maravillosos barcos de guerra; pero es fácil sospechar otra cosa. Sea como sea, el caso es que va a firmar. En Inglaterra va a tener efecto una reunión del Gabinete esta tarde, y este país también retirará sus pretensiones sobre submarinos y tonelaje para adherirse a la firma.

—¿Y cómo sabes todo eso? —le preguntó sorprendida.

Sonrió él.

—Recibo tres despachos diarios procedentes de Kingsway Building. Los traen por avión hasta Lyon y desde allí a Antibes. Uno de ellos llegó a mi poder mientras almorzábamos el otro día. El servicio de espionaje de Behrling no consigue dominarnos; pero ese

alemán olfatea bastantes cosas y sabe que yo no estaría aquí si no fuera a ocurrir algo trascendental en esta parte del mundo. Por eso ha hecho el segundo intento para ponerme fuera de combate.

Le miró ella inquieta.

—Eso no me gusta, Carlos —murmuró ella—. ¿Te refieres al accidente de automóvil del otro día?

—Sí, estaba tramado contra mí —admitió—. Estaba a punto de subir al vehículo, al salir del «Maxim», cuando volví el rostro al azar y observé la expresión de Behrling. Tuve un presentimiento y me marché a Cannes para ver cómo seguía tu padre.

La mirada de la joven desvióse hacia las azules aguas de la bahía, hacia las laderas salpicadas de villas y la suave línea de Estérels.

—Todo esto me desconcierta, Carlos —lamentóse la joven—. Este lugar parece tan propicio para la dicha y alegría que juzga una imposible que puedan ocurrir cosas tan tenebrosas. ¿Por qué no eres razonable, siquiera una vez, tomamos el *Tren Azul* que nos conduzca a París y nos casamos?

—Sara querida, haremos eso en la primera oportunidad que se nos presente —prometióle, dándole unos golpecitos en la mano—. No obstante, tienes que recordar que he de cumplir mi misión durante unas semanas.

Suspiró ella.

—Déjame al menos que te ayude. Me aburro aquí, siempre que no estás a mi lado. Es como si la gente se me hubiera hecho odiosa, de pronto, y ya no me interesan las bulliciosas noches de Jean. Después de todo, me parece que no estaría de más que me mostrase un poco filial, ayudando a mi padre de alguna manera.

Sonrió él.

—Bueno —asintió—, puedes colaborar en algo. ¿Te gustaría jugar al tenis esta tarde?

—Desde luego, si juegas tú.

—¿Has visto jugar alguna vez a Zacarías?

—¡Claro que sí! Es el entrenador de Montecarlo.

—Exacto —replicó Tellesom—. Pues esta tarde viene con otro conocido para que podamos jugar un doble. Tú juegas tan bien como cualquier hombre. Formarás pareja con Zacarías y yo con el otro.

—¡Qué divertido! —exclamó ella—. Supongo que jugaremos un poco tarde.

—Comenzaremos el partido a las cuatro.

Miróle ella con repentino interés.

—¿Tiene ese partido de tenis algo que ver con mi colaboración?

—Acaso sí —repuso Tellesom con tono vago—. Zacarías puede convertirse en un sujeto muy interesante en estos momentos.

—¿Quieres que coquettee con él? —propuso la joven con optimista entusiasmo.

—¡Eso sí que no!

—Si no recuerdo mal, es un muchacho muy simpático —suspiró ella.

—Ya veo que siempre se arriesga uno al mezclar el elemento femenino en nuestros negocios.

Sara se echó a reír.

—Ya es demasiado tarde para rectificar —exclamó—. De todos modos, te advierto que los rusos no me son simpáticos...

La conversación vióse repentinamente interrumpida por la presencia del comisario de policía que se dirigía hacia su mesa. Éste le dedicó una reverencia.

—Señorita, caballero —dijo, irguiendo de nuevo el busto—, soy hombre que sabe darse cuenta de sus errores. Por consiguiente, ahora que se ha aclarado todo debidamente, me presento a ustedes para disculparme por las molestias o inquietudes que haya podido causarles.

—No hay que hablar más del asunto —repuso Tellesom.

—En lo que a mí se refiere, ya lo he olvidado —murmuró Sara graciosamente.

—¿Y qué ha sido de Behrling? —preguntó Tellesom.

—No lo sé —confesó el comisario—. Es un hombre que sabe guardarse de un modo extraordinario, y, desde luego, un farsante. Por el momento no ha caído entre las redes de la ley; pero acaso caiga —añadió el hombrecito con furioso brillo en la mirada—, y entonces me parece que no podrá planear nuevas fechorías. Señorita... caballero...

El hombrecito marchóse.

—¿Qué habrá sido de ese sugestivo delincuente? —preguntó Sara.

—Supongo que estará en el tren, camino de Berlín.

En aquel momento Tellesom desvió la mirada por la estancia y casi se le cayeron las vinagreras de las manos. Cloe, luciendo un atrevido pijama, con su radiante sonrisa, sus grandes ojos atisbando a derecha e izquierda, avanzaba hacia una mesa lejana; detrás de ella, luciendo un impecable traje de hilo, recién peinado y con todo el aire de una persona honorabilísima y amable, iba Félix Behrling.

—¡Dios santo! —exclamó Tellesom.

Capítulo XXVII

Zacarías, cuyo nombre había aparecido persistentemente en los telegramas recibidos de Kingsway Building, era un tipo algo desconcertante: alto, de cabello rubio algo rizado, mejillas de saludable epidermis, profundos ojos azules y la sonrisa de un colegial. Con sus pantalones de franela, de excelente corte, y con sus movimientos sencillos, podría haberse juzgado un menor de edad. Sólo con detenida observación se descubrían en su rostro las huellas del tiempo y cierta expresión amarga en la línea de sus labios.

—Una tarde de tenis muy agradable —observó, mientras se reclinaba en su asiento en un extremo de la pista y contemplaba como se iba llenando su copa de helada bebida que encargara Tellesom—. Tuvimos que luchar de firme *miss* Hincks y yo para evitar una derrota mayor. Aunque la señorita juega muy bien, no debe intentarse este partido de nuevo contra usted y Gaudois, con tan poca ventaja de tantos.

Llevóse la copa a los labios y bebió el contenido. Tellesom le contempló algo sorprendido. Habían estado jugando casi durante dos horas, la mayor parte del tiempo bajo un sol abrasador, y no se observaba en la frente de su acompañante ni una gota de sudor.

—Se conserva usted en una forma deportiva admirable —comentó Tellesom.

—Efectivamente —asintió el otro—. ¿Qué va a hacer si no un joven que se gana la vida jugando? Nado, juego al tenis, bailo hasta media noche. Luego, me voy a dormir. Es una vida saludable. Mucho mejor que la de Londres. Estuve en Londres un mes; pero no me sentó bien.

Hablaba inglés irreprochablemente; pero con ese ligero titubeo para escoger las palabras, peculiar de sus compatriotas. Era un tipo francamente pintoresco. Tellesom le estudió curiosamente mientras volvía a reclinarse en su asiento. Llevaba en el bolsillo el informe escrito de aquel joven y no era precisamente el relato de una vida

sencilla.

—¿Dónde piensa ir usted desde aquí, o, más bien, desde Montecarlo? —le preguntó.

—¡Pero si no pienso marcharme! —repuso el joven— Mi contrato durará un año. Tenemos interés en convencer a la gente de que Montecarlo es un lugar tan atractivo en verano como en invierno. Seguiré allí por ahora jugando al tenis. En invierno se trabaja bastante; los partidos atraen a muchos aficionados; pero en verano también hay siempre alguien que quiera jugar. Ayer me hubiera sido imposible aceptar su invitación. Tuve que jugar durante tres horas con el secretario de *sir* Mark Ezerum.

—¿Es tan interesante como su jefe?

—No lo sé porque no le conozco. Hemos jugado al tenis dos o tres veces. Le di treinta de ventaja y tuve que trabajar mucho. Cuando acabamos el partido se hallaba muy cansado. Se comprende; no está tan entrenado como yo. Por eso no tenía ganas de hablar y se marchó en seguida, luego de beber algo.

—¿Entonces nunca ha tratado usted a *sir* Mark?

—Sí, hablé una vez con él —admitió Zacarías—; pero no puedo decir que le conozca. Me parece que debemos prestar un poco de atención a su raqueta, coronel Tellesom. Perdone...

Colocó la raqueta en la prensa y luego aceptó otra copa.

—¿Y no le visita nunca ninguno de sus antiguos amigos? —le preguntó Tellesom.

Zacarías apartó la copa de los labios, medio vacía sólo esta vez, y observó a su acompañante con la mirada franca de sus azules ojos.

—Coronel Tellesom, ya sé que usted fue en otro tiempo miembro del Servicio Secreto Inglés y ahora trabaja por cuenta de cierto personaje misterioso que persigue un objetivo anónimo. ¿Y es usted el que me formula preguntas a mí, a Zacarías, el profesional de tenis? ¿Qué puedo decir yo a una persona como usted? ¿Qué puedo saber yo que le interese conocer a usted? Mi vida no puede ser más sencilla de lo que es. Soy simplemente un ruso exilado que se gana la vida, cosa que pocos de mis compatriotas consiguen en estos tiempos.

Tellesom asintió con aire pensativo.

—Veo que es usted franco —le animó—, y me parece que le serviría para asegurar aún más su vida saludable el que me

contestara a unas cuantas preguntas.

—No comprendo —repuso el joven—. ¿Qué quiere decir con esas palabras?

Tellesom hizo un gesto de disculpa.

—Quería darle a entender que podría mejorar sus ingresos económicos si procurase ayudarme en cierta información que me interesa.

Una sonrisa desconcertante iluminó el rostro del joven.

—¿Una información? Supongo que se referirá a esos cortes de raqueta que le desconcertaban tanto. Se lo explicaré cuando juguemos. También está aprendiendo mucho *miss* Hincks con Gaudois.

—Sí —asintió Tellesom con el mismo aire pensativo—, me gustaría muchísimo aprender esos cortes de raqueta; pero, mientras tanto, quiero advertirle que un amigo mío está dispuesto a pagar quinientas libras por una información sin importancia que nada tiene que ver con su famoso «*drive*» ni con el juego de tenis.

Zacarías pareció perder repentinamente parte de su juventud y miró a su acompañante muy fijamente, aunque éste estaba atareado en encender un cigarrillo.

—¡Qué lástima! —murmuró— El tenis es de lo único que puedo hablar. Me parece que su amigo debe tomarme por otra persona. Existe en Budapest otro Zacarías, por cierto muy ambicioso; pero yo no soy el mismo.

—Perdón, me he equivocado —confesó Tellesom—. Lo que mi amigo está dispuesto a pagar son mil libras esterlinas, no quinientas.

Los tres partidos de tenis no habían hecho aparecer en Zacarías signo alguno de cansancio, y, en cambio, en aquellos momentos dos gotitas de sudor discurrieron por su frente.

—Mil libras esterlinas —confesó— constituyen una cantidad respetable; ¿pero qué información puedo ofrecer capaz de valer tal suma, o la mitad siquiera?

—¿Quiere que le sea completamente franco? —le preguntó Tellesom.

—Sería el modo más sencillo de abordar el asunto —afirmó el joven—. Si no es así, no podríamos entendernos.

—Soy agente de un financiero norteamericano que es uno de los

hombres más ricos del mundo. Le interesan los asuntos de petróleo, y, además, fomenta la construcción de ferrocarriles y obras públicas que necesiten apoyo económico.

El joven buscó en el bolsillo la pitillera; pero Tellesom adelantóse, extrayendo la suya; y tornaron a hablar.

—Pues su amigo debía volver los ojos hacia Rusia —observó Zacarías, expeliendo el humo de la boca.

—Ya piensa en Rusia; pero ya sabe usted que estas empresas requieren mucha diplomacia, y, en el caso de mi amigo, gran discreción y secreto. Es uno de esos hombres cuyos movimientos financieros están espiados en todas partes y le agrada trabajar secretamente.

—Comprendo —asintió Zacarías.

Mientras tanto, la lección de tenis había acabado. Sara, siguiendo una indicación de Tellesom, alejóse hacia el hotel acompañada de Gaudois.

—Por tanto mi jefe desea —continuó Tellesom— no visitar Rusia; pero ponerse en contacto con alguno de sus más destacados hombres públicos, a fin de hacerles ciertas proposiciones, y caso de estar seguro de que su oferta va a ser bien recibida, no tendría inconveniente en trasladarse a Rusia en su compañía.

—¿En su compañía? —repitió Zacarías.

Asintió Tellesom.

—Ya piensa en dos políticos rusos. Son los únicos que pesan realmente en la actualidad en aquel país: Postinoff y Vitznow.

—¡Ah!

El monosílabo de Zacarías fue enigmático.

—Acaso usted no esté habituado a estos asuntos; pero puedo advertirle que esos dos políticos estuvieron en Ginebra la pasada semana y ahora han de esperar un mes hasta que comience de nuevo la Conferencia. Creo que se hallan en el hotel y no creo que haya inconveniente en que se tomen una semana de vacaciones. Mi jefe está en su yate, en el Mediterráneo. Podría recibirles allí. En realidad, es el lugar más seguro de Europa. Así, en completo secreto, podría confiarles sus planes.

Zacarías había comenzado a dar pruebas de inquietud y excitación.

—Lo que usted me está diciendo es muy superior a mi esfera de

conocimientos —protestó—. Son cosas que no entiendo. ¿Ginebra? ¿Y qué voy a saber yo de Ginebra? La política de Rusia no me interesa en absoluto.

—Naturalmente —asintió Tellesom—; pero conoce usted a esos individuos, al menos de nombre. Son compatriotas suyos. Podría ponerse en contacto con ellos sin que se comprometiera en lo más mínimo. A nosotros nos es totalmente imposible acercarnos a ellos. En breves palabras, mi jefe cree que usted, dada su condición de ruso, que aunque de origen aristocrático debe conservar reservas patrióticas por su país, podría conseguirnos esa entrevista, por cuyo servicio se halla dispuesto a conceder una buena recompensa.

—¿Y si el intento de entrevista fracasase? —meditó Zacarías—. Postinoff y Vitznow son hombres difíciles de tratar, y, con seguridad, querrían consultar antes con Moscú.

—Si el intento de entrevista fracasase, usted obtendría la recompensa de mil libras esterlinas, y sus dos compatriotas pasarían una deliciosa semana de vacaciones, aunque mi jefe quedara decepcionado. De todos modos, le advierto que cuando empieza a hablar de negocios, siempre ocurre algo imprevisto.

—¿Y cómo se llama su jefe? —preguntó Zacarías con curiosidad. Tellesom dejó escapar un ligero silbido de impaciencia.

—Mi joven amigo —protestó—, ¿no recuerda que le he estado explicando todo este tiempo que el nombre de mi jefe no debe ser mencionado hasta que las negociaciones vayan por buen camino? Sólo puedo anticiparle esto: si de la entrevista surge la posibilidad de negocio, se halla en condiciones de poner sobre el tapete unos quinientos millones de dólares en el término de una semana. Tal es la cifra que ha calculado destinar bien al país de usted o a otro que no debo mencionar en este momento, siempre y cuando se pueda llegar a un arreglo.

—¡Quinientos millones de dólares! —repitió Zacarías, incrédulo— ¿Pero existe en el mundo hombre que disponga de esa cifra?

—Existen varios —aseguró Tellesom—. Lo único que cabe objetar es que mi jefe es probablemente el primero en darse cuenta de que su propio país se ha convertido en medio financiero ineficaz para invertir cantidad semejante. Allí están ya explotadas toda suerte de inversiones. Las acciones y valores públicos o de empresas particulares se encuentran a tan bajo nivel que constituye locura

especular con ellas. Es un país rebosante de oro. Por eso mi jefe desea aplicar cierta cifra de dinero en países donde su empleo resulte más provechoso.

El joven pareció sentirse impresionado. Brillábanle los ojos. El dinero, hasta en el ambiente de lujo de Montecarlo, era difícil de obtener, incluso en pequeña escala, y a veces llegaba a envidiar a los *gigolós*.

—No creo que fuera difícil llegar a un acuerdo —murmuró—. Rusia dispone de petróleo, oro y otros metales. Lo que necesita son ferrocarriles. Mi misión, entonces, coronel Tellesom, debería ser sencillamente procurar que se personasen aquí Postinoff y Vitznow.

Tellesom sacó la cartera.

—Eso es todo lo que tiene usted que hacer —asintió—; pero recuerde que debe mantenerse todo en el mayor secreto. Para que se dé cuenta de que hablo en serio, aquí tiene veinticinco mil francos. El resto estará en su poder tan pronto como tenga efecto la entrevista.

El ruso aceptó el dinero con una ligera reverencia. Era una cantidad superior a toda la que pudo caer en sus manos de una sola vez en su vida; pero no dio muestra alguna de emoción.

—Dentro de ocho o diez días —prometió— tendrá efecto la entrevista. ¿Debo escribirle aquí?

—Sí, al hotel.

En aquel momento se escucharon pesados pasos que se acercaban, risitas femeninas y una voz familiar. Ambos volvieron la cabeza. Behrling cruzaba hacia uno de los pequeños paseos de la arboleda, la mano apoyada en el hombro de Cloe.

—Ese es un individuo peligroso —observó Tellesom—. ¿Le conoce por casualidad?

—No le conozco —limitóse a contestar el ruso.

Tellesom que, poco antes parecía dispuesto a marcharse, cambió de pensamiento, abrió de nuevo la pitillera y encendió otro cigarrillo. Zacarías aceptó también uno.

—Me atrevería a rogarle que no me tratase usted mucho aquí —observó Tellesom—. Ahora me parece que será cuestión de cambiar de aires. Dentro de una semana me iré al Hotel de París, de Montecarlo. Allí nos podremos ver y me comunicará de viva voz el resultado de sus gestiones.

—Sí, me parece mejor así —asintió el ruso—. Además, podrá acaso disponer de algún tiempo para jugar al tenis.

Asintió Tellesom.

—Quiero insistir —le dijo— en un extremo que debe recordar siempre. Incluso por su seguridad personal es muy importante. Las proposiciones que le he hecho, la visita a sus compatriotas y las consecuencias que produzca son asuntos que deben permanecer en el mayor secreto. Si una palabra de todo ello trasciende a alguien, significaría el final. ¿Me entiende, Zacarías?

—Perfectamente —replicó el joven, a la vez que, siguiendo el ejemplo de Tellesom, se levantaba—. Soy sencillo; pero no necio, y existen muchas cosas en mi pasado que me obligan a ser cauto en la vida. Además —añadió—, sería estúpido matar la gallina de los huevos de oro.

Cruzaron la puerta y hallaron a Sara vestida con traje de baño, camino del mar. Al verles, se les acercó sonriendo.

—Me alegro de volverle a ver, señor Zacarías —le dijo—. Muchas gracias por habernos hecho pasar un rato tan agradable con su tenis. Fue el partido más grato de mi vida.

Zacarías se puso a caminar a su lado, destacando su estatura y constituyendo una singular silueta masculina, sin nada a la cabeza y cayendo sobre su cabello rubio el sol de la tarde.

—También para mí fue un gran placer, señorita —repuso, haciendo una reverencia—. Son pocas las señoritas que me honran jugando al tenis con tanta experiencia como usted. Ya me perdonará...

Alejóse hacia el hotel. Sara y Tellesom le contemplaron un instante al marchar.

—Es un joven maravillosamente agradable —observó ella—. Dime, ¿me comporté como debía? ¿Desaparecí a tiempo? Gaudois no se mostró demasiado amable. Parecía estar mucho más interesado en lo que estabas hablando con Zacarías que en acompañarme al hotel.

Tomóla él del brazo y partieron hacia el mar.

—Cumpliste admirablemente —aseguró él—. Ojalá pudiera decir igual de mí mismo.

Capítulo XXVIII

Instalado Tellesom, muy a su pesar, en el Hotel de París, de Montecarlo, a fin de esperar la llegada de su omnipotente jefe, haraganeaba por entre los grupos de ociosos, congregados en el atrio del Casino, dudando entre obedecer la llamada del gong para entrar al teatro, donde había pasado la mayor parte de la tarde, o penetrar en los salones de juego. El gesto de invitación que le hiciera Zacarías para reunirse con él, fue como si hubiera pasado inadvertido. Comprendía que, por el momento, ya había tratado bastante a tal joven. Fue en aquel preciso momento cuando sintió que alguien le rozaba el brazo, y halló frente a él a una joven en actitud expectante.

—¿Puedo hablar con usted un momento? —le preguntó.

La miró él con cierta sorpresa. Era un tipo corriente en aquellos lugares. Alta, delgada, correctamente vestida, pero con sencillez, pálida, con lindos ojos y cejas y pestañas reveladoras de atento cuidado ante el espejo; los labios atrevidamente rojos y tez que no debía precisamente su color a los saludables rayos de sol. Su primer impulso fue dar media vuelta y alejarse; pero, después de todo, la voz de aquella joven era reposada y agradable; además, pareció recordarla vagamente. Acaso la hubiera visto en el restaurante de Jean o en alguno de los tantos casinos entre cuyas luminarias su deficiente maquillaje hubiera sido menos ostensible.

—¿Qué desea usted? —le preguntó— ¿Es que tiene usted algún sistema nuevo de vender o ha perdido acaso los últimos quinientos francos y desea arriesgar algunos más en el pozo sin fondo?

Tellesom expresóse de buen humor, sin que sus palabras pudieran dejar traslucir ninguna nota ofensiva. La joven hizo un gesto negativo.

—Oiga... perdóneme, ¿no nos conocemos, verdad? —persistió él—. Cualquiera diría que su voz me es familiar.

—Puede ser que algún día nos conozcamos —replicó ella—. Por el momento, sólo le conozco de nombre. Es una de las personas con

las que no debía haber hablado; pero me he visto obligada.

—Comienzo a sentirme intrigado. ¿Y qué puedo hacer en su favor?

—Una cosa sin importancia para usted; pero de gran trascendencia para mí. Quiero entrar en esos salones. ¿Me permite que camine a su lado?

Volvió a mirarla con renovada sorpresa.

—¿Pero de qué le puede servir eso? —preguntó Tellesom—. Si lo desea, podré hacer algo mejor; le conseguiré una invitación para entrar.

—Existen ciertas dificultades —murmuró ella—. Permítame simplemente caminar a su lado hasta dentro de los salones. De este modo, usted no se hace responsable de nada y será un gesto muy amable por parte suya.

Encogióse él de hombros. Aquella mujer, después de todo, no tenía aspecto indeseable. Además, en el fondo de su memoria parecía agitarse algo indefinido y sintióse picado de curiosidad. Abandonó su proyecto de sentarse en una butaca del teatro y se dirigió de nuevo hacia la entrada del establecimiento.

—Si no tiene inconveniente —continuó ella— hableme como si fuéramos conocidos. He observado como entraba usted antes y veo que es usted persona grata a los ojos de esos ogros que miran a todo el mundo con aire de sospecha. ¿Verdad que tengo razón...? Claro... Y, además —continuó—, es usted hombre, y la vida es mucho más fácil para los hombres... especialmente en nuestra profesión.

—¿Nuestra profesión? —repitió él, un poco sorprendido—. ¿Acaso nos dedicamos a lo mismo?

—Me parece que nuestra misión no está muy alejada una de otra —replicó sonriendo—. Por favor, muestre un poco más de interés al hablarme.

Inclinóse él un poco hacia su acompañante y rozó su brazo con los dedos como si quisiera guiarla hacia la entrada. Los dos ujieres vestidos de oscuro correspondieron respetuosamente al saludo de Tellesom; pero miraron con recelo a su acompañante. Uno de ellos estuvo a punto de dirigirle la palabra; mas cambiando de pensamiento, cuchicheó con su compañero, sin que ninguno de los dos hiciera signo alguno de interferirle la entrada. Tellesom y la

joven penetraron en los concurridos salones.

—Bueno —observó él—, ya ha conseguido su propósito. Puesto que ha penetrado usted en el primer recinto, no creo que le pongan inconveniente para entrar en los salones privados. Acaso será usted lo suficiente amable para revelarme la razón que le indujo a pedirme este pequeño favor.

—Sí, le debo esa explicación —admitió ella—; pero me gustaría alejarme un poco más de la entrada. Esos dos porteros aún están hablando de mí.

—¿Quiere usted sentarse un momento en el bar para beber algo? —propuso él.

La joven asintió con aire distraído. Avanzaron por los salones y ella se detenía a cada momento como si buscara algún rostro familiar entre las personas congregadas ante las mesas de juego. Cuando al fin llegaron al bar, dirigióse la joven a la mesa más alejada, y, sentándose, quitóse el sombrerito. Vio él entonces su cabello castaño, bellissimo, bien peinado y ostentando la marca peculiar de un peluquero londinense.

—Ahora dígame —rogóle él, luego de haber llamado al camarero—, ¿tiene invitación para entrar a las salas de juego o quiere que le proporcione una?

—No tengo invitación ni la necesito. Prefiero conservar mi nombre en el pasaporte.

—Todo esto es muy misterioso.

—Supongo que usted también, alguna vez, coronel Tellesom, habrá tropezado con alguna dificultad en asuntos de pasaportes. Probablemente dispone usted de dos; pero a mí sólo me han proporcionado uno, y he de obrar en consonancia. Estos empleados de los casinos son gente lista y no se les engaña con tanta facilidad como a los funcionarios de la frontera.

—¿Y por qué me decía usted que acaso hubiera tropezado yo con algún inconveniente en asuntos de pasaportes?

—Porque me parece que antes de que se convirtiera en la persona de confianza del César de nuestros tiempos, estaba usted acostumbrado a viajar de un lado para otro cumpliendo misiones del Gobierno.

—¿Y usted?

Sacó ella un cigarrillo de una sencilla pitillera de oro, lo

introdujo en una boquilla de ámbar y lo encendió...

—Sí —confesó—, soy de la misma profesión, aunque humilde principiante. En realidad ésta es mi primera misión, aunque yo también trabajo para el César.

—¿De veras? —exclamó Tellesom, con vehemencia—. Perdone mi tono; pero me ha sorprendido un poco. ¿Puedo preguntarle qué hace aquí y cómo no estoy informado de su presencia?

Sorbió ella un poco del contenido de su copa y volvió a dejar el recipiente.

—Usted debe conocer tan bien como yo las reglas del juego —repuso—. Bien sabe que aunque trabajemos para la misma persona, su voluntad, muy atinadamente, es que permanezcamos a veces desconocidos unos de otros. De todos modos, ya le daré más explicaciones. Por ahora, si me permite, voy a cumplir mi misión.

—Ya que ha excitado mi curiosidad, debería decirme por lo menos su nombre o el que utiliza en la actualidad. No pretendo que me revele nada; yo tampoco estoy aquí como un simple turista.

Sonrió ella mientras se volvía a poner el sombrero.

—Por ahora es mejor que no sepa usted nada más —le dijo, contemplándose en el espejito que había sacado de su monedero para cerciorarse de que el reajuste del sombrero estaba bien ejecutado—. Además...

Se cortó de un modo singular, aunque parecía que continuaba contemplándose en el espejito. No se produjo cambio alguno en su expresión. Aquella última palabra fue pronunciada en normal tono de voz y, no obstante, comprendió él que había ocurrido algo. Lanzó una mirada hacia la puerta de entrada. En ella acababa de aparecer un individuo de ampuloso aspecto, cargado de joyas y de labios muy rojos. Llevaba monóculo y al reconocer a la acompañante de Tellesom se quedó rígido e inmóvil. La joven apartó el espejito y Tellesom observó que al introducirlo en el monedero cerró éste con firme mano.

—¿Tendría usted inconveniente en alejarse ahora de mi lado? —le preguntó—. La persona que vengo buscando acaba de llegar.

Pronunció aquellas palabras con un tono definitivo, apremiante, y Tellesom obedeció en el acto. Al salir por la puerta más alejada, volvió la cabeza. Aquel individuo estaba todavía en el vestíbulo. La joven depositó la copa vacía sobre la mesa y avanzó hacia él.

Tellesom, hombre de pocas emociones, estaba dotado, no obstante, de suficiente sensibilidad para no olvidar nunca la intensa excitación de aquellos breves instantes que precedieron al cese de juego de la última mesa del salón más alejado, una hora más tarde. Había vuelto a su gabinete después de abandonar el casino y se puso a leer una novela; luego lanzó una mirada a la plaza y se dio cuenta de que debía ser la una y media. Movido por un extraño impulso de curiosidad, abandonó la novela, descendió por la escalera y dirigióse de nuevo al Casino. Primero estuvo paseando por las dependencias exteriores, donde prácticamente había acabado el juego; luego cruzó los salones privados. Los dos primeros estaban totalmente desiertos y entonces dirigióse hacia el vestíbulo que pone en comunicación con las más importantes salas de juego. Estaba a media docena de pasos de la entrada cuando descubrió a la mujer que había conocido de manera tan extraña. Avanzaba hacia él sin aparente prisa; pero moviéndose con inverosímil presteza, como si hubiera conseguido el arte maravilloso de posar los pies en el pavimento sólo por fracciones mínimas de segundo. A pesar de ello, no daba impresión de prisa. Cruzó ante él sin mirarle, como una autómatas. Hizo él ademán de detenerla, pero comprendió en seguida que era preferible ignorar su presencia. Aún volvió Tellesom la cabeza para verla alejarse. La vio desaparecer por la puerta cuyo paso estaba prohibido durante el día, aunque por la noche era más asequible. Antes de desvanecerse su silueta observó la palidez de su rostro, la expresión vagarosa de su mirada y casi se estremeció como si presintiera una tragedia cercana. Su primer impulso fue seguirla; pero no se decidió, y traspasó el vestíbulo que comunicaba con el salón contiguo. En éste ya se habían desmontado la mayoría de las mesas de juego; los *croupiers* estaban contando fichas, haciendo pilas con ellas o dirigiéndose hacia la caja. Fue la impresión de un segundo. Casi a su lado surgió una escena menos normal. Desplomado del diván se veía el cuerpo de un hombre medio oculto entre la gente y los habituales devoradores de tragedias. Aún no se había acercado Tellesom al lugar y ya se escribía el último capítulo del drama; uno de los conserjes recogió la pistola, aun humeante, que yacía en el suelo e instantes después todo desaparecía. Con su aire habitual, uno de los *chefs*, con las manos cruzadas a la espalda, se incorporaba a los grupos que iban

saliendo. Otro se acercó a Tellesom, otro bostezó. Fue como si nada hubiera ocurrido... al menos, nada desusado. Tellesom habló al individuo que se le había acercado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntóle.

El interpelado hizo un gesto indiferente con la cabeza.

—Que un caballero ha sufrido un contratiempo —explicó.

—¿Un jugador?

—Era un simple visitante. Sin duda debió ser el calor de la sala...

—¿Y la pistola? —persistió Tellesom.

El individuo se encogió de hombros y dio media vuelta.

Una pregunta abrasaba la mente de Tellesom: ¿qué intervención tenía en todo aquello la joven que acababa de salir tan velozmente?

Capítulo XXIX

Con un suspiro de resignación y luciendo chaleco blanco y un clavel rojo en el ojal de su *smoking*, Tellesom descendió de su cuarto un par de noches más tarde para penetrar en el salón del Hotel de París y reunirse con un grupo de invitados a una recepción, a la que asistía de pésimo humor. La anfitriona, en medio de los invitados, esbozó una sonrisa mientras el que acababa de llegar acercaba su mano a los labios.

—Aquí llega uno de nuestros últimos y más huraños invitados —anunció, presentándole a los que estaban más cerca—. Me encontré ayer al coronel Tellesom, un antiguo amigo, en las pistas de tenis, y aunque sé que está deseando volver a su amado cobijo de Cap d'Antibes

y detesta estas cenas ceremoniosas, no pudo rechazar mi invitación. Ahora tenemos que esperar a lord Harderton. Podíamos comenzar sin él, pero, por desgracia, nos encontraríamos trece en la mesa.

—¡Harderton! —exclamó Tellesom—. ¿Qué hace aquí en esta época del año?

—Mi estimado Carlos —observó la dama—. ¿Quién es capaz de adivinar los propósitos y andanzas de estos ministros socialistas? Harderton es una persona excelente, si se olvida su filiación política. Como no puede sentarse usted a mi lado, Carlos, ¿tiene usted predilección por alguna persona para que sea su vecina? He pensado colocarle entre Gracia Carey y Miriam Shaw, a quienes creo que conoce usted poco. No obstante, podría cambiarle de sitio, sustituyendo algunos de los jóvenes. Esta es una cena fuera de temporada y podemos prescindir de los formulismos.

Fue precisamente en aquel instante cuando Tellesom recibió una ligera sorpresa. Sentada un poco aparte, pero evidentemente formando parte del grupo, estaba la joven de los pies veloces. Ahora ya no ostentaba aquella crudeza del maquillaje e iba ataviada con manifiesta discreción, destacando su aspecto quieto y distinguido.

—Es usted muy amable, duquesa —murmuró—. ¿Puede usted

decirme cómo se llama esa joven de aspecto pensativo que está sentada ahí sola?

La duquesa dirigió la mirada en tal dirección.

—¡Siempre interesado en lo desconocido! —observó—. Es *miss* Stanley Erdish.

—¿Inglesa?

—Desde luego. Creo que es muy culta. Según tengo entendido, está graduada en varias facultades universitarias y se espera que llegue a ser miembro del Parlamento. Me parece que también tiene algo que ver con el periodismo y escribe artículos trascendentales que nunca llevan su firma. ¿Quiere que se la presente?

—Si he de ser franco, me gustaría —asintió.

Se acercaron al diván.

—Stanley —dijo la anfitriona—, le presento al coronel Tellesom, que va a ser su compañero de mesa. *Miss* Stanley Erdish.

La joven aceptó complacida la presentación; pero sin rastro alguno de reconocerle. La duquesa dirigióse entonces hacia lord Harderton, que acababa de llegar. Tellesom dijo algunas palabras formularias y pocos minutos después se dirigía hacia el comedor.

—Siento haberles hecho esperar —disculpóse lord Harderton, al ocupar su sitio—. En realidad, hace un cuarto de hora que estoy aquí, pero tuve que ir a la oficina. Misión extraña la mía —continuó, mientras sorbía el combinado—. Recibí un telegrama del Foreign Office esta tarde preguntándome detalles sobre el paradero de un misterioso individuo asiático que hace varias semanas que se encuentra aquí de incógnito. Se hace llamar Tulamen y dice ser turco o griego, no estoy seguro. No es muy agradable que tenga que comenzar con una nota de escándalo; pero lo cierto es que se marchó del hotel sin pagar la cuenta.

—¿Jugó acaso? —preguntó la anfitriona.

—Supongo, aunque me parece que no será cosa de importancia. Lo más extraño es que haya desaparecido sin decir palabra a nadie. Ni siquiera se despidió de *sir* Mark Ezerum, que, al parecer, era amigo suyo.

—¿Y dejó el equipaje? —preguntó alguien.

—Por lo visto, sí —replicó Harderton—. En el hotel creen que volverá.

—¡Cualquiera sabe! —comentó Tellesom.

La cena siguió su marcha con el ritual de costumbre. Tellesom cambió algunas palabras convencionales con sus dos vecinas y halló en *miss* Erdish una compañera de mesa bastante agradable, aunque algo reservada. Más tarde bailó con la anfitriona, dos veces con la señorita de más edad, compañera de mesa, y, por último, volvióse hacia la izquierda con un gesto de invitación. Dudó *miss* Erdish un momento. Luego, se levantó y comenzaron a danzar.

—Me estoy preguntando todo este tiempo —dijo ella de pronto— si es usted hombre de mala memoria.

—Eso depende.

—Me refiero a la memoria de un diplomático. Hay hombres lo suficientemente astutos para saber cuándo tienen que olvidar... No quiero que nuestro trato aquí pueda basarse en un conocimiento previo semioficial. Quisiera, por el contrario, ceñirlo puramente a lo personal.

Tellesom no contestó en seguida.

—La mía es una curiosa clase de memoria sujeta a la voluntad —terminó por decir—. Es una memoria que sabe ponerse un velo cuando es del caso; pero para ello es preciso estar convencido de que es aconsejable que así ocurra.

—Me parece muy razonable —admitió ella—. ¿Piensa entrar en las salas de juego más tarde, coronel Tellesom?

—Aún no tengo planes.

—Creo que van a jugar —continuó ella—. Yo me iré a mi cuarto. Si pudiéramos ir juntos al salón, acaso podría refrescarle la memoria un poco.

—Admirable idea.

En aquel instante la anfitriona le llamó y él se acercó al extremo de la mesa.

—Carlos —le dijo—, quiero presentarle a la princesa de Montmercy. Dice que es usted gran amigo de su hija.

Tellesom quedó un momento desconcertado. Luego, recordó repentinamente e inclinóse hacia la mano de la mujer que, desde el principio, le pareció la más bella de las congregadas en la mesa.

—Parece mentira que no la haya reconocido —murmuró—. Su hija me ha hablado muchas veces de usted, y el parecido es realmente asombroso. ¿Llegó esta tarde del Cap?

—Si he de confesarle la verdad, aún no he estado allí —replicó

—. Me avergüenzo un poco de mí misma. Telefoneé a Sara y me recomendó que le buscara a usted. La duquesa tuvo la amabilidad de invitarme a esta fiesta hace unos días en París, y vengo directamente de allí. Acaso debería confesarle que me resulta desagradable el baño ahora que el agua está demasiado fría. En cambio, el *chemin-de-fer* y la ruleta son mis juegos favoritos. Me quedaré aquí un par de días, y luego iré al Cap.

—¿Quiere bailar? —invítóle Tellesom.

—Me agradaría mucho —repuso.

Bailaba admirablemente; pero sus pies parecían un poco negligentes.

—Comienzo a sentir demasiado calor —dijo la princesa, señalando hacia las abiertas ventanas—. ¿No podríamos sentarnos ahí cerca?

—Desde luego —asintió él.

Hallaron dos sillas y sentáronse a su gusto. A lo lejos se oía la orquesta del Café de París y las luminarias brillaban por todas partes, debajo y entre los árboles. Del Casino fluía, entrando y saliendo, una verdadera corriente humana.

—Me agrada este encuentro —comentó la princesa—. Sara me ha contado que le tiene a usted mucha simpatía, coronel Tellesom, y sentía verdadero deseo de conocerle.

—Yo también sentía impaciencia por conocer a usted. Debo confesarle que siento gran simpatía por su hija; pero estoy un poco aterrado.

Rióse ella.

—Y, no obstante, todo el mundo me cuenta que es usted hombre valeroso y que son muchas las condecoraciones que podría ostentar si quisiera.

—No me refería a mi profesión —replicó—, sino al hecho de que tengo treinta y siete años y Sara veintiuno; ella es muy rica y yo muy pobre, y lo grave es que quiero casarme con ella.

La princesa guardó silencio un instante; pero fue un silencio afable.

—No tengo que objetar nada —dijo, por fin—. Estoy segura de que me será usted simpático; pero, aunque no fuera así, sería igual. Sara...

Se detuvo de pronto.

—Si pensara divorciarme de mi adorado Armando —cosa imposible, porque estoy encantada con él—, no se lo comunicaría a Warren Rand. Le interesaría muy poco. Igual ocurre con esto. El que se prometa o se case Sara es cosa que le interesa poco. Nos ha puesto al margen de su vida, y así estamos. En cambio, gracias a él, podemos hacer nuestra voluntad en el mundo.

—Pues ya es algo —observó Tellesom, sonriendo.

—¡Y tanto que lo es! Sara posee una gran fortuna, y por eso puede casarse con quién quiera. Yo pude hacer lo mismo. Desde luego, dada mi nacionalidad americana, todo el mundo cree que me casé con Armando porque era Príncipe de Montmercy; pero no fue así. Me casé por amor, y quisiera que mi hija hiciera lo mismo.

—Dispongo de una modesta renta —explicó Tellesom—; pero debo confesar que mis principales ingresos provienen actualmente de su anterior marido.

—Eso no tiene importancia declaró la princesa. —El único agradecimiento que debo a mi antiguo marido es el de habernos colocado al margen de toda necesidad pecuniaria. Tengo actualmente un marido muy derrochador y le he puesto a su disposición mi talonario de cheques; pero nunca consiguió gastarse todas nuestras rentas. Si consigue usted gastar las de Sara, demostrará ser más listo que él.

Continuaron sentados un instante en silencio. La princesa dejó escapar un pequeño suspiro de satisfacción. En aquellos instantes, con la matizada luz, tenía un aspecto bellísimo y atractivo.

—No puede figurarse cuanto me alegra que le sea a usted simpático —observó—. No pretendo decir que Sara y yo nos amemos con locura. Ella tuvo siempre una tendencia hacia la seriedad que me recordó en todo momento a su padre. Es capaz de coquetear con la gente joven durante semanas enteras; pero, de pronto, se cansa. En cambio yo no me cansé nunca de ser frívola. A mí me parece que la vida se ha hecho para disfrutar. Sara no es lo mismo. Tan pronto como empezamos a pensar se comienza a dudar, y entonces es como si una nube hubiese empañado el brillo del sol. Amo la vida tal como se me presenta. No obstante, coronel Tellesom, me parece que podré ser una excelente suegra...

Llevóse él su mano a los labios.

—Me parece que va a ser usted la más encantadora de las

madres políticas —dijo con sincero tono—, y yo creo que voy a ser el más feliz de los mortales. Por cierto —añadió, luego de breve pausa—, me gustaría decirle algo.

—Supongo que no irá usted a hacerme alguna confesioncita —exclamó ella, con tono de desmayo.

—No —repuso—. Es algo que no hubiera mencionado a nadie en el mundo; pero que creo que tiene usted derecho a saber. Estoy en Montecarlo en espera de su antiguo marido.

La dama pareció manifiestamente sobresaltada.

—¿De Warren? —exclamó— ¿Quiere decir que va a presentarse aquí?

—Exacto. La última noticia que tuve de él es que había salido de Gibraltar. En la actualidad se halla en su yate, entre Barcelona y Marsella. Puede presentarse en cualquier momento. Acaso tarde un poco; pero con seguridad que se encontrará aquí en el plazo de tres días.

La princesa pestañeó con aire compungido.

—¡Adiós mi ruleta! —suspiró—. Si veo a Warren, me parece que voy a sufrir un síncope. Mañana mismo partiré para el Cap.

—¿Pero es que no están en buenas relaciones?

Le miró de un modo extraño. En su rostro no había vestigio de sonrisa ni expresión humana alguna. Se había convertido en una máscara.

—¿En buenas relaciones con Warren Rand? —repitió con tono vagaroso— ¿Quién es capaz de conseguirlo? Ni su esposa, ni su hija, ni sus difuntos hijos. Mire, yo tengo mi teoría... He estado casada con él y tengo derecho a opinar. A mí me parece un cadáver... un cadáver que sobrevive por cierta magia misteriosa.

Tellesom contempló a su interlocutora con interrogante mirada. ¿Pertenería acaso a las personas que cultivan creencias absurdas?

—¿Un cadáver? —repitió.

—Creo que murió el día en que sus dos hijos perecieron en Cambray. Desde entonces juraría que por sus venas no circula la sangre...

Tellesom cambió de actitud y guardó silencio.

—Warren Rand —continuó ella con voz tan flácida que semejaba temblar al pronunciar aquel nombre— se ha propuesto conquistar el mundo. Lo conseguirá si vive lo bastante... ¿y qué

enfermedad será capaz de hacerle morir? Alcanzará un poder soberano en el mundo, poseerá todo el dinero de la tierra y a sus pies se arrodillarán todos los gobernantes y grandes hombres. No entiendo mucho de estas cosas... soy una mujer de escasa inteligencia; pero estoy seguro de que lo conseguiré. Escuche, Carlos. He vivido con Warren Rand, como esposa, en otros tiempos, y por eso sé lo que digo. Puedo afirmarle que tomaría el más veloz de los aviones, aunque detesto viajar por el aire, o el vapor más rápido, aunque odio el mar; sería capaz de irme al confín del mundo, aunque me irrita el viajar... Todo antes que volver a encontrarme con Warren Rand.

Una ráfaga de viento agitó la arboleda. La música del Café de París llegó hasta ellos con una modalidad nueva. Fue como si aquella suave cadencia melódica fundiese algo del hielo que dominara repentinamente aquella mujer. Levantóse de pronto, y exclamó:

—Nadie puede entenderme; pero usted se ha dado cuenta de como pienso; también Sara lo sabe e igual le ocurrirá a todo el que se ponga en contacto con él. ¿Quiere que volvamos a bailar?... Ahora recuerdo que lord Harderton me prometió llevarme a los salones... Es usted muy simpático y procuraré ser una buena madre política... y —añadió, a la vez que se incorporaba grácilmente— muchas gracias por su discreción al avisarme.

Capítulo XXX

Una hora más tarde se hallaba Tellesom contemplando desde su ventana la agradable escena que nunca conseguía fatigarle. Abajo se extendían los floridos jardines, con su arboleda y arbustos; más allá las luces del Café de París, corros de hombres y mujeres sentados ante las mesitas. A sus oídos llegaba el murmullo lejano de las orquestas. Por la cuesta transitaba una interesante procesión de gentes, en su mayor parte hombres que lucían trajes de etiqueta, sin nada a la cabeza; las mujeres iban ataviadas con trajes de «*chiffon*» y vistosas capas, resplandecientes de joyería; sonrientes e inquietos, avanzaban todos hacia la misma meta: aquel edificio imponente, extraño y grotesco que se alzaba en la plaza. Las luces se vertían de todas las ventanas; los criados, luciendo sus vestimentas de rigor, esperaban ante las escaleras. Constantemente iban llegando vehículos que traían visitantes de lejanos chalets, alegres grupos procedentes de Niza, Villefranche o Menton. En el fondo, la masa sombría y purpúrea de las montañas, con sus pinceladas de carmesí, alzándose hacia las más bajas estrellas... Tellesom giró en redondo al escuchar que abrían y cerraban la puerta. Era Stanley Erdish, la damita de los pies veloces. Se quedó un momento parada, en actitud de escuchar atentamente. Luego, volvióse hacia él.

—¿Aún no le ha visitado la policía para preguntarle por mí? —le interrogó bruscamente.

—Hasta ahora, no. ¿Quiere sentarse? Estoy impaciente de oír lo que va a decirme.

Miss Stanley Erdish no conseguía aparentar tranquilidad y se movió en la estancia en actitud nerviosa, deteniéndose de vez en cuando para escuchar. Estaba muy lejos de ser aquella joven comedida que se había incorporado al grupo de Warren Rand.

—No quisiera que me encontrasen aquí hablando con usted —declaró—. Tengo interés en que todos ignoren que nos conocemos. Fue una desdicha que nos encontrásemos hoy en la cena de la duquesa; pero no pudimos remediarlo. Acepté la invitación porque

pensé que podría favorecerme ante la policía el hecho de haberseme visto con tales personajes. Supongo que a estas horas sabrá usted quién era el individuo que entró en el bar del Casino, ¿verdad?

—Lo supongo.

—Se hacía llamar Tulamen —continuó—; pero era el hombre al que se refería lord Harderton, el príncipe Omdurfa, idolatrado en Afghanistan como posible rey. Siempre ha mantenido secretas relaciones con Rusia y vino aquí para hacer un pacto con ella. La noche en que murió llevaba en el bolsillo un tratado. ¿Sabe lo que significaba? Hubiera subido al trono sin que se vertiera una gota de sangre. Los rusos se habrían introducido en Afghanistan e Inglaterra habría perdido la India en cinco años.

—¿Y cómo averiguó todo eso Warren Rand? —preguntó Tellesom.

—Uno de sus agentes, que había permanecido en Rusia durante cinco años, volvió con toda suerte de informaciones. Mi misión era ver lo que podía hacer con Tulamen antes de que llegasen los rusos. Pronto me di cuenta de lo poco que se podía conseguir de Tulamen. Era un hombre ignorante, falso, que despreciaba a Inglaterra y Francia y un ferviente servidor de Moscú. Postinoff y Vitznow están para llegar de Ginebra, dispuestos a firmar el tratado; pero ya es imposible porque no existe. Lo rompí yo.

—¿Y cómo lo consiguió?

—Por dinero. Ese hombre andaba escaso y le di cincuenta mil francos para que me permitiera leerlo. Lo leí en el bar, mientras él estaba jugando. Luego se lo devolví, pero... cuando ocurrió la tragedia se lo quité del bolsillo. Ya no existe. Hice lo que creí más oportuno en el caso; pero...

Se cortó en seco y escuchó. Esta vez acertó. Afuera se oyeron pasos y poco después llamaron a la puerta con los nudillos. Hizo ella un signo con la mano y cautelosamente salió al balcón, ocultándose. Tellesom, sin aparente prisa, abrió la puerta y encontrése frente a dos individuos que delataban fácilmente su profesión, ya que lucían el traje peculiar de los policías de Mónaco.

—¿Desean verme? —les preguntó.

—¿Es usted el coronel Tellesom? —repuso el de más edad.

—Así me llamo.

—Permítanos entrar —rogó el mismo—. Soy el comisario de

policía. Mi acompañante es un abogado del Principado.

—Pueden pasar —invitóles Tellesom.

Les acompañó al gabinete. El comisario de policía rechazó la invitación a sentarse. Era un hombre de baja estatura, moreno, con bigote retorcido y cuidadosamente atendido. Su acompañante era una reproducción más pequeña. Ninguno de los dos parecían moverse con desenvoltura.

—Acaso habrá oído el señor hablar del pequeño incidente que ocurrió anoche en el Casino —murmuró el comisario.

Asintió Tellesom.

—Sí, uno de esos incidentes que nunca aparecen en los periódicos.

—¿Pero podemos estar seguros de que fuera un incidente de tal índole? —observó el comisario— Eso es lo que estamos investigando. Ya se dará cuenta el señor. En el Principado ocurren efectivamente accidentes que suelen considerarse como desgracias normales en todos los sitios donde se juega. No obstante la predisposición que existe aquí a mantener tales contratiempos en secreto, ha ocurrido algo en este caso... ¿Se da cuenta el señor?

—Perfectamente.

Tendió Tellesom su pitillera y ofreció tabaco a los visitantes.

El comisario aceptó la invitación con una ligera reverencia y su acompañante hizo lo mismo.

—Circulan rumores, que acaso hayan llegado a oídos del señor coronel —continuó el comisario con solemne tono— de que el infortunado caballero que fue hallado muerto poco antes de cerrarse el Casino, no estaba solo en el momento de ocurrir la tragedia. Se dice que le acompañaba una señorita.

—¿De veras? —comentó Tellesom.

—Al parecer nadie vio a tal señorita.

Éste es el motivo de nuestra visita. Varios empleados del Casino afirman que entró usted en las Salas Privadas en el momento de la tragedia. Fue usted la única persona que cruzó el umbral en aquellos momentos. Resulta por tanto evidente que de haber estado alguien en compañía del que murió, tendría que haberle visto usted escapar.

—Es cierto que me presenté allí segundos después de ocurrir la tragedia —asintió Tellesom.

—Se han examinado los libros del Casino —continuó el funcionario de la policía—, y parece claro que la persona sobre la que pudieran recaer sospechas, por varias razones, no consiguió billete de entrada en la noche del incidente. Ello nos induce a creer que los rumores que circulan son infundados, ya que es materialmente imposible que nadie penetre en el Casino sin la correspondiente invitación. Acudimos a usted en busca de una conclusión definitiva, por lo que me permito formularle la siguiente pregunta:

—¿Encontró en su marcha hacia las salas exteriores a una joven que huía del lugar de la tragedia?... ¡Ah!

También Tellesom escuchó la leve exclamación que había sonado en el balcón. El comisario quedóse perplejo e hizo ademán de dar un paso; pero Tellesom le contuvo.

—Caballero —le rogó—, he accedido a recibir su visita y a contestar a sus preguntas por respeto a su profesión; pero debo recordarle que éstas son mis habitaciones privadas, y si se me ocurre recibir a una señora, creo tener derecho a que se comporte usted con la debida discreción, oyendo con oídos sordos y viendo con ciega mirada. Creo que es la actitud pertinente en caso semejante.

La sonrisa convincente de Tellesom inspiró en el policía un impulso de simpatía. Por encima de todo, era hombre galante, aunque su situación fuera en aquellos momentos desconcertante.

—¿El señor está seguro de que la persona que se halla en el balcón es una señora? —se aventuró a preguntar el policía.

—Es una señora que me ha dispensado el honor de visitarme. No puedo decirle nada más que fue una de las invitadas a la fiesta de la duquesa de Weymouth y que a tal fiesta asistió un miembro de la familia real del país de usted. Su visita acaso haya sido una ligereza; pero...

—Es suficiente, caballero —le interrumpió el comisario—. Haremos como si ignoráramos su presencia y volvamos al asunto que nos interesa. He venido a preguntarle, caballero, si cuando entró en las Salas Privadas, cruzando el otro salón exterior, vio salir a alguien del vestíbulo donde tuvo efecto la tragedia.

—No encontré a nadie —replicó Tellesom—. Llegué al vestíbulo minutos después de la tragedia. La sala exterior por la que atravesé,

estaba vacía.

El comisario dejó escapar un suspiro.

—Entonces, en su opinión, el asunto debe ser considerado como de los que suelen ocurrir aquí... desdichadamente; muy lamentable desde todos los puntos de vista; pero sin complicaciones siniestras.

—Tal es mi opinión.

El comisario pareció tranquilizarse y el letrado decepcionado. Por primera vez, intervino en la conversación, formulando una pregunta vacía.

—Permítame que le insinúe una cosa, caballero —rogóle—. ¿Vio usted algo que pudiera inclinarle a pensar que la tragedia fue debida a una causa sospechosa...?

—Nada absolutamente.

El abogado recogió el sombrero y el comisario saludó con marcada deferencia.

—Lamentamos de veras nuestra inoportuna intrusión —disculpóse.

Tellesom abrió la puerta y tomó la precaución de acompañar a sus visitantes hasta el corredor. Esperó hasta que subió el ascensor que acudió a su llamada y se volvió al salón, dirigiéndose de prisa al balcón para hacer entrar de nuevo a su furtiva visitante. Tenía la joven las manos heladas y estaba temblando. Acaso el viento de la noche fuera demasiado fresco; acaso era consecuencia de la suprema emoción de los últimos instantes transcurridos.

—¿Oyó usted? —preguntóle él.

—Lo oí todo.

—Tuvo suerte de que fuera yo la única persona que la viese —observó fríamente Tellesom.

Le miró la joven con expresión aterrada. Ya no era la señorita comedida que sabía dominarse y que se presentó tan audazmente ante Warren Rand, seguida de Juan Glynde, para adentrarse en el mundo de la aventura.

—Mintió usted —murmuró.

Encogióse él de hombros.

—Si entra usted seriamente a formar parte de nuestra profesión —le dijo—, se dará cuenta de que a veces tenemos el deber de creer que nuestros ojos y nuestros oídos nos engañan... Ahora creo que será preferible que se vaya en seguida, antes de que puedan volver.

Salió en el acto, y al cruzar con veloces pies el corredor le recordó su fugaz salida del desierto salón de la tragedia. Volvió Tellesom a su estancia y desde el balcón pudo ver que sus dos visitantes entraban en el automóvil y se alejaban.

Capítulo XXXI

La princesa se puso a jugar con el caviar y sorbió un poco de vodka. Esta muy elegante con su *deshabillé* de seda ideado por el artista más destacado de Francia. Un indiscreto rayo de sol hizo ostensible en su bello rostro la única leve arruga que cabía hallar o alguna fibra enferma de cabello.

—Me gusta tu novio, Sara —confesó a su hija, ataviada de manera más primitiva—. Me llevó esta mañana en automóvil del modo que a mí me agrada; me habló encantadoramente y se mostró comprensivo con mi deseo de tomar en Niza un combinado matinal. Sabe elegir un menú, no se preocupó de mi glotonería y viste con la misma elegancia que Armando.

—¿Y dónde está mi adorable padrastro? —preguntó Sara.

Su madre suspiró sin emoción alguna.

—Todavía en Deauville, preciosa. Me dice que le retiene el golf, cuando son las mujeres. Me hubiera gustado que viniese conmigo; pero detesta el mar, salvo cuando viaja en yate, y su mundo está allá. También a mí me ha costado trabajo venir; pero me obligaba el hecho de que tu señorita de compañía haya de volverse a América. Temo que tendrás que casarte, preciosa, o venirte conmigo a Deauville, ya que no puedo quedarme aquí más que unos días. Todo esto es muy agradable; pero hace demasiado fresco para bañarse y hay demasiado barullo. Esta mañana me fijé en una iglesita muy mona que hay cerca de aquí. Te cedería mi «Lancia» como uno de mis regalos de boda. Alcanza los ciento veinte. Yo me volvería en tren.

Sara se echó a reír.

—Tienes unas ideas originales sobre el matrimonio —dijo—. Para casarnos aquí, necesitaríamos por lo menos un mes. Además, Carlos está trabajando.

—¿Trabajando? —repitió la princesa.

—Ya se lo dije —recordóle Tellesom—. Estoy esperando a su... ex marido. Recibí un telegrama esta mañana informándome de que

partía de Marsella; por eso juzgué que tenía tiempo para traerlas aquí. Tan pronto como hayamos acabado el asunto que tenemos entre manos, le explicaré mi situación y le presentaré mi dimisión.

—Espero —observó la princesa, mirando con ternura el plato de pequeñas langostas que el *maître*

d'hôtel

acababa de traer para su inspección— que no le mezclará en ninguna de sus sangrientas aventuras. Recuerdo una de sus hazañas, antes de que se volviera loco. Reunió una armada de mercenarios, provista de los últimos modelos de artillería, desembarcó a la tripulación en una de esas irascibles repúblicas sudamericanas, hizo estallar una rebelión, mató al presidente del gobierno, lo que le creó serias dificultades en Washington; impuso un gobierno nuevo e instaló infinidad de negocios, abriendo carreteras y otras innovaciones. Nadie sabe lo que trama ahora. Ni siquiera apareció su nombre en los periódicos.

—Le gusta trabajar en la oscuridad —observó Tellesom.

—¿Y qué demontre le trae a Montecarlo? —preguntó la princesa con cierta petulancia— ¡Y pensar que hubiera podido pasarme un par de semanas felices en vuestra compañía!

Tellesom no hizo ningún comentario; Sara acudió en su ayuda.

—No debes preguntar nada a Carlos sobre su trabajo ni sus jefes. Nunca se refiere a ellos, ni siquiera hablando conmigo. Supongo que es parte de su misión.

—Así es —lamentóse Tellesom—. Con respecto a Sara, princesa...

—Ángela —le interrumpió—, debe llamarme Ángela. No me gusta que me llamen madre política o estupideces semejantes.

—Ángela, entonces, —rectificó él—. Dentro de tres días llegará aquí una hermana mía y estoy seguro que cuidará de Sara con mucho gusto.

La princesa dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—Entonces, todo está arreglado —declaró—. Me marcharé dentro de cuatro días. Supongo que no se atreverá a abandonarnos hasta entonces, Carlos.

—Vendré si me es posible —prometióle—; pero tendré que volver a Montecarlo esta tarde.

Sara se movió un poco en su asiento. Sus ojos miraban con

interés hacia el mar.

—¡Qué barco tan extraño es éste! —comentó— Parece un destructor.

Tellesom volvióse en redondo y siguió la dirección marcada... A una distancia de dos o tres millas se divisaba un gran barco gris con dos grandes chimeneas que no arrojaban humo. Avanzaba a una velocidad que, incluso a tal distancia, parecía extraordinaria. En los ojos de Tellesom brilló una luz inesperada. Susurró algo al *maître d'hôtel*

y le trajeron prismáticos; con ellos observó un instante y luego los devolvió, murmuró unas palabras al jefe de comedor y volvióse hacia sus acompañantes.

—Lo siento de veras —disculpóse—. Como recelaba que pudiera ocurrir esto, tengo preparado el coche. Será una verdadera carrera para ver quién llega antes a Montecarlo; pero si no soy yo el que llega primero —añadió con una sonrisa extraña—, me parece que mañana seré un hombre completamente libre.

Los ojos de la princesa reflejaron un desmayo repentino.

—¿Quiere usted decir...?

—¡Por favor! —disculpóse él— Todos sabemos quién viaja ahí; pero aunque parezca una estupidez el callarlo... bueno, Sara podrá explicárselo. El jefe de camareros les atenderá a ustedes. Le he dado instrucciones. Si no puedo volver a tiempo, les advierto que mi hermana se llama *lady* Furneston. La encontrarán muy agradable; pero un poco británica. Los Furneston sólo piensan en cuidar caballos de raza y dedicarse a negocios agrícolas. Ahora me voy, Sara, si no te importa —susurró—. No telefonees ni escribas. Deja que tome yo la iniciativa.

—Así lo haré —repuso la joven—. Sobre todo, ten precaución.

—Me parece que estamos llegando al final —dijo él— y siento verdadera curiosidad, princesa... bueno, Ángela. Ya me disculparé más tarde y espero que se mostrará usted benévola.

Se llevó a los labios ambas manos de la princesa.

—Estoy verdaderamente encantada, querido Carlos —murmuró ella—. Siempre pensé que pudiera alcanzarse un trato así entre una madre y el marido de su hija.

Tellesom besóle los dedos, retuvo un instante los de Sara entre los suyos y se marchó. En la entrada del restaurante, le entregó un

telegrama un botones del hotel. Abriólo, luego de la consiguiente propina, y saltó al vehículo. Mientras atravesaba velozmente la playa de Garoupe, el destructor se hacía cada vez más ostensible. Apretó el acelerador y se lanzó a una veloz carrera.

Desde la altura de la Corniche, el destructor, ahora un barco de aspecto bastante inofensivo, en el centro del gran lago azul, parecía a punto de volver hacia el puerto de Villefranche. No obstante, cuando estaba cerca de la entrada, viró en redondo, remontó el Cap Ferrat y cambió su curso hacia la Roca de Mónaco. Tellesom seguía avanzando velozmente; pero sin temeridad, ya que sabía que ahora estaba a salvo. Llegó al Hotel de París antes que su contrincante en la carrera hubiera alcanzado la meta. No hubo pérdida de tiempo. Evidentemente todo estaba bien preparado. La nave recién llegada fue llevada a su lugar de amarre en un cuarto de hora. Bajóse la plancha de desembarque y poco después un mayordomo de a bordo saludó a Tellesom.

—Señor coronel, tengo que entregarle esto —le dijo.

Le ofreció un sobre lacrado, y se retiró. Tellesom leyó el mensaje, saltó de nuevo a su automóvil y dirigióse lentamente hacia las pistas. Zacarías estaba allí, dando una lección de tenis.

—¿Dispone de algún rato hoy? —le preguntó con tono jovial.

—Dentro de diez minutos, Coronel, podremos hacer un partido —replicó con presteza.

Tellesom fue a cambiarse de ropa. Luego jugó dos partidos sin decir palabra, excepto para gritar la puntuación. En una ocasión acercóse a la red para hacer una consulta respecto a una jugada; uno de los muchachos que recogían las pelotas estaba demasiado cerca y Tellesom limitóse a dar las gracias al entrenador para volver a su puesto. Poco después, se dirigían ambos hacia la terraza. En el rostro de Zacarías observábase manifiesto recelo al mirar a su alrededor.

—Tuve que mostrarme cauto —murmuró en voz baja—. Se me vigila. Han puesto dos nuevos asistentes de tenis y no he podido averiguar quién los ha contratado. Existe un nuevo camarero que siempre está cerca de mí. Aseguraría que son los tres rusos, aunque nunca me han dirigido la palabra en ruso. Me siento inquieto, Coronel. ¿Qué cree usted que puede significar todo esto? Conseguí convencer a Postinoff y Vitznow para que se entrevistasen con su

amigo. Es verdad que me paga usted una crecida suma para cumplir mi cometido; pero también me mueven mis sentimientos patrióticos. Rusia necesita hombres como su amigo; pero ¿por qué nos vemos rodeados de espías?

Tellesom bostezó.

—Me parece que no nos vendría mal beber algo —observó—. Nos sentaremos en un rincón del bar, de espaldas a la pared.

A Zacarías le pareció bien la idea y se instalaron ante una mesa apartada. Tellesom quedóse un momento de pie para encender un cigarrillo y aprovechó la ocasión para lanzar una mirada por la venta, descubriendo a pocos pasos a un camarero que estaba en la terraza. Llamóle para que les trajera algo de beber.

—Bueno, amigo mío —dijo a Zacarías—; deme sus noticias.

—He conseguido que los dos individuos que le interesan vayan a bordo para almorzar —anunció Zacarías en bajo tono y con gran cautela—. Yo les acompañaré. No obstante, quieren saber cómo se llama su amigo. Existe una persona a la que temen de veras. Sus agentes han conseguido infiltrarse en Rusia más que nadie, y, por lo visto controla los destinos de los bancos en que han tratado de hacer empréstitos. Se llama Warren Rand. Acaso haya oído usted hablar de él.

—No le conozco —replicó Tellesom—. Mi amigo se llama Jorge P.

Bowman.

—Jorge

P.

Bowman —repitió Zacarías—. Resulta extraño que no haya oído hablar nunca de él siendo tan fabulosamente rico.

—Pues es innegable, que, aparte de su fortuna privada, rige los destinos del mayor grupo bancario del mundo. Mantiene en secreto su identidad y sus actividades se desarrollan en el mayor sigilo. Bowman es hombre de aspecto insignificante; pero capaz de firmar un cheque de cincuenta millones de dólares, si fuera necesario, para cerrar un convenio y comenzar a hablar de negocios. En éste le espera a usted una fortuna, Zacarías, si el asunto llega a buen fin, sin hablar de la pequeña recompensa a la que aludí al principio.

Los ojos de Zacarías brillaron de extraña manera. Contempló un instante su raqueta y terminó por arrojarla sobre un diván.

—¡Dios Santo! —exclamó—. Sería lo suficiente para terminar con este odioso trabajo y vivir a mis anchas el resto de mi vida. ¡Tenga cuidado! —susurró— Por el bar anda ahora cierto individuo desconocido... Camarero, traiga otros dos *whiskys* con *Perrier*.

El camarero cumplió la orden.

—Veo que tiene usted un auxiliar —le dijo Zacarías.

—No sé quién es —repuso—. La dirección le envió; pero la verdad es que no hace falta.

Zacarías pagó el servicio y el camarero agradeció con una sonrisa la generosidad de la propina. Zacarías esperó hasta que el empleado se hubo alejado.

—Ya lo ve usted —murmuró—, todo está lleno de espías. Me parece que son rusos; pero confían poco en mí y yo casi les conozco de vista. Creo que debieron llegar con Postinoff y Vitznow o acaso les vigilen por encargo de los Soviets. Esto es lo más desagradable —continuó con amargura—. Parece como si en Moscú se rigieran por el principio de no confiar en nadie, y cuando mandan a un delegado, envían detrás de él a un equipo de espionaje. ¿Cómo va a poder funcionar un sistema de gobierno semejante?

—Acaso no sean todos rusos —sugirió Tellesom—. Aquí actúa también un excelente espionaje alemán. De todos modos, hemos de llevar adelante nuestra empresa. De nosotros nada tienen que temer sus compatriotas, y estoy seguro que habrán de felicitar en Moscú a Postinoff y Vitznow por el éxito de la entrevista de mañana.

—Sí, mañana —murmuró Zacarías—. Todo está arreglado.

—A la una, usted y sus dos amigos deberán acudir al puerto y preguntar por el *Hermónides*. Está amarrado en el número dos. Caso de que, como espero, se me invite a comer, estaré a bordo para recibirles. Ahora voy a cambiarme de ropa.

—¿Le volveré a ver esta noche? —preguntó Zacarías.

Tellesom negó con la cabeza.

—Me voy a bordo y no es probable que Bowman baje a tierra. Detesta el juego.

Capítulo XXXII

Aquellas semanas de prueba, ansiedad y esfuerzos no hicieron cambiar en lo más mínimo el aspecto de Warren. Levantó la cabeza desde la silla que ocupaba, saludó a Tellesom cuando entró con el habitual aire y le invitó a sentarse a su lado. Su náutica travesía no había hecho cambiar en nada su vestimenta. Continuaba llevando exactamente el mismo tipo de traje gris que usaba en tierra, el mismo modelo de cuello e idéntica corbata. No faltaba en sus labios el gestecillo que le era peculiar.

—¿De manera que las ratas entraron en la jaula? —observó.

—Se presentarán poco antes de la una —le dijo Tellesom—. Zacarías traerá en persona a Postinoff y Vitznow.

Warren Rand lanzó una mirada al papel que tenía a su lado.

—Pablo Zacarías —murmuró.

—Sí, creo que nada podrá impedirlo —continuó Tellesom—; pero estamos rodeados de espías. Anoche, querían los dos ir al Casino, pero hice que Zacarías les retuviera en sus habitaciones.

Warren Rand frunció el ceño.

—Sí —repitió—, nada podrá impedirlo. —Hace tiempo que vengo trabajando con este propósito y recientes informaciones que he recibido de Rusia hacen más necesaria que nunca esta entrevista. En cuanto a esos espías de que habla usted, conocerá pronto a un joven que se llama Barlett que ha sabido jugar buenas tretas a una docena de ellos en Montecarlo. Nunca me fío de una sola fuente de información. Por ejemplo— continuó volviendo la mirada al papel que había dejado sobre la mesa, —ayer llegó usted a cosa de las doce a las pistas de tenis; jugó con Zacarías un par de partidos, uno de los cuales lo ganó usted, perdiendo el otro. Luego entraron al bar para beber algo; susurró usted unas palabras entre dientes; evidentemente sospechaba que le estaban espiando, y escogió un rincón donde no podían oírles.

—Sí, sí; estoy seguro de que alguien se mueve a nuestro alrededor —avisó Tellesom a su jefe.

—¿Y qué importa? —preguntó—. Postinoff y Vitznow son espiados por sus propios compatriotas, y a Zacarías le ocurrirá lo mismo. Esos rusos nunca se confían unos a otros. Respecto a Behrling, le diré que fue a Ginebra para salir al paso a nuestros dos invitados. Les envió un telegrama con su clave secreta. Postinoff se emborrachó y olvidó el telegrama en un café de Ginebra cierta noche. Nosotros nos encargamos de contestar por su cuenta.

En aquel momento apareció silenciosamente Juan Glynde con un rollo de papeles y un libro de contabilidad bajo el brazo. Saludó a Tellesom con una inclinación de cabeza, y sentóse ante la mesa.

—¿Y qué piensan de mí esos dos sujetos? —preguntó Warren Rand.

—Green que se llama usted Bowman y que representa a un sindicato bancario americano, el cual no ve el modo de invertir sus millones en su país —explicó Tellesom—. Por lo visto, están dispuestos a llegar a un acuerdo, aunque no sé la cifra que ambicionan conseguir. Parece que la alta dirección de Moscú espera mucho.

—¡Vaya una gente! —comentó Warren Rand—. Ahora ya sé a qué atenerme con ellos. Parece mentira que una nación pueda caer tan bajo. Ya hablaremos de dinero con esos caballeros, si así lo desean.

—Green que es usted uno de los hombres más ricos del mundo —siguió Tellesom.

—Lo cual es cierto en estos momentos —admitió su jefe—, aunque dentro de un mes estaré completamente arruinado.

Tellesom sobresaltóse. En el rostro de su jefe no aparecía nota alguna de buen humor, ni siquiera de su habitual ironía. Tampoco se observaba síntoma alguno de colapso mental o debilitación de aquel cerebro portentoso.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó bruscamente Tellesom.

—No se preocupe, dispongo del dinero —repuso imperturbable—, y voy a gastarlo.

Tellesom reclinóse en su asiento, adentró un poco más las manos en el bolsillo del pantalón y adoptó una actitud pensativa.

—¿Pero cómo diantre va usted a invertir cientos de millones de libras en un mes? —preguntó.

Se hallaban solos en el amplio salón Juan Glynde, el hombrecito

corto de vista y feble de aspecto, pero de sólido cerebro; Tellesom y Warren Rand, el anónimo dictador de finanzas e imperios. En aquel momento, Warren Rand reveló la mitad del secreto de su vida.

—Estoy comprando oro —dijo—, la mitad del oro del mundo. Esos pobres cancilleres de Europa se agitan cómo angulas. Londres aún se encuentra en relativa tranquilidad porque ha obedecido mis dictados; pero en pocos días todos los mercados de dinero de Europa sufrirán un colapso de pánico. Se trata —añadió con perfecta calma y el aire del hombre que muestra un simple interés académico en la teoría que expone—, se trata acaso de uno de los más curiosos experimentos que quepan hacerse; algo así como sustraer la harina de una hogaza de pan o la vida de un fructífero valle. Dentro de una semana podrá hallar respuesta la pregunta que los economistas no se han cansado de formularse: cómo puede arreglar sus cambios comerciales una nación sin reservas de oro. ¿Cómo va a continuar vendiendo y comprando en una era en que el intercambio directo resulta anacrónico? ¿Quiere uno de sus diabólicos combinados, Tellesom? —añadió, con el dedo ya en el timbre.

—Encantado —repuso cordialmente—. Me apetece un Martini seco. Le confieso que no puedo seguir las concepciones de su mente en asuntos financieros. Ya me doy cuenta de que es usted capaz de crear conflictos serios a cualquier nación en asuntos de finanzas; pero no puede usted dominar a Europa entera ni impedir que Nueva York acuda en su ayuda.

Juan Glynde hizo un chasquidito con la boca, como el hombre que saborea un instante delicioso; en cambio, el rostro de Warren Rand no reflejó gran interés.

—Bueno —observó tolerante, dando órdenes a un camarero de a bordo para que les trajesen bebida—, luego que hayamos acabado con nuestros dos visitantes, comenzará usted a escuchar los rugidos del terremoto bajo sus pies.

Trajeron la bebida, y mientras sorbía Tellesom de la suya, estudió a su jefe con curiosidad. Casi por primera vez en su vida aventuróse a formular una pregunta semejante.

—¿Ha estado usted enfermo? —inquirió.

Warren Rand hizo un gesto negativo con la cabeza. A la clara luz solar que se infiltraba por los ventanos de la nave, ofrecía

ciertamente el aspecto del hombre que ha sufrido un reciente trastorno físico. Su rostro parecía ajado y sus hombros semejaban más echados hacia adelante. Sólo los ojos conservaban su expresión desafiante e indomable, mientras en la línea de sus labios seguía la nota burlona que le era peculiar.

—Nada de particular. Sí, me ha ocurrido algo en que nunca pude soñar. Lo confieso porque usted lo ha adivinado. Transitoriamente, sólo transitoriamente, se lo aseguro, he perdido un poco de mi aplomo.

Juan Glynde levantóse furiosamente; arrojó sobre la mesa el libro que estaba manejando y a través de sus lentes brilló una chispa indefinible.

—No es cierto; eso no es verdad. Ayer mismo firmó usted una transacción de un centenar de millones sin que le temblara la mano. Cuando casi le alcanzó en Barcelona aquella bala, ni siquiera se movió; arrojó al agua a aquel periodista chantajista sin necesidad de ayuda alguna...

Warren Rand, ciertamente, no parecía el mismo. Dio unos golpecitos en el hombro de su pequeño secretario y reclinóse en su asiento.

—Cálmese, Juan, cálmese —murmuró.

—No parece usted el mismo —objetó Tellesom.

—Cierto, es la pura verdad —repuso su jefe—. Siempre me alabé de que no temía a la muerte ni a nada que pudiera ocurrirme. Hice siempre lo que quise; desafié a gobiernos, sociedades, enemigos, y ahora, en los últimos días, comienzo a dudar y estoy como si mis nervios no estuvieran tan dominados como de costumbre, igual que si me sintiera más parecido a las demás personas. La verdad es —continuó, volviendo a llenar la copa— que mi cambio tiene cierta justificación. No obré cuerdamente separándome de usted, aunque fuera durante tan pocas semanas. He escapado milagrosamente siete veces de ser asesinado durante los últimos veinte días, y en una de las ocasiones conseguí, también milagrosamente, salvar la vida de Glynde. Están muy preocupados conmigo los agentes secretos de los países que cayeron bajo mi zarpa, y no se duermen los banqueros, los comunistas y demás comparsa... He tenido que aumentar mi escolta. Hube de doblarla antes de salir de Londres. Ahora, algunos de mis agentes están en el Principado; en el muelle tengo una

docena, y no quiero decirle los que hay a bordo de este yate. Lo hago simplemente porque quiero conservar mi vida, por lo menos dos semanas más.

—¿Sospecha usted algo aquí? —preguntó Tellesom.

—¿Se fijó en ese hombrecillo pálido que estaba al pie de la escalerilla, cuando usted pasó? Es italiano y ha estado ocupando su puesto, mientras usted desempeñaba una misión más importante. El jefe de policía de Nueva York, a cuyo servicio pertenecía, me lo cedió. Pues bien, me ha salvado la vida dos veces. Parece que no tenga más fuerza que un polluelo, pero puede cargarse un hombre en hombres o retorcerle el pescuezo con un ligero movimiento de muñeca. Ahora está a la retaguardia. Mi departamento secreto me ha advertido que éste es el puerto más peligroso de Europa. Los monegascos no entienden de reglamentos.

—Entonces, ¿por qué ha corrido este riesgo y se ha tomado tantas molestias para atraer a Postinoff y Vitznow a bordo? —preguntó Tellesom con curiosidad—. En realidad, poca importancia puede tener que firmen o no el Pacto de Paz.

Warren Rand se reclinó en su asiento y encendió uno de sus largos puros. El par de combinados que había ingerido pusieron color en sus mejillas, y sus acentuadas ojeras parecían menos ostensibles.

—Es fácil de contestar —repuso—, aunque, en cierto modo, constituye el mayor drama que el mundo haya conocido. Hace un par de semanas volvió a Londres uno de mis mejores agentes, luego de cinco años de espionaje en Rusia, donde estuvo oculto, encarcelado y torturado. Me trajo una visión directa y comprensiva que ningún otro hombre posee. Hoy, Juan Glynde y yo sabemos más sobre aquel país que ninguna de las personas que consiguieron traspasar sus fronteras, y puedo decirle las consecuencias del panorama que se ha presentado ante mis ojos.

Las nubes que habían rodado desde las montañas hacia el mar se habían alejado y brillaba de nuevo el sol a través de las ventanas, mientras cierta luz interior nacida del espíritu o mente de Warren Rand borró de sus facciones la pálida melancolía de poco antes. Volvía a ser el de siempre; sus palabras sonaron con el timbre firme y deliberado de costumbre.

—Un hombre ha declarado la guerra a una nación —continuó—.

La nación ha aceptado el desafío y decretó el asesinato de tal hombre. En todos los periódicos que poseo, y son muchos, no transcurre un día sin que ataque, denuncie y clame contra el gobierno dictatorial que rige los destinos de Rusia, contra la venenosa campaña que esparcen los soviets por el mundo entero. No sé si obro prudentemente. El caso es que nadie cree en un peligro del que se habla demasiado. Hasta los perros adivinan cuando surge ante ellos el peligro y se preparan instintivamente contra él. Los seres humanos, especialmente los anglosajones, pueden quedar encerrados en un cuarto, con las fatales palabras escritas en las paredes, y son capaces de negarse a leerlas.

Tellesom sorbió un poco de su combinado, en actitud pensativa.

—¿Me permite una observación? —inquirió— Admito mi ignorancia en estos asuntos.

—Diga lo que quiera —le invitó su jefe.

—Reconozco que existe voluntad del mal —repuso Tellesom—. Tuve ocasión de descubrirlo por mí mismo en mi rápida visita a aquel país; pero a mí me parece que los rusos progresan muy poco en sus propósitos. Yo creo que la amenaza bolchevique es ya inefectiva y no deja en el mundo mucho más que las leves cicatrices que hace el médico al vacunar.

—Eso ocurre porque el hombre de la calle, y usted en menor grado, son cortos de vista y perfectos asnos —declaró Warren Rand—. Si me ocurriera algo irremediable antes de haber acabado mi obra, el mundo tendrá que enfrentarse con un peligro mucho mayor que el de otra guerra europea. Toda Asia y la mayor parte de Europa se bolchevizarán en menos de veinte años, y el dinero de todas las naciones irá a parar a las arcas de Rusia. La opinión pública demuestra una crasa ignorancia, acaso porque leen unos periódicos absurdos. Los míos son los únicos periódicos de nuestra época que se atreven a decir la verdad, y sólo porque los demás periódicos no confirman mis puntos de vista, no se deciden a creerme. Escuche lo que voy a decirle, Tellesom. La India está ya perdida para los ingleses. Pueden ustedes luchar como gusten, pero la India cayó bajo la esfera de acción bolchevique. De no haber sido por mis esfuerzos y la afortunada colaboración de la primera mujer que ha trabajado para mí, Afghanistan habría sido, antes de acabar el año, el campo de experimentación de medio millón de rusos, y se

hubieran visto ustedes obligados, a evacuar el país antes de doce meses. Hoy hay miles de rusos en Teherán. Inglaterra tuvo que enviar un cañonero a cierta isla del Golfo Pérsico hace pocas semanas, para rescatar a un grupo de colonos británicos, no de manos de bandidos persas, como se dijo, sino de los rusos que habían formado un gobierno local allí, sin el menor disfraz. China también está condenada; a pesar de su astucia, venció la astucia rusa. Rusia sabía que China estaba minada por infinidad de sociedades secretas, y a través de ellas fue infiltrando, día tras día, su nociva influencia, de tal modo que cercano está el momento en que desaparecerá el viejo partido que pretendía la restauración de las fuerzas tradicionales.

—Perdone que le interrumpa —dijo Tellesom—. ¿Cómo diantres sabe usted todas estas cosas?

—Las escuché de labios del más maravilloso agente secreto que tuve en mi vida —replicó Warren Rand—, cuyas palabras escuchamos Juan Glynde y yo en nuestro despacho de Kingsway Building, en el instante en que parecía que iba a exhalar el último aliento. En estos momentos, y aunque no he dado nunca mucha importancia a la vida de un hombre, yace en el lecho de un hospital, el cual será cien mil libras más rico si consigue salvar la existencia de ese hombre.

—No debe interrumpirse a nuestro jefe cuando está en vena de mostrarse expansivo —advirtió Glynde a Tellesom, al observar que iba a decir algo.

Tellesom hizo un gesto de disculpa y Warren Rand continuó:

—Estoy decidido a arrancar la venda de los ojos de toda persona que se juzgue civilizada. El Gobierno de usted —añadió, dirigiéndose a Tellesom—, si puede llamarse gobierno a tal conglomerado de nulidades, está entrando en negociaciones con tan insensata nación. Los propagandistas rusos se van infiltrando diariamente en Inglaterra. Ya se habrá informado de los motines de Berlín el 1.º de mayo; quince muertos y veinte heridos dijeron que había habido. En mis periódicos afirmamos que fueron un centenar de muertos y cerca de mil heridos. Precisamente porque conozco todas estas cosas y porque me intereso en ellas es por lo que he ofrecido mi vida y mis millones. Por eso me encuentra usted un poco cambiado. No es que me preocupe morir. Lo único que me

preocupa es esto: antes de morir quiero acabar la obra que me he propuesto, la obra que ha sido la misión de mi vida.

En aquel momento sonó un timbre eléctrico procedente de la escalerilla que daba acceso a la nave. Warren Rand se levantó. Volvía a ser el mismo; desaparecieron los vestigios de fatiga y en sus impacientes ojos aparecieron los estímulos de grandes proyectos.

—Al fin y al cabo, la Naturaleza manda —murmuró—, y es lógico que uno se muestre alguna vez expansivo. Ahora subamos a bordo para recibir a nuestros invitados.

Capítulo XXXIII

Constituían un trío animoso al avanzar sobre cubierta hacia el dueño del yate. Zacarías llevaba aún su atavío de tenis y presentaba con su bronceada tez y aspecto optimista un tipo lleno de salud. Iván Postinoff, barbudo y con lentes, era un individuo corpulento, de frente inteligente y cierto aspecto impresionante. Iba ataviado del modo más ceremonioso. El famoso, o más bien, el trágicamente famoso Esteban Vitznow, que se alababa de no haber aparecido jamás retratado en ningún periódico, ofrecía un aspecto insignificante: delgado, de ojos profundos y maliciosos, vulgares facciones y labios crueles. Era el único de los tres que tenía aire agresivo.

—Un yate particular, ¿eh? —comentó—. A mí me parece más bien un pequeño barco de guerra.

Zacarías destacóse y presentó a sus dos acompañantes. Jorge P.

Bowman cambió ligeramente de actitud; estrechó la mano a sus tres invitados y, al hablar, su voz se identificó con la del hombre de negocios norteamericano.

—Exactamente un pequeño barco de guerra fue este yate en otro tiempo —admitió—. Ahora está transformado; por eso pueden moverse ustedes con tanta desenvoltura en su cubierta. Lo compré por su velocidad. Puede alcanzar treinta y ocho nudos por hora. A nosotros, los norteamericanos, nos gusta ir de prisa.

—No obstante —terció Tellesom—, podemos ofrecer en la nave la debida hospitalidad.

Las facciones de los visitantes se contrajeron al seguir la dirección marcada por el gesto de Tellesom. Debajo de un toldo aparecía una mesita sobre la que había bandejas de plata con caviar, salmón ahumado y otras delicadezas. Un camarero vestido de blanco agitaba una enorme coctelera que encerraba vodka frío. La expresión de malhumor desvaneciéndose en el rostro de Postinoff ante aquella perspectiva placentera. Vitznow humedecióse los labios

y sus ojos brillaron con glotonería.

—Han sido ustedes muy amables al venir a comer conmigo —murmuró Warren Rand levantando la copa—. Hacía tiempo que estaba deseando conocer personalmente a tan destacadas figuras.

—Somos nosotros los que nos sentimos honrados —afirmó Postinoff, engulléndose de un trago su primera copa de vodka.

—Siempre es agradable conocer a un ciudadano de la extraordinaria nacionalidad de usted —añadió Vitznow.

Volvieron a llenarse las copas, y Warren Rand continuó:

—Se me ha dicho que son ustedes personas conocidísimas —observó—; pero debo confesar que las referencias que tengo de ustedes provienen de mi joven amigo, aquí presente. Yo soy negociante en petróleos, y cuando se mete uno en esta clase de negocios no le queda tiempo para la política. Me agrada ganar dinero y entrar en relaciones con cualquier país que disponga de yacimientos petrolíferos. Cualquier país que tenga petróleo me atrae para la inversión de dinero, sintiéndome propicio para construir ferrocarriles, trazar carreteras y dotar al país de ustedes de maquinaria moderna, financiando sus negocios bancarios, siempre y cuando pueda disponer de petróleo. Se me dijo que ustedes eran políticos destacados en su país y me agradecería ponerme en contacto con algunos de sus más prominentes jefes.

—Acaso se pueda conseguir algo de eso —dijo Vitznow, agitándose ya en su cerebro el tema de las comisiones.

—Nuestro Gobierno —añadió Postinoff— no desea otra cosa que abrir la fuente de sus recursos, de sus enormes recursos al empleo de grandes masas de capital, semejante a lo que usted sugiere.

Warren Rand dejó escapar una risita sonora. Era aquello tan desusado en él que Tellesom casi dejó caer su copa.

—¿Capitales? —comentó Warren Rand— Tengo unos doscientos millones inertes e improductivos en estos momentos.

—¿De dólares? —exclamó Postinoff con tono reverencial.

—No precisamente de dólares —replicóle—, sino de buenas libras esterlinas. Cada uno tiene sus ambiciones —añadió—. La mía es la de controlar todos los yacimientos de petróleo del mundo, y eso no puedo conseguirlo mientras no me ponga de acuerdo con ustedes.

—¡Doscientos millones de libras! —repitió Postinoff, hablando

entre dientes.

—¡Yo creía que sólo existía un hombre en el mundo con fortuna semejante! —murmuró Vitznow, boquiabierto, con la sospecha en la mirada.

—Podría citarles una docena —burlóse Warren Rand, atisbando el peligro momentáneo—. Durante el último año se ha ganado más dinero en los Estados Unidos que en ningún otro período de toda la historia del país. No ha quedado una zona industrial que no haya sido afectada por las inversiones financieras. Casi podemos decir que somos los amos del Canadá. Ahora son ustedes nuestra única esperanza. Me interesa el petróleo y el oro, y si consigo llegar a una inteligencia con el país de ustedes, puedo aportar el capital que sea menester. ¿Les gusta este vodka?

—No cabe duda que es genuino —repuso Postinoff reverentemente—. No había probado nada semejante desde que salí de mi país.

El descenso al comedor fue animado, haciéndose turbulenta la conversación, ya que el tema de las comisiones se había insinuado. Postinoff y Vitznow no se dieron cuenta hasta el segundo plato de que el barco se movía. El último de los citados incorporóse repentinamente y miró por un ventano.

—¡Pero si estamos abandonando el puerto! —exclamó—. ¿Qué quiere decir esto?

Sonrió el anfitrión. Ahora, sentado a la cabecera de la mesa, parecía haber recobrado su aire habitual; su voz fue más fría y precisa.

—Como supuse que su estancia aquí sería breve —explicó—, quise mostrarles Montecarlo desde su más bello aspecto, que, a mi juicio, es la perspectiva desde dos o tres millas de distancia dentro del mar. Se observa entonces una calma tan maravillosa que casi no se darán ustedes cuenta de que se mueve el barco, aunque supongo que son ustedes excelentes marinos.

Vitznow volvió a sentarse.

—Para mí es igual —afirmó—, y creo que a Iván le ocurrirá lo mismo. En cuanto a nuestro amigo Pablo Zacarías, dada su juventud, estará bien en todas partes. Es usted un excelente anfitrión, *mister* Bowman. Si lleva usted a bordo bastante champán como éste, somos capaces de seguirle hasta el fin del mundo.

—Y de agotarlo, por mucho que tenga —le advirtió Postinoff—. Soy capaz de prometerle que nos quedaremos en el mar hasta que no reste ni una gota.

—De acuerdo —asintió Warren Rand, amistosamente—. Cuando haya ganado un centenar de millones con mis empresas, en el país de ustedes, y controle todo su petróleo, volveremos a hablar de ese viajecito tan largo.

—¿Y por qué no fijar la fecha de su visita ahora que estamos juntos? —sugirió Vitznow, avanzando un poco el cuerpo— La misión que tenemos que cumplir en Ginebra está a punto de acabar y podemos comenzar a hacer planes.

—Es una excelente idea —asintió Postinoff—. Tanto Esteban Vitznow como yo, tenemos positiva influencia en el seno de nuestro Gobierno y podemos conseguir que se le reciba a usted en Moscú en la fecha que guste. Podría designarse una comisión que visitara distintos distritos en compañía de usted, la cual comisión podría estar presidida por Esteban Vitznow y yo. Así, podríamos hacer los planes juntos. No conseguiremos ofrecerle mejor vodka o caviar del que usted nos ha ofrecido, y nuestro champán será más dulce, pero no se morirá de inanición, ni ninguno que quiera acompañarle —agregó, dirigiendo a Tellesom una mirada genial.

—¡Su maravillosa patria! —comentó Vitznow, acabando de un trago el contenido de su copa de champán y esperando que la volviesen a llenar— La nuestra sólo necesita una cosa. Tiene petróleo, minerales, recursos naturales vastísimos. Lo único que requiere es dinero.

—En ese aspecto —añadió Postinoff, con una risa que hizo temblar su abdomen— se parece a nosotros mismos, que para servir a nuestra patria, *mister* Bowman, tenemos que vivir siempre en la pobreza.

—A menos que... —comenzó a decir Warren Rand.

—A menos que —le interrumpió Vitznow, guiñándole los ojos con codicia—, a menos que se tropiece uno con millonarios como usted, al que se le pueda prestar un servicio utilísimo. En el convenio que ha de firmar usted con nuestro Gobierno se escuchará nuestra voz autorizada y podremos ahorrarle mucho dinero.

—Nadie que haya hecho negocios conmigo podrá decir luego que no me he mostrado generoso.

—¡Magnífico! —bramó Postinoff.

—Me parece que vamos a conseguir algo grande —añadió Vitznow como un eco.

Zacarías avanzó ligeramente el cuerpo y tosió un poquito; también en sus ojos aparecía el brillo de la codicia.

—No creo que quepa olvidar a la persona que preparó esta entrevista —sugirió—. Acaso pueda contar con un cargo importante en las compañías ferroviarias, o, aún mejor, un puesto en las altas finanzas. No soy un exilado. Puedo volver a Rusia cuando quiera. Tengo mi pasaporte en regla.

—Claro que se habrá de hacer algo por el embajador que reunió a este cordial grupo —asintió Warren Rand—. No será usted olvidado, Zacarías, se lo prometo. Hablando de otra cosa —añadió luego de acabar el contenido de su copa y dejándola sobre la mesa—. Ha aludido usted al tema de los pasaportes. Supongo que no habrá inconveniente para conseguir el mío.

Los otros dos rusos soltaron una carcajada. Pablo Zacarías, que había bebido poco y observado bastante, miró al americano con una nota de recelo.

—¿Su pasaporte? —repitió— ¿Y por qué va a haber inconveniente?

Warren Rand dio unos golpecitos sobre la mesa con los dedos. Fue algo que debía tener especial significado, ya que los camareros que habían permanecido detrás de las sillas, uno tras cada asiento, se reunieron con un movimiento concéntrico.

—Porque la verdad es que no conozco a *mister* Bowman —anunció—. El nombre que habrá de constar en mi pasaporte será el de Warren Rand, y según los informes de mis agentes de Rusia, este nombre no es muy popular que digamos en aquel país.

Capítulo XXXIV

Una bomba que hubiera caído en medio del salón no habría producido mayor trastorno. El silencio que siguió no podía ser más dramático. Los tres rusos se inclinaron hacia Warren Rand, siguiendo actitudes distintas. Del rostro de Zacarías huyó el optimismo. Ahora tenía el aspecto de un feroz lobo y su esbelto cuerpo ofrecía la actitud de la fiera dispuesta a brincar. Los otros dos parecían anonadados y sus miradas dejaron traslucir repentino furor.

—Caballeros —propuso Warren Rand—, me parece que lo mejor será aceptar las cosas tal y como se nos presentan, sin crear disturbios inútiles.

Movió un poco la mano derecha y los tres compañeros contemplaron las negras y hostiles siluetas de una docena de pistolas automáticas.

—Si se mueven —les avisó— o tratan de meter las manos en sitios prohibidos, se les coserá a balazos, ahorrándome posteriores molestias. Soy Warren Rand, el mortal enemigo del país de ustedes y de sus agresivas doctrinas, hoy más que nunca, después de haber vuelto mi agente Phillipson de una estancia de cinco años allí.

Fue como si se escuchase el silbido del viento abriéndose paso por una avenida de olmos.

—No hace muchos días —continuó Warren Rand implacable— uno de vuestros asesinos trató de deshacerse de mí. Estoy perfectamente informado de sus andanzas, Postinoff, y lo mismo digo de usted, Vitznow. Conozco sus secretas visitas a Londres, a Barcelona y Berlín antes de presentarse en Ginebra con su lenguaje capcioso.

—Pero de mí no puede saber nada —terció Zacarías, hallando fuerzas suficientes para poder hablar—. Yo no tengo que ver con sus rencillas con los soviets...

—¡Qué raro! —replicó Warren Rand— Yo siempre le había tenido por un renegado de su casta que se había convertido en

agente secreto al servicio de los dominadores.

—¿Y qué mal hay en ello? —preguntó el joven con vehemencia—. Puede increpar a estos dos hombres a sus anchas; yo también lo hice en otro tiempo; pero no puede negarse que representan a un gobierno reconocido, el único que puede tener Rusia en estos tiempos. ¿Es que se me puede echar en cara que conserve aún afecto a mi patria?

Warren Rand le miró fríamente.

—Mi lucha contra estos dos maleantes —dijo— no se basa en el sistema de gobierno de su país, sino en su endiablado hábito de inmiscuirse en el gobierno de los otros. No se contentan con haber ideado el más inhumano y virulento cuerpo legal en su país, sino que sus agentes tratan de infiltrar las mismas doctrinas que han fracasado en el suyo. Ningún gobierno europeo ha creído que merecía la pena desenmascararles a ustedes, Postinoff y Vitznow; pero mi servicio secreto lo ha hecho. Puedo decirles por qué abandonaron la guerra con China y por qué han fracasado en Afghanistan; puedo presentarles un informe completo de sus andanzas en Londres y Nueva York y puedo leerles un relato de su última reunión en Barcelona. Mi servicio secreto es tan hábil como el de ustedes, aunque ha costado muchas vidas.

—¿Y a dónde va a parar toda esta palabrería? —preguntó Postinoff con acritud, pero notándose en su tono cierta flaccidez—. Lo que tiene que hacer es virar el yate hacia tierra. No tenemos que hablar ni una palabra más con un hombre como usted.

Los labios de Warren Rand esbozaron una sonrisa aterradora.

—Soy yo el que tengo que decidir —objetó—. Se me conoce en todo el mundo por hombre de pocas palabras; pero ahora me siento locuaz. Esta mañana anunciaron los periódicos de Europa mi presencia en Londres, siguiendo instrucciones mías. Si les hubiera invitado a venir usando mi propio nombre, no habría tenido el honor de recibir su visita ni nuestro amigo Zacarías, mi excelente agente, les habría traído aquí. Zacarías es hombre concienzudo —continuó Warren Rand—, y fue en busca de ustedes.

—¿De modo que es usted Warren Rand? —comentó Postinoff enjugándose las gotas de sudor que le corrían por la frente, utilizando un pañuelo de acentuado perfume.

—Soy Warren Rand y estoy en guerra con el país de ustedes —

replicó con calma—. Como se darán cuenta, su situación es francamente desdichada.

—No sé por qué —arguyó Zacarías, tratando de mostrarse indiferente—. ¿Qué mal podemos esperar? Hay en Montecarlo muchas personas que saben que hemos venido a merendar con usted y bastantes que nos vieron embarcar en este yate.

—Y estoy seguro también de que a todo Montecarlo le preocupará muy poco que a cualquiera de los tres o a los tres juntos pudiera ocurrirles un accidente desagradable en esta travesía —observó *mister* Rand.

—¿Y qué accidente puede ocurrirnos? —preguntó Vitznow con ronca voz.

—En realidad esto es un barco de guerra, y la cubierta de un destructor no es lo mismo que la de un yate corriente —observó Warren Rand—. Precisamente ahora se está poniendo peligrosamente resbaladiza con las salpicaduras de las olas. Es difícil caminar por aquí, y a menos que tengan ustedes gran cautela, se exponen a caerse al mar.

—¿Los tres a la vez? —burlóse Zacarías.

—Puede ocurrir perfectamente. Miren cómo me lo imagino yo. Vitznow pasearía del brazo de su amigo Postinoff; resbalaría y caería sobre Postinoff; Postinoff resbalaría a su vez y los dos caerían al mar por la borda. En cuanto a usted, Pablo Zacarías, ¿cuál sería su actitud en caso semejante? Sabemos que es usted un joven atleta, muy renombrado en toda clase de deportes. Lo lógico es que se quitase la chaqueta y se arrojase al mar para salvar a sus amigos. En este momento estamos haciendo treinta nudos por hora; en consecuencia, nos hallaríamos a milla y media de distancia antes de que pudiéramos prestarles ningún auxilio... ¿Quieren que subamos a cubierta?

—Después de una conversación tan poco agradable como ésta, prefiero el salón —repuso Postinoff.

Vitznow cogió la botella de champán medio vacía que estaba a su lado y sirvióse una copa con temblorosa mano, derramando buena parte del contenido. Su rostro estaba intensamente pálido.

—Yo me niego a moverme de aquí —afirmó.

—Y yo lo mismo —añadió Postinoff como un eco—. Exijo que volvamos a Montecarlo.

Tellesom habló casi por primera vez en aquella entrevista.

—Me parece que ya ha amedrentado bastante a estos amigos —observó.

Su jefe hizo como si no hubiera escuchado aquellas palabras; encendió un puro y ofreció a los otros la tabaquera.

—No desperdicien ningún deleite que puedan desear en estos momentos, caballero —les invitó con tono significativo.

Zacarías se levantó de un salto, pero sintió prestamente la presión de una pistola en su costado.

—Siéntese y no sea loco —le amonestó Warren Rand—. ¿Cree que iba a preparar una escena como ésta sin adoptar las medidas necesarias? Todos estos camareros manejan las pistolas admirablemente y tienen instrucciones concretas. Tellesom, hallará usted a Juan Glynde en el saloncito. Dígale que le entregue los libros de referencias

P y V.

Tellesom levantóse para cumplir las instrucciones de su jefe, y a los pocos minutos volvió con dos volúmenes encuadernados en piel de becerro. Warren Rand, luego de hojear uno de ellos hasta encontrar lo que buscaba, se dispuso a leer el texto.

—Esteban Vitznow, escuche —comenzó—. Indudablemente muchos de sus crímenes son aún desconocidos; pero aquí constan algunos y su recuerdo le hará presentir el infierno en sus últimas horas.

Warren Rand leyó con tono seco, duro, pero claro; y así que hubo acabado, el sudor corría por la frente del hombre que había estado escuchando un poco inclinado hacia adelante y con evidente atención.

—¡Mentira! —gritó— ¡Todo eso son mentiras!

Su acusador no hizo observación alguna. Cogió el segundo volumen y volvióse hacia el otro individuo.

—Postinoff —anunció con tono natural—, ahora le toca a usted el turno.

Volvió a leer. Postinoff jadeaba en su asiento y parecía como si todo su voluminoso cuerpo se convulsionase; las venas de la frente estaban hinchadas y tenía el aspecto de un hombre totalmente desmoralizado. Cuando intentó hablar, no consiguió proferir palabra alguna. El temor de la muerte paralizó su lengua. Warren

Rand devolvió los libros a Tellesom.

—Bueno —concluyó—, ha sido una lectura poco agradable, incluso para mí, que no soy un sentimental.

—¿Y qué le importa a usted todo eso? —preguntó Vitznow histéricamente—. Usted no es ruso y no puede darse cuenta de nuestras condiciones actuales de vida.

—Comprendo su punto de vista —asintió Warren Rand—. Puede usted decir que soy un juez nombrado por mí mismo y a la vez tribunal. Ustedes dos son tal para cual. Han arrebatado la vida a centenares de personas inocentes, sólo porque no pensaban como ustedes. Ahora les ha llegado a ustedes la hora de ser condenados, y yo soy el juez.

—¿Y de dónde ha sacado todas esas tonterías? —gruñó Postinoff.

—De Moscú, de sus propios archivos y de sus propios conciudadanos —replicó con severidad—. Enviaron ustedes espías a todas partes del mundo; pero ya ven que los míos se han mostrado eficaces. Ustedes dos, a quienes casi no puedo considerarles como seres humanos, arrancaron de tribunales ilegales multitud de sentencias de muerte. Enviaron a morir hombres y mujeres sin un átomo de piedad. Ahora les toca en suerte morir a su vez, y a usted también, Zacarías, el renegado, su instrumento, a menos que consiga nadar hasta la costa, aunque a estas horas los minaretes del Casino de Montecarlo apenas si pueden divisarse.

Warren Rand se levantó, implacable, reflejándose en su rostro el desprecio que le producían los frenéticos esfuerzos de aquellos individuos que se debatían para escapar de los hombres que les acosaban.

—Que se sacien de champán o aguardiente —ordenó a los camareros—, y acabad pronto. Salid de aquí.

Tellesom y su jefe quedaron solos en el salón. El primero abrió uno de los ventanos y a través de él penetraron salpicaduras de espuma.

—No puede usted hacer eso —protestó Tellesom con firmeza—. Es sencillamente un asesinato.

Warren Rand terminó de encender el puro antes de contestar y al arrojar la cerilla lo hizo con expresión de disgusto.

—Los ingleses son siempre igual —burlóse—. Esa debilidad es lo

que les ha hecho perder el primer puesto entre las potencias. Perdonan a sus enemigos, suavizan la justicia y vuelven la mejilla para que les abofeteen el otro lado. Decididamente son ustedes una raza débil, aquejada de falso sentimentalismo. No cometo ningún desafuero. Respecto a esos dos rusos, el uno es culpable de diecisiete asesinatos de carácter brutal; algunas de sus víctimas fueron mujeres. El otro ha participado en las sentencias de muerte, sin verdadero juicio, de noventa y dos prisioneros políticos, cuyo único delito era querer conservar lo que les pertenecía. Tres de las noventa y dos víctimas eran personas de mi confianza; espías, si quiere llamarlos así, pero espías honrados que trabajaban por una causa justa. ¿Cómo quedaría parada la justicia, Tellesom, si no existiera el castigo lo mismo que el premio? Esos hombres pecaron contra la humanidad, y deben morir.

La nave cortaba el viento y una ráfaga de éste hizo volar los papeles por el salón; las cortinas temblaron y átomos de agua salada penetraron por el ventano. Warren Rand escuchó sin inmutarse. Tellesom saltó hacia la puerta más cercana y la halló cerrada.

—Zacarías no es tan malo como los otros —suplicó.

—Era instrumento de ellos y un renegado —replicó Rand, con indiferencia—. Además, no sería conveniente dejarle vivir para que fuera contando lo ocurrido.

Tellesom volvió a la mesa. Algo le decía instintivamente que ya era demasiado tarde. No obstante, se estremeció dominado por el horror.

—¿Pero cómo va usted a explicarlo? —preguntó—. Me parece que está usted dejando una fisura en sus planes, exponiéndolo todo por el mero castigo de esos hombres.

Warren Rand sonrió sin misericordia.

—No ocurrirá nada —afirmó—. En un día como éste la cubierta de un destructor es demasiado resbaladiza para hombres que beben tanto como los rusos.

Capítulo XXXV

*M*ister Philip Hawkeson levantóse con cierta sorpresa para saludar al personaje que acababa de presentarse. No todos podían tener el privilegio de ser recibidos por un Primer Ministro ataviado con su bata de noche. Por su parte, *mister* Hawkeson lucía el matinal atavío de un príncipe de la banca y lucía un clavel rojo en el ojal.

—Apenas si he dormido esta noche —dijo el Excelentísimo señor Oliver Trowse con cierta irritabilidad—. ¿Tiene que comunicarme malas noticias?

—No son buenas las que traigo —observó *mister* Hawkeson fríamente—. El tipo bancario ha llegado al ocho y medio por ciento; los valores públicos se desmoronan; los comerciantes y fabricantes del país entero comienzan a desmoralizarse. ¿Cómo cree su Ministro de Hacienda que la nación puede subsistir con un cambio semejante de la libra esterlina? Los beneficios actuales de las transacciones comerciales en el extranjero, se convierten en cero. Las cosas no pueden seguir así.

—Esta es la charla ideal luego de pasar una noche de insomnio —gruñó Oliver Trowse—. ¿No se le ocurren nuevos horrores?

—¿Para qué? —replicó Hawkeson— No es cosa de limitarnos a manifestar nuestra irritación por tal estado de cosas. Es preciso hacer algo.

—¿Algo? ¿Pero qué?

—A mí sólo se me ocurre una sugerencia que a usted le parecerá detestable: recurrir a Warren Rand.

El Primer Ministro no pudo reprimir un gesto descortés. Arrojó con furia el periódico que acababa de recoger, lanzándolo a un rincón de la estancia.

—¡Maldito personaje! —exclamó— ¿Y qué tiene él que ver con todo esto? ¿Acaso no está a estas horas en Mónaco, en su yate

infernál?

—Partió de allí la semana pasada —repuso Hawkeson—, y temo que tenga mucho que ver con nuestras presentes dificultades.

El Primer Ministro hizo sonar el timbre tres veces consecutivas. En el acto se presentó un joven que tenía aspecto de hallarse azorado.

—Perdone, señor, si llego un poco tarde —disculpóse—. No me figuraba que estuviera levantado a estas horas.

—*Mister* Hawkeson me sacó de la cama —explicó *mister* Trowse—. ¿Hay alguna línea telefónica para comunicar con ese endiablado edificio de Kingsway?

—Un centenar de líneas, señor.

—Pues póngame en seguida en comunicación con ese villano —le ordenó su jefe—. Diga que necesito ver a *mister* Warren Rand.

—Me parece que sería preferible algo más suave —se aventuró a sugerir Hawkeson—. Diga que *mister* Warren Rand podría venir a desayunar con el Primer Ministro...

—Diga lo que quiera —terció Trowse—; pero en seguida.

El secretario salió prestamente y Hawkeson arrellanóse a sus anchas en una silla más cómoda.

—Perdone mi intromisión —disculpóse—; pero la verdad es que no tenía la menor idea de lo que podría hacer cuando tuviera que sumirme en las actividades londinenses en situación semejante. Si estallase una guerra o se disolviese el Parlamento, sabríamos qué conducta seguir; pero ahora estamos paralizados. Acuden a pedirme consejo y no sé qué decir. Debemos enfrentarnos con la situación, señor. Nos hallamos ante acontecimientos sin precedentes. Estamos agotando nuestras reservas de oro. Tenemos que vencer la crisis o presentar el balance mensual más desastroso de la historia.

—Pues a usted le corresponde hallar una solución —afirmó el Primer ministro.

Mister Hawkeson hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Es imposible ver las cosas de ese modo, señor. Los depositantes de oro pueden retirar sus depósitos cuando les place y nos están dejando exhaustos. Políticamente podremos aguantar; pero como nación mercantil —y eso es lo que debe ser una nación moderna— estamos al borde de la ruina.

Oyóse sonar fuertemente el timbre de la puerta principal; siguió

una pausa y a poco un ujier abrió la puerta de la estancia.

—*Mister Fogge*, señor —anunció.

El Ministro de Hacienda entró con cierta dignidad y comedimiento y estrechó la mano del Primer ministro y la de Hawkeson.

—Supongo que no nos traerá usted algún nuevo problemita, ¿eh? —le preguntó Trowse.

El Ministro de Hacienda sonrió un poco fríamente, quitóse los lentes y los colocó a su lado.

—No creo que sea necesario suscitar ningún nuevo problema. Ya tenemos bastantes.

—Sí, los que tenemos delante son más que suficientes —declaró Hawkeson—. ¿Cómo vamos a hacer frente a nuestras deudas y conservar reservas de oro suficientes para mantener nuestros cambios de divisas? Yo me siento vencido. ¿Y usted, Fogge?

—Sólo nos queda un camino —afirmó el Ministro de Hacienda, acariciándose su cabello gris—. Tenemos que incrementar nuestras reservas de oro, e incrementarlas en seguida. Los cambios se hallan en una situación de lo más deplorable. Nada, salvo el oro, puede estabilizarlos.

—Supongo que aún quedarán algunas reservas de oro en las arcas del Estado —sugirió Hawkeson sarcásticamente.

—Tengo que confesar que muy pocas —replicó el Ministro de Hacienda—, y de no poder incrementarlas busquemos el medio de evitar estos saqueos, de ser preciso por una ley del Parlamento. ¿Quiere usted explicarme, *mister* Hawkeson, la razón de todas estas calamidades? Francia ha hecho lo que ha podido; pero no persistió demasiado. Alemania alcanzó hace tiempo la meta de sus esfuerzos. Claro que han llegado a mis oídos ciertos rumores; pero yo no puede creer que un hombre solo sea capaz de crear una situación embarazosa a toda una gran nación.

De nuevo abrióse la puerta de la estancia y el ujier tornó a anunciar:

—*Mister Warren Rand*, señor.

Siguió un silencio embarazoso que poseía una calidad casi dramática. Los tres hombres avanzaron el cuerpo y estudiaron curiosamente la figura humana que tenían delante. Warren Rand adentróse indiferente en la estancia, sin la menor traza de

embarazo. Dio los buenos días al Primer ministro, sin tenderle la mano, y dedicó a los otros una ligera inclinación de cabeza. Los tres sé pusieron de pie al mismo tiempo.

—Me alegra volver a verle, *mister* Rand —le dijo el Primer ministro—. Debo disculparme por haberle telefoneado tan temprano; pero pensé que acaso podría desayunar con nosotros, aprovechando la ocasión para charlar un poco de cierto asunto. Supongo que conocerá ya a *mister* Fogge y a *mister* Philip Hawkeson.

—Ya he tenido ocasión de saludarles —repuso *mister* Rand.

Trowse hizo sonar el timbre y pidió que les sirvieran el desayuno.

Presentóse a poco el ujier seguido de un camarero y sobre la mesita cercana apareció el acostumbrado servicio de bandejas de plata, platos, cafeteras y teteras. El Primer ministro hizo un signo a los sirvientes para que se retirasen.

—Ya nos serviremos nosotros —sugirió—. *Mister* Rand, Hawkeson, Fogge, espero que no echarán nada en falta. Después de una noche como ésta, tomaré té, aunque generalmente tomo café. Sírvanse ustedes mismos, por favor.

Warren Rand sirvióse con ademán tranquilo y escogió un asiento frente al Primer ministro, de espaldas a la luz. Trowse no tardó en iniciar el ataque.

—*Mister* Rand —dijo—, ya tuvimos ocasión de cambiar impresiones; pero, la verdad, no alcanzamos muchos resultados. Espero que hoy tengamos más suerte. Necesitamos su consejo y acaso su ayuda.

—Soy norteamericano —recordóle *mister* Rand—, y me resulta un poco desusado que me llame para resolver problemas que interesan a este país.

—De ningún modo —terció Hawkeson—. Es usted un ciudadano del mundo de las finanzas. Poco importa su nacionalidad. ¿Dónde ha ido a parar el oro, *mister* Rand?

—Puedo contestar a esa pregunta —repuso el interrogado—. No es que me beneficie hacerlo; pero lo hago. ¿Quién necesita oro?

—Gran Bretaña —respondieron los tres a una.

Mister Rand les miró fríamente.

—Pues, *mister* Trowse, puedo decirles cómo conseguirlo —

replicó.

—¡Ojalá, sea así! —exclamó el Primer ministro— ¿Qué significan exactamente sus palabras, *mister* Rand?

—Tiene usted mala memoria, señor.

—Hace tiempo me hizo usted una visita —reflexionó el Primer ministro—. Insinuó usted entonces las vagas calamidades que podrían surgir si Francia y Gran Bretaña persistían en su actitud, perfectamente justificada, respecto al problema del desarme. ¿Debo entender que alude a aquella conversación?

—Exactamente. No pudo usted entonces aceptar mi punto de vista, y desde aquella fecha las cosas les han ido a ustedes adversamente; ¿no es cierto? Francia ha perdido los dos barcos de guerra que inspiraban su oposición a firmar, y ustedes, por lo visto, se han colocado en una situación financiera muy extraña...

El Primer Ministro revolvió el té vigorosamente.

—Tenemos que usar palabras claras, *mister* Rand —le dijo—. ¿Quiere usted insinuar que porque Francia e Inglaterra se mostraron opuestas a la política del desarme, Francia ha perdido sus dos barcos de guerra y nosotros hemos tropezado con trastornos financieros?

—Yo no sugiero nunca nada —replicó Warren Rand, impasible—. Me limito a exponer los hechos objetivamente. Francia ha retirado sus objeciones al Tratado de Desarme y pronto dará instrucciones a sus representantes para firmarlo. Opino que obra cuerdamente y me parece, si puedo darle un consejo, que ustedes debían seguir su ejemplo.

El Primer ministro levantó las cejas con un gesto nervioso y echóse hacia atrás el cabello que le caía sobre la frente.

—Temo que haya usted hecho demasiado caso de rumores, *mister* Rand —observó.

—Telefonée a la Embajada francesa y se convencerá —limitóse a contestar Rand—, aunque probablemente recibirá noticias sobre el particular antes de acabar el día.

El Primer ministro hizo funcionar dos veces el timbre que se hallaba cerca. Carstairs acudió a la llamada.

—Richard —le ordenó su jefe—, llame a la Embajada francesa.

Le dio instrucciones en voz baja; el joven asintió y desapareció.

—Verá —dijo el Primer ministro, mientras atacaba a la lonja de

jamón y trataba de evitar el riguroso examen de su interlocutor—, siempre creí difícil que Francia firme bajo presión nuestra. Desde luego, hasta la fecha nada se ha determinado definitivamente.

Warren Rand no contestó y todos hicieron un esfuerzo para desviar unos momentos la conversación hacia temas superfluos. Richard Carstairs reapareció y entregó a su jefe un papel escrito. El Primer ministro echó una ojeada sobre él, frunció el ceño, volvió a leer con más atención y luego se lo entregó a Fogge.

—Tiene usted, por lo visto, el don de la profecía, *mister* Rand —admitió—. Se me comunica de la Embajada francesa que salió de París por avión un enviado especial esta mañana con un despacho para nosotros. En este escrito confidencial el Embajador me da una idea de su contenido. Cree que Francia está dispuesta, si nosotros no nos oponemos, a modificar su actitud concerniente al Tratado de Desarme.

Warren Rand apartó el plato que tenía delante.

—Habla usted el lenguaje de la diplomacia —observó sarcásticamente—. Yo sólo entiendo el lenguaje de los negocios. Francia firmará ese Tratado, lo quieran ustedes o no. Si se muestran ustedes dispuestos a firmarlo, y usted *mister* Fogge, me da su palabra, no se producirán nuevas retiradas de oro por el momento y podrán ustedes desenvolverse mercantilmente sin nuevas interferencias. Supongo que usted me llamó para llegar a un acuerdo. Pues tal es mi última palabra.

Los tres se mostraron inusitadamente rudos en su actitud. Se quedaron mirando a Warren Rand boquiabierto. El Primer ministro avanzó un poco el cuerpo; *mister* Fogge se ajustó los lentes y el Gobernador del Banco se aplicó a uno de sus ojos el monóculo.

Parecían los tres hipnotizados por la proposición que acababan de escuchar. Warren Rand les prestó la misma atención que pudiera prestar al vuelo de una mosca.

—¿Me permite fumar? —preguntó, sacando su pitillera— No, fumaré uno de los míos —añadió, cuando el Primer ministro le tendió la tabaquera de madera de cedro...— Muchas gracias.

Encendió uno de sus negros puros, acabó su café y arrellanóse en su asiento. *Mister* Fogge fue el primero en hablar.

—Confieso mi asombro —dijo—. No creo que en toda la historia de Downing Street se haya hecho jamás una proposición parecida

por un ciudadano particular a los Ministros de la Corona y al Gobernador del Banco Nacional.

—Admito que sea así —asintió Warren Rand— pero las generalidades y las reflexiones vagas raras veces me sugestionan. A ustedes les corresponde, señores, contestar a mi proposición, por muy desconcertante que la juzguen. No necesitamos pluma, papel y tinta en una conferencia como ésta. Les he dado mi palabra, y la cumpliré. Ustedes pueden darme la suya. Confío en ella.

El Primer ministro respiró con fuerza y levantóse.

—Nuestro representante saldrá para Ginebra esta tarde —prometió—. Gran Bretaña firmará el Tratado de Desarme tal y como se ha presentado.

Warren Rand asintió con un gesto y levantóse a su vez.

—Ustedes dos, señores financieros, pueden tomarse unas vacaciones. Cumpliré mi palabra estrictamente. Espero que lo crean así. *Mister* Trowse, le doy las gracias por su hospitalidad, y ya me perdonará que me marche.

El Primer ministro le detuvo con un gesto.

—Un momento, *mister* Rand —rogóle—. Es usted hombre de trato difícil. No quiero ser impertinente preguntándole, cómo podrían hacerlo otros en esta ocasión, qué medios empleará para cumplir lo prometido. No lo haré, dándolo por conseguido. En cambio, quisiera formularle otra pregunta. Dicen que lucha usted por la paz del mundo. Perfectamente. Es un fin noble que cualquier hombre podría ambicionar. Este Tratado de Desarme es un peldaño en la escala. ¿Pero qué vendrá después, el Pacto de la Paz?

—El Pacto de la Paz será firmado dentro de un año —repuso Warren Rand con calma.

—Llego a admitir que así sea —replicó Trowse—. Le concedo la posibilidad de que se firme tal y como se ha presentado, con todas sus cláusulas de compromiso. Será un documento trascendental. No obstante, medite en esto, *mister* Rand: se establecerá en el mundo una nueva ley, como tantas otras desde hace siglos, la del Desarme. ¿Pero quién sancionará al que falte a esa ley? ¿Qué nación se va a convertir en factor policíaco para caer sobre la que contravenga el convenio?

—Muy razonable observación, *mister* Trowse —admitió Warren Rand con naturalidad.

—Nuestro Primer ministro ha puesto el dedo en la llaga — declaró Guillermo Fogge—. Es ahí precisamente donde el sentido común choca lógicamente contra cualquier plan que haya surgido en todos los tiempos para la pacificación del mundo. ¿Cómo va usted a detener el crecimiento de las naciones? Unas pueden decaer, otras robustecerse. ¿Cómo impedir que el hermano más fuerte no meta la mano en el bolsillo de su débil hermano? El Tratado de Paz ordena que no se haga. ¿Pero cómo garantizar el cumplimiento del mandato?

—También es razonable la sugerencia —volvió a asentir Warren Rand—. Ahora, señor banquero, —añadió volviéndose hacia Hawkeson—, ¿qué tiene usted que objetar?

—Yo no soy político —replicó Hawkeson—, ni siquiera me considero hombre corriente, dotado de una visión de conjunto en las cosas de la vida. En cierto modo, no soy un verdadero ser humano, sino un ente formado de billetes de banco, oro y valores mercantiles. Yo soy la fuerza silenciosa y lógica del mundo. No tengo verdadera imaginación ni la necesito. Sumo ocho y ocho y obtengo dieciséis. Quito diez de veinte, y me quedan diez. Soy una máquina, *mister* Rand. No tengo opiniones.

—Es usted la máquina más grande del mundo —asintió Warren Rand—, y cuando tenga que contestar a la pregunta que me formuló usted, *mister* Trowse, invitaré a *mister* Hawkeson para que asista a la conferencia, porque él y yo hablamos el mismo lenguaje. Ha sido éste un desayuno excelente y nuestra conversación interesante, caballeros. Les doy las gracias. No toque el timbre, *mister* Trowse. Ya sé dónde está la puerta y tengo el coche afuera.

Salió con uno de sus rápidos movimientos, que ni siquiera el ujier pudo seguir. A poco, el coche se alejaba.

—Ese hombre está loco —murmuró el Primer ministro.

—De atar —añadió el Ministro de Hacienda—. Maneja las palabras como si fueran los cubos infantiles de un rompecabezas.

También Hawkeson se había acercado a la ventana y contemplaba, a través de la niebla, como desaparecía el automóvil de Warren Rand. Fue el único de los tres que no dijo nada.

Capítulo XXXVI

Un poco irritado Tellesom, por la larga espera, entró en el departamento de su esposa, del tren de lujo de la línea Transcontinental. Ella le invitó a sentarse a su lado con un movimiento de la mano.

—Mira —le dijo—, acabo de leer este párrafo en la *European Review*:

«Podría decirse que se ha revuelto el poso de Rusia con la trágica desaparición de dos hombres, en ignoradas circunstancias, que ocupaban puestos preeminentes en los destinos de su país. Hace poco corrió el rumor de su desaparición y se desconocen los detalles del accidente. Se sabe que iban en un yate que hacía una travesía por la Riviera, cuando se les suponía cumpliendo una misión de su país en Ginebra. Se ha averiguado que estaban en Mónaco dos días antes de que corriera el rumor de su muerte, y ahora se confirma la noticia de haber perecido ahogados.»

—¿Qué opinas de esto, Carlos?

—Pues opino, como siempre he opinado, que tu padre es el hombre más sorprendente de la tierra —dijo, encendiendo un cigarrillo.

—¿Y nada más?

—Y que consiguió de un modo maravilloso tener la más adorable de las hijas.

—No está mal para un marido que se ha casado apenas hace dos meses —aprobó ella—. ¿Pero, realmente, no sabes nada más de esta noticia?

—No hablemos de ello —rogóle él—. Voy a acabar mi misión con tu padre esta vez, en Ginebra. Según tengo entendido, está iniciando grandes cambios en sus asuntos. Ya te lo explicaré más adelante, si es posible, aunque no pueda decirte toda la verdad.

—No es que sea muy curiosa; pero ¿crees que realmente

llegaremos algún día a Ginebra?

En aquel momento pasó un interventor del tren y Tellesom le detuvo.

—¿Por qué nos hemos desviado de la línea? —le preguntó—. Hace ya una hora que estamos detenidos aquí.

—Órdenes de Ginebra, señor —disculpóse el empleado—. Hemos de dejar paso a un tren especial que ha de cruzar por aquí.

—¿Más delegados? —gruñó Tellesom.

—Se trata de una persona muy importante, señor. Ha quedado despejada toda la línea. No obstante, dentro de unos minutos podremos seguir la marcha. Pronto verá usted pasar el tren especial.

Se acercaron a la ventanilla y Tellesom bajó prestamente la vidriera, mientras el empleado desaparecía. El bramido del tren que se acercaba, era ya audible. No marchaba a gran velocidad y estaba formado solamente por dos coches salones. El primero de ellos estaba lleno de individuos sentados ante mesitas, dos o tres de ellos dictando a mecanógrafos. En el segundo de los coches se veía a un individuo sentado ante una gran mesa de trabajo y, al parecer, estudiando un documento que su acompañante había extendido ante él. De los labios de Tellesom escapóse una exclamación:

—¡Dios Santo! ¿Sabes quién va ahí?

Sólo consiguieron un atisbo, descubriendo la silueta de un hombre de rostro hierático, con una mano apoyada en la mesa que tenía frente a él y señalando con un dedo de la otra lo que parecían columnas de cifras escritas sobre un documento que se le había presentado para su inspección. Estaba hablando, y casi podían adivinarse sus palabras aceradas por el firme movimiento de sus labios. Frente a él, sentado, se hallaba el hombrecito de cabello rubio y lentes ribeteados de oro. Escuchaba intensamente y ofrecía casi el aspecto de un perro fiel. Aún no habían acabado de ver aquella escena fugaz cuando el tren desaparecía con sus luminarias, fundiéndose en las tinieblas al penetrar en un túnel. Fue como una estampa proyectada fugazmente sobre una pantalla; pero una estampa llena de vitalidad.

—¡Tu padre y Juan Glynde! —comentó Tellesom.

Volvieron a cerrar la ventanilla y tornaron a su asiento.

—¡Qué silueta tan sorprendente! —continuó Tellesom en tono de sorpresa—. El moderno Napoleón en viaje para imponer su ley a

los que gobiernan el mundo. Difícilmente podría haberse imaginado una escena teatral y de mayor realismo.

—Sí, fue maravilloso —asintió Sara con ojos resplandecientes—. Si no me hubiera casado contigo, Carlos, me parece que me habría gustado ser su secretaria.

—No hubieras tenido ocasión, porque tu padre mantiene a las mujeres lejos de donde él está. Sólo tuvimos una que consiguió un cargo en nuestra organización, y se casa con Juan Glynde la próxima semana.

—¿Y qué dijo mi padre cuando se informó de que se iba a casar con él?

—Algo parecido de lo que dijo cuando le comuniqué que me iba a casar contigo. Que a él no le incumbían los asuntos privados de sus colaboradores. En el caso de Juan Glynde, no obstante, el casamiento era una necesidad. Ahora va a ocupar una posición destacadísima en Ginebra, desempeñando el cargo de gobernador del Banco Internacional.

—¡Qué extraordinario! ¿Y ese banco también es asunto de mi padre?

—En cierto modo constituye el final de todos sus planes. No acabo de comprenderlo. Hace años que vengo observando como lo han ido edificando, y me parece que no puede haber otro edificio semejante en el mundo.

—¿Y le piensas decir ahora que ya estamos casados? —le preguntó ella con curiosidad.

—Es igual que se lo diga como que no. No hay hombre parecido a tu padre. Muchas veces había llegado a dudar si no sería realmente un *posseur*. Ahora estoy convencido de que no lo es. En todo su ser no late sentimiento humano alguno que no sea para el trabajo, y en esto raras veces abre la boca si no es para dar órdenes.

—¿Y cómo se concibe su falta de sentimientos teniendo ese espíritu de trabajo tan extraordinario? Comprendo a un hombre como Ford, lleno de principios y consagrando su vida a un objeto que le resulta sagrado; pero por lo visto mi padre no posee ninguno. ¿Es que realmente le preocupa lo que ocurre en el mundo?

Tellesom hizo con la cabeza un gesto de duda.

—Mira, preciosa —le dijo—, hace ya tiempo que renuncié a entender la mentalidad de tu padre, limitándome a cumplir mi

misión lo mejor que pude. Ni el propio Juan Glynde, que desde hace veinte años no se ha apartado de su lado, sabe mucho más que yo de él.

Oyóse un silbido estridente, un crujir metálico y el zumbido del vapor de las calderas, y el expreso Transcontinental abandonó su ignominiosa posición, deslizándose hacia la línea principal y avanzando luego a través de las montañas, camino de Ginebra.

Capítulo XXXVII

Si realmente tenía carácter dramático, aquella estampa de Warren Rand, viajando de noche a través del Oeste de Europa en compañía de su escolta de colaboradores, no lo tenía menos en la estancia regia en la que entrara Tellesom por primera vez al siguiente día por la tarde. «Un triunfo de simplicidad ornamental», declaró el famoso arquitecto que había ideado la estructura del edificio, mientras contemplaba amorosamente las columnas dóricas, el pavimento de mármol, los majestuosos y tallados techos, el delicado perfil de los ventanales. Apenas si había muebles. En el centro del salón se veía una larga mesa de roble ante la que fácilmente podían sentarse cuarenta personas. A la cabecera se hallaba sentado Warren Rand, y junto a él, un poco detrás, Juan Glynde. A su derecha estaba el Excelentísimo señor Oliver Trowse, Primer ministro de Inglaterra; a su lado *monsieur* Foucquailles; Medano, ministro del Gobierno de Italia, se hallaba enfrente; Friedmann, sucesor de Anselmo Meyer, conocido con el sobrenombre de «el honesto alemán», se encontraba a escasa distancia. A su lado estaba Grateson, el gran diplomático norteamericano y futuro Presidente; detrás, ante una mesita, había otras cuatro personalidades destacadas en el mundo de la técnica financiera. Resultaba una reunión maravillosa para haber sido convocada bajo los auspicios de un solo hombre...

Warren Rand estaba hablando cuando entró Tellesom en la estancia; pero se interrumpió en espera de que se le acercase. No le dedicó palabra alguna de bienvenida. Limitóse a tomar el telegrama que le entregara Tellesom, lo abrió y leyó su contenido; colocólo entre otros documentos que tenía al lado y Tellesom fue a ocupar un asiento en segundo término.

—Quédese, Tellesom —le dijo a la vez que continuaba dirigiéndose a los demás—: Señores, les doy las gracias por su asistencia. No les hubiera rogado que viniesen de no haberles tenido que comunicar algo importante. Pienso ser breve, acaso se

sorprendan ustedes de mi brevedad. Detrás de ustedes observarán la presencia de algunos desconocidos, sentados ante una mesa. Uno de ellos es Hugo Meyer, al que seguramente conocerán como una de las grandes autoridades en materia de finanzas internacionales. También está *mister* Enrique Pitchard, según creo, representante de la empresa de contables más destacada del mundo, y los otros dos señores son los exponentes más famosos del foro americano e inglés: *Mister* Remington, de Nueva York, y lord Hindhead, de Londres. He creído prudente requerir su presencia ante la eventualidad de que deseen ustedes formular algunas preguntas referentes al asunto que vamos a discutir.

Se detuvo un momento. El francés, que no había cesado de mirar a su alrededor desde que entró, hizo un gestecillo.

—Todos estamos impacientes de oír sus palabras, *mister* Rand —declaró—; pero antes desearía felicitarle. Hace años que vengo observando la construcción de este edificio y ahora debo felicitarle por poseer el banco más regio del mundo por su arquitectura.

—El edificio es realmente maravilloso —observó Medano—. Aún lo admiraría más si nuestro amigo *mister* Rand no lo hubiera utilizado para atesorar en él la mitad del dinero del mundo.

Oyóse un murmullo de regocijo... no muy sincero. Warren Rand sonrió amargamente, al darse cuenta de lo artificial de aquella nota. Nadie mejor que él sabía como había dificultado las actividades de los financieros del mundo.

—Sus quejas contra mí están justificadas —admitió—. No obstante, acaso antes de que haya acabado nuestra reunión mirarán las cosas de otro modo. Les he rogado que se reunieran aquí porque, aunque no represento a ninguna nación, y, por tanto, no tengo derecho para intervenir en sus negociaciones financieras, represento a un Poder, uno de los mayores del mundo, y por esta razón creo tener derecho a aventurarme a reclamar de ustedes unos minutos.

—Yo opino con *mister* Rand que tiene autoridad suficiente para convocar a esta conferencia —declaró Trowse—. He acudido personalmente, aunque nuestro delegado, *mister* Peatfield, era el encargado de representarnos en la reunión.

—Ya han firmado ustedes el Tratado de Desarme —continuó *mister* Rand—, el cual, si es fielmente cumplido, motivará un importante descenso en los gastos de armamentos. Mañana vence el

plazo para que firmen ustedes el Pacto de la Paz. Señores, ustedes representan a las cinco potencias más poderosas del mundo. Lo que ustedes hagan será imitado por las demás. Por eso me dirijo a ustedes en esta reunión oficiosa. Nada de lo que aquí tratemos trascenderá al exterior, y les ruego que contesten a mis preguntas con entera libertad y de acuerdo con sus inclinaciones. ¿Cuáles son sus instrucciones respecto a la firma del Pacto de la Paz, *mister* Trowse?

—Aún no estoy totalmente decidido —replicó con sorpresa de todos.

—*Monsieur* Foucquailles, me atrevo a formularle la misma pregunta.

—Yo firmaría; pero...

Su gestecillo fue elocuente.

—Yo firmaré —declaró el representante norteamericano—. Tales son mis instrucciones.

—Yo reservo mi decisión —observó el representante alemán—. Mis actuales convicciones son contrarias a la firma, aunque mi Gobierno me ha dejado en libertad de acción.

—Yo firmaré —anunció el delegado italiano—, al menos que entre hoy y mañana ocurra algo que me haga cambiar de pensamiento.

—Ahora ya sabemos cuál es la posición de cada uno de ustedes —prosiguió—. El asunto ha sido discutido suficientemente en el seno de las comisiones y en las sesiones oficiales, y puedo colegir cuál es el espíritu de la mayoría de ustedes. Todos piensan que ningún Pacto de la Paz puede ofrecer garantías de seguridad porque no existe un poder organizado que lo imponga, llegada la ocasión. Afirman ustedes que es inútil dictar leyes si no se cuenta con la fuerza suficiente para hacerlas cumplir. En el actual caso se preguntan ustedes quién sería el designado para aplicar las sanciones que pudiera merecer cualquier agresor. Disponen ustedes de un código; pero no de policía o tribunales coercitivos. Por eso, en la mente de algunos de ustedes, el Pacto de la Paz no descansa sobre fundamentos lógicos.

—Difícilmente podría haber expresado yo mis objeciones al Pacto de la Paz con mayor claridad —dijo el doctor Friedmann.

—Confieso que yo opino lo mismo sobre el particular —asintió

Trowse.

—Perfectamente —continuó Warren Rand—. Ya sabía yo que los sentimientos en favor del Pacto de la Paz estaban muy lejos de ser unánimes. Tengo el decidido deseo de que, a pesar de todo, lo firmen todos de buena fe. Precisamente para inducirles a esa firma es para lo que les he convocado hoy.

Entonces Oliver Trowse formuló la sencilla pregunta que el mundo entero se había formulado muchas veces durante los últimos meses.

—¿Por qué se muestra usted tan impaciente para que se firme el Pacto de la Paz, *mister* Rand?

El interrogado no se inmutó; si acaso su tono fue algo más seco al contestar.

—Es una pregunta muy razonable; pero un poco descentrada. Aunque no lo crean, tengo el corazón de un filántropo y persigo este fin movido por el amor hacia mis semejantes; estoy seguro de que nadie me creería. Por eso es preferible abandonar por el momento la sugerencia, ya que no afecta en nada al resultado. Me limito a decirles que voy a ofrecerles a ustedes lo que han de juzgar suficiente para inducirles a firmar el Pacto de la Paz.

El interés convirtiéndose en manifiesta curiosidad. Todos los presentes avanzaron un poco el cuerpo en actitud expectante. Era aquélla una escena que nunca se había producido en la historia del mundo: la congregación de los estadistas más poderosos por la convocatoria de un solo hombre. Todos presentían que un cambio imprevisto se iba a producir en la pasajera crisis como por obra de un terremoto. El oro tomaba la palabra; la mundial y latente fuerza, inofensiva cuando está distribuida entre millones de seres, pero terriblemente peligrosa cuando la atesora un solo hombre. ¿De qué modo se manifestaría su poder?

—Antes de continuar —siguió Warren Rand—, quiero advertirles que estoy en condiciones de cumplir lo que voy a prometer. Por eso he solicitado la colaboración de *mister* Pitchard, el Contable Oficial tan prestigioso en Londres y Nueva York. *Mister* Pitchard, tuvo usted libre acceso a mis bancos, a mis secretos libros de contabilidad, a mis departamentos de bolsa, a mis secciones jurídicas, durante estos seis últimos meses. Se trata de un estado de contabilidad que nadie podía establecer porque mi fortuna cambia

cada minuto. Ahora usted puede decir a estos caballeros cuál es el volumen aproximado de mi capital, libre de toda carga.

Mister Pitchard se levantó, dirigiendo una mirada circular por la mesa. Era éste uno de los instantes que más le enorgullecían en su vida. Nadie había podido hacer jamás una declaración contable como la que él iba a revelar ante semejante audiencia.

—Señores —dijo—, *mister* Rand les acaba de decir la verdad. Me ha entregado las llaves secretas de sus negocios. Con la colaboración de veinte expertos en contabilidad, me he ocupado durante varios meses en fijar las cifras, llegando sobre poco más o menos a un balance final. Cuando lo conozcan ustedes, habrán de admitir que *mister* Warren Rand no es sólo el hombre más rico de la Tierra, sino que constituye la fuerza mercantil más poderosa de todos los tiempos. Calculo que *mister* Warren Rand debe poseer actualmente unos mil millones de libras esterlinas.

Siguió un impresionante silencio. Los labios parecían moverse mecánicamente, con lentitud, como si resultase difícil modular la cifra.

—¿Libras? —balbuceó el norteamericano.

—Libras esterlinas —repitió el famoso contable—. No cabe error substancial, aunque en realidad *mister* Rand podría aumentar la cifra si quisiera asaltar las reservas del mundo. No obstante, últimamente se ha abstenido de hacerlo. Es evidente: *mister* Warren Rand vale hoy unos mil millones de libras esterlinas.

La estupefacción era general. Warren Rand seguía imperturbable.

—Señores —explicó—, no he solicitado la presentación de este estado de cuentas movido por pura vanidad, ya que la posesión o carencia de dinero es cosa accidental, y no es imposible que, controlando hoy esa suma de dinero, muera completamente pobre.

Esta vez la admiración convirtiéndose en desconcertante sorpresa.

—Contengan los comentarios —añadió— hasta que haya hecho mi proposición. Ahora debo pasar a otra fase del asunto. Toda Europa, y más o menos América, sufre por la carencia de oro.

—¡Oro!

Casi podía escucharse el murmullo de los pensamientos de todos aquellos hombres. Era el misterio de las generaciones; la canalización del oro por rutas desconocidas.

—Acaso crean ustedes que lo que he hecho es imposible —siguió *mister* Rand—. Por eso precisamente he rogado a *sir* Hugo que esté presente. Como ustedes saben, su primo es el más conocido corredor de lingotes de oro en Londres. El mundo está sufriendo carestía de oro y los cambios internacionales descienden de un modo vertical. ¿Saben ustedes dónde está ese oro que falta? En mis sótanos.

—Es imposible —comentó el norteamericano, el único capaz de articular unas palabras.

—Es la pura verdad —ratificó Warren Rand—. Hace cinco años que vengo comprando oro secretamente a través de mis bancos, y éstos aparentaron siempre realizar las compras como si estuvieran destinadas a sus respectivos países. No era así. Las adquisiciones eran para los bancos de mi pertenencia. En los Estados Unidos se ha publicado un artículo denunciando que las existencias de oro sólo alcanzan hoy allí a unos quinientos millones de dólares. Quien escribió este artículo sabía lo que se decía. En los sótanos de este banco, señores, se hallan depositados, en lingotes y moneda, oro por un total de quinientos millones de libras.

Monsieur Foucailles dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Es increíble! —gritó.

—¡Este hombre está loco! —vociferó Medano.

Trowse rióse burlón.

—Yo siempre dije que estaba loco —declaró—. Hemos sido unos necios al venir aquí.

El alemán aparentaba estar tan histérico como los demás; pero supo contenerse.

—Veamos el final —rogó—. Dejémosle que acabe este cuento de hadas.

Todos hablaban a una, contradiciéndose los unos a los otros, en medio de exclamaciones y disputas. Por fin, la voz del americano se impuso con una nota final de desafío.

—Warren Rand —dijo—, debo comenzar por decirle con franqueza que no le creo, y una vez hecha esta afirmación, le formularé una pregunta. Si fuera cierto lo que dice, ¿qué significa esta convocatoria? Ha hundido al mundo financiero en un caos desastroso y este atesoramiento de oro no constituiría un verdadero enriquecimiento para usted, ya que en la actualidad al conservarlo

inmovilizado perdería usted diariamente una fortuna.

—En primer lugar, corresponderé a su primera aseveración —anunció Warren Rand, haciendo funcionar el timbre que tenía al lado—. Como evidentemente es éste un momento crucial de la historia, no quiero disculparme por las molestias que voy a ocasionarles. Les ruego que visiten mis sótanos. *Sir* Hugo, y usted, Juan Glynde, tengan la bondad de acompañar a nuestros amigos.

Un policía de uniforme acababa de entrar en el salón por una puerta privada cercana a donde estaba sentado Warren Rand. Éste volvióse hacia él.

—Sargento —le ordenó—, que se aposten de guardia treinta hombres armados, en el piso de los sótanos. Estos caballeros van a inspeccionar los depósitos de barras de oro.

El policía saludó y salió. Uno tras otro, los delegados se fueron levantando.

—¿No nos acompaña usted? —le preguntó Trowse.

—No es necesario —replicó con indiferencia—. Tan pronto como llegué aquí, me pasé una hora en los sótanos. *Sir* Hugo es un gran experto y él podrá demostrarles que mi aserto responde a la verdad.

Salieron todos precipitadamente. Warren Rand ni siquiera se movió de su asiento ni cambió de postura.

—Tellesom —le preguntó, sin levantar la mirada—, ¿cuántos hombres de nuestra guardia privada tiene usted aquí?

—Ocho, señor.

—¿Dónde están apostados?

Tellesom repuso con cierta sorpresa. Era la primera vez que le había formulado pregunta semejante.

—Cuatro en su hotel, uno en sus habitaciones, dos en un coche de alquiler que se halla junto a su automóvil. Uno de ellos estará en la calzada cuando usted cruce; otro tiene dispuesta una motocicleta para ver si le espían a usted cuando marche. Éste no es un lugar muy peligroso.

—¿Lo cree usted así? —preguntó Warren Rand—. Anoche dispararon contra mí. Debían saber que usted no había llegado. Claro está que el agresor no pudo acercarse; pero esta noche puede tener más suerte.

Tellesom no pudo ocultar su inquietud y miró a su jefe con

ansiedad. Warren Rand no había mostrado nunca zozobra respecto a las medidas adoptadas para su protección personal.

—Le acompañaré al salir, si me lo permite —propuso.

Warren Rand sacó un puro; pero lo dejó a un lado sin encenderlo.

—Después de todo —murmuró—, es una cuestión sin importancia.

—Pues a mí no me parece una cuestión sin importancia que alguien se le pueda acercar a usted mientras yo le custodio —declaró Tellesom—. Tengo la misión de proteger su vida.

Warren Rand no contestó y siguió sentado en la misma postura en actitud de espera. De pronto, se escucharon voces y pasos en el corredor. Abrióse la puerta. Todos entraron con solemnidad y al mirar a Warren Rand sus ojos tenían una expresión distinta. Ante ellos se presentaba un superhombre.

—¿Bien, señores? —preguntóles.

—El depósito de oro está allí, efectivamente —asintió Grateson, con tono de maravilla—. En mi vida he presenciado un cuadro semejante ni vi sótanos de seguridad tan admirables.

—Lo que no puedo comprender es cómo ha podido usted acumular todo eso —murmuró Foucquailles.

—Ese es asunto aparte —observó Warren Rand—. Tuve que recurrir a muchos subterfugios, y a veces resultó bastante difícil mi trabajo. Pero ahí está. Ahora escúchenme, señores. Creo que todos estamos de acuerdo en un extremo. En nuestros tiempos ninguna nación se atrevería a ir a la guerra sin una razonable reserva de oro.

—Sería imposible —declaró Medano.

—Fuera de todo lo razonable —asintió Foucquailles.

—Muy bien. Éste es mi pensamiento para vitalizar el Pacto de la Paz. Como ustedes habrán observado, el oro está depositado en cuatro cámaras del sótano. En cada una de las puertas de esas cámaras aparece una letra. La «F» para Francia, la «I» para Inglaterra, la «A» para Alemania y la «It» para Italia. Firmarán ustedes mañana el Pacto de la Paz, o acordarán firmarlo hoy, y las llaves de esas cuatro cámaras quedarán a su disposición.

Nadie acababa de comprender. Fue Trowse el que interpretó el general desconcierto.

—¿Quiere usted expresarnos con más claridad el significado de

sus palabras, *mister* Rand? —preguntóle.

—Sencillamente, que pongo a la disposición de ustedes, *monsieur* Foucquailles, *mister* Trowse, *signor* Medano y doctor Friedmann, la cuarta parte para cada uno de quinientos millones de libras en oro, bajo ciertas condiciones, las cuales están ya estipuladas en documentos redactados por mis asesores jurídicos en colaboración con lord Hindhead. Pueden ustedes examinarlos detenidamente; pero, en resumen, éstas son mis condiciones: en primer lugar, el oro debe quedar depositado en las cámaras de este Banco; pero a nombre de cada país, perteneciendo a ustedes y pudiendo contabilizarlo en las cuentas de la respectiva nación como garantía de su movimiento fiduciario. Si alguna de las naciones favorecidas se embarca en una guerra, pierde su depósito de oro, pasando a engrosar el de las otras, quedando en libertad la nación recalcitrante de hacer la guerra si puede. Respecto a usted, Grateson —observó, volviéndose hacia su compatriota—, no le he ofrecido un volumen de oro porque no lo necesita. Desde ahora, pueden comprar todo el que se presente en el mercado.

Trowse se enjugó la frente.

—No paso de ser un hombre —declaró—. Mi mente no puede digerir esto. ¿La entrega de este oro constituye un préstamo?

—Desde luego, no —replicó Warren Rand—. Garantizará sus emisiones de papel moneda, y de no ser así no cumpliría su misión. Se trata de una donación, bajo la condición de que no se retire de aquí. Para los efectos financieros es lo mismo que esté depositado aquí como en el Banco de Inglaterra, ya que pertenece a ustedes. Sólo pierde Inglaterra su dominio sobre él si infringe el Pacto de la Paz. Los Estados Unidos serán la nación fideicomisaria. Acabo de recibir un radiograma de su Presidente, que me ha entregado mi amigo Tellesom, aceptando el fideicomiso. Los documentos se hallan en poder de *mister* Remington y lord Hindhead. La cosa no puede ser más sencilla.

—¿Es cierta la aseveración de *mister* Rand de que el depósito de oro tiene el carácter de libre disposición para los efectos de garantía fiduciaria? —preguntó Trowse a los abogados sentados ante la mesa más pequeña.

—Absolutamente cierta —replicó Remington con entera seguridad—. El depósito de oro quedará bajo la supervisión del

Presidente de los Estados Unidos, lo que me parece suficiente garantía.

Estalló una convulsa conversación, cortada a intervalos por breves períodos de silencio. Medano se inclinó en su asiento para decir:

—Le cuesta a uno darse cuenta exacta de un acontecimiento semejante. Ayúdenos, *mister* Rand, a interpretar el móvil de la donación más grande que se haya hecho en la historia del mundo.

—El móvil no puede ser más sencillo —contestóle pacientemente—. Deseo que acaben las guerras; deseo que las cuatro potencias europeas firmen eficazmente el Pacto de la Paz. Pasé varios años tratando de encontrar un medio por el que el Pacto pudiera ser no solamente un gesto florido, sino una realidad permanente. Busqué el consejo de expertos y elaboramos este plan.

—¿Pero por qué siente usted tan apasionado deseo de acabar con las guerras?

—Nunca he visto citado su nombre en las listas de los filántropos. Se le teme a usted más que otra cosa y yo oí siempre hablar de usted como de un especulador sin escrúpulos.

—Nunca pretendí pasar por filántropo —replicó Warren Rand—, y no puedo dar ninguna explicación que justifique este acto. Puede usted juzgarme un loco, si quiere, poco importa. Lo que deseo es que acaben las guerras.

—Warren Rand —declaró solemnemente Grateson—, es usted uno de los hombres más maravillosos de la historia; pero no acabo de entenderle. Supongo que no pretenderá que va a detener las guerras para siempre, ¿verdad?

—Mi plan —declaró Warren Rand, persuasivo—, que ha sido elaborado cuidadosamente, acabará con las guerras durante varias generaciones. Le voy a decir por qué. Esta solución de ahora tendrá una función operante de unos cuarenta años. Luego, cuando haya reinado la paz tan largo período de tiempo, ninguna nación sentirá la tentación bélica, se acabará la apetencia de acumular armamentos; en la primera época, nadie se arriesgará a perder su reserva de oro, y más tarde, se extinguirá en el instinto humano el espíritu belicoso.

Warren Rand no tenía el aspecto del hombre que argumenta; hablaba, simplemente. Siguió un período de apasionadas

discusiones entre los delegados, pero de menor intensidad. De pronto, Warren Rand dio un golpecito sobre la mesa.

—Acabemos esto —propuso—. *Mister* Prowse, ¿firmará usted el Pacto de la Paz y aceptará la donación de oro?

—Sí —replicó con firmeza.

—¿Y usted, *monsieur* Foucquailles?

—Firmaré... Ahora mismo... Cuando usted quiera.

—¿Y usted, Grateson?

—Estaba dispuesto a firmar de todos modos —le recordó—. Aunque me veo obligado a declarar que ahora firmo con un estado de ánimo distinto.

—¿Y usted, *signor* Medano?

—Mis dedos no desean otra cosa que tomar la pluma —declaró éste.

—¿Y usted, Friedmann?

—Firmo en nombre de mi patria y con el corazón abierto.

—Entonces el asunto ya está fuera de mi incumbencia —concluyó Warren Rand—. Lord Hindhead tiene las llaves y se las entregará una a cada uno de ustedes mañana mismo, después de la firma del Tratado, junto con mi escritura de donación. Tendrá asimismo preparados los documentos en que constan las condiciones, y ustedes lo firmarán también.

Friedmann se levantó e inició un pequeño discurso de agradecimiento algo confuso. Warren Rand escuchaba sin conmoverse. Le rodearon haciendo ademanes de agradecimiento; pero él continuaba imperturbable.

—Están ustedes perdiendo el tiempo con palabras inútiles —les dijo—. Lo que he hecho, lo que estoy haciendo, no lo hago por ustedes sino porque me parece que debo hacerlo. Nadie puede leer mis pensamientos, descubrir cuándo y por qué determiné realizar este propósito; además, no pienso hacer a nadie objeto de mis confidencias. Lo hice porque me pareció que debía hacerlo.

Se despidieron un poco enturbiado su entusiasmo debido a aquel sentimiento hermético que les manifestaba.

Hindhead, que tenía algunos documentos que firmar, fue el último en marcharse.

—Nunca soñé en que pudiera tener la fortuna de ver cómo se abría paso la historia de modo parecido a éste —le dijo antes de

partir.

La respuesta de Warren Rand fue fría y monosilábica. Ni un momento consiguieron los discursos que se habían pronunciado motivar en su rostro la más leve expresión de agradecimiento. El gran abogado, al que se le juzgaba uno de los hombres más elocuentes, salió sin decir nada, porque no sabía qué decir.

—Cuando le parezca oportuno partir, reuniré a mis hombres —sugirió Tellesom.

—Ahora eso ya no tiene importancia —murmuró Warren Rand—. Todo está acabado. Hablando de otra cosa, Tellesom, ¿me comunicó usted que se había casado con mi hija?

—Sí, señor —repuso Tellesom—. Ahora se encuentra conmigo en Ginebra.

Warren Rand no hizo comentario alguno. Permaneció inmóvil en su asiento, en la misma posición, con la mirada fija en la larga mesa. Luego, habló como si lo hiciera consigo mismo; pero con claridad y de un modo tan desusado que Tellesom quedó sorprendido.

—En otro tiempo tenía yo dos hijos.

Tellesom se quedó mirando a su jefe, atónito. ¿Sería que al fin se habría humanizado aquel hombre por la influencia del acontecimiento del día?

—Murieron en la guerra, ¿verdad? —le preguntó.

Warren Rand pareció no oír. Tellesom dudó un momento; pero por fin salió de la estancia.

El crepúsculo caía sobre la ciudad. A través de los ventanales fluía la luz hacia las calles. El solitario ocupante del gran salón ni siquiera movió la mano para tocar uno de los botones que hubiera inundado la estancia de suave iluminación. Quedó sentado en la misma posición, aunque ahora sus ojos poseían la expresión del visionario. Las sillas vacantes que aparecían ahora apartadas de la mesa, no le habían dejado ningún recuerdo. Tenía la mirada fija en la pared y sus pensamientos, fueran los que fuesen, le pertenecían a él solo. Cuando volvió a entrar Tellesom, sobresaltóse al ver la estancia sumida en tinieblas. Dio las luces.

—Los hombres están ya listos —anunció—. ¿Quiere que salgamos?

Su jefe no respondió. Tellesom precipitóse hacia él, dominado

por terrible presentimiento. Warren Rand había resbalado un poco más en su asiento, pero sus ojos continuaban fijos en una visión ignota. El pensamiento de la tragedia casi produjo un gemido en la garganta de Tellesom. Resultaba una verdadera ironía que abajo hubiera ocho hombres dispuestos a proteger la vida de quien acababa de morir.

FIN



EDWARD PHILLIPS OPPENHEIM (Londres, 1866 – Guernesey, 1946) fue un escritor británico, autor de más de un centenar de novelas de género policíaco que le granjearon una extensa celebridad entre los lectores de todo el mundo durante la primera mitad del siglo XX.

Hijo de Edward John Oppenheim, un comerciante de cuero, acudió a la escuela de gramática Wyggeston en Leicester hasta los 16 años, edad a la que deja los estudios para ayudar a su padre en el negocio familiar, actividad a la que se dedicaría durante más de veinte años. Tras morir su padre, comienza a desentenderse del negocio para dedicarse de lleno a la escritura. Su primera novela, *Expiation*, fue escrita en 1887.

Por motivos de negocios, viajó por toda Inglaterra y el continente europeo, y en 1892 se marcha a los Estados Unidos, donde conoció a su futura esposa, Elsie Clara Hopkins, con quien tendría una hija, Josefina.

Aunque publicó algunos de sus primeros libros bajo el seudónimo de Anthony Partridge, pronto se convirtió en un conocido escritor de relatos y novelas, algunas de las cuales también ilustró. Sus narraciones policíacas presentan la singularidad de conceder muy escasa importancia a la detención del criminal e, incluso, a la

resolución del delito, ya que en todas ellas prima el interés del narrador por reflejar a la perfección unos sofisticados ambientes (por lo general, relacionados con el mundo de la diplomacia) propios de las clases altas de la sociedad británica.

Está considerado como uno de los grandes renovadores del género, al que aportó un componente de elegancia y distinción que constituye la mejor seña de identidad de sus obras, destacando entre las mismas por la celebridad que alcanzó *The Great Impersonation* (1922), pionera en su género.